



Nicasio Camilo Jover

Las amarguras de un rey

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Nicasio Camilo Jover

Las amarguras de un rey

Capítulo I

Donde se cuenta el viaje que unas nobles damas emprendieron durante una mala noche.

A noche había cerrado fría y encapotada: la lluvia empezaba á sacudir las ramas de los árboles, y el ábrego mugía en son medroso al desgarrarse en las peladas rocas de un estrecho desfiladero, por cuya escalonada y ágría cuesta subía á paso lento una pequeña caravana compuesta de dos hacaneas, cuatro vigorosos caballos y tres peones. Ya hacia largo rato que los viandantes, cuyas formas se perdían en la oscuridad, habían divisado en lo más alto de la colina los ténues resplandores de algunas luces que brillaban al través de las tinieblas, vagando unas veces como fuegos fátuos y titilando otras como las estrellas fijas del firmamento; aquellas luces anunciaban la proximidad de una población, bien pronto se oyó clara y distintamente el trémulo tañido de una campana.

-¿Escuchais, señor? dijo uno de los peones volviéndose hácia el caballero que tenía más próximo; ahora suenan las ánimas en Brihuega, y ya estamos á un tiro de ballesta de sus tapias.

-¡Loado sea Dios! murmuró este sin dignarse contestar al que le dirigía la palabra, y clavando el acicale á su palafren fué á colocarse al lado de las hacaneas, que hasta entonces habían caminado algunos pasos delante.

-¿Qué ha dicho ese villano? preguntó una mujer algo conmovida.

-Que pronto llegaremos á poblado, contestó el caballero; y tras estas breves palabras volvió á guardar el más profundo silencio.

El viento arreciaba de minuto en minuto; los arroyos hinchados con la lluvia sonaban ya con voz de torrente, y el chasquido de los árboles que se desgajaban á cada bocanada del huracán acrecía el fragor de la tormenta. Sin embargo, en uno de esos momentos en que las tempestades más deshechas parecen acallar sus bramidos para tomar aliento, se hubiera dicho que resonaba á lo lejos un rumor extraño.

-Parad, parad, ¡cuerpo de Cristo!... exclamó con impaciencia uno de los jinetes; juraría por las calderas de mi escudo que oigo rumor de armas y de voces en el fondo de ese valle.

Obedecieron todos su imperiosa orden, y conteniendo la respiración escucharon atentamente.

En efecto, sonaban pisadas de caballos al pie de aquella escarpada loma, y de vez en cuando se oía sordamente el choque de las armaduras.

-¿De dónde viene ese rumor? preguntó con zozobra la misma mujer que había hablado poco antes.

-Aguardad, aguardad, alta y poderosa señora, tartamudeó uno de los peones, fijando la atención, yo os lo diré.

-«Ese rumor viene del camino de Guadalajara,» exclamó el caballero con voz dura y acentuando sus palabras, sin poder contener su mal disimulado despecho. A ver: Pero Sanchez, aguja tú las cabalgaduras de esas damas; tú, Ramiro, adelántate á toda brida: haz de modo que no se detenga nuestra marcha ni un solo instante al llegar á Medinaceli, y vé á esperarnos en el castillo de la raya: vosotros dos, añadió volviéndose á los otros caballeros, quedáos aquí para avisarnos en el momento en que esa gente se aproxime á este sitio.

Dijo, y sin aguardar respuesta de nadie, sacudió las riendas de su corcel, que hubiera deseado lanzarse á la carrera a juzgar por su ardiente resoplido; pero el jinete le detuvo obligándole á marchar al mismo paso que llevaba el resto de la comitiva, la cual traspuso en breve el último repecho de la colina, y dando un pequeño rodeo entró en las angostas y solitarias calles de Brihuega.

Ya se habían recogido todos los habitantes de aquella pequeña población, y desde el fondo de sus hogares oían mugir por de fuera la tormenta, con esa vaga y dulce tristeza que experimenta el corazón del hombre al pensar que mientras él disfruta las comodidades de un techo hospitalario, hay seres que atraviesan los campos sufriendo á la intemperie todo el rigor de los desatados elementos. Solo en una pequeña casa situada en el ángulo más occidental de la plaza mayor de la villa, parecían olvidarse del trastorno de la naturaleza, y se hubiera dicho que intentaban sofocar los gemidos del viento y el pertinaz rumor de la tronada con alegres cánticos y agudas voces de risueña algazara.

La gente moza bailaba sin duelo en medio de una espaciosa cocina al son de mal templados rabeles, y los convidados ya maduros conversaban al amor de la lumbre, debajo de la colosal campana de una denegrada chimenea, haciendo de vez en cuando la ronda con sendos pellejos de riquísimo tinto de Montarrón, tan seco y tan viejo como el más acartonado de los bebedores. Era este un anciano de elevada estatura y de aspecto venerable, que debía contar más de sesenta inviernos, y que á juzgar por la deferencia con que los demás le trataban, parecía ser el dueño de la casa.

-Con que por fin, hermano Mateo, tenemos ya libre de la guerra á Fortuñico? preguntó una vieja de arrugada catadura.

-Libre por tres años, tía Mónica, contestó el anciano exhalando un suspiro.

-¡Gracias á Dios! hermano.

-Gracias á la fonsadera, abuela, repuso el tio Mateo con amarga sonrisa: trescientos sueldos burgaleses me cuesta mi hijo; pero cómo ha de ser! vayan en gracia del Señor, que este año no nos ha dado mala la cosecha.

-A fe, á fe, añadió uno de los circunstantes, que bien habemos menester hasta de los esquilmos de la tierra para tapanles la boca á los malditos pesquisidores: ogaño parece que esa gente traga pepiones.

-Y para mayor consuelo, dijo un hombrecillo regordete, que la echaba de gracioso, el pan se va á subir antes de un mes.

-¿Y por qué preguntó la tia Mónica con estrañeza.

-Toma, porque la moneda se va á bajar, repuso el gordetillo soltando una intempestiva carcajada.

-¿Será posible?

-Tan posible que el otro dia oí hablar sobre ese asunto á dos hidalgos, y por señas que no ponian muy buena cara al, referirlo. «Esto va malo» exclamó uno de ellos, que parecia persona de calidad; «esto de meternos cobre por oro pica en historia, y no puede quedar así:» el otro no sé lo que le repuso, y de palabra en palabra se fueron acalorando y emprendieron una disputa de mil diantres sobre los dislates... ó quislates del oro y de la plata y... qué sé yo...

-No son malos dislates los que estais ensartando vos, dijo el dueño de la casa interrumpiendo al locuaz noticiero: el otro dia estuve yo en Guadalajara, y no oí ni una palabra de eso que nos contais.

-¡Toma! pues yo sí, y no es eso solo lo que sé, pues aquellos señores añadieron otras mil cosas. «Es necesario que los concejos determinen algo sobre el particular» dijo el que hablaba mas recio, despues de haber convencido á su contrincante que no hacia mas que menear la cabeza; «es indispensable que nuestras quejas lleguen á los oidos del rey, pues no es justo que mientras nos meten gato por liebre, adulterando la moneda, deje Su Alteza consumir espuestas de oro á esos judíos y moros que siempre lo rodean y que...

-Paso, paso, seor Pancho, dijo el tio Mateo, arrugando el entrecejo; esas son palabras mayores que me ofenden las orejas: dejemos al rey en Toledo y las cosas como se están, y que allá se las compongan los hidalgos y los señores que ciñen espada: á nosotros solo nos cumple ver y callar, y pedirle á Dios que nos ayude: dejemos, pues, cosas tan hondas, y pensemos en apurar estos pellejos que nos están dando voces, mientras los rapaces siguen bailando que es un contento.

La proposición del buen anciano fué acogida con muestras de regocijo por todos los circunstantes que ya se iban fastidiando de las serias reflexiones del tío Pancho, y la bota pasó de mano en mano disminuyendo en volumen á cada vuelta que la hacían dar.

Crecía la algazara al paso que el vino iba menguando, y ya empezaban á tomar parte en el baile hasta los mas graves de los concurrentes, cuando un trueno horroroso que dominó con su estampido el sordo rumor de la tormenta, vino á estallar precisamente sobre el frágil techo de la casa.

-¡Ave María purísima! exclamó la tía Mónica santiguándose con precipitación.

-¡Jesus, María y José! repitieron los demás maquinalmente, mirándose unos á otros.

-¿Sabeis que hace una noche de perros? dijo el tío Mateo, dejando en el suelo la bota que acababa de aproximarse á los labios; no sería malo que suspendiésemos el baile para rezar algunos padrenuestros por los viajeros extraviados

-Dice bien padre, exclamó una rolliza muchacha que hasta entonces había repicado las castañuelas con mas garbo que ninguna de sus compañeras; y la insinuación del buen labriego y de la caritativa zagala, fué oída por todos con respeto, y obedecida como si fuese un severo mandato.

Dejaron unos los instrumentos, suspendieron otros las piruetas, y ya habían formado un ancho corro para dar principio á sus oraciones cuando de repente retumbaron en la puerta dos golpes tan recios que todos volvieron la faz con sobresalto.

No era por cierto aquel el tímido llamar de un peregrino, sino el rudo choque del cuento de una lanza: tampoco siguió al llamamiento el Deo gratias de costumbre, sino una voz imperiosa que exclamando con altivez: -«Abrid, cuerpo de tal; abrid, villanos, hizo temblar de piés á cabeza á cuantos la escucharon.

-¿Quién llamará de tal suerte? dijo uno de los mancebos con mal talante.

-Míralo, repuso el tío Mateo, sin moverse de su sitio. Obedeció el jóven y levantándose con faz torva, fué á abrir, la puerta de par en par.

Un caballero armado de punta en blanco, atravesó el umbral resueltamente y llegó hasta en medio de la cocina, seguido de dos damas que entre los pliegues de sus mantos, forrados de piel de marta, llevaban cuidadosamente envueltos dos preciosos niños dormidos al parecer. Al verlas se pusieron en pie todos con ademán respetuoso, y el dueño de la casa se adelantó quitándose la parda caperuza.

-¿En qué puedo servirlos, señor caballero? preguntó inclinándose cortesmente.

-En dejarnos reposar un momento junto á la lumbre, y en darles un pienso á nuestros caballos que han quedado en esos soportales de enfrente.

-Con mucho gusto, señor caballero: sentáos, sentáos aquí cerca del hogar: lleguen también vueseñorías, y permitan que mis hijas acomoden en su cama á esos angelitos que deben estar arrecidos de frio... A ver, Munia, quita los mantos á estas nobles damas: tú, Alfonsa, toma con mucho cuidado á esos niños, y entre tanto que vaya Fortuño á pensar los caballos de estos señores: avive V. el fuego, tia Mónica, que yo voy á sacar unos torreznos.

-No os incomodeis, buen hombre, dijo el recién llegado con voz menos severa: nosotros únicamente reposo y lumbre necesitamos, y si nos dejais solos en este aposento mientras descansan nuestros palafrenes, nos haréis un gran favor.

-Como gustéis, señor caballero: esta casa esta á vuestras órdenes, como todos nosotros, y no teneis mas que mandar. Vamos, amigos míos, dejemos solos á estos señores; vosotras, muchachas, á vuestros cuartos, y nosotros, Fortuñico, vamos á cuidar de los caballos. Si entre tanto les ocurriese alguna cosa á vuestras señorías, pueden dar una voz y al instante...

-Está bien, está bien, dijo el caballero que ya se iba cansando de tanto ofrecimiento; y con un gesto imperioso hizo despejar aquellas pobres gentes que le cedían su habitación mas bien como criados humildes que como huéspedes caritativos.

Al quedar enteramente solos los recién llegados pareció que respiraban con mas libertad, y mientras las damas dejaban sobre un banco sus mantos empapados en agua, el caballero se quitó el almete y fué a cerrar cuidadosamente todas las puertas.

El leño que la tia Mónica habia arrimado á la lumbre se inflamó de repente, y á la vaga claridad de la oscilante llama pudieron verse los semblantes de aquellos nuevos personajes.

Era el caballero un gallardo mancebo de altiva frente y de ojos audaces, cuya fisonomía hubiera sido simpática á cuantos le mirasen, á no deslucir algun tanto sus varoniles perfecciones la desdeñosa espresion de su boca, la dureza de su ceño y la altivez de su ademán. Las damas eran ambas de sin par belleza, aunque una de ellas habia perdido ya las frescas rosas de la juventud: la otra apenas contaría veinticinco años; tenia el pelo rubio, los ojos azules y la tez mas blanca que el ampo de la nieve: una profunda tristeza aumentaba el hechizo de su semblante, y sus miradas no se apartaban ni un solo momento del precioso niño que llevaba en los brazos. Su compañera también estaba triste, y como ella, también fijaba sin cesar los negros ojos en el otro infante que dormía en su regazo.

-¡Oh Dios mio, Dios mio! exclamó la jóven exhalando un suspiro: qué noche tan horrorosa! creí que íbamos á perecer todos en la cuesta que acabamos de subir, y os juro que me estremece la idea de continuar ese camino.

-Señora, dijo el caballero, que permanecía á su lado en pie y con los brazos cruzados a la espalda, mucho siento no poderos proporcionar mas largo reposo; pero ya Sabeis que nos siguen muy de cerca, y no debemos detenernos ni siquiera veinte minutos.

-Mas decidme, D. Juan, creéis vos que esas gentes tienen en efecto orden de oponerse á nuestra marcha? preguntó con despecho la otra dama.

-¡Cuerpo de Cristo!... perdonad, señora, pero por mi nombre os afirmo que esos malandrines nos siguen la pista. En Guadalajara no os quitaban los ojos de encima, y en todo el camino que llevamos andado he oído las pisadas de sus caballos detrás de nosotros. ¡Oh! creedme, creedme, alta y poderosa señora; tengo la nariz muy fina y huelo á los sabuesos desde lejos, pero no os inquieteis por eso, que aquí traigo la espada de mi padre, y ya sabéis que nosotros no soltamos su empuñadura mientras nos queda un átomo de vida.

-Lo sé, D. Juan, lo sé; pero creéis que el rey ha podido dar semejante orden?

-El rey... no precisamente; mas la orden se ha dado, sin duda alguna, y nos conviene trasponer cuanto antes los confines de Castilla.

-¿Y cuánto nos falta para llegar al término de nuestro viaje? preguntó la acongojada jóven con afanosa curiosidad.

-Quince leguas escasas.

-¡Quince leguas aun! Dios mio!...

-No os aflijais, señora, llevamos buenos caballos, y, antes de romper el día ya pisaremos tierras de Aragon.

Nada repuso la dama, y hubo un momento de silencio en que solo se oía el chisporroteo de la lumbre y el crujido de la armadura de D. Juan, que absorto en una idea sin duda muy pertinaz, empezó á pasearse lentamente de un ángulo á otro de la cocina.

Estraño era por cierto el cuadro que ofrecian aquellos personajes iluminados por la rojiza llama del hogar: los suntuosos trajes de las damas, que contrastaban de un modo chocante con las denegridas paredes de aquella estancia, la figura del guerrero cuyo peto se destacaba en medio de las tinieblas, relampagueando al pasar por delante de la hoguera, como la luz intermitente de un faro; la calma angelical de los niños que dormian debajo de una miserable chimenea, tan tranquilos como si se hallasen so la magnífica colgadura de un dosel; la actitud de aquellas figuras, la expresion de sus semblantes y el estraño agrupamiento en que la casualidad las colocara, hubieran sin duda inspirado al genio de Rembrandt una creacion digna de sus fantásticos pinceles.

Algunos minutos duró aquel silencio; pero sin duda debió comprender el caballero que era poco galante permanecer tanto tiempo mudo en presencia de dos señoras, y parándose de improviso, dijo procurando suavizar el timbre de su voz:

-¡Cómo duermen los infantes: parecen dos ángeles del Señor!...

-Sí, duermen con la calma de la inocencia, exclamó la dama menos jóven, fijando en los parvulillos una mirada de ternura: dichosos ellos que ignoran el peligro que les amenaza! pobres huérfanos de mi alma! apenas han visto la luz cuando ya son el blanco de oscuras

maquinaciones: parece que el cielo les ha condenado desde la cuna al llanto y á la persecucion...

-¡Voto á!... no tanto, señora, no tanto, que aun tengo yo las mesnadas de mis vasallos en Albarracin, y no encomendó en balde el padre de esos niños su cuidado á las gentes de mi casa.

-Sé que sois muy poderoso, D. Juan; pero tambien lo son nuestros enemigos...

-Y ¿qué importa el poderío de nuestros contrarios, si mis gentes no saben huir y tienen segura la victoria?

-Con todo, generoso amigo, no me negareis que el sino de estas criaturas es bien funesto.

La jóven de la rubia cabellera, que hasta entonces habia permanecido con la frente inclinada, fijó en D. Juan los turbados ojos como si esperase hallar en sus palabras la resolucion de un problema, del cual dependiese la suerte futura de su existencia: comprendió el mancebo toda la ansiedad de aquella mirada, y con su natural energía repuso, haciendo sonar las mallas de la manopla sobre las doradas molduras de su peto:

-Yo os juro, nobles señoras, que mas aciaga ha de ser la estrella de cuantos osen hacer tuerto á esos infantes, que la que el cielo ha colocado sobre sus inocentes cabezas.

Aquella altiva oferta no debió satisfacer completamente á las que la escucharon, y sin duda iban ya á responderá ella con algunas objeciones, cuando se oyó llamar á la puerta con mucho cuidado.

-Quién va? preguntó el caballero imperiosamente.

-Yo soy, señor.

-¡Hola, Ferrando: ¿qué, ocurre?

-Permitidme entrar si os place, y os lo diré,. repuso el de afuera.

-Allá voy, dijo el mancebo, y poniéndose el almete abrió una sola hoja de la puerta.

-¿Qué hay? le preguntó al recién llegado.

-Nada, sino que esa gente acaba de entrar en la villa.

-¡Voto á Luzbel! villano; ¿y me lo dices con esa calma? ¿es así como cumples mis mandatos?

-Perdonad, señor, pero es el caso que no les sentimos llegar hasta que pasaron por delante de nosotros como ciervos desbandados.

-¡Ah, ladrón! sin duda te dormiste.

-Señor, os juro...

-Basta, basta ya: y cuántos eran?

-Yo solo conté ocho bultos.

-Y dime, ¿parecían caballeros ó soldados?

-Ni lo uno ni lo otro.

-Qué estás diciendo, bergante?

-Al llegar junto a nosotros no pudimos distinguir sus formas, porque ya Sabeis que la noche está como boca de lobo; pero no bien se adelantaron treinta pasos, brilló un relámpago mas claro que el sol, y puedo juraros que solo dos de ellos vestían arneses completos: los demás llevaban pardos capellares, y aun me pareció distinguir que flotaba alrededor de sus cabezas el blanco lienzo de las tocas.

-Con que en resumidas cuentas son judíos? ¡voto á!... no sería malo que hubiésemos ido huyendo, hace veinticuatro horas, delante de los merinos del rey como pecheros temerosos de pagarles la alcabala...

Al llegar aquí se detuvo un momento, apoyando el dedo índice sobre sus labios en ademán de reflexionar mas; pero de improviso como si pasára por su mente una ráfaga de duda y desconfianza,

-No, no es posible, añadió levantando la voz: cuidado no vayamos á dejarnos coger en un lazo... mira, Ferrando, prepara los caballos y pongámonos otra vez en marcha.

Obedeció el escudero sin replicar ni una palabra, y el jóven paladin volvió al lado de las damas que habían estado escuchando con ansiedad el anterior diálogo.

-Ya lo veis, señoras, nada tenemos que temer; pero con todo me parece prudente que aprovechemos la noche, y solo espero vuestras órdenes.

-Cuando gusteis, D. Juan, podemos salir de aquí, dijo la dama menos jóven poniéndose en pie: imitóla su compañera, y cuando se hubieron envuelto en sus mantos, se dirigió el mancebo á una de las puertas y exclamó

-¡Hola, buena gente!

Acudieron á su llamamiento el tío Mateo y sus hijas, y al ver en pie á las damas, manifestaron suma pena por la brevedad de su visita; sin embargo, no se atrevieron á dirigirles la palabra, y solo cuando el caballero les dijo:

-Dios os guarde, honrados labradores, no echaré en olvido que os debo una noche de hospitalidad; fué cuando rompiendo la valla del respeto se deshicieron en ofertas y en bendiciones.

Agradecieron las damas aquellas muestras de afecto dejando sobre una mesilla algunas monedas de oro, y envolviendo con gran precaucion, entre los pliegues de sus mantos á los dos infantes que aun permanecian dormidos, gracias á los esquisitos cuidados de los bondadosos labriegos que habian guardado amorosamente su sueño, se despidieron de sus huéspedes con benévolas razones, y salieron de aquella humilde casa precedidas por el arrogante caballero que las acompañaba.

La tempestad seguia mugiendo sordamente, y bien pronto se perdieron á lo lejos las pisadas de sus caballos.

Capítulo II

Encuentro poco grato que tuvieron las damas viandantes.

El Jalon es un rio bastante caudaloso que nace en los últimos términos de Castilla la Nueva, y que despues de correr con sesgo curso por los campos de Sigüenza, se interna en las fértiles llanuras de Aragon y va á sepultar sus raudales en el Ebro. En la márgen, pues, de aquel rio, y precisamente en la línea divisoria de las dos provincias que fertiliza con sus aguas, se elevaba en otro tiempo un pequeño castillo cuyo cuadrado torreón servia de atalaya en los días de revueltas, y en cuyos muros exteriores estribaban por un lado los taludes de una de aquellas fábricas hidráulicas con que los árabes enriquecieron nuestro suelo durante su larga permanencia en él.

El castillo ha desaparecido completamente de la faz de la tierra, y apenas quedan ya vestigios de los azudes; pero la tradicion, que es eterna, existe todavía, y al través de las edades nos nos recuerda que á principios de enero del año del Señor 1277, se hallaban reunidos en la sala de armas de aquel castillo unos cincuenta guerreros cuyos jefes permanecian recostados sobre sus escudos, en derredor de un roble medío consumido por la llama.

La noche habia sido horrorosa; aun silbaba el viento en las molduras de las almenas, pero la lluvia habia cesado completamente y los pardos nubarrones, en cuyo seno rugia la tormenta pocos momentos antes, volaban hácia el occidente, como una bandada de cuervos, dejando raso el firmamento en pos de sí.

Los primeros albores de la mañana empezaban á teñir de púrpura las crestas de los montes, y un pálido rayo de luz penetró de soslayo por las angostas troneras del muro.

-¡Hola, hola! ya parece que asoma la mañana, dijo incorporándose uno de los guerreros.

-Sí, ya hace rato que estoy viendo despuntar el día, repuso otro que ocupaba un tosco banquillo de madera, y cuya armadura salpicada de lodo reciente revelaba que pocos momentos antes debía haber cruzado los campos.

-¡Calla! según eso no te has acostado?

-No, por cierto, yo no duermo cuando estoy de fatiga, y lo que es ahora en vano lo hubiera intentado; esta tardanza me tiene inquieto.

-¿Y por qué? la noche ha estado muy mala y sin duda se habrán refugiado en alguna aldea, huyendo del chaparrón.

-Imposible; me hicieron venir delante á todo escape para que en ninguna parte se detuviese su marcha, y no es cosa de que haya ido haciendo jornadas de lego.

-Con todo, eso de caminar con faldas es muy enojoso y ya sabes...

-Sé que no han podido detenerse en ninguna parte, y que es muy extraño el que no hayan llegado hace dos horas.

-¿Pero qué diablos les ha de haber sucedido?

-Qué sé yo? precisamente el ignorarlo es lo que me tiene inquieto.

-Y dime, Ramiro, ¿por qué no habrá querido nuestro amo que le acompañásemos nosotros en ese viaje?

-Porque lo interesaba entrar en Guadalajara sin llamar la atención, y quería salir de ella sin ser observado de nadie.

-¡Ah! con que viaja á hurtadillas y sin mas escolta que su escudero? pues mira, entonces no sería extraño que hubiese tropezado con alguna partida de salteadores.

-Sí, échale bandidos á D. Juan, y verás cómo los despacha con el cuento de su lanza.

-O tal vez puede que se haya extraviado en medio de las tinieblas.

-Tampoco, hombre, tampoco; si Ferrando ha sido ojeador toda su vida.

-Entonces te digo que no lo entiendo.

-Ni yo... exclamó Ramiro levantándose bruscamente y atravesando por medio de sus tendidos compañeros fué á mirar por una estrecha saetera que daba al campo.

-¿Quieres que salga con algunos jinetes á dar un vistazo por la orilla del rio? preguntó el otro soldado levantándose tras él.

-No: me ha mandado que nadie se mueva del castillo, y no me atrevo á faltar á la consigna.

-Entonces aguardémosle sentados, repuso el veterano, y volviendo de nuevo á su banquillo empezó á talarear una cancion, atizando el fuego con la acerada vaina de su espada.

Mientras asi se perdian en conjeturas aquellos leales servidores, sin poderse explicar la causa que motivaba la tardanza de su jefe; este, que como habrá adivinado el discreto lector, era el paladin que hallamos en Brihuega al toque de las ánimas en compañía de dos afligidas señoras, habia llegado con su reducida comitiva á un frondoso cañaveral que en la márgen izquierda del Jalon formaba una espesa muralla de verdura.

La luz de la alborada aun no habia desterrado completamente las sombras de la noche, y los objetos se ofrecian á los ojos de los viajeros tan vagamente diseñados que era difícil distinguir su verdadera forma. El mas profundo silencio reinaba por todas partes, y solo el murmullo del rio y las pisadas de los caballos despertaban los ecos de la ribera.

Caminaba, pues, D. Juan seguido de su caravana, sin recelar ya por la suerte de aquellas damas que parecian estar encomendadas á su custodia, y se daba el parabien al ver que tocaba sin tropiezo el término de su viaje, puesto que antes de media hora debia reunirse con los soldados de su mesnada, que con tanta impaciencia lo aguardaban en el castillo inmediato.

Los que tenian un interés en detenerle en su camino sin duda le habian perdido la pista, ó quizá habrian desistido de su propósito teniendo el rigor de su fuerte brazo. Halagado por este pensamiento el arrogante mancebo, reanimó el brio de su fatigado corcel, y haciéndole salir á trote corlo, llegó en

breve a la cabeza de un tosco puentecillo de tablas por el cual debian atravesar el río; detúvose allí para dejar pasar delante las haçaneas, y recomendando á los peones que las conducian el mayor cuidado, echó á andar detrás de ellos seguido de Ferrando, su escudero, y del otro jinete, que llevaba por única escolta.

Al lado, opuesto de la corriente se elevaba una pequeña colina cubierta de espesos matorrales; empezaron á subir por ella los descuidados caminantes y apenas habrian andado cien pasos, cuando al revolver de un peñasco desde el cual se divisaban ya las almenas del castillo donde tantos servidores

les aguardaban, se hallaron de improviso delante de doce formidables guerreros, armados unos de punta en blanco y envueltos otros entre los pliegues de pardos capellares.

Lanzaron las damas un grito de terror; se detuvieron los peones con espanto, y D. Juan rechinó los dientes de rabia, al verse sorprendido de aquella suerte cuando menos lo esperaba.

-¿Quién va?... gritó enristrando la lanza y avanzando hácia los desconocidos con gallardo continente.

Adelantóse algunos pasos el que hacia cabeza de aquella tropa y con voz sosegada le dijo:

-Caballero, tenemos órden de rogar encarecidamente á esas nobles damas se dignen regresar de nuevo á sus hogares, escoltadas por nosotros.

-Esas damas, repuso el atrevido mancebo, conteniendo malamente los impulsos de su ira, vienen de buen grado en mi compañía; es su voluntad continuar este viaje y ¡vive Dios! que nadie, ha de oponerse á su deseo.

-No es nuestro objeto ofenderos, noble, paladin, pero tened entendido que en balde os opondeis á lo que os hemos demandado.

-¡Que es en balde, don villano? exclamó el caballero rugiendo de coraje: abrid paso, canalla mal nacida, ó conmigo sois todos en desigual pelea; y así diciendo clavó los acicates al caballo, que al sentir que su dueño tomaba la posicion de arremeter, sacudió las encrespadas crines con gallardía y se lanzó a la carrera como un rayo.

-¡Teneos, D, Juan, teneos... gritaron las damas, perdida la color y tendiendo los brazos á su enfurecido campeon; pero sus gritos espiraron sofocados por el choque de las armas y por el rumor de una descomunal batalla.

Habia cerrado D. Juan con los doce guerreros que á su vez enristraron las lanzas, formando en torno suyo un círculo de aguzados hierros: revolvíase el mancebo con la ligereza de una pantera, y ya habia hecho morder la tierra á dos de sus enemigos, cuando sus escuderos llegaron en su ayuda y tomaron parte en la refriega; pero cada uno de ellos tenia que habérselas con tres adversarios de mucho brio, y el resultado del combate nada tenia de dudoso.

El caudillo de, los salteadores era un guerrero de elevada estatura y de tan robusto brazo, que D. Juan, á pesar de su bravía destreza, intentaba en vano hacerle perder los estribos. La mañana iba aclarando, y cuando los primeros rayos del sol se derramaron por la llanura, pudieron distinguirse las empresas de los combatientes: no era por cierto un villano el paladin de la emboscada: sobre su rodela se veia un blason en cuyo campo de gules brillaban una balanza y una espada de plata surmontadas por una celada de encaje, el lema de las armas decia Siempre leal y justo.

Al ver D. Juan aquella empresa, reconoció a su enemigo, y lleno de una siniestra alegría exclamó, apretando el asta y el escudo.

-¡Ah, Diego Lopez de Salcedo! digna de tí y de los tuyos es semejante hazaña.

-Mandado soy por quien puede hacerlo, repuso el caballero, procurando escusar su acción y sin apostrofar por su nombre á su contrario á quien no habia reconocido.

El paladin á quien hasta ahora hemos llamado D. Juan, llevaba una armadura pavonada que á pesar de ser de las mas ricas de Vizcaya no ostentaba ni mote ni empresa, y por consiguiente era imposible descubrir quién era el que la vestía.

Redoblábanse los botes y las cuchilladas á cada palabra de los combatientes; Ferrando y su compañero habian venido al suelo, y solo lidiaba ya el esforzado jóven que sin perder la serenidad resistia bravamente la embestida de ocho adversarios. Diego Lopez de Salcedo rompió su lanza en el peto de su enemigo, y al desenvainar la espada les gritó a los soldados que aun combatian en torno suyo:

-¡A las damas; apoderáos de las damas y dejadme á mí solo con este caballero!

-Eso no, ¡ vive Dios! exclamó D. Juan arremetiendo á los que se desviaban de aquel sitio, con ánimo resuelto de cerrarles el paso; pero sus esfuerzos fueron vanos, y mientras atendia de nuevo á los mandobles de Salcedo, vió que las damas y los infantes eran arrebatados sin respeto por dos de aquellos miserables, los cuales huyeron en seguida á todo escapo escoltados por los demás jinetes.

No es fácil espresar la ira que se apoderó del paladin en aquel momento: arrojó la lanza lejos de sí, y resuelto á concluir la pelea en un solo punto desenvainó la fulminante espada. Su competidor era diestro y valiente; pero en vano intentó resistir al torbellino de cuchilladas que descargó sobre su cabeza, y bien pronto vino á tierra maltrecho y sin sentido.

No se cuidó D. Juan de su caída; el interés le llamaba á otra parte y levantando la visera de su almete, respiró un momento: tomó de nuevo la lanza de manos de Ferrando, que habia logrado ponerse en pie á pesar de hallarse herido y volviendo la grupa se lanzó á la carrera por el lado que habian tomado los raptos de las damas; mas en vano los buscó por todas partes: largo tiempo anduvo de ribazo en ribazo y de encrucijada en encrucijada, sin poder hallar á los fugitivos; si por acaso encontraba á algunos campesinos, las noticias que lo daban eran contradictorias ó incoherentes, y ya se elevaba el sol al zenit cuando se encontró el despechado mancebo abrasado de sed y reventado de fatiga, junto al misino puentecillo en cuyas inmediaciones habia sido tan villanamente salteado: reconoció el sitio, y resuelto á talar aquella comarca y á recorrer todos los lugares del contorno hasta encontrar á las damas que se habian confiado á su custodia, dirigió los pasos de su fatigado corcel por el camino que conducia al inmediato castillo en que le aguardaban sus mesnadas.

Anduvo lo mas de prisa que le fué posible y á las doce en punto de la mañana llegó al anhelado término de su viaje. Salieron á recibirlo sus fieles servidores llenos de regocijo; y Ramiro, el paje que con tanta ansiedad le habia estado aguardando desde el primer albor de la mañana, le preguntó con risueño semblante al aproximarse á él para tenerle el estribo:

-¿De dónde viene su señoría á semejante hora?

-Del infierno que nos trague á todos!... exclamó el irritado caballero apeándose de su corcel. -¿Venis enojado, señor?

-Endemoniado dirás mas bien.

-Sosegaos, poderoso señor, y permitid que os quite la armadura, pues debeis venir muy fatigado.

-¡Quitar-me la armadura! gritó D. Juan con aspereza: ¿crees tú que los caballeros de mi casa descansan mientras tienen injurias que vengar? A ver: pronto a las armas mis escuderos; ensilladme otro caballo y que formen las mesnadas en orden de batalla.

-Acaso vamos á tomar alguna villa por asalto, señor?

-Vamos á talar toda esta comarca y á no dejar piedra con piedra en diez leguas á la redonda, hasta que encontremos lo que me han robado.

-Y para eso solo queréis desplegar vuestros pendones y reventar otro caballo?

-¡Vive Dios, villano, que esas razones me huelen á burla!

-¿Burlas yo con vuestra señoría? líbreme Dios de semejante tentacion: si os hablo asi, es porque sé que lo que vos buscais está muy cerca de nosotros.

-¿Qué estás diciendo, Ramiro?

-Estoy diciendo que las damas que veníais escoltando y los infantes que ellas traian, hace ya mas de dos horas que duermen en vuestro aposento veladas por vuestros vasallos.

-¡Será posible! ¿Y cómo han venido aquí?... ¿Quién las ha traído?... ¿Por qué no me lo has dicho antes?...

-Tened calma, señor, que si haceis tantas preguntas la vez no voy á poder contestaros á ninguna. Han venido montadas en palafrenes y las ha traído un caballero incógnito de buen talante, el cual está tambien reposando en la sala de la torre.

-¡Oh! Loado sea Dios! exclamó D. Juan exhalando un suspiro que le descargó el corazon de un peso inmenso; y sin aguardar mas esplicaciones, penetró en el castillo y subió á saltos los desmoronados peldaños de la torcida escalera.

Entró con mucho tiento en una reducida estancia que daba paso á otras habitaciones interiores, y se detuvo al ver recostado en un tosco sillón de encina al caballero incógnito de quien le habian hablado sus gentes: iba completamente encubierto y no pudo reconocerle por mas que le examinó con escrupuloso cuidado: al ver que dormía estuvo indeciso entre

dirigirle la palabra ó retroceder para no turbar su sueño; titubeó un momento y ya iba á salir procurando no hacer ruido, cuando vió que el desconocido se incorporaba diciendo con mucha naturalidad:

-Llegad, D. Juan, llegad, no estoy dormido.

-¿Me conocéis? preguntó el mancebo, que no se había levantado la visera.

-Sí, D. Juan Nuñez de Lara, os conozco y os agradezco el servicio que acabais de prestar á las ilustres damas que reposan en ese aposento.

-Y ya Sabeis vos quiénes son esas damas? preguntó de nuevo el ilustre caballero, mas admirado cada vez.

-Esas damas, repuso el desconocido, acentuando lentamente su palabras, son la muy alta y muy poderosa Doña Violante, reina de Castilla, y la muy ilustre y muy hermosa infanta Doña. Blanca de Francia.

-Supuesto que conocéis mi secreto, dijo D. Juan quitándose el almete, sereis de los nuestros.

-Al contrario, repuso el caballero, poniéndose en pie; tengo orden de apoderarme de esas damas, y si os hubiese encontrado en el camino, me atrevo á juraros que no habriais escapado tan bien de mis manos como de las de Salcedo.

-Mucho fiais en vuestro brio, exclamó el de Lara, que no podia soportar con paciencia ni el asomo de una amenaza.

-Mi brio basta á reconquistar con unos cuantos botes de lanza las prendas que otros bravos adalides se dejan arrebatar en medio del dia.

Mordióse los labios el altivo magnate, y procurando contener su despecho, preguntó con voz entrecortada:

-Pero en resumidas cuentas, ¿quien sois vos ?

-Un caballero, respondió el incógnito, que como he dicho antes os agradece con toda su alma el servicio que estais prestando á la reina de Castilla y la infortunada Infanta que la acompaña: no puedo deciros mas; mi obligacion me llama á otra parte y no puedo detenerme ni siquiera el tiempo necesario para despedirme de la Reina; pero vos lo hareis en mi nombre. A Dios, D. Juan; en Ariza os esperan con impaciencia, y no debéis dilatar vuestra partida: salid de este castillo, que es harto débil, antes de la noche; tomad la márgen izquierda del Jalon, y no olvidéis que vuestros enemigos son muy poderosos.

-Id con Dios, noble caballero, dijo el de Lara tendiéndole la mano: respeto los motivos que os obligan á permanecer encubierto, y aunque no comprendo bien vuestra conducta, creo que las palabras que acabais de decirme son leales. ¿No teneis nada que mandarme?

-Una sola merced quiero pedirlos.

-Hablad.

-Cuando veais á la infanta Doña Blanca, repetidle estas palabras:

«El paladin de la cimera verde, vela por vos.»

-¿Esto tan solo?

-Eso tan solo, dijo el desconocido; y sin aguardar respuesta salió del aposento, bajó con velocidad la sinuosa escalera de la torre, y al llegar al patio montó en un soberbio palafren que le tenia preparado su escudero, partiendo á galope, sin volver la cara atrás, por el camino de Castilla.

Media hora despues caminaban en direccion opuesta la reina Doña Violante, la infanta Doña Blanca y los inocentes hijos de D. Fernando de la Cerda, escoltados por cien guerreros, á cuyo frente cabalgaba el muy poderoso y muy esforzado D. Juan Nuñez de Lara, señor de Albarracin.

Aquella lucida comitiva llegó á la villa de Ariza antes de espirar el dia 8 de Enero de 1217. Un rey con toda su córte, D. Pedro III de Aragon, aguardaba allí á los ilustres viajeros.

Capítulo III El porqué de este viaje.

Forzoso nos es retrogradar algun tanto para explicar, como cumple a verídicos historiadores, por qué tal eminentes personajes emprendieron aquel precipitado viaje en medio de un tiempo borrascoso y sin la escolta y boato que á su elevada clase correspondia.

Luego que el rey D. Alonso el deceno, aquel monarca ilustre, que disfrutó como Salomon de todas las prosperidades, y que sufrió como Job todas las desdichas, regresó de su infructuosa espedicion á Francia, sintió herida su alma sensible por uno de los golpes que mas afligieron su magnánimo pecho

Muchas veces vió revueltos sus estados por el descontento, la ambicion y el espíritu de rebeldía que fermentaba en sus poderosos feudatarios; grandes conflictos le hicieron experimentar los moros fronterizos, que con el auxilio de sus hermanos de allende el mar, intentaron en varias ocasiones acometer su reino trabajado sin tregua por luchas intestinas;

recientemente acababa de experimentar en Belcaire un revés que afectó sus intereses de monarca y su orgullo de hombre, y sin embargo, nada de esto le hizo inclinar la frente ni borró la sonrisa de sus labios. Cuando los señores feudales le negaban la naturalidad, los colocaba en el número de sus enemigos, y ¡guay de ellos! las armas de D. Alonso no estaban tomadas del orin por mas que su dueño parecia hallarse absorto en el profundo estudio de la ciencia, y mal podian resistir las mesnadas de los rebeldes á las legiones reales: cuando los Merinos y los Bermejos se coligaban para hacerle guerra, tremolaba sus pendones tantas veces victoriosos, y las huestes agarenas huian amedrentadas delante del conquistador de Murcia. y de los Algarbes; y finalmente, cuando le arrebataron el imperio de Alemania, sin atender siquiera á su demanda, supo sobreponerse á aquella desgracia, y recibió con risueño semblante el beso de paz con que Gregorio IV le indemnizaba de la inmensa pérdida que le hacia experimentar aquel violento despojo: despojo sí, porque la corona de Carlo Magno lo correspondia de derecho por mas que hayan querido contradecirlo los émulos de su gloria.

Cuando Guillermo de Holanda murió, dejando vacante el sòlio de los Césares, se dividieron los electóres haciendo recaer el nombramiento para aquella dignidad en dos candidatos; pero D. Alonso fué elegido dentro de los muros de Francfort, que era el lugar señalado de comun acuerdo para aquella eleccion, y los votos del Arzobispo de Tréveris y del duque de Sajonia valian tanto, por lo menos, como los del Arzobispo de Colonia y del Conde Palatino, que nombraron á Ricardo Plantagenet en medio de un campo de batalla, y bajo la influencia de las armas inglesas: además, el rey de Castilla habia sido elegido libre y espontáneamente, sin pretenderlo siquiera, por la fama universal de su alta capacidad; por cor tar entre sus ascendientes paternos y maternos muchos emperadores de Oriente y Occidente, entre los cuales habian descollado Alonso el Magnánimo, y Federico Barbarroja.; por el crédito de sus virtudes políticas, y por el renombre, en fin, de bravo capitán que habia adquirido en sus primeros años mientras fué lugarteniente y adelantado de su padre en las contínuas guerras que aquel santo rey sostuvo contra el islamismo.

Sin embargo, cuando despues de un largo litigio en que sacrifico sus pingües tesoros, y durante el cual se enajenó el amor de muchos de sus vasallos, le negaron sus derechos al imperio, oyó aquel fallo con semblante tranquilo sin que entristeciesen su animo ni el desaire que le hacia á la faz del mundo, ni la notoria injusticia con que se le despojaba del manto de los Césares; pero el golpe que le esperaba en su patria era superior á toda energía, y D. Alonso lloró con lágrimas de fuego la pérdida de su hijo primogénito, el simpático D. Fernando de la Cerda que la muerte le habia arrebatado durante su ausencia.

Aquel malogrado infante habia sido el encanto del pueblo y el sosten de los timbres guerreros de su familia; apenas contaba veinte años cuando dejó de existir, y ya se habia señalado en cien batallas: los ricos-hombres mas poderosos de su tiempo le amaban sinceramente por considerarle digno de ocupar el trono de su abuelo, y su muerte fué una verdadera calamidad nacional.

Todo era luto en el alcázar de Toledo: el rey no salía de su estancia ni para visitar siquiera su laboratorio químico: la reina Doña Violante lloraba con lágrimas de madre la pérdida de su hijo mas querido, y Doña Blanca de Francia lamentaba su prematura viudez y la horfandad de sus infortunados hijuelos que habían perdido á su padre antes de saber

balbucear su nombre. Los palaciegos reflejaban en sus semblantes la melancolía de sus señores, y los hombres versados en la política de aquel tiempo auguraban grandes trastornos.

En efecto, la muerte inesperada de D. Fernando de la Cerda, dejando hijos menores, debía producir conflictos en una época en que las leyes de Castilla, tan incompletas hasta entonces, aun no habían deslindado claramente los derechos de sucesión, y aquellos conflictos no tardaron mucho en llegar.

Aun estaban calientes las cenizas del Infante cuando su hermano D. Sancho, que desde sus primeros años había revelado un carácter inquieto, un valor á toda prueba y una voluntad indomable, quiso afianzar sus derechos á la corona por medio de una declaración pública, y dejando la frontera de Granada, en donde se hallaba á la sazón, se encaminó precipitadamente á Toledo.

No se crea, sin embargo, que aquel bizarro mancebo miró con indiferencia ni menos con regocijo la muerte de su hermano primogénito no: D. Sancho lloró con amargura la pérdida de aquel, y tal vez no hubiera pensado en que su sepulcro era el primer escalón que se le presentaba para subir, a un trono, á no hacérselo recordar las sugerencias de los que le rodeaban; pero la ambición de los grandes halló coyuntura en aquel infausto acontecimiento para producir las sangrientas querrelas que siempre concluían por aumentar su poderío en menoscabo de los reyes y sobre las ruinas de los pueblos.

Había muerto D. Fernando precisamente en ocasión en que se hallaba en Ciudad-Real, preparándose á defender los reinos de Andalucía de las armas reunidas de Jacob Aben-Juzef rey de Marruecos y de Mohomad el de Granada: D. Alonso estaba en Francia, y aquellos infieles creyeron hallar desprevenidos á los castellanos; pero en su primera tentativa de invasión se convencieron de cuán equivocados estaban.

Era D. Nufio de Lara frontero mayor del reino, y al aproximarse á Ecija las huestes agarenas les salió al encuentro con pocos pero arrojados guerreros: trabóse la pelea en medio del día, y los árabes vieron con espanto que un puñado de caballeros cristianos arrollaba por todas partes sus numerosas legiones: ya parecía que la victoria tremolaba su estandarte en pro de los de Castilla, cuando de improviso vino á tierra el de Lara atravesado por el agudo hierro de un meje que le dejó muerto en el acto. Cundió el terror entre los suyos; pero no tanto que les hiciese huir con ignominia; pelearon aun algún tiempo, y cuando la noche empezó á estender sus sombras se retiraron en buen orden á Ecija, desde cuyos muros opusieron un dique inespugnable al paso del ejército musulmán.

Supo D. Fernando aquella infausta nueva, y llamando junto á sí á D. Juan de Lara, hijo del malhadado caudillo que con tanta gloria acababa de inmolar su vida en defensa de su patria, le confió el mando de un grueso ejército para que fuese á vengar con sangre mora la muerte del que le había

dado el ser: también él aguardaba un refuerzo de Castilla para mover sus armas contra los enemigos de la Fé, cuando de improviso se sintió atacado de la fulminante dolencia que en breves días le llevó al sepulcro.

Una profunda tristeza se apoderó de todos los corazones; su madre voló á su lado y hubiera querido sacrificar su existencia por darle de nuevo la vida; D. Juan de Lara suspendió la ejecución de su venganza y no se apartó ni un punto del lado de su amigo y señor, que tantas pruebas de afecto le tenía dadas, y todo el reino pedía al cielo con fervorosas preces por la vida de aquel Infante tan querido; mas su hora había llegado, y los deseos de los hombres fueron desatendidos por Dios.

El día 9 de agosto de 1275 llamó el Infante junto á su lecho á su madre y á D. Juan de Lara, y haciendo despejar a la servidumbre les dijo con desfallecido acento:

-Voy á morir; Dios ,me llama á su presencia y me resigno con su voluntad suprema: no me asusta perder la vida en la flor de mis años; pero no bajaré tranquilo al sepulcro si no me jurais velar por la suerte de mi Blanca y de mis hijos: vos, madre mia, prometedme que mirareis siempre como vuestras aquellas tres prendas de mi corazón, y tú, D. Juan, dame tu palabra de caballero de que defenderás en todos tiempos y contra todos, los derechos de mis hijos... á tí... te los confío...

Al llegar aquí no pudo continuar: un débil quejido se escapó de sus cárdenos labios... Doria Violante lanzó un grito desgarrador y D. Juan de Lara vertió una lágrima, que abrasó su encendida mejilla: el infante de la Cerda había dejado de existir.

Cundió la nueva de su muerte, y el mas acerbo desconsuelo se difundió por todo el reino; pero cuando hubo pasado el primer estupor, se divulgaron las últimas palabras del infante, y al saberse el encargo que había hecho al señor de Lara la tristeza cedió su lugar á la ambición, y los enemigos de aquel poderoso magnate buscaron en el carácter altivo de D. Sancho un arma que oponer á la que colocara en manos de su adversario la última voluntad de D. Fernando de la Cerda.

D. Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, era el rival mas poderoso de la casa de Lara: sus ascendientes habían disputado siempre á los de aquella la supremacía en el poder, y mas de una vez habían llegado á las manos para ventilar sus contiendas; los Laras, sin embargo hacia va algun tiempo que llevaban lo mejor en la contienda, y desde los últimos años de D. Fernando el Santo estaban vinculados en su familia los primeros puestos de la república. La gloriosa muerte de D. Nuño en los campos de Ecija había venido recientemente á afirmar el poder de su alcuernia, y los Haros miraban con mal disimulada envidia la prosperidad de sus émulos; pero la muerte del infante D. Fernando les presentaba una ocasión oportuna de volver á luchar, quizá con ventaja, y D. Diego no la desperdió.

El último de los Laras era un mancebo, que á pesar de su valor, hereditario en aquella raza de héroes, apenas contaba veinticinco años, y su impericia en los negocios públicos era notoria. D. Lope Diaz de Haro por el contrario estaba en lo mas granado de la edad viril, había aprendido en la corte á intrigar, y sabía además, como todos los suyos, blandir la lanza con sin igual denuedo.

Cuando llegó á su noticia que D. Fernando había encomendado la tutela de sus hijos á su rival, voló al lado del infante D. Sancho, con cuya amistad se honraba, y despues de darle el

pésame por la muerte de su hermano, le, dió el parabien por el derecho que acababa de adquirir á la herencia de una corona. Aquel parabien fué el primer soplo que vino á avivar la llama de la ambicion en el alma del indómito mancebo, y cuando el mañero favorito le hizo comprender que quizá habria quien le disputase sus derechos, su corazon altivo se indignó dando campo á la sospecha: por eso sin enjugarse las lágrimas voló á reclamar de su padre el título de heredero que segun le habian hecho comprender le pertenecia legítimamente.

Cuando llegó á Toledo, precedido del Señor de Vizcaya y rodeado de numerosas huéstes, aún vestía la corte de riguroso luto, y su entrada en el alcázar régio al son de belicosos instrumentos, y su armadura de batalla que contrastaba de un modo chocante con el blanco ropaje de toda su familia, llamaron la atencion de todo el mundo. Su madre lloró al saber la actitud con que se aproximaba al techo paterno en aquellos momentos de afliccion general, y D. Alonso le recibió con faz severa y sin tenderle los brazos. Atribuyó el Infante aquella frialdad á que quizá el ánimo de sus padres se hallaria prevenido en contra de sus pretensiones, y su carácter violento se exasperó: en vez de manifestar la pena que realmente sentia por la muerte de D. Fernando, se presentó indiferente y sereno, con el ceño fruncido y en ademan de reto; trató con frialdad y hasta con desvío á los Laras, miró con desdeñosa compasion- á doña Blanca, la viuda de su hermano, y no tardó muchos dias en manifestar el vehemente deseo que sentía de verse declarado único y legítimo heredero de la corona.

El venerable Arzobispo de Sevilla, que era padrino de don Sancho, fué el encargado de llevar al rey el mensaje de su hijo. Oyó D. Alonso con semblante impasible á aquel ilustre prelado que con la dulzura de sus palabras procuraba encubrir la dureza de su pretension, y cuando se hubo enterado de todo lo que el infante exigia le dijo, levantando lentamente la cabeza:

-¿Sabeis, compadre, que nuestro hijo y ahijado vuestro, tiene mas prisa de lo que fuera de desear?

-Señor, repuso el Arzobispo, verdaderamente ha andado algo ligero en su demanda; pero como en resumidas cuentas á él le corresponde de derecho lo que ahora solicita debeis disculpar su impaciencia, hija de sus pocos años.

-Hija de malos consejos direis mas bien, señor Arzobispo.

-Yo no soy el consejero de D. Sancho.

-Lo sé, compadre, lo sé, y nunca podria, sospechar de vuestro piadoso celo; pero en cuanto á lo que habeis dicho con respecto á los derechos del infante no lo veo yo tan claro como vos: hijo mio es; mucho me envanece saber que tiene dotes de mando; pero mi conciencia de rey titubea al tener que fallar en este litigio y quiero aconsejarme de varones doctos.

-¿Quién mas docto que vuestra Alteza? acaso habrá alguno en vuestro reino que pueda decidir una cuestion de alta política mejor que vos?

-¡Ay D. Ramon! yo soy padre y rey á la vez, y cuando el padre y el rey no están de acuerdo en un asunto mal pueden fallar de mancomun.

Yo creo que mi nieto, el infante D. Alonso de la Cerda puede alegar tan buenas razones por lo menos como mi hijo para pretender la sucesion al trono de Castilla: porque decidme, ¿quién nos asegura que es mas justo y mas prudente dar el derecho de esperar la herencia de una corona á todos los vástagos de una familia, que vincular ese mismo derecho en la línea siempre recta de los primogénitos? En el primer caso dejais viva la esperanza y despierta la ambicion de muchos individuos, esponiendo á la república á contínuos trastornos y á interminables guerras de sucesion; en el segundo, por el contrario, afianzais la paz del Estado y no turbais la armonía de la familia. Los hijos no primogénitos de los reyes, que mientras se creen con derecho de heredar á su padre son otros tantos pretendientes dispuestos siempre á la rebelion y á la guerra civil, al persuadirse de que ninguna opcion les quedaba al trono serian, naturalmente, los mas firmes pilares de la monarquía. ¡Oh creedme, señor Arzobispo, creedme no es este asunto tan claro como imaginais.

-No puedo discutir con -vuestra Alteza sobre tan árdua materia, repuso el prelado procurando dar otro giro á la conversacion: la causa que yo defendiese quedaria mal parada; pero decidme, señor, habeis meditado bien sobre el estado actual del reino? ¿sería prudente negarle ahora á vuestro hijo lo que reclama apoyado en la opinion de los mas poderosos ricos-hombres? Vuestros hermanos, vuestros hijos, los Haros, los Girones, los Toledos, están adheridos á la causa de don Sancho: él es mancebo irreflexivo y audaz; los guerreros le aman, está bien quisto en toda la monarquía, dispone de fuerzas formidables, que se moverian a su antojo, y seria petigroso disgustarle.

-Harto lo sé. compadre, y eso es lo que me hace titubear: las insurrecciones que hasta aquí han trabajado mi reino eran desagradables para mí; pero me bastaba esgrimir la espada para dominar la altivez de los insurrectos: ahora para sofocar la rebelion tendria que amagar la cabeza de mi hijo, y me veria precisado á verter torrentes de mi propia sangre: conozco toda la gravedad de mi situacion, no me atrevo á resolver por mí solo y así quiero encomendar á otros el fallo de este litigio: convocaré las Córtes y que ellas decidan la cuestion.

-No esperaba menos de vuestra alta prudencia, señor, dijo el prelado apretando la mano del rey: llevaré esa respuesta á vuestro hijo, y estoy seguro de traerle á vuestros brazos arrepentido de haberos causado el mas leve disgusto con su pretension: perdonadme si he abogado por él; le quiero mucho, que aunque su carácter es algo arrebatado su corazon es bueno.

-Y creéis, compadre, dijo el rey procurando dominar su emocion, que le amo yo menos que vos? ¿Olvidais que es mi hijo, mi hijo querido cuyas hazañas me envanecen mas que mis propios triunfos, y cuya presencia es lo único que puede endulzar la amargura de mi corazon? Sabed, D. Ramon, quiero confesároslo, que aunque me ha ofendido su actitud amenazadora en medio de mi corte enlutada, al ver su aspecto marcial y la altivez de su frente tenia que esforzame mucho para no abrazarle lleno de orgullo paternal; pero, id, id á

decirle que someteré su pretension al fallo de las Córtes, no sea que el padre conceda algo mas de lo que le es dado conceder al rey.

Salió el Arzobispo de la régia estancia, dejando á Don Alonso sumergido en hondas meditaciones: aquel hombre superior preveia que el paso que iba á dar no evitaria los transtornos y revueltas que habia augurado desde el momento, en que su hijo primogénito dejó de existir. Si las Córtes declaraban, á D. Sancho heredero de la corona, ¿cómo calmaria el descontento de los Laras que eran los fautores de la causa de sus nietos, y cuya espada pesaba tanto en la balanza política como casi todas las de los otros grandes reunidas?...

Don Alonso, en medio de todas sus relevantes cualidades de rey y de hombre, tenia un defecto, hijo quizá de su bondadoso carácter; era irresoluto, y la irresolucion en los hombres de mando es falta que temprano ó tarde les lleva al precipicio. Algunos dias pasó luchando consigo mismo despues de su entrevista con el arzobispo; pero al cabo mandó que se reuniesen las Córtes en Segovia, y allí fue donde despues de reñidísimas cuestiones se declaró á D. Sancho, único y legítimo heredero de la corona de Castilla.

Aquella resolucion disgustó de tal manera á la reina doña Violante, que no habia olvidado los últimos encargos de su hijo el malogrado infante de la Cerda, que sin ser poderosa á ocultar su descontento, le pidió al rey permiso para retirarse con sus nietos á Guadalajara, ciudad de su recamara, en la cual queria buscar alguna distraccion á sus penas. Tambien protestaron enérgicamente contra aquel acuerdo el infante D. Fadrique y D. Juan Nuñez de Lara, saliendo el segundo de Segovia con hostiles intenciones, y pronto cundió por todas partes ese sordo murmullo de descontento precursor de las grandes tempestades populares.

No se lo ocultó al perspicaz D. Lope Diaz de Haro, que la retirada de la reina no tenia por único objeto el que ella habia alegado: los hijos de D. Fernando, eran una escelente bandera, en torno de la cual podian agruparse sus poderosos adversados, y resuelto á todo trance á sostener la supremacía que le daba el nuevo título de D. Sancho, cuya voluntad dirigia á, su albedrío, decidió apoderarse de los infantes de la Cerda, para quitarles, á sus enemigos todo pretexto de insurreccion.

Con la fogosa actividad que lo caracterizaba tomó todas sus medida para no malograr el lance: empezó por transmitir su pensamiento á D. Sancho, despues despertó las sospechas del rey, y últimamente logró obtener la orden de hacer regresar a la reina al lado de su esposo: pero por mas prisa que se dió aquel mañero favorito, ya llegó tarde; Doña Violante se habia puesto de acuerdo con el infante don Fadrique y con el Señor de Lara antes de salir de Segovia, y no bien hubo llegado á Guadalajara, cuando escribiéndole á su hermano el rey D. Pedro III de Aragon, obtuvo de él no tan solo que le ofreciese un asilo para sus nietos junto á su trono, sino que le comprometió á que saliese á recibirla hasta los últimos confines de su reino: llegó á la Córte la nueva de estas negociaciones precisamente cuando se estaba buscando el medio de estorbarlas, y sin pérdida de momento se despacharon mensajeros con el encargo de impedir á todo trance la fuga de la reina.

Don Diego Lopez de Salcedo, capitán de la guardia del rey y D. Zag de Malea, merino mayor del reino, fueron los designados por el infante D. Sancho para aquella comisión y Don Alonso dió el mismo encargo á un caballero de toda su confianza, que pocos días antes había llegado de la frontera con la nueva de una señalada victoria alcanzada por él contra los moros: partieron, pues, dichos mensajeros, seguidos de gruesa escolta á desempeñar su comisión; pero no bien se habían apartado de Segovia una jornada, cuando D. Juan Nuñez de Lara, que se hallaba al lado de la reina disponiendo su partida, recibió una carta concebida en estos términos:

«Huid al momento con su Alteza y los infantes, sin comitiva y sin ruido, ó todo lo perdeis.»

¿Quién podía darle tan misterioso aviso? D. Fadrique no se hubiera valido del anónimo para prevenirle de un peligro; él no había dejado espías en la Corte, por consiguiente no sabía á quién atribuir aquel consejo; pero no por eso dejó de seguirle, y hé aquí por qué la reina Doña Violante y la infanta Doña Blanca salieron de Guadalajara en medio de un tiempo borrascoso, sin más servidumbre que los peones conductores de sus hacaneas, y sin más escolta que el bravo paladin, cuya pujanza ha podido admirar el lector en los anteriores capítulos.

Capítulo IV

Cómo un coloquio de amor fue interrumpido por una noticia alarmante.

Todavía se ve en una de las calles más angostas y pendientes del Alan-da-que de Toledo un disforme caserón de piedra berroqueña, sobre cuyos muros ha estendido el pincel del tiempo ese color ceniciento oscuro que revela la antigüedad de los edificios: esta casa, que en nuestros días parece humilde por la irregularidad y poca elevación de su frontispicio, fué sin embargo en otro tiempo vivienda de una poderosa señora. Sus habitaciones, hoy desmanteladas y tristes, ostentaron en la época á que nos referimos todo el lujo y riqueza que podía desplegar la antigua Corte de Castilla.

En una de aquellas estancias, pues, adornada con muebles y objetos bien heterogéneos, en donde se veían toscos sillones de encina rudamente labrados, sobre primorosas alcatifas de Persia bordadas de seda y oro, y donde lucían soberbias cornucopias de bruñida plata al lado de abigarradas pinturas, cuyos contornos bárbaros contrastaban de un modo raro con su brillante colorido, se paseaba, al espirar una tarde fría y nebulosa, una jóven, cuya belleza era algún tanto deslucida por la estraña expresión de su semblante.

Ya debía hacer largo rato que estaba aguantando, á juzgar por la impaciencia que se traslucía en todas sus acciones: ora se paraba delante de una mesa, y con distraído ademán arreglaba simétricamente todos los adornos de ella para derribarlos luego eón un repentino

movimiento; ora vagaba sin dirección, evitando maquinalmente tropezar con los muebles esparcidos por la estancia, y ora abría una ventana que volvía a cerrar con despecho después de haber mirado por ella moviendo tristemente la cabeza y murmurando palabras ininteligibles.

-¡Oh cuánto tarda! exclamó por fin dejándose caer en un escaño forrado de terciopelo. Ese D. Lope acabará por arrebatarme del todo su amor, ¿y para qué?... ¿para qué, Dios mío? para henchir su alma de ambición y llevarle al precipicio...

Al llegar aquí inclinó la cabeza sobre el pecho, quedando sumida en una profunda meditación: así permaneció algunos minutos; pero de pronto sonaron en la estancia inmediatos pasos acelerados, cuyo rumor la sacó de aquel estado de abatimiento: levantóse con la presteza de una gacela, y dejando vagar por sus labios una sonrisa de esperanza corrió a abrir la puerta.

-Cómo, Brianda, ¿eres tú?-¿aun no ha venido? dijo frunciendo el ceño al ver entrar a una joven de elevada estatura y de austero semblante.

-No: repuso, brevemente, la recién llegada.

-¿Y en qué puede consistir esta tardanza?

-No lo sé.

-¿Dijo ayer que volvería?

-Sí.

-¿Y por qué no ha venido ya?

-Lo ignoro.

-¡Oh Dios mío, Dios mío, cuánto me hace sufrir!

-Sufrir?... y por qué?

-Porque le amo, le amo más que a mi vida, y él solo piensa en guerras y en intrigas de corte.

-¿Y eso os aflige?

-Sí, porque esas intrigas me roban a todas horas su presencia. Además, temo también que piense en otra mujer.

-¿Acaso no pensáis vos en otro hombre?

Un ligero carmin tiñó las mejillas de la impaciente dama, y como si no hubiese entendido la pregunta de su doncella, prosiguió, dirigiéndose á la ventana y abriéndola por la centésima vez:

-No, no viene aun, y ya la noche empieza á cerrar.

-Por señas que está bien fria: os aconsejo que entoneis esas maderas.

Obedeció la dama maquinalmente aquella indicacion, y volviendo á su escaño, dijo sin mirar á su interlocutora y como si hablase consigo misma.

-Que pienso en otro hombre!... ya lo creo..., y no tanto como debiera.

-Entonces no entiendo vuestra impaciencia.

-¡Ay! Brianda, tú no tienes corazon de mujer: á no ser así no dirias eso. ¿Acaso porque el otro me inspire un afecto profundo no he de amar á este como la tórtola á su compañero?

-Decis bien, señora, yo no tengo corazon de mujer, y si amase á alguno estoy segura de que nadie, fuera del objeto de mi eleccion, podria infundirme afecto de ninguna especie.

-Pues á mí sí, repuso la dama con visibles muestras de disgusto, al ver el reproche que envolvian las palabras de su doncella.

-Ya lo sé.

-Lo sabes por mi mal, Brianda, y eso es quizá lo que te hace atrevida por demas con tu señora.

-Perdonad mi indiscrecion.

-¡Oh! esa sumision hipócrita es un nuevo insulto.

-Os juro, señora, que no es mi ánimo ofenderos; soy incapaz de abusar de vuestra confianza.

-Lo sé, dijo la dama con mal reprimido despecho y procurando sonreir con desden: sé que eres un modelo de servidores, tu virtud es intachable, demasiado intachable quizá; pero ahora recuerdo, ¿á qué has venido sin que te llamase?

-A deciros que el otro está en Toledo.

-¿Y á qué aguardabas para anunciármelo?

-A que vos dejáseis de preguntar por...

-Basta: ¿cuándo ha venido?

-Hoy.

-¿Le has hablado?

-Sí.

-¿Desea verme?

-Sí.

-Y ¿cuándo?

-Esta misma noche.

-Bien está, á las doce le introducirás en mi aposento; pero calla... ¿no oyes pasos?... Sí, sí, ahí está: vete, Brianda, vete.

Salió la doncella echando á su señora una mirada de desdeñosa compasion, y poco despues entraron dos pajes con luces en la mano; encendieron los candelabros que habia sobre las mesas, y se retiraron en seguida, saludando respetuosamente á un apuesto caballero que acababa de penetrar en la estancia.

Era el recién llegado un gentil mancebo que apenas contaria diez y nueve años, aunque su robusta complexion y desarrollada musculatura, le hacian representar mas edad: tenia los ojos azules y penetrantes, la cabellera rubia y ensortijada, el bigote ligeramente rizado, y la fisonomía severa: su traje consistia en una sencilla juba de brocado con sobrevesta de terciopelo verde, ceñida á la cintura por una primorosa cadena de acero, de la cual pendian un puñal damasquino y una larga espada de cruz; llevaba calzas de color de ante, y zapatos apuntados; cubria su cabeza una gorra cilíndrica y muy baja, de terciopelo negro, y una graciosa capa forrada de pieles, le bajaba desde los hombros hasta la mitad de la pierna.

Al verle la dama que con tanta impaciencia le habia estado aguardando, corrió á él con los brazos abiertos, y en tono de dulce reconvencion le dijo:

-Mas vale tarde que nunca: ya empezaba á creer que no vendrias esta noche.

-Qué quieres, Doña María, primero es la obligacion que la devocion.

-Ingrato! con que segun eso hay en el mundo cosas que te interesan mas que nuestro amor.

-Voto á!... quién lo duda? pero no creas que por eso dejo de quererte: para todo hay tiempo.

-Cruel! y me lo dices así?

-Y por qué no? te parece que yo sé disimular, ó mentir que es lo mismo? Nó ; vive Dios! la franqueza es mi divisa: al que aborrezco se lo digo: al que amo se lo digo tambien; pero, á qué viene todo esto? dejemonos de quejas, que bastantes disgustos me acosan fuera de aquí. Ven, Doña Maria, siéntate á mi lado y háblame de amor, de amor sin reproches, sin exigencias desmedidas... qué te importan a ti los áridos asuntos que me llaman á otras partes? Te parece que te amo menos porque me ocupo de mi prosperidad?

Al llegar aquí se quitó la capa y la gorra: se desciñó la espada, y arrastrando con el pie un pequeño taburete, fue á sentarse delante de su amada que había ocupado un alto sitial.

-Con que me amas?... le preguntó la jóven pasando suavemente su mano alabastrina por la sedosa cabellera del mancebo.

-Sí, Doña María, te amo mucho, repuso este fijando en ella una mirada llena de pasion, pero que sin embargo revelaba mas firmeza que ternura.

-¿Y estás convencido de que siempre sentirás por mí el mismo amor?

-Esa es otra pregunta del demonio, dijo el caballero con impaciencia: estoy seguro de que lo siento ahora, y esto debe bastarte.

-¡O! sí, sí, me basta, exclamó la dama acariciándole con cariño temerosa de haberle disgustado; pero no te enojas: quisiera que tu corazon fuese mio, mio hasta la muerte, y por eso procuro investigar tus sentimientos.

-Pues bien, Doña María, depon todo recelo: te amo, te amo mucho, y creo que nunca amaré á otra: ¿estás contenta?

-Sí, eres incapaz de mentir, y tus palabras valen tanto como los mas sagrados juramentos; pero díme, que es lo que te ha detenido tanto tiempo lejos de mí?

-¿Qué ha de ser? que han llegado los que fueron á impedir la fuga de la reina y me han estado dando disculpas de su torpeza.

-Con que por fin ha logrado evadir su vigilancia?

-Sí, ¡vive Dios! y ya la tienes sana y salva en Aragon con Doña Blanca y los Infantes. Diego Lopez de Salcedo ha vuelto molido y alanceado como un toro, y Zag de Malea huyendo como una liebre: buena cuenta han dado de mi encargo, ¡voto á Luzbel! y lo peor es que no puedo quejarme de nadie: yo fuí quien les eligió para esa comision y he tenido que sufrir callando la reprimenda de D. Lope.

-Y el rey, ¿qué dice?

-El rey se ha irritado por la torpeza de mis mensajeros.

-Y tú, ¿que piensas hacer?

-¿Qué? aun no lo sé á punto fijo: ya lo he dicho á D. Lope que allá se las componga con nuestros enemigos y que me dé aviso cuando sea menester hacerles entrar en razon á cuchilladas.

-¡Oh! siempre pensando en la guerra!

-Qué quieres, Doña María, yo he nacido para pelear, y me desesperan las intrigas de la Córte.

-¿Pero no piensas que así te espones á cada instante?

-¿A qué?

-A perder la vida tan preciosa para los que te aman.

-¡Bah! no temas por eso: las lanzas enemigas me conocen y no se atreven con mi armadura de Milan.

-Y díme, ¿no es nada para tí vivir ausente de la mujer que solo á tu lado es feliz?

-Sí, ciertamente es triste no poder consagrar toda la vida al amor; pero los que han nacido para mandar á los demás, no pueden obedecer los impulsos del corazon: yo bien quisiera estár escuchando tu acento á todas horas; pero que quieres, el deber me llama á otras partes, y aunque no me gusta el trato de los cortesanos me es esforzoso transigir con ellos: además D. Lope no me deja á sol ni á sombra, y estraño mucho que no haya venido ya á buscarme.

-¿Quedó acaso en verte aquí?

-Sí, quedó en venir á darme cuenta de las disposiciones que han de tomarse para reparar, en cuanto sea posible, la torpeza de Salcedo y de Zag de Malea.

-¡Oh! eso es ya demasiado, exclamó la dama frunciendo el ceño y dejando de acariciar los rizos de su amante: ese hombre se ha propuesto turbar mi felicidad á todas horas, y acabara por enajenarme completamente tu amor. ¿Con que no le basta tenerte todo el día á su lado, llevarte en pos de sí al consejo, á la Córte, á las batallas, sino que aun ha de venir á arrebatarte de mis brazos y á tratar de sus negocios en mi presencia?

-No te enojas con él, Doña María, es mi mejor amigo y creo que no tomarás á mal que se afane en prevenir las asechanzas de mis contrarios.

-¿Y quién ha de intentar ofenderte?

-¿Quién? preguntó el mancebo fijando en su amada una mirada recelosa, ¿quién?... muchos, por cuyas venas circula mi propia sangre; muchos á quienes he hecho grandes mercedes, y tú debieras saberlo.

-Yo nada quiero saber de esas intrigas que te preocupan á todas horas y que han entibiado tu afecto hácia mí haciendote ambicioso.

-¿Sabes que cuando esperaba encontrar á tu lado alguna tregua á las borrascas de mi pecho, veo solo piensas en atormentarme con injustos celos y amargos reproches que ya me cansan? Desde que he entrado en este aposento solo quejas han llegado á mis oídos: tus caricias están mezcladas con hiel. ¡Oh! vive Dios, que esto es insufrible.

-Insufrible te parece ser amado con delirio?... ¿qué dirías, pues, si me, hallases infiel?

Levantó el mancebo la cabeza con altivez, y dando á sus palabras una entonación que hizo estremecer á la dama, dijo sonriendo siniestramente:

-Si te hallase infiel, te mataría.

-Cruel! y tú que dices eso, estrañas que me atormente tu desvío!

-No, no lo estraño; pero como ese desvío no existe, me enojan tus infundados celos; me enoja que quieras sujetar las altas aspiraciones de mi-alma, solo por el pueril deseo de verme siempre á tus pies.

Un discreto golpe dado en la puerta vino á interrumpir tan animada conversacion; volvieron el rostro los dos amantes á la vez, y con harto disgusto de la dama vieron entrar á Brianda.

-¿Qué quieres? dijo Doña María, mirando á la recién llegada con enojo.

-Un caballero pregunta por vos, repuso la doncella dirigiéndose al amante de su señora.

-¿Le has conocido?

-Sí.

-¿Y quién es?

-Don Lope Diaz de Haro.

-Que entre, que entre al instante.

Salió Brianda haciendo una profunda reverencia; doña María exhaló un suspiro de despecho, y el infante D. Sancho de Castilla, pues no era otro aquel apuesto mancebo que estaba a los pies de su dama, se levantó del taburete que hasta entonces había ocupado y fue á sentarse en un alto sillón de brazos.

D. Lope Diaz de Haro entró un momento despues: era un hombre de estatura mas baja que alta; vestía con modestia una tunicela parda galoneada de terciopelo azul con golpes de plata en el pecho y en las mangas; sobre los hombros llevaba un ancho tabardo ceniciento, forrado de pieles de gato montés, y de un ancho cinturon de correa recamado con lentejuelas de acero, pendia su larga espada que á no ir en posicion. oblícua le hubiera llegado cerca de la barba. Los ojos de aquel personaje eran pequeños y perspicaces, la frente ancha, la nariz fina, los lábios delgados y el todo de su fisonomía inteligente y severo. No carecía de gentileza en su apostura, y sus modales eran de los menos rudos de su época. Al entrar se había quitado la gorra, solo por respeto á la dama puesto que los ricos hombres eran caballeros cubiertos delante del mismo Rey.

-Buenas noches, D. Lope, ya estrañaba tu tardanza, dijo el Infante aparentando hallarse muy risueño.

-Permitidme besar las manos de la muy noble y muy hermosa doña María de Ucerro, repuso el magnate inclinándose delante de la disgustada jóven.

-Dios os guarde, amigo mío, dijo ella con desdeñosa sonrisa, y ¿cómo os hallais de salud?

-Perfectamente.

-¿Y de negocios?

-De negocios... no tan bien contestó el de Haro, aprovechando la coyuntura de esta pregunta para no perder un precioso tiempo en vanos cumplidos, y temo que han de enojaros los que ahora voy á comunicarle al Infante.

-Decis bien, los asuntos de estado son enojosos para las pobres mujeres que nada entendemos de ellos, y si me lo permitís iré á dar algunas órdenes mientras vos hablais con don Sancho.

-Señora, vos sois la dueña aquí.

Doña María no respondió á esta última lisonja y saludando con una ligera inclinacion de cabeza, salió de la estancia despues de haber fijado una mirada de rencor en D. Lope. No bien este se vió solo con el Infante, cubrióse con un movimiento de impaciencia, y sentándose en el sillón que acababa de dejar doña María dijo, cruzando las manos sobre una de sus rodillas:

-Sabeis, señor primo, que tenemos los enemigos en casa y que hemos dormido mas de lo que fuera provechoso?

-¿Cómo es eso? ¿Han vuelto á Toledo los Infantes de la Cerda?

-Los Infantes de la Cerda son una bandera que tremolada desde Aragon da tanta fuerza á nuestros verdaderos adversarios como si se desplegara en Castilla.

-Acaso el de Lara ha regresado despues, de acompañar á mi madre?

-El de Lara es un bravo caudillo y nada mas.

-Y nada mas? repitió D. Sancho con estrañeza: entonces que el diablo me lleve si te entiendo.

-¿Ignorais acaso que no es en el campo de batalla donde son mas peligrosos los enemigos? malo ha sido lo de la fuga de la Reina, muy malo; pero no temais. por eso que vuestro tio nos declare guerra: harto hará él en apaciguar su reino: nuestro valiente primo D. Juan de Lara es muy poderoso; pero para sus mesnadas tengo yo las mías y tampoco es él quien me da recelo: en Toledo, y no lejos de nuestros pies está el volcan que a mi me asusta, y si no lograis que vuestro padre remedie el daño con mano fuerte, ¡guay de él, y guay de nosotros!

-Pero ¿me dirás al cabo qué volcan y qué daño son esos de que me estás hablando?

-Ese volcan y ese daño, dijo el de Haro aproximando su sillón á D. Sancho y bajando la voz, son las reuniones secretas que celebran hace mucho tiempo en casa de vuestro tio don Fadrique los que ya en las Córtes de Segovia se opusieron abiertamente a la declaracion de vuestros derechos; la insurreccion debe estallar de un momento á otro, y esta noche misma han de juntarse para deliberar.

-¡Vive Dios! ¿De esas tenemos? ¿Y en qué piensas que aun no has enviado cien lanzas á desbaratar ese cónclave de renegados?

-Paso, señor primo, paso, que D. Fadrique no es ningun manco ni ningun mendigo para que se asuste al ver cien lanzas: mas escudos viejos encierran sus arcas que todas las nuestras reunidas, y en cuanto á lo de puños, que hablen las huestes de Cárlos de Anjou, las cuales huyeron de él en los campos de Sicilia como si fuesen liebres desbandadas,

-¿Y crees tú que temo yo sus doblas ni sus puños?

-No creo tal, porque, en verdad sea dicho, tampoco yo los temo; pero estad seguro de que no es tan fácil destruir sus planes como creéis; para ello no tenemos aun bastante poder: los que se reunen en su casa son todos ricos-hombres, y solo el Rey tiene autoridad para intervenir en este asunto.

-Y el Rey bien sabes tú que no suele sentar la mano muy de recio sobre nuestros enemigos.

-Es que nuestros enemigos lo son suyos tambien en esta ocasion.

-Entonces ¿qué es lo que me aconsejas hacer ? preguntó don Sancho con impaciencia.

-Ante todas cosas debeis despediros de doña María de Uceró y despues... despues ir á ver á vuestro padre y repetirlo al pie de la letra lo que acabo de comunicaros.

Se puso en pie el Infante al oír las últimas palabras de su interlocutor, y echando atrás los pliegues de su capa se dirigió á la puerta resueltamente y llamó con voz imperiosa á doña María; no fué ella sin embargo la primera en acudir, sino Brianda su doncella.

-¿Qué mandais, señor?

-Dile á tu ama que me marchó...

-¿Tan pronto? preguntó la de Uceró llegando á su vez.

-Sí, voy con D. Lope á evacuar un asunto urgente.

-Y cuándo volvereis, señor?

-Mañana.

-Mañana!.. murmuró doña María, hablando consigo misma, siempre aguardando á mañana.

El de Haro, que tambien se había puesto en pie al ver entrar á Brianda, se aproximó á los amantes para abreviar su despedida y dijo inclinándose respetuosamente:

-Tengo el honor de besar vuestros pies, señora.

-Id con Dios, caballero, contestó la despechada jóven, lanzando á D. Sancho terribles miradas.

Fingió este no observar aquellos signos de disgusto, y besando con ternura las manos que ella le tendió temblando de rabia, salió del aposento seguido de D. Lope de Haro.

-Ya lo ves, exclamó doña María, despues de un largo rato de silencio en que estuvo mirando de hito en hito la puerta por donde su amante acababa de desaparecer; ya lo ves, á pesar de mi ternura no me ama como yo quisiera.

-¿Y por qué? preguntó Brianda con indiferencia.

-Porque le devora la sed de mando, y prefiere á mis caricias los combates y la gloria.

-¿Y eso os disgusta? ¿querriais acaso á vuestros amantes cobardes y sin nobles aspiraciones?

-Les querría amantes y nada mas, exclamó la dama yendo a mirar por la ventana si podia distinguir aun la figura de don Sancho; pero la noche habia cerrado oscura, y solo un

confuso rumor de pasos que se perdían por la torcida callejuela de enfrente, llegó á sus oídos.

También Brianda se aproximó á la ventana y tendió- desde ella una mirada anhelante; pero en vez de quedar absorta en vagos pensamientos como su señora, se estremeció de alegría al oír que otras pisadas nuevas resonaban en la misma callejuela, aproximándose al paso que se alejaban las del Infante.

Capítulo V

Que un alquimista pospone los negocios mas graves á sus esperimentos.

Acababa el rey de dar audiencia á los altos funcionarios de su Córte: algunas quejas habían llegado á sus oídos por boca de los procuradores de sus buenas villas y ciudades, y con harto sentimiento supo los desafueros de sus cogedores y pesquisidores, y el trastorno que la reciente acuñación de moneda de baja ley había introducido en las negociaciones mercantiles: los artículos de primera necesidad se habían encarecido, de suerte que el aumento de numerario en nada podía remediar las penalidades de la época: las personas acomodadas se resistían á cambiar sus escudos viejos por burgaleses nuevos, y los empleados del fisco, siempre dispuestos á abusar de la fuerza, cometían toda clase de atropellos so pretexto de hacer respetar la ley.

Disgustado en extremo dejaron á D. Alonso tales nuevas y parecía que una nube de tristeza posaba sobre su espaciosa frente: sus tesoros habían quedado exhaustos durante el largo litigio que le ocasionara su pretensión al imperio de Alemania; los recursos del pueblo estaban agotados, la nueva acuñación de moneda, en vez de aliviar su angustiada situación había rebelado contra él todos los ánimos, y un sordo rumor de descontento cundía por todas partes.

¿Qué hacer?... su razón, tan poderosa para resolver los mas intrincados problemas de las ciencias conocidas en su tiempo, se estrellaba en aquel escollo de dificultades materiales: su talento superior había entrevisto en lontananza los primeros destellos de otra ciencia, que mas tarde debía ser la piedra angular de los estados; había adivinado la economía política; pero la luz de esa antorcha bienhechora que hoy, ilumina y guía á la humanidad entera, se presentó á sus, ojos, tan vaga y fugitiva, que en vez de guiarle al puerto, como un faro de ventura, le estravió en mares borrascosos, llevándole á perecer entre bajíos, como los fuegos fátuos de la ribera.

Discursivo se hallaba el monarca, y paseándose por su habitación á pasos lentos, cuando un paje le anunció la llegada de Ahmed Ebn Yuzef, embajador de Egipto. No venía aquel personaje de oficio y á presentar sus credenciales al Rey, sin como particular y con el solo objeto de tener una conferencia con otro sabio. Recibióle D. Alonso con muestras de

satisfacción y de respeto, y haciéndole sentar en su propia silla ocupó él otro escaño á su lado.

Era Ebu Yuzef un anciano venerable, de larga barba mas blanca que la nieve y de austero semblante; su traje consistia en una túnica parda que le bajaba hasta los pies, un elevado turbante blanco y un jaike ceniciento sin adornos de ninguna especie: no llevaba armas. Sus ojos hundidos y sus mejillas surcadas por los años y las vigiliass; su frente ancha y majestuosa, su nariz fina y su boca cerrada siempre, como conteniendo la respiración, revelaban uno de aquellos hombres entregados a los misterios de la ciencia, que el mundo respeta, por mas que ellos no se dignen descender de su trípode para alternar con sus semejantes.

Don Alonso, que contaba á la sazón cincuenta y cinco años, tenia sin embargo veinte menos que su huésped: sus cabellos aun no habian encanecido, ni sus ojos carecian del brillo de la juventud; era de mediana estatura y de agradable aspecto, vestia un traje talar de seda y lana sin mas adorno que un cinturon bordado de oro y un collar de piedras preciosas; no ceñía espada ni puñal, y llevaba en la cabeza una gorra de terciopelo recamada de plata. Tambien habia impreso Dios en su frente magnánima el sello de la sabiduría: su mirada era penetrante y reflexiva, su boca algo grande y bien formada sonreia á menudo, aunque con tristeza, y sus mejillas se coloreaban de vez en cuando con el fuego del entusiasmo.

Aquellos dos hombres pertenecian á la raza príncipe de la humanidad: se habian comprendido desde el momento en que se vieron por vez primera, y á pesar de la inmensa diferencia que existia entre sus creencias religiosas, edad y posición, se tendieron los brazos llamándose, hermanos.

-Dios os guarde, mi querido maestro, dijo el Rey al sentarse al lado del anciano; ¿cómo os sentis de salud?

-Bien, hijo mío, muy bien, le respondió Ebn Yuzef, besándole con efusión la mano que le habia tendido. Dios ha querido prolongar mi vida para que pueda tocar el resultado de mis largas investigaciones.

-Y qué os ha dicho la ciencia, desde la última vez que nos vimos? Habeis adelantado algo?

-He adelantado mucho, porque acabo de llegar al término de mi viaje.

-¡Cómo! acaso habeis descubierto?...

-Todo, mi amado discípulo, todo.

-¡Oh, Dios mio! será posible? y decidme, es cierto lo que enseña Ostan, es cierto que el oro es hijo del fuego?

-Sí: mas para conseguir que el fuego llegue a un estado concreto que es lo que constituye el oro, es fuerza dividir los átomos elementales de su parte mas pura, que al

derramarse en corrientes por el éter producen la luz. Olimpiodoro pretendía que de la intersección, de los rayos del sol sobre la tierra se forma el oro, y Averroes creyó que, encerrando uno de esos rayos lograría descomponerle y producir el gran engendro de la luz y del polvo: fundaba su opinión en que el oro se encuentra siempre en las entrañas de la tierra, y por eso imaginó que solo aquel procedimiento bastaría a cuajar los átomos auríferos del fuego; pero ¿qué conduciría semejante operación? Nueve mil años deben pasar, según dijo, para que su experimento dé resultado: ya veis que esto es un sueño: tanto valdría dejar que la naturaleza siguiese, como hasta aquí, produciendo ese precioso metal.

-Y acaso vos habeis hallado otro medio mas eficaz de producirle? pregunto el Rey fijando sus ojos entre admirado, y dudoso en los ojos del anciano.

-¿Dudais acaso de Hermes?

-¡Oh, no! Líbreme Dios de semejante duda.

-Pues entonces, os lo aseguro, Averroes se equivocaba no es un rayo de sol lo que es posible concretar, sino una brasa de fuego terrestre. Zósimo que poseía el original de la Tabla esmeraldina del Maestro, buscó en sus hornillos, y no en las cavidades de la tierra, el modo de trastornar las partículas ígneas en partículas áureas. Estéfano, el príncipe de la alquimia, enseñó en sus nueve Prácticas, que la crisopeya solo puede salir de un crisol, y yo que tengo en mi poder el pergamino secreto de Geber, el Estéfano de la Arabia; yo que he visto la carta original de Sinesio dirigida á Dioscoro; yo en fin, que he llegado al pie del santuario de la verdad, y que poseo lo que os diré mas tarde, sé que solo en la ebullición está el medio y el fin de la grande obra. Llevadme á vuestro laboratorio.

-¡Vamos, vamos! exclamó el Rey poniéndose en pie pálido y tembloroso. ¿Con que es cierto que habeis descubierto el medio de hacer oro, y vais á iniciarme en vuestro secreto?

-Sí, hermano mio, para eso solo he venido desde Egipto á vuestra Corte: creéis que yo, en el borde del sepulcro y entregado á la investigación de las grandes verdades, hubiera aceptado, por un vano deseo de honores la misión que me ha confiado el gran Soldan? No: si he venido á Castilla es porque vuestro nombre ha llegado á mis oídos en alas de la fama; es porque la fama me ha dicho que sabrías comprenderme; que érais un digno Salomón de aquel David, cuya memoria venero con fé profunda y gratitud eterna; que habíais bebido en las fuentes de la sabiduría, y que sin embargo no érais feliz.

-No os comprendo, venerable maestro, dijo el rey mirando al anciano con una expresión que participaba del asombro y de la curiosidad. Hasta hoy nada me habíais dicho de cuanto acabais de indicarme.

-Es que hasta hoy no he debido descorrer el velo que cubre el arcano de mi corazón; pero la hora ha llegado y quiero pagaros lo que os debo.

-¿Vos deberme á mi?...

-No me interrumpais: durante mi residencia en Castilla he podido convencerme de que la fama no habia exagerado al enalteceros tanto: nadie mejor que vos podria comprenderme: habeis aprendido á leer en el gran libro del firmamento; las estrellas responden á vuestros conjuros; las ciencias de los hombres os son tan conocidas como la primera letra del alfabeto, y hasta os ha concedido el cielo la divina inspiracion de los poetas. ¡Oh! no hay duda, me complazco en repetirlo, sois un digno Salomon de aquel David. Sin embargo, en medio de todos esos dones con que Dios os ha favorecido, sois desgraciado: vuestros súbditos no os aman porque no os comprenden y vuestros deudos se os rebelan porque no os temen: además el destino os ha privado de vuestras riquezas, y por eso hallais obstáculos á todos vuestros grandes pensamientos; pero yo voy á conducirós á las orillas de Pactolo inagotable, y el tiempo os enseñará lo demas.

-Pero, decidme, exclamó D Alonso con acento suplicante, á quien le debo el que así querais colmarme de felicidades.

-Mas tarde, mas tarde os lo diré; ahora llevadme á vuestro laboratorio.

-Vamos, pues, dijo el Rey, cuyo corazon latia con violencia, agitado por varias sensaciones. No podia comprender el misterio que encerraban las palabras de Ebn Yuzef; pero entreveia la realizacion de todos sus deseos, y un gozo febril casi le embargaba la razon.

D. Alonso no era avaro de riquezas; pero lo era de gloria, y el descubrimiento que iba á revelarles su anciano maestro le colocaba sobre todos los sabios de la tierra.

Levantóse Ebn Yuzef de su sitial, y apoyándose en el brazo de su discípulo, le dijo sonriendo con dulzura:

-¿Tendreis paciencia y fortaleza?

-Tendré lo que vos querais.

-Entonces vamos ya, murmuró el anciano, y saliendo ambos de la estancia, bajaron por una escalerilla secreta y se alejaron del palacio, hablando en voz baja y recatándose de las personas que hallaban al paso.

Cuando llegaron al alcázar viejo de Toledo y á la torre del Sur, en donde tenia el rey su laboratorio, ya habia cerrado la noche completamente: encendieron ellos mismos una lámpara; preparó el moro los combustibles que debian arder en el hornillo, y echándose sobre los hombros la túnica de los herméticos y cubriendo sus rostros con máscaras de cristal, dieron principio á su misteriosa tarea.

Un hedor acre y corrosivo se exhalaba de los crisoles, en cuya cavidad hervian diferentes metales: el mas profundo silencio reinaba en aquella estancia, y las horas pasaban volando sobre las cabezas de los dos sabios, que sin dirigirse la palabra obraban impulsados por un mismo pensamiento.

D. Alonso soplabla la lumbre con un fuelle de forma estraña, mientras el anciano reunia diferentes sustancias animales y vegetales, moliendo de vez en cuando ciertas cristalizaciones solubles, que disolvía luego en líquidos preparados al efecto.

La noche avanzaba y los alquimistas seguían entregados á su elaboración, cuando de improviso resonó un leve rumor de pasos en el angosto corredor que conducía á aquella retirada estancia.

Miró Ebn Yuzef al rey como para preguntarle qué significaba aquel ruido, y D. Alonso volvió el rostro hácia la entrada del laboratorio sin dejar de avivar la lumbre con su fuelle.

La puerta giró lentamente sobre sus goznes, y un hombre envuelto en su capa apareció en ella.

-¡Diablo! exclamó el recién llegado, deteniéndose en el umbral; vaya un perfume de infierno!

-Cómo es eso? dijo el rey, suspendiendo su tarea y quitándose la mascarilla. ¿Tú por aquí, D. Sancho?

-Perdonad, señor, si vengo á interrumpiros en vuestros experimentos: harto me pesa tener que respirar este ambiente; pero tengo que hablaros de asuntos que urgen, y no habiéndoos encontrado en nuestro palacio, me he tomado la libertad de llegar hasta aquí.

-Dí, pues, lo que ocurre, y sé breve.

-Es un secreto.

-Un secreto? repitió el rey sonriendo: ¿acaso puedo yo tenerlos para mi maestro? Sabes tú los que él me ha confiado? Habla, D. Sancho, habla sin recelo, que Ahmed Ebn Yuzef puede oírlo todo.

El anciano seguía observando la ebullición de sus crisoles, sin cuidarse ya de la llegada del infante, y sin oír siquiera lo que hablaban á su lado. D. Sancho se aproximó a su padre, y lo dijo:

-No hay un momento que perder: mientras vos os entregáis á ocupaciones que respeto y que no tengo derecho de censurar, hay quien conspira en Toledo en menoscabo de vuestra real autoridad y contra vuestras soberanas resoluciones.

-¡Quién conspira contra mí?

-Contra vos, señor, y quizá no está muy lejos el momento en que la rebelión levante su cabeza á las puertas mismas de nuestro alcázar.

-Eso es imposible, D. Sancho: esta misma tarde ha venido á darme cuenta del estado de mi Córte el Justicia mayor D. Diego Alonso, cuya actividad es bien conocida, y nada me ha dicho.

-Es que Diego Alonso no pica bastante alto para llegar á los conspiradores.

-Acaso te habrán engañado.

-Ojalá, señor; pero creedme, en este mismo momento están reunidos, y ¡guay de nosotros! si no acudimos con tiempo á cortarles las alas: quizá no tarden ocho días en hacernos oír sus reclamaciones.

-¿Sabes, D. Sancho, que para ser tan mozo, eres demasiado suspicaz?

-Y vos muy confiado, padre mio; vuestra inteligencia superior vuela á regiones desconocidas para los mortales, y por eso quizá no os dignais fijar los ojos en el suelo, esponiéndoos á tropezar á cada paso.

-Mucho se asemejan esas palabras á un reproche, señor infante.

-No es mi ánimo ofenderos; pero, creedme, lo de la conjuracion es cierto.

-¿Y quiénes son esos enemigos misteriosos?

-Preguntádselo á vuestro hermano D. Fadrique.

-¿Qué oigo? Fadrique rebelde! exclamó el rey con indignacion. Qué os parece de esto, Ebn Yuzef?

El anciano que al oír las últimas palabras del Infante se habia estremecido, volvió el rostro y repuso:

-No olvideis que D. Fadrique es hijo de vuestro padre.

-¡Oh, solo esto me faltaba! exclamó D. Alonso con amargura. ¿Con que no es bastante haber perdido el amor de mi pueblo, sino que tambien han de conjurarse contra mí mis propios deudos?

-¿Y por qué os apura esa conjuracion, si ya la hemos descubierto? dijo D. Sancho con entereza.

-¿Por qué? porque me aterra tener que empuñar una espada fratricida; porque ese contratiempo viene á distraerme precisamente en ocasion en que quizá voy á fijar la suerte y la prosperidad de mis vasallos todos.

-No os inquieteis por eso, padre mio: fiadme á mí la persecucion de los rebeldes, y yo os respondo de que no han de estorbaros en vuestras meditaciones.

-¡Oh, no, no! eso seria peligroso: fiar mi cetro á un niño.

-¿Olvidais acaso que he sido, no hace mucho, vuestro lugarteniente?

-En la frontera, D. Sancho, en la frontera, y no es lo mismo mandar soldados, que perseguir á conspiradores. Decidme, Ebn Yuzef, ¿podríamos suspender este experimento?

-Imposible, señor: la hora prefijada se acerca, y si la dejamos pasar, todos nuestros esfuerzos serán inútiles en adelante.

-En ese caso no hay remedio: D. Sancho, te confio mi autoridad, y espero que velarás por la paz de mi pueblo: toma mi sello de mando y mi espada de justicia, y no eches en olvido que son el sello y la espada de S. Fernando.

-Fiad en mí, ya veis que me ocupo sin descanso en pro de vuestra corona, y que mi condicion de mozo no me impide descubrir las maquinaciones de nuestros enemigos.

-Ve, pues, á mantener la tranquilidad de ese pueblo ingrato, mientras yo me ocupo en preparar su prosperidad y su gloria.

Salió D. Sancho cerrando la puerta tras sí, y el Rey quedo un momento en ademan pensativo.

-Qué, preguntó Ebn Yuzef, acaso os preocupan los negocios mundanos? Si es así, apartaos del altar de la ciencia.

-No, no, repuso el Rey, haciendo un poderoso esfuerzo y poniéndose la careta; ya estoy tranquilo. ¿Qué me importa una sedicion mas, á mí que mañana podré sofocar la insurreccion del mundo entero? Veis algo en el crisol?

-Nada, nada: pero que no por eso vacile vuestra fé. Geber pasó toda su vida entregado á la meditacion, y cuando quiso reducir á práctica su teoría, permaneció muchos años en su caverna de rodillas delante del fuego que abrasaba su semblante corroyendo su existencia: un día mas de vida le hubiera bastado para tocar el término de sus afanes y alcanzar el premio de su heróica constancia; pero la muerte sorprendió cuando solo le faltaban veinticuatro horas para concretar el fuego que habia preparado.

-¿Y creeis que nosotros seremos mas felices? preguntó el Rey con acento de duda.

-Nosotros haremos oro, dijo el anciano con la mas profunda conviccion. Mirad: ¿no veis esa barrita candecente que flota en medio de la ebullicion del crisol grande? pues cuando esa barrita sea fuego nos bastará sumergirla en aquella redoma para obtener el oro de mas subidos quilates.

-¿Y cuándo será fuego?

-Cuando en vez de flotar se vaya al fondo.

-¡Oh Dios mio! Dios mio, exclamó el Rey levantando las manos al cielo: ¿nos concederás tan supremo beneficio?

-Nada se niega á la ciencia, bien lo sabeis, y ese beneficio me lo ha concedido la Providencia hace mucho tiempo.

-¡Qué escucho! ¿Con que esto no es un simple experimento?

-No, D. Alonso, no: esto es una revelacion. Antes que asome el primer albor de la mañana os persuadireis de que Hermes no es un sueño; pero la hora ha llegado, y mientras el fuego se purifica voy á referiros una historia que os explicará cómo he descubierto el gran misterio, y por qué os he elegido á vos para revelárosle. Yo cuidaré del crisol: sentáos y prestad atencion á mis palabras.

Capítulo VI

Donde se ve que siempre es bueno prestar servicios aunque sea á un moro.

Era yo niño todavía cuando mi padre, nombrado jeque de Mohamed Ben Jussuf, Emir Almumenin, vino á España entre las formidables huestes que aquel poderoso monarca llamó á Europa, deseoso de echar el yugo, sarraceno sobre toda la cristiandad.

Dia de júbilo y de risueñas esperanzas fué para Tremecen aquel en que sus hijos se ciñeron la cimitarra, y montaron en sus corceles de guerra. «Al otro lado de los mares, les dijeron, hay una region tan deliciosa como el Edén que el Profeta ofrece á sus escogidos: allí las mujeres tienen la tez blanca como el armiño, y los ojos azules como el firmamento; allí serpentean sobre alfombras de verdura rios con las corrientes de plata y las arenas de oro; allí crecen flores de gayos matices que esmaltan los prados, y cuyas redolientes emanaciones embriagan con mas dulzura que los perfumes de la Arabia,»

Ardió en todos los pechos un deseo vehemente de respirar en aquel pais encantado, y un grito de alegría delirante respondió á la orden de botar los bajeles á las aguas.

La mar desapareció debajo de las hinchidas velas; las huestes que llenaban aquellas naves eran mas numerosas que las arenas del desierto, y el caudillo que debia mandarlas el mas poderoso de los monarcas de la tierra.

Aun me parece mirar la inmensa cadena, forjada con el designio de sujetar á ella los esclavos sin cuento que pensaban dejar en pos de sí los hijos del Profeta en su carrera triunfal. Un soplo de la brisa hizo que la armada se perdiese tras los horizontes, y el Africa

aguardó llena de regocijo la vuelta de aquellos nuevos argonautas, que habian ido á conquistar otro vellocino de oro. Mas ¡ay! que las Navas de Tolosa aguardaban á nuestros guerreros, y allí se estrellaron las olas de aquel torrente que imaginaba en su soberbia derrocar cuanto se le opusiese al paso.

Cuatro días duró la lid, y la muerte segó con su guadaña la flor de nuestra juventud. Huyó con ignominia el soberbio Jussuf; el rey de Aragon se apoderó de su tienda de púrpura; el de Navarra le arrebató la cadena con que circundaba sus reales, y el de Castilla le despojó de cuantos laureles habia alcanzado en cien batallas.

Cuando la fama, tendiendo sus alas gigantescas, nos trajo la nueva de aquella rota, rugió el Africa de coraje como el leon herido, y juró odio eterno y guerra sin tregua al nombre de Nazaret.

Mi padre habia muerto como bueno interponiendo el pecho al golpe que iba dirigido contra el corazon de su rey, y cuando su esclavo favorito le presentó á mi madre su alquicel ensangrentado, aquella mujer que hasta entonces me habia hecho respirar auras de ternura, infundió en mi alma de niño rencor de muerte contra los asesinos del que me habia dado el ser.

Pasaron los años; y cuando ya mi pecho se habia estrenado en sangrientas escaramuzas contra las inquietas Kabylas del desierto, creí que era llegada la hora de dar principio á mi venganza: reuní en torno mío á mis deudos y esclavos; desplegué el rojo pendon de los combates, y embarcando en tres bajeles mis tesoros y los ardientes potros de mis yeguas, hice rumbo hácia las costas de la Bética.

El Califa de Granada, que era del linaje de los Bermejos, me admitió á su servicio, y bien pronto me colmó de dignidades y de honores.

El continuo trato con los ilustrados moros andaluces, la residencia en aquel suelo delicioso, cuyos bosques de azahar y cuyas alfombras de, alelíes realizaban mis sueños orientales; la vista de las encantadoras hijas del Genil; la dulzura. de un clima templado y enervador, suavizaron algun tanto la rudeza de mi corazon, que por espacio de diez años había estado atesorando fanática ira contra la valerosa España.

Mis costumbres belicosas, agrestes y severas, se reformaban de dia en dia: hasta entonces mi pecho cerrado á todo sentimiento humano, solo abrigó deseos de venganza y aspiraciones de guerrera gloria: mis ocupaciones favoritas habian sido la caza del leon y los combates; era profano al conocimiento lo de las letras, Y solo la fama de mis antepasados y el crecido número de mis esclavos me pudieron conducir á un alto puesto en la Córte de Granada, pero una tregua de tres años que se habia ajustado entre moros y cristianos, me dejó en el ocio y despertó en mi pecho la aficion á las zambras y á los festines.

Depuse los pesados é inútiles arreos de batalla, y vistiéndome las magníficas galas de la Córte, empecé á probar las dulzuras de una sociedad culta y voluptuosa: sin embargo, mi pecho no habia perdido completamente su duro temple, ni mis modales la rudeza del campamento: era un soldado vestido de cortesano á quien las damas miraban con estrañeza,

y cuyos altivos ojos no se habían fijado nunca en ninguna de ellas; pero un día (era en lo más delicioso de la primavera) fui invitado para asistir á un festín: los convidados estaban reunidos en uno de aquellos verjeles embalsamados y sombríos que bordan las orillas del Darro: una música dulcísima resonaba en un bosquecillo de arrayanes, y en medio de una espaciosa glorieta cubierta con toldos de seda danzaban al compás de agudos erótalos y sonoras panderetas innumerables parejas de garridas moras y apuestos donceles.

Yo jamás había ejercitado mis pies en las difíciles zambras, y miraba con desdeñosa altivez á aquellos mancebos que fundaban su orgullo en la ligereza y en la afeminada gracia de sus movimientos: ya empezaban á parecerme monótonos los compases de la orquesta, cuando de repente fijé los ojos en una doncella, en quien no había reparado hasta entonces y que acababa de danzar: apenas contaría quince años; era de mediana estatura, de tez sonrosada. ojos garzos y negra cabellera; sus labios eran más rojo que una clavellina, y sus dientes más blancos y más iguales que una rastra de perlas de Comorin.

Al verla sentí un sacudimiento nervioso, que me hizo variar de posición involuntariamente: un calor repentino subió a mis mejillas y desde aquel momento ya no fui dueño de mi albedrío: la presencia de aquella criatura ejercía en mi espíritu una influencia extraña: me aproximé a ella con paso tembloroso, y al contemplar de cerca sus facciones me pareció que desfallecían los latidos de mi corazón; el aura que respiraba en torno suyo era embriagadora para mi pecho, el sonido de su voz infantil vibraba en lo más hondo de mi alma, y sus miradas lánguidas y dulces me fascinaban. Quise hablarla y no encontré palabras con que expresar mis sentimientos: entonces envidié á todos aquellos mancebos tan diestros en el arte de decir amores, y hubiera trocado sin dificultad mi pericia en blandir la lanza, por la agilidad de sus pies, que pocos momentos antes había mirado con tanto desprecio.

Cada vez que alguno se acercaba á ella sentía un involuntario despecho que me hacía fruncir el ceño: apenas acababa de experimentar el primer destello de amor y ya me atormentaba el roedor de los celos: mi carácter indómito se rebelaba contra las leyes de la galantería española, y más de una vez estuve tentado de hundir mi puñal en el corazón de los que osaban tocar en mi presencia la mano de aquella mujer; pero me bastaba mirar sus ojos castos y serenos para sentir templados los impulsos de mi ira.

Terminó el festín, y yo supe que aquella joven era la hija de Aly-Zeir, el alcaide de Priego: había ido con su padre á pasar algunos días en Granada y debía regresar en breve á su país; pero mi destino se hallaba ya ligado al suyo, y poco me hubiera importado tenerla que seguir hasta el fin del mundo.

La ví: mi pasión inspiró sin duda mis palabras, y yo, el rudo soldado, el feroz caudillo de Tremecen, como me apellidaban los moros andaluces, supe insinuarme en aquella alma tímida y candorosa y despertar el más acendrado amor en su corazón de virgen: desde aquel momento me pareció que mi frente era más alta que la del Emir-Almumenin.

Pasaron como un sueño de hadas los días de su permanencia en la corte: aun recuerdo con delicia aquellas noches serenas en que la veía en su arabesca ventana, medio velada

entre el espeso follaje de los rosales y jazmines que, trepando desde los arriates del jardín, se entretejan sobre su cabeza como un dosel de verdura.

¡Cuán hechicera estaba mi Zulima en medio de aquellas flores que afrentaba con su belleza!... Partió por fin; pero el día antes de su marcha me había yo presentado á su padre y obtenido su consentimiento para enlazar con ella mi existencia: únicamente una condición me impuso aquel venerable anciano:

-Espera, me dijo; «mi Zulima aun no cuenta quince primaveras, y hasta la luna de Safar no puedo concederle su mano; así lo he jurado sobre el sepulcro de su madre.»

Después partió y yo quedé solo, solo en medio de la ciudad más populosa de España: una dulce melancolía se apoderó de mi corazón: por las noches iba á contemplar á la luz de la luna aquella misma ventana que tantas veces había sido testigo de mi dicha, y me parecía á cada sacudida de las ramas mecidas por el aura, ver aparecer en la penumbra del follaje su forma blanca, aérea, encantadora: así pasé días, semanas, meses: dos palomas, blancas como el armiño, eran las mensajeras encargadas de llevar desde Granada á Priego expresión de nuestros mútuos sentimientos.

El amor había despertado las facultades de mi alma, y de repente me sentí inspirado por el número de los poetas: más de una vez consolaba mis penas repitiendo aquellos sentidos versos que Alhakem II escribió al verse lejos de su querida:

De tus ojos y los míos - en la triste despedida,
De lágrimas los raudales - inundaban tus mejillas.

.....
Estrañó amor al partir - cómo no perdí la vida;
Mi corazón se arrancaba - el alma salir quería:

.....
Loco de amor preguntaba - ¿dónde estás, bien de mi vida?
Y estaba en mi corazón - Y con su encanto vivía.....

.....
El sentimiento de lo bello se había revelado en mi alma, y deseando hacerme digno de mi amada cultivé las bellas artes, adiestrándome en la danza y en la música.

Ya me faltaba poco para tocar el colmo de mi dicha; mas ¡ay! una nueva terrible vino á estremecer mi corazón: el rey de Castilla acababa de romper la tregua, y enarbolando el estandarte de la cruz había entrado a sangre y fuego en los dominios andaluces.

Cundió por todas partes con la velocidad del rayo el grito de alarma: las villas y lugares se aprestaron á la defensa; el de Granada apercibió sus huestes á la pelea, y aquel reino tan tranquilo pocos días antes, presentó desde aquel momento el aspecto de un inmenso campo de batalla: al alegre rumor de los festines y á la voz armoniosa de los adules siguió el belicoso estruendo de las armas y el ágrío resonar de los añafíes: los guerreros á quienes la paz cansa y enerva, entonaban sus bélicos lelilíes llenos de un gozo feroz: mis esclavos húmedas afilaban sus gomas, como el buitre aguzaba las garras antes de arrojarlas sobre su

presa. Yo solamente, yo que hasta entonces habia sido siempre el primero en desnudar la cimitarra, permanecia frio y aterrado al oir aquel estruendo de guerra.

Mi alma presintió que al romperse la tregua se retardaria naturalmente el cumplimiento de mi deseo, y apartarme un solo dia de mi amada, era para mí mas cruel que perder diez años de vida; sin embargo, pasado el primer momento de perplejidad, y cuando me convencí de lo inútil de mi tristeza, sentí que el odio á los cristianos, mal sofocado en mi pecho, se despertaba de nuevo en mí: el peso de mi armadura damasquina volviómela antigua energía, y al recibir la órden de salir al encuentro de los castellanos salté sobre mi negro corcel de batalla ardiendo en sed de gloria.

Entre, tanto avanzaban los cristianos, y la victoria precedia sus pasos: un caudillo jóven y bizarro les guiaba á la pelea, el terror empezaba á cundir por todas partes, y los pueblos enclavados en la serrania de Ronda temieron la proximidad de aquel caudillo: los moros de cuenta reunieron sus vasallos, y llevando consigo sus familias y tesoros fueron á encerrarse en la villa de Priego, cuya fortaleza era tenuta por inespugnable.

El padre de mi amada era alcaide de aquella plaza. Cuando llegó á mi noticia la nueva de que los cristianos dirigian contra ella sus armas victoriosas, temí por la prenda de mi corazon, y sin aguardar órdenes de mis jefes volé en su auxilio desgarrando los hijares de mi corcel: dos dias anduve sin conceder descanso á mis soldados, y al tercero descubrí el alcázar, dentro de cuyos muros me aguardaba mi Zulima; mas ¡ay! las huestes castellanas cercaban ya aquella fortaleza, y una descomunal batalla se estaba dando en sus inmediaciones. El venerable Ali-Zeir, cubierto con su armadura peleaba en lo mas recio del combate con el arrojado de un mancebo, y su lanza formaba en torno suyo un circulo sangriento. Las falanges de ambos bandos mezcladas ya en confuso remolino se inmolaban sin compasion, y de una parte y otra perecian innumerables guerreros: hubo un momento supremo en que la victoria estuvo indecisa: aquel momento fué el en que yo cerré con los cristianos seguido de mis feroces combatientes: al grito de los hijos del desierto se reanimaron los moros andaluces, y los cristianos retrocedieron sobrecogidos: su valiente caudillo no combatia entre ellos, y mi lanza hizo morder la tierra á su lugarteniente.

Ali-Zeir, que se habia apartado un momento de la pelea, embistió de nuevo con sin igual pericia á nuestros enemigos, y destrozó el ala izquierda de sus peones: ya empezaba á cundir la confusion y el desaliento entre los de Castilla, y mis guerreros con su acostumbrada fiereza quisieron terminar la batalla en una arremetida; mas ¡ay! al volver yo los ojos para observar si los jinetes se hallaban bien ordenados, ví que el estandarte de la cruz tremolaba sobre los muros de Priego: un grito horrible llegó entonces á mis oidos y divisé una densa columna de humo, que desprendiéndose de la techumbre del palacio del alcaide, subia en negra espiral hasta el firmamento.

Mi corazon dejó de latir por un instante; sentí en el pecho una opresion terrible; una nube de sangre ofuscó mis ojos, y un zumbido atronador hirió mis oidos: en aquel momento lo olvidé todo, el éxito de la batalla, el riesgo de Ali-Zeir, la suerte de mis soldados, y solo pensé en Zulima, en Zulima que habia caido en poder de mis enemigos; en Zulima, que se hallaba en medio de un mar de fuego; y hostigado á mi corcel con la voz y con los acicates, golpeando sus ancas con el cuento de la lanza, me precipité hácia la morada de mi

prometida con la velocidad y el fragor de un peñasco arrojado por un volcan. Corrí, volé, llegué; pero ya era tarde, una desenfadada soldadesca habia entrado á saco la villa; el incendio acababa de cebarse en muchas de sus casas, y un grueso peloton de guerreros cristianos guardaba sus puertas. Mi desesperacion llegó á su colmo; arremeti solo y sin cuidarme de la defensa propia á aquellos formidables campeones que acababan de arrebatarnos una de nuestras mejores villas; les arrojé la lanza al ver que no podia destrozarse con ella sus acerados escudos; salté de mi caballo, me apoderé de una maza de armas, y haciendo esfuerzos sobrehumanos, quise abrirme paso sobre los cadáveres de mis adversarios.

El incendio seguia entretanto adquiriendo mayor voracidad: una de las casas mas inmediatas se despionió sepultando entre sus escombros innumerables víctimas, y los guerreros que lidiaban conmigo se apartaron del muro con terror; entonces hallé libre el paso, y sin pensar que podian herirme por la espalda, me lancé á través de los escombros, llegué al palacio de Ali-Zeir, y un momento despues ya me hallaba en el patio principal de aquel vasto edificio.

En uno de sus ángulos habia una maciza puerta forrada de hierro; en la parte superior de sus cuatro frentes y ya cerca de la techumbre se extendía una larga hilera de ventanillas arabescas, y sobre ellas avanzaba una especie de ándito formado por las molduras salientes de los muros. Un confuso rumor de voces y gemidos zumbaba en el interior del palacio: muchos moros pálidos y ensangrentados, pasaban presurosos por delante de mí perdiéndose cual fantasmas en las intrincadas galerías del patio, y densas bocanadas de humo salian de vez en cuando por algunas de las ventanas.

Yo no conocia las entradas del edificio; pregunté á varios esclavos que atravesaban despavoridos de un lado á otro, y no me respondieron; solo la puerta de hierro se presentaba á mis ojos; pero aquella puerta estaba cerrada: una angustia indecible se apoderó de mí, lágrimas de rabia impotente surcaban mis mejillas, y sentí que me abandonaba la energia. Zulima, la prenda de mis amores, la hurí de mis pensamientos, el alma de mi alma, iba á ser presa de las llamas, allí, cerca de mí, y yo que hubiera dado cien vidas por la suya, me hallaba reducido al vergonzoso extremo de llorar como una mujer sin esperanza. Un vértigo terrible turbó mis ojos, y ya me parecia que los objetos empezaban á dar vueltas en torno mio, cuando de repente llegó á mis oidos un grito desgarrador: volví la cabeza y en la ventana practicada sobre la puerta de hierro vi á Zulima con el cabello en desorden, rasgadas las vestiduras, y pálido el semblante: su presencia volvió á mi pecho el denuedo y la fé; corrí á la puerta que me apartaba de ella, y descargué sobre sus hojas mi maza formidable: rechinaron los goznes; pero resistieron sin conmoveirse; redoblé los golpes y la puerta no cedía: ví que un resplandor rojizo empezaba á circundar la cabeza de mi amada: oí su voz infantil que gritando ¡socorro, socorro! se perdia entre los estallidos del incendio: mis manos entumecidas apenas podian ya soportar el peso de la maza, la esperanza me abandonó de nuevo... todo estaba perdido...

Mas ¡oh prodigio! un caballero cristiano cubierto con una magnífica armadura apareció sobre la techumbre del palacio vió á la acongojada doncella, y sin cuidarse de su propio peligro arrojó el escudo que abrazaba, se quitó las manoplas y con la agilidad de un leopardo se descolgó á la estre-

cha galería formada por las molduras, encaminándose con firme paso hacia la ventana incendiada: un sin número de soldados castellanos acababa de coronar las azoteas del edificio, y todos le miraban con estupor. Yo mismo con ser amante, y amante favorecido de Zulima, no hubiera podido hacer mas que aquel valiente guerrero; su accion magnánima en tan azaroso instante y en medio de tantos riesgos, cautivó mi albedrío; sentí que un raudal de gratitud inundaba mi alma, y levantando los ojos al cielo con toda la fé del creyente rogué por ella y por él.

Mi plegaria no fué desatendida: un grito de júbilo llenó el espacio, y en medio de aquella aterradora escena, el paladin de la resplandeciente armadura apareció de nuevo entre sus numerosos guerreros llevando á Zulima desmayada en sus brazos.

El incendio devoraba por todas partes el palacio: sus moradores huyeron en tropel, y cuando llegué á la escalinata del frontispicio vi ya en medio de la plaza al libertador de mi adorada, que rodeado de ricos-hombres y escuderos, le estaba prodigando los mayores cuidados: poseido de agradecimiento quise conocer al hombre á quien debia mas que la vida; atravesé por medio de sus guerreros, y postrándome á sus plantas le dije, sin cuidarme de ocultar las lágrimas de mis ojos:

-«Ilustre paladin, si mi vida bastára á pagar tu accion magnánima, te ofreceria mi vida; mas hay beneficios que solo al cielo es dado premiar: cólmete Alá, de prosperidad y de ventura: tu esclavo soy; pero es tan profunda mi gratitud que desde hoy llevaré tu cadena con mas orgullo que

una corona.»

Al oír mis palabras tendióme la mano en ademan afectuoso, y me respondió obligándome con benevolencia á levantarme del suelo:

-Conozco tu linaje y tu bravura; capitanes como tú no han nacido para arrastrar cadena; sé que tu reconocimiento, y no mi espada, te han postrado á mis pies, y seria indigno de mi estirpe dejar en tierra á un enemigo tan valiente. Ven á mis brazos, Ahmed-Ebn-Yuzef, ven á mis brazos, y permite que en cambio de la villa que acaban de arrebatarnos mis soldados, te entregué la mano de tu bella prometida: al salvar á Zulima solo he cumplido con el instituto de la ley que profeso: deber es de todo caballero esponer su existencia por las damas: al devolverte á tu amada cumplo con los instintos de mi corazón.

-Noble cual ninguno es el corazón que atesoras, valiente caudillo, le dije; mas si quieres que admita tus beneficios concédeme al menos el honor de conocer al que me los prodiga.

Entonces llamó aquel bravo paladin á sus escuderos, y quitándose el almete dejó descubierta la magnánima frente de D. Fernando III de Castilla.

Desde aquel momento juré no blandir la lanza contra ningun cristiano y pagar dignamente los desinteresados favores de aquel santo rey.

Capítulo VII

Cómo Ahmed Ebn Yuzer llegó á descubrir la piedra filosofal.

Hizo una pausa Ahmed Ebn Yuzef al llegar á este punto de su historia, y D. Alonso que desde un principio le habia atendido con el mas vivo interés, dejó vagar por sus labios una sonrisa de dulce satisfaccion al oír que el héroe á quien su maestro debia tan eminente servicio era su augusto padre.

El anciano quedó entre tanto con la vista fija como si estuviese reuniendo sus-recuerdos, y parecia hallarse conmovido; pero despues de un corto silencio levantó la cabeza, y anudando su interrumpido relato siguió de esta manera.

-El valiente Ali-Zeir se habia encerrado, al dejar la batalla. en el castillo de Priego, llevando consigo las reliquias de su destrozado ejército, y despues de una obstinada resistencia obtuvo del vencedor todos los honores de la capitulacion. Salimos, pues, de aquella villa con armas y caballos aunque llevando en el alma la amargura del vencimiento: el rey de Castilla siguió su conquista y la guerra era cada vez mas sangrienta: á nuestro arribo á Granada recibimos órden de ir á hacer una algarada en la frontera; pero yo habia hecho un juramento irrevocable, y despues de enlazar mi mano con la de Zulima, obtuve de su padre y de mi rey el permiso de volver á Tremecen: dejé entonces el mando de mis vasallos á un deudo de confianza, y regresé a mi patria con el corazon henchido de alegría y de dulces presentimientos.

Una brisa favorable nos llevó tras corta y bonancible navegacion á las costas de Africa, y yo que habia salido de mis hogar con el pecho lleno de rencor y en busca de odiosos enemigos, volví a él dejando deudas de gratitud y recuerdos de ventura en aquel suelo que tanto habia aborrecido en otro tiempo.

La fortuna parecia sonreirme desde mi llegada á Tremecen: Zulima, aquella burí que el cielo me habia concedido por compañera de mi vida, me amaba cada vez con mas ternura, y yo dividia mi existencia entre ella y el estudio de las artes; los años se deslizaban sin que nada viniese a turbar nuestra dichosa tranquilidad, cuando de improviso hirió mi corazon un golpe terrible que me sumergió en la mas desesperada amargura.

Mi esposa, que aun no había tenido hijos, sintió que Dios acababa de concederle aquel beneficio; pero cuando esperábamos llenos de regocijo el cumplimiento de nuestro deseo, vino la muerte despiadada á cortar su existencia en el momento en que acababa de dar á luz el primer vástago de nuestra union: murió Zulima, murió cuando el cielo la habia hecho mas dichosa, cuando apenas contaba veinticinco abriles... ¡Ay!... cincuenta años de vicisitudes y de lágrimas no han podido borrar su imágen de mi pecho ni volver la sonrisa á mis labios... Huí de Tremecen y fuí á esconder mi desventura lejos de aquellos lugares que

habian sido testigos de mi dicha: si no hubiera tenido un hijo que educar y una deuda que satisfacer, habria seguido á mi esposa; pero la vida no me pertenecía, y llevando conmigo el fruto de mi amor busqué un asilo que estuviese en armonía con el estado de mí corazon en las ardientes y solitarias riberas del Niger. Allí fué donde deseando llenar el inmenso vacío de mi vida me

dediqué al estudio de la ciencia, y quise investigar el origen de las grandes verdades para ver si encontraba otras verdades nuevas que fuesen capaces de dulcificar la amargura de mi alma: devoré con avidez las obras de los hombres; leí como Plinio en los misteriosos pétalos de las flores, y como Pitágoras en los eternos caracteres de los astros; seguí las huellas de Platon y de Sócrates, y al fin tropecé en Hermes y en Ostan que me lanzaron en pos de la seductora Crisopeya.

Entre tanto, mi hijo llegó á la edad en que el hombre necesita para respirar una atmósfera de amor y de gloria, y fué á buscarla en el mismo pais en que mi pecho habia dado tanto pábulo á aquellas nobles pasiones. Entonces yo, que no habia podido hallar una verdad absoluta, una verdad que valiese lo que las ilusiones que habia perdido, ni en las doctrinas de los filósofos ni en las teorías de los sabios, quise ver si la palabra hablada de los maestros de la ciencia se infiltraba en mi corazon mejor que la palabra escrita, y mientras mi hijo iba á buscar la felicidad en España, yo fuí a buscar la sabiduría en el Oriente.

Cincuenta años contaba á la sazón; pero ni la melancolía ni las vigiliás habian encanecido mis cabellos, y con tanto ardor como si me hallase en la mas lozana juventud emprendí mi viaje: atravesé con las caravanas de los árabes los desiertos de Sahara; crucé el bajo Egipto; visité el Cairo, dejé el Nilo á mi espalda, me interné en las vastas llanuras de la Siria, y costeano la orilla derecha del Eufrates llegué á las márgenes del Erat, y allí me detuve en Erzerum, que es una de las ciudades mas importantes de Armenia.

Los Magos son aun en aquel país los depositarios del saber humano, y mi primer afán fué iniciarme en los misterios de su religion, seguro de que sin este requisito me seria imposible penetrar los arcanos de su ciencia. Para conseguirlo procuré ante todas cosas captarme la benevolencia de Almagastan, el mas autorizado de todos ellos, el cual era un anciano venerable que ya frisaba en los noventa inviernos; sus largos padecimientos y acerbos desengaños, en vez de agriarle con los hombres habian dulcificado su carácter, y era un sabio cuya boca no se negaba jamás á la sonrisa: cuando me presenté á él me recibió con una deferencia paternal, y al informarse de mi deseo empezó por examinarme con el delicado tacto de verdadero filósofo: hizo que le refiriese mi historia, y fijando en mí sus ojos serenos y penetrantes, sondeó mi corazon y mi inteligencia, adivinó mis pensamientos, leyó en mi alma, y levantándose de improviso de su asiento me tendió los brazos lleno de efusion y de ternura.

-«Tú eres el predestinado, me dijo; hace cincuenta años que te estoy esperando: hasta hoy todos los que han llegado á las gradas de la escalinata traían corrompido el corazon: unos estaban poseidos del demonio de la avaricia, otros ardan en el fuego impuro del orgullo, los mas ambicionaban una vana gloria; pero tú, tú solo vienes en busca de la verdad, y tú solo eres digno de saberla porque tienes la dicha de haber amado con fé sincera

y de agradecer con firme propósito. Mañana partiremos, tengo los días contados y no podemos perder tiempo; los que visten la túnica de la ciencia en Erzerum no son mis hermanos, en vano te dirigirías á ellos: ignoran tanto como el vulgo, porque no les he juzgado dignos de iniciarlos en el gran misterio, y si tú no hubieses llegado, la verdad no hubiera salido del Santuario.»

No dijo mas aquel hombre extraordinario, y yo quedé reflexionando sobre sus palabras sin poder comprender el verdadero sentido de ellas, y sin resolverme á dudar ni á creer lo que me decia: adivinó mi pensamiento, y acercándose á mí, añadió con una dulce sonrisa:

-«Tu perplejidad es natural: eres justo y por eso ni te dejas fascinar ni te resuelves á creer: mañana partiremos.»

En efecto, al día siguiente, al romper el alba, vinieron á despertarme de parte de Almagastan, y cuando llegué a su casa te encontré ya á la puerta montado sobre un camello de la Bactriana: otros dos de aquellos veloces animales se hallaban enjaezados, uno para mí y el tercero sin duda para alguna persona que debería aguardarnos fuera de la ciudad, pues no bien me vió el mago me saludó con un ligero movimiento de cabeza, y haciéndome montar sin detencion dió orden al esclavo nubio que habia venido en mi busca, de romper la marcha delante de nosotros.

El sol empezaba á reflejar de soslayo en las corrientes del Erat, cuando dejamos los muros de Erzerum: la mañana estaba calurosa, y el horizonte teñido de púrpura deslumbraba nuestra vista con sus vivísimos resplandores.

Almagastan guardaba el mas profundo silencio, y contra su costumbre parecia hallarse absorto en tristes meditaciones: tenia la frente inclinada y sombría, los ojos fijos en el suelo y los brazos cruzados sobre el pecho: su camello avanzaba con la velocidad del pensamiento sin necesitar que la mano de su dueño lo indicase el camino que debia seguir: el esclavo callaba tambien y corria con pie ligero para ir á la par de jigantesco animal que conducia del diestro; yo les seguia sin interrumpir el silencio, y todos caminábamos con rapidez por una llanura árida y arenosa como los desiertos de Barca.

Tres dias anduvimos sin conceder descanso á nuestras bestias, alimentándonos con polvo de dátíl y bebiendo el agua tibia de nuestros odres: al despuntar la cuarta aurora divisamos a lo lejos las azuladas cumbres de una cordillera de montañas que formaban la apariencia de un mar agitado por las olas: habíamos llegado a la Georgia, y desde aquel momento empezamos á descubrir huellas humanas recientemente impresas en la movible arena: de vez en cuando veíamos pasar á lo lejos varios grupos de viandantes que caminaban en distintas direcciones, y algunas bandadas de golondrinas cruzaban sobre nuestras cabezas con fatigado vuelo.

Subió el sol lentamente al zenit, dejó caer sus rayos perpendiculares, y ya empezaba á declinar, cuando vimos venir hácia nosotros un pequeño bulto blanco, cuya forma no se distinguia bien: sin embargo, fijó en él Almagastan su penetrante mirada, y exhalando un suspiro exclamó:

-«Héla aquí por fin; mucho ha tardado, pero bien sabia yo que no podía faltar.»

Un momento despues nos hallábamos en presencia de una mujer bellísima: su talle era esbelto y elevada su estatura; sus ojos negros y tímidos permanecian habitualmente inclinados, y una magnífica cabellera oscura como la noche flotaba en torno de su cuello: llevaba cubierta la cabeza con un turbante mas blanco que la nieve y una túnica de lino blanca tambien, bajaba hasta sus pies calzados con pequeños borcegués de tafíete encarnado: un manto de lana ceniciento completaba su traje. Al pasar junto á nosotros nos saludó con un gracioso ademan y siguió andando; pero mi venerable compañero la detuvo haciéndola señal de que aguardase, y aproximándose á ella le dijo:

-«Hija mia, te estaba esperando; bien sé que deseas llegar á casa de tu padre antes de la noche; mas es indispensable que nos acompañes: necesito una mano pura como la tuya para abrir las puertas del Santuario: ven, pues, con nosotros y no temas atrasar en tu camino: el paso de mis camellos es bastante veloz para que podamos llegar al término de nuestro viaje y regresar á tu casa antes que la luna brille en el firmamento.»

Nada respondió la doncella á estas palabras. La autoridad de los Magos es tan respetada en aquellas regiones que nadie osaria contradecir su mas leve insinuacion: a una mirada de Almagastan hizo el esclavo que el camello que conducía del diestro doblase las rodillas, y la bella viajera saltó sobre su espalda sin manifestar el menor disgusto: entonces emprendimos de nuevo nuestro viaje, y aun brillaba el sol con todo su esplendor cuando llegamos á la falda de la cordillera que pocas horas antes nos había parecido tan lejana. Allí echamos pie á tierra, y guiados por Almagastan nos encaminamos hácia la cumbre de un monte mas elevado que los demas.

Largo rato anduvimos por una empinada cuesta, y ya empezábamos á sentirnos fatigados, cuando llegamos á la estrecha boca de una caverna profunda y oscurisima: el Mago se detuvo á su entrada, y tomando por la mano á la tímida doncella que nos acompañaba, se volvió á mí y me dijo con un acento imperativo que nunca habia usado conmigo:

-Sígueme.

Le obedecí sin responderle, y un momento despues nos hallamos envueltos en la mas densa oscuridad: solo el rumor de nuestros pasos repetidos por un eco sordo y lejano interrumpia el silencio de aquel antro solitario, y ya hacia largo rato que girábamos en distintas direcciones aunque siempre descendiendo, cuando de improviso nos hallamos en un ancho recinto iluminado por un pálido rayo de luz que penetrava á traves de una grieta practicada en la techumbre. Detúvose Almagastan al llegar á aquel sitio y haciéndonos sentar en un tosco banco de piedra se dirigió á mí, y con reposado acento me habló de esta manera:

-«Hijo mio, la desgracia primero y el estudio despues te han enseñado grandes verdades morales: en tu viaje por el mundo has podido aprender que el amor es un sueño y la gloria una palabra vana; de tus largas meditaciones filosóficas has podido deducir que solo en la práctica de la virtud existe la felicidad; pero al buscar la gran verdad fisica, al querer

sondear el misterio de la naturaleza y descubrir el arcano de sus elaboraciones misteriosas, has tropezado en la ignorancia de los maestros y te has perdido en falsas conjeturas: pero esto se explica bien; la verdad moral nos la ha revelado Dios por la boca purísima de sus profetas, que han extendido su doctrina sobre la faz de la tierra, mientras la verdad física aunque está anunciada aun no ha podido encontrar intérpretes: su letra existe escrita, pero no predicada, Y por eso has estudiado en vano la ciencia de los hombres. Dios sin embargo que quiere fiar su gran presente á un varon justo, te ha designado á tí que estás purificado por el dolor, y por eso has llegado hasta mí que te estaba aguardando hace cincuenta años.»

Al llegar aquí se puso en pie, y dirigiéndose á la jóven que le escuchaba con un asombro progresivo, le dijo:

-A tí, hija mia, te he traído al Santuario de la ciencia por que solo la mano inmaculada de una mujer pura puede recibir el misterioso libro que los espíritus eternos consagraron á las hijas de los hombres: el destino ha querido que tú fueses la escogida, y por eso te ha encaminado por el mismo sendero que á nosotros; cúmplase, pues, la voluntad de Dios.»

Dichas estas palabras nos hizo señal de que le siguiésemos, se encaminó al ángulo mas oscuro de la caverna, golpeó el suelo con la planta, hizo girar una losa que daba paso á una estrecha galería, y marchando delante de nosotros nos condujo á una vastísima rotunda iluminada por cien lamparas de forma estraña: sus paredes eran de jaspe oscuro y brillantado, su bóveda de granito y su pavimento de mármol negro: la mano del hombre no habia podido labrar aquella fábrica gigantesca que no pertenecia á ningun genero conocido de arquitectura, y cuya magnificencia era sorprendente: en medio de la nave se elevaba en atrevida espiral hasta el anillo de la bóveda una escala altísima y misteriosa como la de Jacob: aquella escala se componia de ocho tramos, delante de cada uno de los cuales habia una puerta de estraordinario mérito: la primera era de plomo, y en ella se veia la imágen de Saturno modelada en bajo relieve; la segunda de estaño con el traslado de Venus; la tercera de cobre representando á Júpiter; la cuarta de hierro adornada con la estatua de Mercurio; la quinta de diferentes metales en cuyo centro campeaba la figura de Marte; la sesta de plata con el disco de la luna sobre su dintel, y la sétima que era de oro puro desaparecia bajo los rayos de un sol resplandeciente: detrás de aquellas siete puertas simbólicas aun se veia otra que las escedia á todas en riqueza: sobre sus hojas de marfil habia incrustada en caracteres de azabache una larga leyenda que campeaba en medio de una orla de pedrería.

A vista de tan estraordinario espectáculo quedamos absortos la bella georgiana y yo mirándonos con asombro. Adivinó Almagastan nuestro pensamiento, y acercándose a nosotros nos dijo con tono solemne y en ademan de inspirado:

-«Este es el templo de Ormutz: aquí permaneció Zoroastro por espacio de veinte años pidiéndole á su Dios que le revelase la verdadera ciencia, y aquí fué donde oyó resonar el acento de su Dios: sobre la mas alta de esas puertas estais mirando escrito el Zend Avesta que es la palabra de Ormutz; la palabra de Ormutz fué difundida por Zoroastro desde las márgenes del Eufrates hasta el Indo; pero los Magos mis antecesores se rebelaron contra su doctrina, y entonces el Maestro no satisfecho con destruir su influencia por medio de la poderosa letra de Fargar se negó á interpretar sus profecias y escondió en este santuario el libro de la verdad, condenando á nuestra raza á vivir en la ignorancia durante el trascurso

de mil ochocientos cincuenta años. El plazo de su maldición acaba de espirar; pero mis días han llegado también á su término, y por eso os he traído para que reveleis á los hombres el secreto que voy á confiaros.»

Dijo, y adelantándose con paso lento empezó á subir los peldaños de la escalinata haciendo que nosotros nos hincásemos de rodillas al pie de ella: fué abriendo una tras otra las siete puertas que conducían al Santuario, y al llegar á la octava se detuvo un momento, murmuró una breve oración y volviéndose hácia mí me dijo:

-Ahmed Ebn Yuzef de Tremecen, tú que has sabido comprender la verdad moral que Dios ha revelado á los hombres por conducto de sus escogidos; tú que adoras esa verdad practicando la virtud; tú que has sabido amar y que sabes agradecer, recibe también la revelación de la gran verdad física para que no puedas comunicarla á tus hermanos.

Ormutz lo ha dicho.-«Cuando vuelvas la faz hacia el lado de la luz, harás huir á Ahriman, el demonio del error y de las tinieblas.

En el mundo no hay nada fuera de luz..

Al pronunciar estas palabras se inclinó respetuosamente, permaneció así algunos segundos, y luego añadió:

-Zoroastro lo enseña.-El sol es padre de la luz, la luz madre del fuego, el fuego padre del oro.- Ahmed Ebn Yuzef de Tremecen, recibe la fórmula consagrada y vuela á revelarla á tus hermanos.

Dijo, y abriendo con ímpetu el Santuario, descorrió un cortinaje de púrpura que lo cubría dejándonos ver su interior portentoso. En medio de una nube de zafiro resplandecía la imagen de Ormutz rodeada de todos los atributos del poder: sobre su cabeza giraba un inmenso disco de acero tachonado de puntos luminosos que representaban los astros, las estrellas fijas y los planetas, cuyo doble movimiento, así

como la intersección de sus rayos se marcaban por medio de líneas sutiles: á sus pies había una trípode de nácar primorosamente labrada y sobre ella estaba el libro de la verdad que era muy pequeño y forrado de piel de salamandra. Cuando Almagastan hubo descorrido el velo del Santuario, llamó con un movimiento de cabeza á nuestra joven compañera, la cual obedeció su mandato, y subiendo con planta veloz todos los peldaños de la escalinata, llegó junto á la trípode y con mano temblorosa tomó aquel libro extraordinario. Entonces el Mago cerró de nuevo las puertas de marfil, y de repente nos hallamos rodeados de tinieblas.

Cuando volvimos á la luz acabábamos de llegar al pie del monte en donde nos aguardaba el esclavo con los camellos: montamos sin dilación, volvimos la espalda á la cordillera, y llegando antes que la luna asomase en el firmamento á una pequeña aldea de la-Georgia, dejamos en ella á la joven del desierto, y seguimos nuestro camino con tanta velocidad que antes de espirar el cuarto día nos hallábamos de nuevo en Erzerum. Allí fué donde por vez primera fijé los ojos en el libro que acababa de adquirir por tan extraño medio, y leí esta

sola palabra reproducida en pehlvi, en zend, en persa y en griego sobre los cuatro ángulos de la cubierta.

Lleno de una viva curiosidad quise hojear sus páginas misteriosas; pero al llegar á la primera hallé esta advertencia:

-Para leerme, espera cinco lustros; para producirme, huye del país de los Magos.

Capítulo VIII

Que una bocanada de aire se llevó la esperaza de dos sabios.

Guardé el libro y resolví esperar. Almagastan murió al tercer día de nuestro regreso á Erzerum, y yo salí de Armenia para no volver jamás a aquellas regiones.

Habia tocado el término de mis largos afanes científicos: al considerarme poseedor del gran secreto que tantos sabios habian buscado en vano desde las remotas edades en que Hermes lo anunció al mundo, sentí que mi corazón amortiguado por el dolor, se abrasaba en una llama nueva, ardiente, devoradora. ¿Qué eran las riquezas de los potentados más altivos comparadas con las mias? Lo que un grano de arena á una montaña. Yo, del mismo modo que Moisés hizo brotar raudales de agua viva golpeando una roca con su vara, podía hacer brotar raudales de oro, con solo tender la mano sobre mis crisoles.

Un pensamiento de insano orgullo pasó entonces por mi mente y me deslumbró el alma; mi hijo era joven, audaz, ambicioso, y soñé que podía hacerlo rey del universo. Corrí en su busca y ya imaginaba verlo sobre el más elevado de los tronos teniendo á sus pies á todos los monarcas de la tierra que le juraban vasallaje y le pagaban tributo. Mas ¡ay! á mi llegada al Cairo recibí la infausta noticia de su muerte: habia dejado de existir, como su madre, a los veinte años de edad.

Aquella nueva fué para mí una revelación amarga, terrible, providencial: yo, que poseía el gran secreto; yo que habia llegado al último límite de las aspiraciones humanas; yo que podía subyugar á los hombres, comprar coronas, fundar imperios, me hallé más infeliz que el último de mis esclavos. ¿Qué era para mí la ciencia? Vanidad: ¿qué la riqueza? vanidad: ¿qué mis proyectos ambiciosos? vanidad.

Un solo lazo me ligaba ya á la vida, la gratitud: en medio de mi desventura recordaba aun con dulce tristeza al hombre á quien habia debido el más grande de los favores, y puesto que para mí eran inútiles todos los tesoros del mundo, quise experimentar una última satisfacción colmándole de riquezas. Pero estaba escrito: para llegar al conocimiento de la verdadera ciencia era indispensable hallarse purificado por el dolor, y el cielo me habia condenado sin duda á experimentar todas las amarguras. Cuando me disponia para

dirigirme á España con el objeto de revelar mi descubrimiento al ilustre monarca á quien habia debido la única felicidad verdadera, la posesion de Zulima, llegó al Cairo en alas de la fama la noticia de su muerte: D. Fernando III de Castilla no existia ya: al recibir tan infausta nueva incliné la frente, me entregué en brazos de la Providencia y resolví no hacer en adelante ningun propósito.

La Providencia guió mis pasos desde entonces, y despues de veinticinco años de vicisitudes me ha traído á tu córte, oh rey, para que pueda pagarle al hijo la deuda que habia contraído con el padre.»

Ya eran altas horas de la noche, cuando el moro llegó de esta manera al fin de su relato. El Rey quiso manifestarle su gratitud con demostraciones afectuosas; pero él. le detuvo con un gesto imperativo y le dijo:

-Volvamos á nuestra tarea.

Obedeció D. Alonso, y tomando de nuevo el fuelle se colocó delante del hornillo.

El mas profundo silencio reinaba dentro y fuera del alcázar, y solo se oía el monótono rumor de la ebullicion en los crisoles.

Ahmed Ebn Yuzef permanecia con la mirada fija en la barrita encandecente, sobre la que habia llamado la atencion de su discípulo antes de dar principio á su historia: parecia hallarse agitado, y un ligero temblor recorria su cuerpo de vez en cuando.

La luna acababa de asomar, disipando completamente las tinieblas, y por una estrecha claraboya practicada en el techo de la torre penetraron sus rayos frios, cuya pálida luz bañó la frente de los dos sabios. Al verles uno en frente del otro envueltos en sus largos ropajes de color de ceniza, y maniobrando en silencio con el acompasado movimiento de dos autómatas; al mirar su actitud misteriosa y la estraña espresion de sus semblantes, que se divisaban lívidos y sombríos al través de las mascarillas de cristal, se les hubiera podido tomar mas bien por medrosos fantasmas, que por mortales estudiosos entregados á un descubrimiento químico.

El Rey estaba inquieto y miraba con sobresalto hácia un reloj de arena colocado en un ángulo del laboratorio, estremeciéndose á cada grano que veia caer. Su maestro, cuya barba de alabastro y cuya inmovilidad completa le daban la apariencia de la estatua de la atencion, seguia trabajando con asiduidad sin cuidarse siquiera del desasosiego de su compañero que le interrogaba á cada momento con sus miradas anhelantes.

La noche avanzaba y el silencio seguia: todo parecia hallarse en calma: el cielo despejado de nubarrones ostentaba su manto azul bordado de estrellas, y el viento que al principio de la noche habia silbado en las molduras del alcázar no interrumpia ya la tranquilidad del universo; mas de improviso resonó a lo lejos un confuso rumor que aunque al pronto no llamó la atencion de los preocupados alquimistas, no tardó mucho en aproximarse viniendo á distraerles en su tarea: no era fácil adivinar de dónde provenia aquel ruido; pero cada vez se oia con mas claridad, y precisamente en el momento en que el

moro alargaba unas primorosas tenacillas de cristal de roca para sujetar con ellas la barrita enrojecida que flotaba en el mayor de los crisoles, llegó á sus oídos un grito sordo, confuso, inarticulado.

Estremeci6se D. Alonso al escucharle y Ebn Yuzef hizo un gesto de indignacion: el grito reson6 de nuevo, y un rumor estrepitoso semejante al fragor de una tempestad estall6 de repente al pie del alcázar. Corri6 el Rey á una ventana de la torre, y sin premeditar lo que hacia, abri6 de par en par

sus cristales: una bocanada de aire fri6 penetr6 en el cálido aposento, y el moro lanz6 un ¡ay! de desesperacion: aquella ráfaga de aire acababa de interrumpir el hervor de sus crisoles.

Sin embargo, D. Alonso no volvi6 el semblante al oír la voz angustiada de su maestro: tenia delante de los ojos un espectáculo terrible, y su corazon latia estremecido.

A la luz amarillenta de la luna y al vago resplandor de algunas teas encendidas, divisi6 que allá á sus pies en el fondo de la plaza de Zocodover se estaba dando una reñida batalla entre combatientes cuyas formas no distinguia, pues solo llegaban hasta él el fulgor de los almetes y el estrépito de las armas. A vista de aquel cuadro de desolacion qued6 inm6vil y apoyado en el alfeizar de la ventana como si acabase de presentarse á sus ojos la cabeza de Medusa.

Entretanto seguia la refriega cada vez mas encarnizada. Un crecido número de jinetes capitaneados por un guerrero de elevada estatura, desemboc6 por la estrecha calle de la Sangre de Cristo, y llegando á toda rienda al lugar de la pelea, hizo retroceder á la enfurecida plebe que hasta entonces habia llevado lo mejor de la jornada: sin embargo no era aquello una huida sino una retirada prudente que no tard6 mucho en convertirse de nuevo en agresion: por la tortuosa calle de las Armas y desde la cuesta del Aguila, iban llegando grupos de gentes sediciosas que engrosaban el centro de los rebeldes: unos llevaban brillantes armaduras y otros vestian trajes miserables; pero todos blandian picas ó esgrimian espadas. En el ángulo oeste de la plaza estaban reunidos los gefes de la sedicion, y enfrente de ellos se hallaba el Justicia mayor de la C6rte D. Diego Alonso, rodeado de varios paladines, y á la cabeza de los archeros reales, que formaban en ala al pie de la cuesta del alcázar.

Diego Lopez de Salcedo era el caudillo que capitaneaba a los jinetes cuya llegada habia cambiado por un momento el aspecto de la refriega: los otros guerreros que mandaban á los combatientes iban cubiertos con sus celadas de encaje y guardaban el mas riguroso inc6gnito.

Aun no se habia dado un solo grito que revelase el motivo del tumulto y entre los insurrectos no tremolaba ninguna bandera conocida: sin embargo no era aquel un simple motin popular de los que se dispersaban á latigazos por los criados del Rey: los esfuerzos de D. Diego Alonso y de Salcedo se estrellaban en la pujanza de bravos paladines, y ya empezaba la mañana á despuntar, sin que lograsen vencer á los rebeldes.

Tan obstinada resistencia impacientó á uno de los caballeros, que estaban entre la escolta del Justicia mayor, el cual volviéndose al que cabalgaba á su lado le dijo:

-Voto á Satanás que esto pica en historia: ¿sabes que esa gente tarda mucho en rendirse?

-¿Qué os decia yo? las armas de nuestros enemigos están confiadas á buenas manos, y los jefes que los capitanean entienden á maravilla el arte de guerrear.

-¡Pues de poco les ha de servir su arte, vive Dios! repuso el caballero sacando la lanza de la cuja y embrazando la rodela. A ver: que enristren cincuenta de tus jinetes vizcainos, y que vengan detras de mí.

-Dejad, dejad, que á mí me toca esa empresa.

-Eso no, primo; quiero yo darles el golpe de gracia.

-En ese caso vamos á ellos los dos, y asi acabaremos antes.

Dijo: y haciendo una señal con la mano á dos cabos que iban á su lado se lanzó á la carrera con la rapidez del pensamiento, seguido de cincuenta soldados que embistieron de frente á los grupos mas compactos: hubo un momento de vacilacion entre los que acababan de ser tan bruscamente atacados; pero de pronto llegaron dos incógnitos armados de punta en blanco y arremetieron á su vez á los jefes de los vizcainos: á vista de aquel encuentro se reanimó el valor de entrambas huestes, y mientras menudeaban las cuchilladas por todas partes, los cuatro paladines sostenian en medio de la plaza una imponente refriega.

El mas jóven de los que acaudillaban las tropas del rey peleaba con el mas denodado de los rebeldes, y ya hacia largo rato que se esforzaba inútilmente en hacerle perder los estribos; pero al fin logró asestarle un bote tan bien dirigido que le hizo saltar en pedazos el barboquejo del almete. Lanzó un grito de rabia el mal parado caballero, y sosteniéndose á duras penas en la silla quiso cubrirse el rostro con el escudo, pero en vano; la mañana habia aclarado bastante y todos los que estaban cerca de él pudieron reconocer el semblante lívido y siniestro de D. Fadrique el hermano segundo del Rey.

-¡Ah! Infante, Infante, le gritó su adversario, ¡cómo has aprendido en Túnez á renegar de tu raza!....

Nada repuso aquel altivo personaje á tan humillante apóstrofe; pero apretando la lanza y clavando los acicates á su corcel arremetió de tal suerte al que así le insultaba, que le puso en grande aprieto haciéndole retroceder mas de lo que le hubiera convenido, pues de repente se halló lejos de su compañero y rodeado por todas partes de enemigos, que hacian llover sobre él sin compasion pedradas y mandobles. Muestras de valiente habia dado aquel guerrero, mas era tan crecido el número de sus adversarios, que ni las fuerzas de Hércules hubieran bastado para contrarestarles: hizo peda-

zos su lanza en el peto del Infante y al ir á sacar la espada recibió á su vez un golpe en la visera que tambien le dejó descubierto.

-¡Don Sancho!.. gritaron los rebeldes al ver su rostro juvenil cubierto de sudor y ensangrentado.

-Sí, D. Sancho soy, canalla mal nacida, dijo el Infante descargando golpes descomunales á diestro y siniestro.

La plebe no puede prescindir del respeto ni aun con sus enemigos si son de alto rango, y hubo un momento en que a vista de tan ilustre adversario titubearon los rebeldes: notó aquella perplejidad D. Fadrique, y levantando su voz de trueno gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡Castilla por los Infantes!..

Aquel grito fué repetido en todos los ángulos de la plaza; pero ya era tarde: el compañero de D. Sancho que habia sido separado de él por una oleada de la muchedumbre, acababa de abrirse paso por entre los que rodeaban al jóven Infante y colocandose á su lado se lanzó sobre las masas que retrocedieron con terror á vista de tan audaces combatientes; cerró en seguida con D. Fadrique que ya contaba segura la victoria, y asestándole un bote en la garganta le hizo titubear sobre el caballo y venir al suelo con el estruendo de un pino tronchado por el hacha del leñador.

El caballero que acababa de conseguir tan señalada victoria era D. Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya. Al mirar por tierra al Infante levantó la rejilla de su almete para cerciorarse de si le habia muerto, y mientras él y D. Sancho se aproximaban al desfallecido magnate, huyeron los rebeldes acobardados por el terrible descalabro que acababan de experimentar.

Diego Lopez de Salcedo, que por su parte habia dispersado tambien los grupos menos pertinaces, logró por fin restablecer el órden con la ayuda del Justicia mayor y de los archeros del rey. Colocó centinelas en todas las avenidas, hizo que fuertes patrullas de caballería recorriesen la ciudad con órden de apoderarse de todos aquellos a quienes encontrasen con armas, y dispuso que cien ballesteros permaneciesen con los arcos empulgados delante de la cuesta del alcázar.

Entretanto aconteció una cosa estraña: desde el momento en que los rebeldes vinieron á las manos con las tropas reales, habia combatido al frente de estas un paladin desconocido cuyo denuedo hubiera sin duda llamado la atencion en lid menos revuelta y confusa: cuando el Justicia mayor dió órden de dispersar el primer grupo de sediciosos, aquel guerrero fué el encargado de ejecutar tan peligrosa disposicion; cuando Diego Lopez de Salcedo entró en la plaza á la cabeza de sus jinetes, él fué quien le indicó los puntos en que mas falta hacia su presencia; y por último, cuando el Infante D. Sancho y el señor de Haro cerraron con los amotinados sin poder contener su impaciencia, tambien fué él quien se puso al frente de los cincuenta lanceros vizcainos, cuyo arrojo decidió la suerte de aquella jornada.

Este personaje, pues, que se hallaba en todas partes y cuya espada habia sido el azote de los rebeldes, no bien vió que el señor de Vizcaya embestía á D. Fadrique, desenristó la lanza y conteniendo los ímpetus de su fogoso corcel, se redujo a ser impassible espectador de aquel encuentro: siguió con la vista á los dos combatientes; adivinó sus golpes y sus quites; previó el resultado de la lucha, y al mirar por el suelo, al Infante; al ver que sus secuaces huian aterrados, sin prestarle socorro en tal conflicto; al observar, en fin, que el de Haro fijaba sus ojos con siniestra satisfaccion en el tendido magnate, echó pie á tierra y llegando al lugar de la batalla cargó sobre sus hombros al mal herido caballero, le colocó en la grupa de su caballo, y montando de nuevo con la agilidad de un árabe, salió á galope de la plaza dejando asombrados á los que hasta entonces habian sido sus compañeros y sus jefes.

Pasado el primer estupor quisieron seguirle; pero ya era tarde: habia desaparecido por la cuesta del Aguila, y ni los centinelas apostados en las calles contiguas, ni los que fueron á su alcance pudieron dar razon de dónde se habia ocultado.

¿Quién era aquel extraño personaje? nadie lo sabia: el Justicia mayor D. Diego Alonso aseguraba que habia salido con él de palacio en el momento en que se notaron los primeros síntomas de insurreccion, y todos le habian visto ejecutar heróicas hazañas en pro de la causa del Rey; pero su armadura completamente negra, su escudo sin motes ni blasones, y su corcel sin caparazon acuartelado, le permitieron guardar el mas rigoroso incógnito: no se le habia distinguido mas que por su bravura y por el penacho verde que ondulaba sobre su almete, y en vano fueron todas las pesquisas que se practicaron para hallarle.

El sol habia asomado entretanto, y Toledo presentaba un aspecto sombrío é imponente: los pacíficos moradores de la ciudad que durante la noche habian oido con terror el estrépito de las armas, salieron de sus casas con recelo, y arrastrados por esa poderosa curiosidad que domina muchas veces al temor, se dirigian á la plaza de Zocodover, deseosos de averiguar el origen del pasado desórden: las mujeres en particular llegaban á bandadas, y al ver los rastros de sangre que de trecho en trecho manchaban el suelo, se santiguaban con espanto y se condolían de los desgraciados que habian perecido en la refriega.

Diferentes comentarios se hacian por los curiosos que iban llegando á la plaza, y las mas descabelladas especies pasaban de boca en boca.

-Con que los judíos han querido apoderarse del alcázar, para sorprender al rey en su laboratorio? Decía una vieja de siniestra catadura.

-¿Quién os ha contado semejante disparate, abuela? repuso otra mujer que llevaba un niño de la mano: cristianos y muy cristianos han sido los que intentaron matar á su Alteza.

-Dios mio, matarle, ¿y por qué causa?

-Por lo de la moneda, dijo bajando la voz un haraposo personaje que acababa de llegar al corro en aquel momento.

-Tambien estais vos bien informado, añadió otro de los circunstantes; ni el motin ha sido contra el Rey, ni nadie ha pensado en pedir por el bienestar del pueblo; ¿qué les importan nuestras miserias á los que son capaces de rebelarse contra las autoridades? Los que esta noche han tomado las armas son los enemigos del infante D. Sancho.

-Y qué pedian?

-Pedian... pedian... qué sé yo lo que pedian; pero lo cierto es que el Rey no ha corrido ningun riesgo.

-Bendito sea Dios, mucho me alegro; exclamó una rolliza muchacha de gentil talante.

-Y por qué, Marica? ¿te ha regalado algun joyel?...

-No, por cierto, pero no me gusta que maten á nadie.

-Pues á mí... repuso un artesano, haciendo un gesto de indiferencia, tanto me da.

El grupo en que se propalaban tan contradictorias noticias, iba aumentándose al paso que llegaban nuevos curiosos, y ya empezaba á ser bastante crecido, cuando cuatro jinetes armados de punta en blanco llegaron á dispersarle: diseminóse la multitud por las estremidades de la plaza, y ya volvía á los comentarios en diferentes corrillos, cuando de pronto llamó la atencion general la llegada del Justicia mayor de la Córte, que despues de haber recorrido toda la ciudad para cerciorarse de que el órden quedaba completamente restablecido, se encaminaba al alcázar acompañado de Diego Lopez de Salcedo, capitan de los guardias del Rey, y seguido de una numerosa escolta. Tomaron aquellos personajes por la calle de la Sangre de Cristo, y el pueblo que al verlos pasar les habia abierto una ancha calle, fué tras ellos guardando el mas profundo silencio y dejando completamente desierta la plaza de Zocodover.

Un momento despues resonó el acompasado galope de un caballo en la cuesta del Aguila, y el misterioso paladin del penacho verde apareció con la lanza en la cuja y el escudo en el arzon, perdiéndose en seguida con la velocidad del rayo por una de las estrechas callejuelas que conducian al antiguo alcazar de Toledo.

Capítulo IX

En donde se verá que las buenas intenciones de un caballero leal, se estrellaron en el encono de varios revoltosos.

Recordara sin duda el atento lector que al fin de nuestro cuarto capítulo dejamos á Brianda, la severa doncella de Doña María de Ucero, gratamente conmovida al oir unos

pasos que creyó reconocer en la estrecha callejuela por donde acababan de marchar el Infante D. Sancho y el señor de Haro. En efecto, aquellos pasos eran de la persona a quien estaba aguardando y no tardó mucho en hallarse en su presencia: acababa de entrar en la antecámara de Doña María un caballero envuelto en su gaban de pieles, cuando Brianda salió á recibirle y con un acento lleno de ternura le dijo: -¿Cómo, tan pronto, señor?... aun no son las nueve.

-No puedo venir mas tarde, y quiero verla.

-Me habia encargado que os citase para las doce.

-¿Para las doce? imposible: dila que estoy aquí.

-¿Y si se enoja?

-Si se enoja, yo la desenojaré.

-Ya lo creo: murmuró la doncella sin que sus palabras llegasen á los oídos de su interlocutor. Quién le ha de resistir... y sin hacer mas observaciones fué á dar aviso á su señora.

Entre tanto quedó solo el recién llegado, paseando con distracción por la estancia: era un hombre de elevada estatura y esbelto talle, de fisonomía simpática y tez pálida; la tristeza de sus ojos y la majestad de su frente, la enérgica expresión de su rostro y la elegancia de sus modales, eran prendas mas que suficientes para prevenir en su favor á cuantos tenían ocasión de verle: la damas en particular no podían aproximarse á él sin experimentar una especie de fascinación: sin embargo, aquel apuesto personaje no parecía estar muy satisfecho de sí mismo: sus ventajas personales sin duda no habían bastado á hacer su felicidad, y una profunda melancolía llenaba su corazón á todas horas. El cielo le había colmado de favores; pero un hado adverso sembró de espinas su camino y turbó todas sus dichas.

La soledad le halagaba, tal vez porque la mayor parte de sus penas le habían venido de sus semejantes, y siempre que se hallaba lejos de los hombres se entregaba á vagas meditaciones que parecían distraerle dulcemente: por eso nunca tuvo por largas las horas de aislamiento, y por eso quizá no se impacientó de la tardanza de Brianda, la cual ya hacía largo rato que había entrado á dar aviso á su señora y no volvía; pero al fin salió con paso acelerado, y procurando ocultar su emoción dijo:

-Perdonad si os he hecho aguardar: no me ha sido posible volver antes, se estaba vistiendo.

-Está bien, hija mía, no me parece que has tardado mucho, repuso el caballero sonriendo tristemente.

-Es que tenía que hablaros.

-Tú? ¿y de qué?

-De asuntos que os interesan.

-En ese caso llévame pronto á su aposento, y á mi salida te oiré.

Obedeció la doncella, y un momento despues ya se hallaba el recién llegado en presencia de Doña María de Uceró.

-Buenas noches, vida mia, lo dijo estampando en su frente un beso respetuoso.

-Buenas noches, le respondió la hermosa dama, estrechándole entre sus brazos; al fin os vuelvo á ver.

-Y antes quizá de lo que hubieras deseado, ¿no es cierto?

-¿Antes? ¿quién os lo ha dicho?

-Me habia indicado Brianda que quizá te enojaria mi visita.

-Pues se equivoca Brianda, y ella solamente es la que me enoja á todas horas.

-Sin embargo, es una excelente servidora.

-Excelente, ya lo sé: ademas es deuda de mi familia, sobre todo os agrada á vos; por eso la sufro.

-Gracias, hija mia, gracias; pero díme, ¿por qué estás triste? ¿en qué consiste esa palidez, ese abatimiento?

-No lo sé; respondió la jóven bajando los ojos para no revelar su secreto; pero el caballero habia leído ya en ellos el arcano de aquel pecho infantil, y sentándose al lado de su tierna interlocutora le dijo con dulzura:

-¿Por qué me ocultas tus penas? ¿acaso no tienes confianza en mi?

-¡Oh! sí, sí, vos sois mi mejor, mi único amigo y no debo ocultaros nada: soy muy infeliz.

-¿Tambien tú? y ¿qué es lo que puede alejar la dicha de tu corazón? ¿acaso te falta algo? ¿hay en Toledo alguna doncella que tenga mejores galas que tú? ¿no eres la envidia de la Corte y la admiración de los festines? ¿no suspiran por tí los mas apuestos donceles? ¿no vives con el rango de una princesa?

-No lo niego, tengo todo aquello que depende de vos, y no sé como agradeceros tan asíduos cuidados; pero hay una cosa que no está en vuestra mano darme, y esa es la que me falta para ser dichosa.

-¿Acaso es el amor lo que echas de menos? dijo el caballero fijando en ella una mirada de compasion. ¿Sería posible que tú tambien fueses víctima de esa dolencia del alma que no acaba mas que con la vida? ¡Oh, no lo creo! ¿Quién sería el mortal que sabiendo que tú le amabas, no se conceptuase el mas venturoso de la tierra en corresponder á tan puro afecto?

-No, no es eso, murmuró la jóven, cuyas mejillas se cubrieron de un brillante carmín: os aseguro que tampoco es eso lo que me falta.

-Sin embargo, María, esa turbacion, ese color que ha subido á tu rostro desmienten tus palabras: además hace tiempo que he notado en tí una mudanza estraordinaria: antes de salir de Toledo la última vez que mi deber me alejó de tu lado, ya creí notar que estabas triste; pero lo atribuí, ¡cuán presuntuoso soy! lo atribuí á que tal vez te afligiria mi ausencia.

-Y en efecto, eso solo es lo que...

-No, no, María; ahora mismo acabas de confesarme que la causa de tu mal nace de una cosa que no está en mi mano proporcionarte; ¿y qué pudiera ser esa cosa mas que un afecto que dependa de otra persona? porque no ignoras que yo sé alcanzar para tí todo aquello que está en el poder del hombre.

-Lo sé, y me aflige veros tan desazonado por mi causa; me aflige no poderos explicar el motivo de esta tristeza que yo misma no sé á qué atribuir.

-En ese caso, dijo el caballero poniéndose en pie y sonriendo tristemente, yo procuraré averiguarlo.

-¿Os vais ya? preguntó la doncella dejando tambien su escaño y poniéndole una mano sobre el hombro con ademan afectuoso.

-Sí, Maria, solo he venido á saludarte: antes de las diez necesito estar bastante lejos de aquí y por eso he adelantado mi visita: no he querido dejar pasar el dia de hoy sin verte, y á mi llegada le encargué á Brianda que te avisase mi regreso para que estuvieses prevenida. Ahora ya te he estrechado entre mis brazos, ya he respirado un momento junto á tí y voy donde el deber me llama.

-¿Y cuándo volveréis?

-Mañana: quiero adivinar la causa de tu melancolía, y para ello necesito hablar contigo mas despacio.

-No os inquieteis por mí, ya os he dicho que yo misma no sé...

-Bien, hija mia, bien: no exijo que me digas nada mas, hay ciertas cosas que nunca las confiesan las jóvenes, y no quiero atormentarte con preguntas vanas: yo solo deseo tu felicidad. Adios, pues, hasta mañana.

-Hasta mañana, repuso doña María, conteniendo á duras penas una lágrima que asomaba á su pupila; y apretando la mano de su tierno y respetuoso amigo le acompañó hasta la puerta de la estancia.

-Retírate y procura distraerte, dijo el caballero besando de nuevo la frente de la doncella; y haciendo un esfuerzo para separarse de su lado, se alejó sin volver el rostro atrás; cruzó varias habitaciones, y al llegar á la última de las antecámaras encontró en ella á Brianda que le estaba aguardando con impaciencia.

-¿Qué tenias que decirme? le preguntó: ¿sabes tú acaso cuál es la causa de la tristeza de mi María?

-Tal vez; pero no es de ella de quien tengo que hablaros, sino del Rey.

-¿Del Rey? no te comprendo.

-Ya me comprendereis, señor, cuando os diga lo que por una casualidad he descubierto.

-Habla, habla, pues, y deja ese tono misterioso.

-No hay ningun misterio aquí. El infante D. Fadrique está al frente de una conspiracion que se fragua contra su Alteza.

-¿Y cómo lo sabes tú? exclamó el caballero estremeciéndose á pesar de su sangre fria habitual.

-Muchos personajes de alto rango se hallan comprometidos como él, prosiguió Brianda sin hacer caso de aquella interrupcion, y D. Lope Diaz de Haro tiene ya en su mano todos los hilos de la trama que estaban urdiendo.

-Pero ¿quién te ha dicho?...

-Voy á concluir: el infante D. Sancho ha jurado esterminar á los rebeldes, y esta misma noche, tal vez en este instante debe hallarse en la real cámara de su padre pidiéndole la autorizacion para prender á los conjurados.

-Eso sería horrible, murmuró el amigo de doña María hablando consigo mismo: Sancho, Sancho prender á D. Fadrique, acusarle de alta traicion, llevarle al cadalso... ¡Oh! no, no puede ser. Y dime, Brianda, ¿cómo has podido saber lo que acabas de revelarme?

-No me lo preguntéis; no puedo añadir una sola palabra; pero creedme, lo que os he dicho es cierto.

-Y piensas que esta misma noche intenta el Infante sorprender á su tio?

-Esta misma noche: ya sabeis que D. Lope de Raro nunca duerme; y que D. Sancho obra siempre impulsado por él.

-¡Oh! sí, sí, tienes razón; pero lo que me admira es que tú te halles iniciada en secretos de esta naturaleza. ¿Quién te ha revelado?..

-¿Dudais acaso de la veracidad de mis palabras?

-No; mas...

-Ya os lo he dicho, no puedo descubrirlos cómo ha llegado á mi noticia lo que acabo de participaros; pero creo que no por eso desatendereis mi aviso.

-¡Oh! no, no; conozco tu lealtad y tu carácter, sé que no eres capaz de ninguna ligereza, y respeto esa reserva que te has propuesto guardar.

-Gracias, señor.

-Yo soy el que debo dártelas; porque acabas de prestarme un gran servicio: me importa mas de lo que imaginas la revelacion que acabas de hacerme, y no echaré jamás en olvido tu discrecion y tu celo. Adios, Brianda, adios: voy á evitar si no es tarde ya, una catástrofe que sería muy funesta para el Rey y por consiguiente para mí.

-Quiera el cielo, señor, que pueda yo contribuir á evitaros la mas insignificante de las penas.

-Gracias, gracias, repuso el caballero, y saludando á la doncella con un leve movimiento de cabeza, partió aceleradamente.

Brianda quedó sumergida en una profunda meditacion; pero forzoso nos es dejarla entregada a sus misteriosos pensamientos para trasladarnos al lugar de otra escena de bien distinto género.

Desde las primeras horas de aquella misma noche y mientras el Rey se hallaba entregado á las altas investigaciones científicas que absorbían su atencion, y el Infante D. Sancho á sus querellas amorosas, estaban reunidos en el vasto salon de un antiguo edificio, situado cerca de la puerta de Visagra, hasta diez y ocho caballeros, todos de la primera nobleza de Castilla.

Presidia aquella junta un hombre de elevada estatura y de altivo continente, cuyo magnífico traje, recargado de adornos orientales, contrastaba con las sencillas y severas vestiduras de sus asociados: llevaba una túnica corta con mangas perdidas á la napolitana y un manto de escarlata bordado de oro: de su cinturon, sujeto con hebilla de brillantes, pendía un puñal damasquino de gran valor, y de su ancho tahalí recamado de plata una larga espada de Toledo, en cuya empuñadura de cruz se veían esculpidas las armas reales. Cincuenta y cuatro años de edad contaría aquel apuesto personaje; pero á pesar de una honda cicatriz que le cruzaba la frente sobre el ojo izquierdo y de la espesa y rubia barba que le bajaba hasta el pecho, conservaba aun rasgos de belleza varonil que le hacían parecer mucho mas jóven: su mirada era audaz y penetrante, su sonrisa irónica y despreciativa, sus

modales duros, altaneros: la mas pequeña contrariedad hacia que la blanca tez de sus mejillas se enrojeciese de coraje, y era en él un movimiento habitual llevar la mano al pomo de la daga.

Garcí Jofré de Loaisa, el mas anciano de aquella reunion, acababa de pronunciar un largo discurso que produjo honda sensacion en su auditorio, y que sin duda debió disgustar al presidente á juzgar por el tono con que le dirigió su réplica.

-Razones son esas, señor caballero, dijo frunciendo el ceño y apoyando el brazo derecho sobre la mesa que tenia delante, que á salir de labios menos autorizados me hubieran parecido un insulto. ¿Con que no tenemos derecho de oponernos á lo dispuesto por las Córtes de Segovia? ¡Quién, vive Dios, ha de negarnos la prerogativa de protestar contra lo acordado por aquella mala junta de parciales? ¿quién de vosotros fué llamado para resolver asunto tan grave como el que allí se trató? En la manera de reunir aquellas Córtes hubo superchería y antes de que pudiésemos acudir á ellas ya estaba acordado lo que habian resuelto de antemano el de Hlaro y los suyos. Si el Rey, que Dios guarde, sancionó lo allí decretado hizo mal, y yo que soy señor libre y absoluto en mis estados, estoy dispuesto si su Alteza no se aviene á razones á negarle el pleito homenaje que como á superior le debo, y del cual me relevan los desafueros con que acaba de vulnerar los derechos de la mayor parte de sus nobles feudatarios. Conozco que vuestras intenciones son buenas, señor de Loaisa; pero no es cosa de volver pasos atrás despues de haber comprometido á nuestros parciales: D. Juan de Lara protestó en esas Córtes que tanto respetais, y su protesta fué sofocada por los murmullos de nuestros enemigos: yo representé desde Burgos contra lo allí acordado, y mis cartas no merecieron contestacion: qué nos resta pues hacer?

-Yo lo diré, repuso con siniestra sonrisa D. Simon de Ruiz, señor de los Cameros: ante todas cosas asegurarnos de quiénes son nuestros amigos, para lo cual empezaré preguntando si hay entre nosotros alguno que no se halle dispuesto á seguir á todo trance la causa que defendemos.

-Yo, exclamó Garcí Jofré de Loaisa, levantando su venerable cabeza, la creo justa por ser la causa de la Reina mi señora y sabré derramar toda mi sangre por sustentarla: si dije que sería prudente meditar con madurez lo que debiamos resolver en contra de las Córtes de Segovia, fué porque respeto mucho esos fueros de que acaba de hablarnos el Infante, y no querria que otros nos echasen en cara la misma acusacion que hemos fulminado contra nuestros enemigos: fuera de esto mi espada está tan pronta como la del mas mozo a sostener cuanto aquí convengamos.

-En ese caso, añadió con imperturbable calma el señor de los Cameros, mañana mismo debemos acudir al Rey por medio de una comision competentemente autorizada, y pedirle que declare nulo cuanto hicieron las Córtes de Segovia.

-¿Y si se niega? preguntó el presidente seguro de la respuesta que iba á oír.

-Si se niega, le negamos nosotros á nuestra vez la naturalidad, y venimos á Toledo con nuestras mesnadas á obtener por fuerza lo que se nos rehusa de grado.

Al llegar aquí aquel hombre que con tanta frialdad proponía la insurrección y la guerra civil, vino á interrumpir su discurso un paje que aproximándose al Infante le dijo:

-Un caballero pregunta por vuestra señoría.

-¿Y quién es?

El paje bajó la voz, y acercando sus labios al oído de su dueño murmuró algunas palabras ininteligibles.

-Que entre, que entre, exclamó el magnate haciendo despejar á su criado con un gesto imperativo, y volviéndose á los señores que le rodeaban añadió:

-Una persona que no pertenece á nuestro bando, pero de cuya lealtad respondo con mi cabeza, va á comparecer delante de nosotros para darnos un aviso importante.

En efecto no bien acababa de pronunciar estas palabras cuando apareció en la puerta del salón el bizarro caballero que pocos momentos antes había estado departiendo con Brianda. Venía armado á la ligera con lorica de malla, sobrevesta de vellorí y morrión cilíndrico de los que cubrían el rostro completamente, llevando una cruz calada en vez de rejuela: no se había puesto las manoplas ni los acicates, y ni siquiera ceñía partesana de batalla, lo cual demostraba que solo con el objeto de guardar el incógnito se había vestido algunas piezas del arnés. Al verle entrar todos se pusieron en pie y le saludaron volviendo á sentarse de nuevo; entonces él dirigiéndose al que presidía aquella reunión le dijo:

-Alto y poderoso infante D. Fadrique: vos en cuya casa se hallan reunidos los mas ilustres ricos-hombres de Castilla, oid: el Rey vuestro escelso hermano y señor natural nuestro, ha declarado heredero de su trono á su hijo segundo el valiente D. Sancho; pero bien sabeis que fué á propuesta y por petición de los procuradores de sus buenas villas y de los que representaban á la nobleza en las Córtes de Segovia. Su Alteza, que ama la paz, aunque no teme la guerra, creyó que contentaba á sus vasallos sancionando aquel decreto; mas lo que halagaba á unos disgustó a otros, y hé ahí por qué ruge desde aquel momento un sordo murmullo de descontento precursor de la tormenta: la fuga de la reina y de la infanta Doña Blanca; la protesta y retirada del señor de Lara y las reuniones que en uso de vuestro derecho celebráis todos los dias, han alarmado á vuestros enemigos, que hallándose en el poder, se preparan á destruirnos: yo, que no pertenezco ni a su bando ni al vuestro; yo, que es solo del Rey soy partidario; yo en fin, que únicamente deseo la salud de Castilla, vengo á anunciaros que se halla levantada sobre vuestra cabeza la cuchilla del verdugo: vuestros planes son conocidos, y quizá esta misma noche sereis atacados por los que, mas prevenidos que vosotros, cuentan con fuerzas formidables: bien sé que resistireis como valientes; pero ¿á qué exponer inútilmente la vida de vuestros vasallos? ¿á qué obligar al Rey, que tan asiduamente se ocupa en procurar el bien de su pueblo, á desnudar una espada que, por fuerza, tendría que verter sangre de sus deudos mas queridos? Meditad estas razones; haced el uso que gustéis del aviso que acabo de daros; pero entre tanto, creedme, retiráos á vuestros hogares y no acudais á las armas para sustentar vuestra empresa.

-Eso no, señor caballero, dijo el infante D. Fadrique, agradecemos el servicio, que con la mas noble intencion, acabais de prestarnos; pero si los de D. Sancho nos atacan sabremos repeler la fuerza con la fuerza. Ya lo ois, añadió dirigiéndose á sus partidarios; ya ois que tenemos el enemigo á los umbrales; decidamos, pues, lo que haya de hacerse para prevenir el golpe con que nos amenaza ese D. Lope Diaz de Haro que Dios confunda.

Un murmullo sordo resonó en el salon, y despues de un momento en que todos hablaron en voz baja, se puso en pie el señor de los Cameros y con su habitual serenidad dijo:

-Opino que nombremos una comision de nuestro seno, que vaya esta misma noche á declarar en presencia del Rey nuestra irrevocable resolucion de no acatar como á heredero de su trono a su hijo segundo, mientras no sea declarado tal de un modo mas competente.-

-Debo advertiros, repuso el caballero incógnito, que vuestros diputados no podrán llegar hasta el Rey.

-En ese caso, añadió el señor de los Cameros sonriendo con desden, les abriremos el camino con la punta de la espada.

-No hareis tal, señores, no puedo creer que os atrevais á medir vuestras armas con las guardias de su Alteza.

-Nosotros no provocaremos la lucha, podeis estar seguro; pero ¡guay de los que intenten oponerse á nuestro paso! exclamó D. Fadrique apretando el puño de su daga. Jamás hemos intentado ofender á mi augusto hermano: él está sobre todos nosotros; mas si los partidarios de D. Lope de Hlaro provocan nuestra saña, bien pueden temblar.

-No me cumple á mí arreglar vuestras querellas, señor Infante, dijo el desconocido; he deseado evitar una catástrofe y por eso he llegado hasta vosotros: ahora voy á ocupar mi puesto al lado del Rey. Líbreme Dios de tener que medir mis armas con las de vuestras mesnadas que tantas veces han triunfado en mi compañía de los moros sevillanos.

Al llegar aquí hizo un profundo saludo y se retiró sin aguardar respuesta. Hubo un momento de confusion y de perplejidad entre los demas caballeros; pero bien pronto tomaron una resolucion que estaba en armonía con aquella edad de hierro en que la fuerza era la mas poderosa de las razones, y en que la potestad real sufria tan terribles embates, á pesar del aparente respeto y de los efímeros juramentos de fidelidad y de obediencia que el feudalismo prestaba al pie del trono.

Nombráronse cuatro diputados que debian llevar al Rey una enérgica protesta: el respetable Garcí Jofré de Loaisa, Don Fernando Alvarez Potestad, Arias Martinez de Roureda y mosen Suero de Barbasa, fueron los elegidos para desempeñar tan delicada comision.

Éntretanto los demas debian ir á reunir las gentes de su servidumbre por si era necesario apoyar su pretension con las armas: ya eran las doce de la noche cuando aquellos temibles sediciosos salieron de casa del infante D. Fadrique, despues de haberse dado cita para la

plaza de Zocodover; pero á pesar de su sigilo y actividad llegaron ya tarde: otros se les habian anticipado, y no tan solo hallaron cerradas las puertas de palacio, sino que al levantar el grito de rebelion se vieron rodeados de formidables enemigos que les embestian por todas partes: rugieron de coraje al tropezar con aquel obstáculo, y sin reparar en el número de sus adversarios cerraron con ellos provocando el encarnizado combate que hemos referido ya, y que llamó la atencion del Rey, precisamente en el momento en que iba á tocar el término de sus afanes y el principio de su opulencia, con el descubrimiento de la piedra filosofal.

Capítulo X

Espediente que imaginó el rey para conjurar una tormenta que le amagaba muy de cerca.

Fruncido el ceño y cruzados los brazos sobre el pecho se paseaba D. Alonso de Castilla por el vasto salon de audiencias de su palacio: estaba solo y meditando sin duda el modo de atajar los males de su reino: la insurreccion de la noche pasada era un grito tremendo de alarma que le obligaba á ponerse en guardia: habia observado desde la torre de su alcázar que los amotinados no eran gente baladí, sino por el contrario personajes de cuenta, y aquella circunstancia le desazonaba en extremo.

Otros motivos de disgusto tenia además; el arranque de impaciencia que le hizo abrir la ventana de su laboratorio precisamente en el momento en que Ahmed-Ebn-Yuzef iba á sacar de sus crisoles el oro tanto tiempo esperado, habia destruido los efectos de la ebullicion, y el moro le anunció con amargura que tendria que aguardar diez años para intentar de nuevo aquella prueba: de suerte que como, rey veía amenazada su corona, y como alquimista frustrado su mas incesante anhelo.

Circunstancias eran aquellas suficientes á exasperar el espíritu mas tranquilo, y D. Alonso, á pesar de la dulzura de su carácter estaba de mal talante.

El Justicia mayor de la Córte, D. Diego Alonso, fué el primero que llegó á sacarle de sus tristes meditaciones: al verle entrar procuró sobreponerse á su abatimiento, y con voz severa é imponente ademan le dijo:

-Buena cuenta venís á darme, señor Justicia, del encargo que os estaba confiado: ¿así cuidais vos de la tranquilidad pública? ¿es esa vuestra prevision? ¿es ese vuestro celo?

-Señor, repuso el palaciego, inclinándose como la caña para evitar el primer soplo del huracan, vengo á anunciaros que la tranquilidad se halla completamente restablecida: si un suceso inesplicable ha podido turbar la paz un momento, solo la presencia de vuestros archeros ha bastado para ahuyentar á los rebeldes.

-No tanto, señor Justicia, no tanto: los rebeldes se han resistido como leones, y á no ser uno contra diez os hubieran puesto en grave aprieto.

-¿Y duda acaso vuestra Alteza que los que tenemos el honor de servirle, hubiéramos sabido verter toda nuestra sangre antes de retroceder un solo paso?

-No, D. Diego, conozco vuestra lealtad; pero es que yo no quiero que se vierta la sangre de mis vasallos, y por eso os querria mas prevenido que valiente.

-No ha sido por falta de prevision por lo que estalló el motín: yo hubiera sabido satisfacer á los descontentos; pero hubo quien prefirió irritarlos, y no estaba en mi mano...

-Basta, basta, no quiero saber mas: harto lo temia, y yo fui quien debió evitar ese conflicto. Decidme, ¿habeis hecho prisiones?

-Señor, no me ha parecido prudente seguir las huellas de los rebeldes: con todo, si vuestra Alteza piensa de distinta manera, cosa fácil me será tropezar con ellos.

-De ningun modo veo que adivináis mis pensamientos y perdono vuestro descuido en gracia de esa penetracion: seria peligroso descubrir á los jefes del motín, y en estas circunstancias creo que ha de sernos mas saludable la impunidad que el castigo: ¿hubo muchas desgracias?

-Menos de las que yo temí.

-Y decidme, ¿el pueblo tomó parte en la insurreccion?

-El pueblo, á pesar de su descontento, oyó con terror el ruido de las armas, y no ha dejado sus hogares hasta despues de salido el sol.

-Bien está: en ese caso ya sabemos de qué lado viene la tempestad, y podremos conjurarla: ante todas cosas buscareis á D. Alonso Fernandez el Niño, y lo encargareis que vaya inmediatamente á rogarle en mi nombre á mi hermano Don Fadrique que salga de Toledo hoy mismo: despues traereis á mi presencia á D. Simon de Ruiz y á D. Garci Jofré de Loaisa: les direis que quiero hablarles sin dilacion, asegurándoles bajo mi palabra real que nada deben temer. Vos entre tanto, procurareis que los demas ricos-hombres no intenten dar un golpe de mano, y sobre todo prohibireis á mis gentes que hagan uso de las armas sin vuestro espreso mandato. Ahora dejadme solo.

Obedeció el palaciego sin replicar una palabra, el huracan seguía rugiendo, y él como la caña continuaba inclinado: el Rey volvió á pasearse por la estancia con la frente sombría, y revolviendo los vastos planes que su profundo talento acababa de sugerirle.

Rechazar con la fuerza las pretensiones de los descontentos hubiera sido imprudente en aquella ocasion: ceder á sus deseos era peligroso; reconciliar los ánimos imposible. Tan hostiles eran para el trono los que se apellidaban leales, como aquellos á quienes se acusaba de rebeldes: los intereses estaban encontrados, y cualquiera resolucion tomada en trance tan

difícil hubiera hecho que la mitad de sus vasallos empuñasen las arenas contra él; para evitar aquel riesgo era indispensable distraer la atención de entrambos bandos sin despertar los celos de sus caudillos; era forzoso contemporizar con todos sin mostrarse débil con ninguno, porque la menor apariencia de flaqueza le hubiera perdido.

Ante, todas cosas resolvió mirar la tentativa de la noche pasada como si hubiera sido un simple alboroto de villanos, y sin hacer alto en aquel incidente acababa de disponer que viniesen a su presencia los jefes de la insurrección para encomendarles una gloriosa empresa, á la cual no podía negarse ningún rico-hombre sin faltar á las leyes de la hidalguía. También estaba aguardando á su hijo D. Sancho, al cual pensaba confiar una arriesgada misión que debía halagar su carácter fogoso y guerrador, y al propio tiempo determinó retener á su lado á D. Lope Diaz de Haro, cuyos interesados

consejos influían tan funestamente en el ánimo del Infante.

Ya hacia largo rato que se hallaba meditando, y sin duda debía estar satisfecho del plan que acababa de madurar, pues de repente levantó la cabeza desarrugando el ceño y lanzando uno de esos suspiros que parecen descargar el corazón de un peso enorme.

Su sistema político había sido hasta entonces mantener la paz á todo trance y extender sus dominios por medio de diestras negociaciones y de una tolerancia tan lata en punto á religión que más de un prelado fanático le acusó de mostrarse poco celoso por la gloria y sosten de la fé cristiana; pero en aquella ocasión se vió obligado á renunciar á sus pacíficas disposiciones y á optar por la guerra contra los moros: el ocio de los ricos-hombres le había acarreado grandes conflictos y se convenció de que solo lanzándoles á la frontera podría evitar una crisis inminente y de funestos resultados: no titubeó, pues, y sin consultar á su consejo (D. Alonso sometía raras veces sus determinaciones al parecer de los demás), se decidió á romper la tregua que había ajustado poco tiempo antes con el rey de Granada. Cuando su hijo D. Sancho llegó á su presencia le halló menos abatido que el Justicia mayor D. Diego Alonso, pero no menos severo.

-Guárdeos Dios, señor Infante, mejor de lo que vos guardais mis preceptos; le dijo sin dejar de pasearse por la estancia. No es así como me habíais prometido portaros. ¿Creeis acaso, que es prudente provocar la ira del pueblo para tener la gloria de vencerle? pues sabed que el triunfo que alcanza un rey esgrimiendo la espada contra sus vasallos, es mil veces más funesto para su corona que una derrota sufrida en la guerra contra sus enemigos naturales.

-Señor, repuso D. Sancho procurando ocultar el enojo que le causaba la reconvención de su padre; no estuvo en mi mano evitar que nuestros enemigos intentasen llegar hasta vos á viva fuerza.

-¡Nuestros enemigos!... ¿y quiénes son esos enemigos?

-Los que se niegan á obedecerlo que vos mandais.

-¿Y qué querían?

-Lo ignoro.

-En ese caso debísteis dejarlos llegar hasta mí, y yo os respondo de que no se hubiera vertido ni una gota de sangre. ¡Ah! D. Sancho, D. Sancho, añadió aproximándose á su e hijo y tomando una de sus manos: creedme, os aconsejan mal; los que están llamados á ocupar un trono no deben ser jefes de bandería, sino amigos de todos sus vasallos.

-Y cuando los vasallos se rebelan, ¿qué debe hacer el Rey?

-Ser prudente y magnánimo; oír sus quejas; ceder siempre que sea posible sin menoscabar su dignidad, y en último caso castigar con justicia y no con ira: la rebelion de anoche no hubiera estallado á ceder vos; pero olvidemos lo pasado: esos á quienes llamais nuestros enemigos pueden ser los puntales mas firmes del trono, y es fuerza traerlos á nuestra parcialidad: una guerra civil destruiria el estado en las actuales circunstancias, y debemos evitarla á todo trance, para ello no hay mas que romper la tregua con los moros de Granada: ¿os hallais dispuesto á conducir mis ejércitos á la pelea?

Levantó D. Sancho la cabeza como el caballo que sacude las crines al oír el sonido del clarin, y olvidando su disgusto exclamó:

-Señor, yo siempre estoy dispuesto á desnudar la espada contra quien vos rmandeis.

-Es que tal vez tendreis que llevar á vuestras órdenes algunos de los que llamais contrarios nuestros.

Titubeó un momento el Infante; pero cediendo á su natural belicoso contestó:

-A mí solo me toca obedecer: vos meditareis lo que mas pueda conveniros.

Al llegar aquí entró un paje anunciando la llegada del Justicia mayor de la Côte y de los señores D. Simon Ruiz y don Garci Jofré de Loaisa. Penetraron en la regia estancia aquellos tres personajes, y al ver á D. Sancho se miraron unos á otros con cierto recelo; pero dominando su primera sorpresa avanzaron hasta llegar junto al Rey.

-Dios os guarde caballeros, dijo D. Alonso con su habitual benevolencia, como si ignorase que ellos habian sido los jefes de la pasada rebelion. El Estado necesita de vuestra ayuda, y por eso os he rogado que viniéseis.

-Señor, respondió el anciano Garci Jofré de Loaisa, vuestra Alteza debe estar seguro de que los ricos-hombres de Castilla están siempre dispuestos á sacrificarse por su patria. ¿Qué tenéis que mandarnos? hablad y vereis que vuestra mas leve insinuacion es obedecida por todos nosotros con la sumision que deben á su Rey los buenos vasallos.

-Gracias, gracias, amigo mio, no esperaba yo menos de vuestra acendrada lealtad, y por eso os he mandado venir á mi lado: se trata de guerrear, caballeros, y muy en breve por cierto.

-¿De guerrear? preguntó el señor de los Cameros sonriendo irónicamente; ¿y contra quién, Señor? ignoro cuáles puedan ser los enemigos que hoy nos obliguen á desnudar la espada, pues gracias á vuestras prudentes disposiciones nos hallamos en paz con todo el mundo.

-Contra los moros de Granada, nuestros eternos competidores, repuso el Rey con entereza, y fingiendo no haber hecho alto en el tono con que le fué dirigida aquella maliciosa pregunta.

-Acaso nos han declarado la guerra?

-No, ciertamente; pero vamos á declarársela nosotros, y como debeis conocer es lo mismo para que apercibamos nuestras armas, sin pérdida de momento.

-,Nosotros!... ¡ah! mucho me alegro que tomemos la iniciativa en esta guerra, pues sentiria en el alma que los mahometanos hubiesen osado romper las hostilidades contra nosotros; pero decidme, Señor, ¿y sería indiscreto preguntaros el motivo de esa determinacion?

-De ningun modo, D. Simon: un Rey que se precie de justo y que odie la tiranía, como yo la odio, está sin duda alguna obligado á satisfacer las preguntas de sus fieles servidores, siempre que se le dirijan con la templanza y comedimiento que vos acostumbrais usar.

He sabido por confidencias seguras y de personas que se cuidan mucho de la prosperidad de nuestros estados que el Rey Mahomad-Miraluntio-Laminio, cuya artera condicion os es bien conocida, está aguardando un crecido ejército de africanos, que Jacob Aben Juzef te envia desde Marruecos, y que intenta invadir nuestras tierras tan pronto como llegue á España.

Semejante invasion bien debeis conocer vos, cuya pericia en trances de guerra es proverbial entre los caudillos de mas fama, que podria sernos funesta, y para prevenirla he creido conveniente que nosotros les ganásemos por la mano arrojándonos con ímpetu sobre sus fronteras.

De esta suerte no solo conseguimos colocarnos en mas ventajosa posicion, sino que tendremos la gloria de iniciar una especie de cruzada contra los enemigos de la fé. Nuestro Santo padre Juan XXI, que tanto odia á los sectarios de Mahoma, nos dará su ayuda espiritual, y es seguro que en esta jornada hemos de alcanzar á la vez honra y provecho. Otras razones que ya os diré en su dia, tengo además; pero ahora me conviene callarlas.

-Y decidme, Señor, ¿las huestes castellanas se honrarán como en otras ocasiones llevando á Vuestra Alteza por caudillo? Hay empresas que solo por un Rey tan poderoso como vos deben ser sustentadas, y esta es seguramente una de ellas: el triunfo como habeis dicho muy bien, es seguro y el lauro de esta victoria solo debe ceñir vuestras augustas sienes.

-No, D. Simon, me es imposible salir de Toledo; pero no os acuiteis por eso: tal caudillo he de darlas que no me echarán de menos.

-¿Tan bravo es?

-Vos mismo podreis juzgarlo cuando sepais su nombre: se trata del infante D. Sancho, dijo el Rey acentuando estas palabras y señalando á su hijo, que permanecia inmóvil con el brazo apoyado sobre el respaldo de un sillón.

-¡El Infante! exclamó el señor de los Cameros con sorpresa. En efecto, es un bravo paladín, cuya lanza basta á decidir el éxito de una batalla; pero en ese caso, ¿quién irá de lugar-teniente? añadió con visibles muestras de inquietud.

Adivinó D. Alonso el significado de aquella pregunta, y respondió con prontitud:

-Vos.

-¿Yo?

-Sí, vos: á no ser que os negueis á contribuir con vuestra ayuda al buen éxito de la jornada.

-Jamás, Señor, podria renunciar tan alta merced: mi espada está siempre pronta á servirlos.

-En ese caso os encomiendo el cuidado de reunir á cuantos ricos-hombres quieran seguivos con sus mesnadas. Vos, señor Justicia, dispondreis que las huestes reales se hallen apercebidas, y el venerable Loaisa quedará á mi lado con nuestro primo D. Lope Diaz de Haro, por si fuere necesario tomar otras disposiciones dignas de consejo.

Esta última resolución sorprendió á todos los circunstantes; pero ninguno dejó traslucir el efecto que le habia producido.

Largo rato estuvieron discutiendo el plan de la expedición y los medios de llevarla á cabo con gloria. El infante don Sancho y el señor de los Cameros, cuya enemistad era notoria, parecian hallarse completamente reconciliados al tratar del exterminio de los moros, y D. Alonso miraba con interior satisfacción el resultado de sus diestras combinaciones

Después de una larga conferencia salieron de palacio todos aquellos personajes que habian entrado con recelo en el corazón y odio en el alma, y que al separarse se dieron la mano en muestra de buena y franca amistad.

El Rey quedó otra vez solo, aunque por breves instantes. parecia hallarse contento, y dando tregua á sus hondas meditaciones y á los asuntos graves, se puso á recitar en voz alta una estrofa de un poema que estaba componiendo, sobre los hechos del emperador

Alejandro, con esa entonación particular que cada poeta da á sus composiciones y que es para ellos la más dulce de las armonías: empezó, pues, por aquella sestina

Subyugada Egipto con toda su grandía,
Con otras muchas tierras que contar non podía,
El Rey Alejandro, señor de gran valía,
Entró en voluntad de ir en romería,
Puso su esportilla, é priso su bordon,
Pensó de ir á Libia á la sied d'Admon.

Y ya la había repetido dos veces cuando vino á interrumpirle la llegada del bravo caballero que tanto había escitado la curiosidad general en la noche anterior durante el motin. Sin duda debía aquel misterioso personaje ser muy allegado al Rey, á juzgar por el desenfado con que se aproximó á él y por la escésiva franqueza con que dijo:

-No pensó mal aquel gran monarca; pero ya veis que no lo pensó hasta después de haber subyugado á Egipto.

Al oír D. Alonso estas palabras reconoció la voz del que las pronunciaba, y volviéndose con gran presteza exclamó:

-¡Eres tú, Fernandez!...

-Yo soy, señor.

-Estás herido ó contuso?

-No, á Dios gracias.

-Dices bien, á Dios gracias, porque te espusiste como un loco y me hiciste pasar ratos crueles.

-¿Qué?... ¿me vísteis acaso?

-Sí, te vi desde el momento en que empezó á despuntar la mañana, y te aseguro que me disgustó tu temeridad.

-Qué quereis! peleaba por vos.

-Está bien, agradezco tu celo; pero te prohibo que vuelvas á lidiar, á riesgo de tu vida, sin contar con el auxilio de tus leales servidores. Ahora, díme, ¿has visto al Infante?

-Demasiado, Señor.

-¿Y se conviene á salir de Toledo?

-En cuanto sus heridas se lo permitan.

-¿Cómo?... ¿está herido D. Fadrique?

-Y de gravedad.

-¡Dios mio! eso nos faltaba.

-El de Haro le hizo caer al suelo, y á no acudir yo tan á tiempo quizá en este instante tendriais que llorar la muerte de un hermano.

-¡Oh! ese D. Lope es implacable.

-Implacable, y capaz de desbarataros los planes mejor combinados.

-Dices bien, exclamó el Rey con enojo; pero esta vez yo sabré prevenir sus arterías y ¡guay de él! si resbala en la danza. Ven, ven conmigo y te participará mis planes: quiero confiarte un encargo asaz delicado; pero antes es fuerza que hables con Zag de Malea, y como no quiero que le vean entrar en mi estancia, tendrás que ir á su casa y le dirás...

Al llegar aquí bajó la voz, y apoyándose en el brazo del caballero salió del gran salon de audiencias por una puerta escusada.

Capítulo XI

Donde el lector verá un ligero boceto Séfora, la hija del Merino mayor.

Séfora era una mujer de treinta y tres años de edad; pero tan hermosa, que pocas jóvenes de quince abriles podrian sostener la comparacion con ella: su tez no habia perdido nada de la tersura infantil; sus labios brillaban como el coral humedecido por las espumas del mar, y sus ojos, de cuyo poder avasallador tendremos ocasion de hablar mas adelante, se conservaban tan nítidos como si jamás los hubiesen empañado las lágrimas del dolor: sin embargo, Séfora habia sufrido mucho.

Era hija de Don Zag de Malea, el Merino mayor del Rey, y bien se conocia el origen de su raza al mirar las líneas rectas y puras de su semblante: su nariz fina y aguileña, su frente alta y despejada, el óvalo perfecto de su rostro, y las tintas trigueñas y sonrosadas de su piel, le daban tal semejanza con las mujeres de la Biblia, que cuando fruncia el ceño y fijaba su mirada centellante en quien escitaba su enojo, traia á la memoria la imagen imponente de Débora; si por el contrario miraba con ternura y sonreia dulcemente, hacia pensar en la candorosa Rebeca. Siendo muy niña todavía perdió á su madre, que á la sazón se hallaba en Sevilla: D. Zag de Malea que amaba con delirio á su esposa, hizo traer á su lado á aquella preciosa criatura, único vástago de su union, y consagró á la hija toda la

ternura que habia sentido por la madre: desde entonces Séfora fué la dueña absoluta de su casa; sus caprichos eran leyes para toda la servidumbre del Merino mayor, y aun él mismo era esclavo de aquellos caprichos; pero ¿cómo oponerse a los deseos de un ser tan bello y seductor?... por una sonrisa de su hija hubiera dado el buen rabino la mitad de su tesoro, por una lágrima su vida entera.

Cuando Séfora tenia cinco años mandaba con imperio que cantasen las alondras que su padre tenia en el jardín, y si las alondras no la obedecian como era natural, las desplumaba con rabia, y despues de haberles destrozado las alas las arrojaba á las albercas.

Cuando llegó al segundo lustro, se miraba á un espejo, y si no le parecian bien las galas de su tocado las desgarraba con desden y las arrojaba al rostro de sus doncellas.

A los quince años, si alguno de sus esclavos se retardaba un minuto siquiera en dar cumplimiento á sus mandatos, le hacia apalear en su presencia hasta verle desfallecer de dolor: su padre jamás osó oponerse á semejantes arranques de impaciencia como él solia llamarlos. Con tales disposiciones creció aquella criatura y se desarrolló aquella alma indómita: el orgullo era su pasion dominante, y á su orgullo servian de cortejo la fria crueldad, la desdeñosa altivez, el soberbio amor propio y la ira: pero Séfora no era de mármol, y llegó un día en que su corazon le anunció que tambien ella, á pesar de su altivez, debia pagar á la naturaleza un tributo del cual no se eximen ni las fieras.

Por los años de 1260, deseando el Soldan de Egipto captarse la voluntad del Rey de Castilla D. Alfonso el deceno, cuya fama se estendia hasta aquellas remotas regiones, envió á Toledo una embajada compuesta de los tres valies mas doctos de su imperio: Alfanabio Takioddin, Ahmed Al-Makisi y Ahmed Ebn Yuzef, fueron los encargados de ofrecer al Rey de Castilla los riquísimos presentes de su poderoso señor: recibiólos D. Alonso con espresivas muestras de afecto, y deseando hacerles ver lo mas granado de su córte dispuso que se celebrase en la plaza de Zocodover una magnífica justa en que la nobleza castellana hiciese alarde de su valor y bizarría.

Muchos grandes tomaron parte en aquel festejo, que si bien no deslumbró á los mahometanos por el lujo y riqueza de las vestiduras, les admiró por el esfuerzo y gallardía de los justadores y por la sin par belleza de las innumerables damas que llenaban las gradas del palenque.

Entre las mas apuestas doncellas descollaba la hija del Merino mayor del Rey, cuya lozana juventud y magníficas, preesas ofuscaban á las demás: acababa de cumplir diez y seis años, y á pesar de su desdeñosa altivez y de la severa espresion de su semblante, era difícil mirar sus facciones purísimas sin conmoverse: ella entre tanto aparentaba no reparar en el efecto que producia, y paseaba su mirada indiferente por la anchurosa plaza sin que lograsen fijar su atencion, ni los mas bizarros paladines ni los mas gallardos donceles.

Ya hacia largo tiempo que duraba la justa: la flor de la nobleza castellana habia medido ya sus armas ejecutando proezas dignas de loa y dando muestras de esfuerzo y de bravura, y Séfora permanecia impassible en su mirador sin que una vez agitase su blanco pañuelo en muestra de aprobacion por un bote dado con destreza, ó por una suerte de adarga

inesperada; pero de pronto se mostró en la arena un nuevo justador, cuya presencia pareció fascinar á la altiva judía, aun antes de dar principio á sus hazañas.

Era el recién llegado un caballero bizarro, de noble y elevada estatura y de esbelto tallo; vestía una sencilla armadura de Vizcaya y cabalgaba en un fogoso tordillo de hermosa estampa: dió un paseo por medio de la plaza, y después de saludar al Rey con gentil desembarazo, fué á herir con el cuento de su lanza el escudo de los mantenedores, un momento después los jueces del campo lo declaraban vencedor: en vano se le opusieron desde entonces los más apuestos guerreros, todos cayeron á los botes de su lanza, y cuando llegó la hora de recoger la corona del triunfo, levantó la visera del almete y dejó ver á la entusiasmada multitud el hermoso semblante de un mancebo que apenas contaría diez y ocho años.

Asomó á los labios del Rey una sonrisa de dulce satisfacción: Séfora fijó en el paladín sus ojos de fuego, los heraldos pronunciaron su nombre en voz alta, y el pueblo aplaudió con entusiasmo á aquel dichoso mortal que había logrado conmover el empedernido corazón de la hija del Merino mayor.

Al terminar la justa salió el vencedor del palenque llevando atada al brazo la banda que acababa de conquistar, y Séfora regresó á su casa con el pecho lleno de ternura y el alma henchida de tristeza.

Aquella criatura cuya voluntad había sido hasta entonces árbitra absoluta de sus acciones, se sintió de repente sojuzgada por una fuerza superior y desconocida para ella: al llegar á su estancia quiso irritarse para dominar aquel nuevo sentimiento que le parecía una debilidad; pero sus ojos en vez de lanzar una mirada imponente y severa se llenaron de lágrimas y vagaron con una expresión dulce y suplicante: despidió á su servidumbre con más melancolía que enojo, y al quedar completamente sola exhaló un suspiro que había contenido por largo tiempo, y apretándose el pecho con las manos, se dejó caer casi desfallecida en un diván donde la asaltaron mil encontrados pensamientos.

¿Por qué el recuerdo de un hombre la perturbaba de aquella suerte? en qué consistía que, á pesar de sus esfuerzos, no podía apartar de su mente la imagen del paladín vencedor del torneo? por qué se estremecía al pensar que aquella banda que había visto en el brazo del guerrero, podría tal vez servir de adorno al pecho de una mujer?

El amor acababa de herir el corazón de Séfora; pero el primer destello de ese dulce sentimiento abrasó su alma indómita con todo el fuego de las grandes pasiones, y dirigiéndose á su indulgente padre le confesó sin rodeos lo que pasaba en su pecho significándole que había resuelto poseer el cariño del hombre que la enamoraba.

Turbóse el buen rabino al oír las palabras de su hija, presintiendo las funestas consecuencias de aquel nuevo capricho que no podía satisfacer sin deshonorarse, á pesar de sus inmensas riquezas. El caballero de quien Séfora se había enamorado pertenecía á la más alta nobleza, y aunque en aquella época no era imposible el enlace de una judía rica con un infanzón cristiano, sin embargo, existía mucha distancia entre los dos jóvenes para que el rabino pudiese aspirar á un casamiento tan desigual.

Don Zag de Malea era atendido en la córte por su destreza en el manejo de las rentas de la corona, y por la esplendidez con que facilitaba sus caudales á una grandeza casi siempre necesitada de recursos pecuniarios; ocupaba un alto puesto en palacio, y habia obtenido muchas distinciones; pero todo esto no era suficiente para lavar la mancha de su raza, y su hija no podia aspirar á la mano del hombre á quien amaba.

Estas justas reflexiones no bastaron sin embargo á calmar el deseo de la caprichosa judia, y viendo que su padre no encontraba medio de satisfacerlo, aparentó conformarse con su suerte, y valiéndose de su esclava favorita no tardó mucho tiempo en alcanzar por sí sola, lo que el Merino mayor hubiera procurado conseguir en vano.

Tuvo una entrevista con el dichoso paladin, y fué tanto el poder de sus ojos que logró fascinarle á su vez, haciéndole caer á sus plantas para pedirla una mirada de ternura, favor que consideró el mancebo como el mayor de los bienes á que podia aspirar, y desde aquel momento quedó encadenado á sus hechizos.

¿Cómo hubiera podido resistir un jóven de diez y ocho años los atractivos de aquella mujer encantadora? En los primeros trasportes de amor se confundieron aquellas dos almas llenas de fuego y de juventud y fueron dichosas.

Séfora dominaba á su amante por medio de la suavidad de sus halagos, y le hubiera bastado una lágrima de sus ojos para conseguir de él los mayores sacrificios; pero llegó un día en que el deber de caballero llamó al valeroso castellano lejos de su amada, y al ir con el corazon lleno de tristeza á participarle tan infausta nueva, halló que Séfora no era el ángel de dulzura que habia entrevisto en medio de sus trasportes amorosos. En un principio intentó retenerle á su lado valiéndose de palabras tiernas y de miradas amorosas; pero al comprender que el caballero anteponia el honor á su cariño, al verse contrariada por primera vez en su vida, se rebeló su orgullo y creyendo que trataba con los esclavos de su casa, exigió del noble mancebo con descompuesto ademán que renunciase á su deber; la desdeñosa sonrisa del cristiano encendió su ira, y pasando del mandato á las amenazas, imaginó que intimidaría á su amante como intimidaba á su padre.

-Os vais, exclamó: pero en mi seno se queda vuestro hijo, y guay de él!...

Indignése el caballero al oír semejantes palabras, y aproximándose á ella con el rostro lívido y los ojos centellantes de enojo, la dijo con ronca voz:

-En vuestro seno se queda mi hijo; pero ¡guay de vos si no me lo entregais á mi regreso! ¡Guay de vos, señora si llego á aborreceros tanto como os he querido!

Y apartándola con violencia de su lado se alejó de aquella mujer iracunda que en un momento de furor acababa de revelarle todo lo odioso de su carácter: al otro día partió de Toledo yendo á reunirse con las huestes del Almirante Don Pedro Martinez de la Fe, que á la sazón sitiaban á Cádiz.

Séfora quedó sumergida en la mas negra desesperacion: los malos instintos de su alma recobraron su antiguo predominio, y aunque no pudo arrojar del corazon el amor que la devoraba, perdió completamente todos los sentimientos de ternura que habian suavizado su carácter, y volvió á ser el azote de su familia.

En los primeros momentos de despecho quiso dejarse morir, y lo hubiera efectuado á no impedirse los cuidados de su padre y de Lia, su esclava favorita: se negó á salir de casa, prohibió absolutamente que se recibiese a nadie en ella, y aislándose en su habitacion, pasaba una vida solitaria y llena de amargura, que bien pronto alteró su salud y la puso á las puertas del sepulcro.

Entonces supo D. Zag de Malea el estado en que se hallaba su hija: los médicos que hizo venir de Córdoba, le declararon que Séfora no tardaría en ser madre, y que hasta despues del parto les sería imposible aplicarle los remedios que consideraban necesarios para curar su estraña dolencia.

Golpe terrible fué para el buen rabino la nueva de su deshonra: maldijo su ciega condescendencia, lloró al pensar en la humillacion que le aguardaba, y hubo un momento en que pasó por su mente una idea horrorosa; pero era padre y padre idólatra de su hija; enjugó sus lágrimas, y sin dirigirla una sola reconvencion resolvió ocultar aquella mancha que acababa de caer sobre su linaje, aunque para cubrirla le fuese necesario derramar todo el oro de sus henchidas arcas.

Llamó á los médicos que acababan de hacerle tan cruel revelacion y les preguntó si la enferma se hallaba en estado de poderse trasladar á Sevilla: contestáronle que sí, y que aun, aquel viaje lo podria ser de mucha utilidad: entonces sin pérdida de momento, dispuso el Merino mayor todo lo necesario con esa prontitud que solo es dado desplegar á los ricos, y antes de media noche salió Séfora de Toledo acompañada por los dos médicos cordobeses, por Lia su favorita y por una crecida comitiva de doncellas, pajes y escuderos.

Tres meses mas tarde ya se hallaba completamente restablecida; habia dado a luz una niña, hermosa como un ángel y recobrado toda su fatal belleza: entonces empezó para ella una nueva existencia, existencia borrascosa y que su padre procuró envolver en las sombras del misterio: sin embargo, algo se traslució de aquella vida tan agitada por todo genero de pasiones y que pasó repetidas veces desde el capricho al estravío, y del estravío al crimen.

El tiempo corria y Séfora siempre jóven, siempre bella, era en todas partes el alma de intrigas misteriosas y de aventuras terribles: de Sevilla se trasladó á Córdoba, en compañía de una hermana de su padre; de Córdoba á Granada, y moros y cristianos rindieron por do quier tributo a su hermosura y espusieron por ella la vida y la fama.

Diez y ocho años habian trascurrido ya desde que dió á luz á su hija, cuando deseosa de ver de nuevo á su patria. adoptiva, obtuvo de su padre el permiso para regresar á Toledo. El Merino mayor, persuadido de que la falta de su hija era un misterio para todo el mundo, y anhelando abrazarla despues de tantos años, la escribió á su hermana que se trasladase á la Côte, y no tardó mucho en estrechar contra su seno á aquella criatura que habia sido la alegría de su vida y que despues fué su mas acerbo dolor, pero á quien amaba cada vez mas,

tanto por los goces que le habia hecho experimentar, cuanto por las lágrimas que lo habia costado.

Séfora no habia perdido nada de su belleza, como hemos dicho al principio de este capítulo, y al presentarse en la córte, radiante de juventud, á pesar de sus treinta y tres años, y ataviada con el fausto de una princesa, llamó la atencion universal, y los mas apuestos galanes estrecharon sus relaciones con el Merino mayor ansiosos de poder admirar las gracias de su hija. A los hechizos de su semblante unia Séfora los atractivos de un talento claro y de una educacion esmerada: durante su permanencia en Andalucía habia aprendido el arte de seducir con mil habilidades y la ciencia de fascinar ocultando lo que pasaba en su corazon y dando á sus ojos la espresion que queria.

Su padre se sintió dominado nuevamente por ella desde el momento en que puso el pié en sus umbrales, y sin recordar lo funesta que le habia sido en otro tiempo su condescendencia paternal, volvió á ser, el esclavo de su hija y consultaba con ella hasta los negocios mas graves.

En el momento de estallar el motin de que hemos hablado habia querido D. Zag de Malea ir al lado del Rey, pero Séfora se lo impidió, y aun estaba con ella lleno de zozobra y sin saber el resultado de aquella lucha en que sus intereses podian sufrir graves descalabros, cuando un paje le anunció la llegada de un caballero que venia de parte del Rey.

-Que éntre, dijo el Merino mayor; y despidiéndose de su hija pasó á la habitacion inmediata donde ya le aguardaba el recien llegado.

Capítulo XII

Donde se verá que no tiene nada de estraño que Troya se perdiese por causa de Elena.

Grandes efectos suelen proceder muchas veces de pequeñas causas, y la historia del mundo nos enseña que no hay acontecimiento por insignificante que parezca, que no pueda influir en los destinos de los pueblos: muchos ejemplos podríamos citar en apoyo de esta opinion; pero basta el que atañe á nuestra historia para prueba del aserto.

D. Alonso el deceno era un Rey que segun ciertos cronistas se juzgó capaz de corregir las obras del Supremo Hacedor; tal era la opinion que de su alta capacidad habia formado. En efecto, razón tenia, si no para esto, al menos para envanecerse el hombre que en su tiempo abarcó los vastos conocimientos que él poseia; el hombre que comentaba el Almagesto de Ptolorneo al paso que hacia traducir los Cánones del siriaco Albategnio: el que era filósofo con Platon, astrónomo con Avicena, legislador con Licurgo, químico con Eliodoro, naturalista con Plinio y poeta con Abderrahman y Alhaken los Ommiadas de Córdoba.

Este Rey, pues, que a un talento profundo y á una erudicion potentosa unia un gran corazon; este Rey que hubiera podido decir de sí, como Hixem I,

Tomo la pluma ó la espada
como la ocasion requiera,

habia combinado un plan admirable para conjurar la tempestad que amenazaba á su estado: todas sus medidas estaban bien tomadas; los revoltosos mas temibles se habian sometido á su deseo, como recordará el lector, y solo le faltaba poner en ejecucion su gran proyecto. Para ello necesitaba grandes recursos, y sus arcas estaban exhaustas; pero su Merino mayor era rico como Crespo y no podia negarse á las exigencias de un Rey á cuya sombra habia crecido el árbol de su fortuna: para tratar pues, de esto, habia determinado que el caballero á quien le hemos oido denominar D. Alonso Fernandez, fuese á casa de D. Zag de Malea, y de esto trataban en efecto, en un pequeño gabinete, el buen rabino y el misterioso cristiano.

-¿Y para cuándo necesita su Alteza ese cuento de maravedís? preguntó el judío con alguna zozobra.

-Para dentro de doce dias, contestó el caballero en tono de mando.

-En ese caso decidle á su Alteza que puede contar conmigo.

-Ya lo esperaba el Rey de vuestra lealtad.

-Bien sabeis que su Alteza debe estar seguro de ella; pero decidme, si no es importuna la pregunta, ¿contra quién vamos á mover nuestras armas?

-Contra los moros de Granada.

-¡Ah! exclamó el hebreo, mirando de un modo oblícuo á su interlocutor: pues yo creí que se trataba de guerrear contra el aragonés.

-No lo quiera Dios, repuso D. Alonso con presteza.

-Sin embargo, dicen que D. Pedro III atiza la insurreccion de Castilla, y que la rebelde Doña Blanca se ha refugiado á la sombra de su trono.

-Doña Blanca es mas desgraciada que rebelde.

-Pero D. Juan de Lara es mas rebelde que desgraciado, y lo que mas nos interesa es evitar que menudeen motines como el de anoche.

-El Rey sabe mejor que vos lo que le interesa y cuando él ha dispuesto que tomemos las armas contra los moros es porque así conviene al Estado y para consolidar esa tranquilidad de la cual os mostrais abogado tan celoso.

-Perdonad si he sido indiscreto.

-No, D. Zag, comprendo el espíritu de vuestras palabras; os asustan los motines porque creéis que en ellos peligran vuestros intereses; pero no temáis, ya procuraremos que la insurrección no levante en lo sucesivo su cabeza de hidra.

-Difícil me parece: el bando de los de la Cerda es muy tenaz, y como dicen que D. Juan de Lara alcanza los favores de la francesa, no es de creer que la abandone.

Una ráfaga de indignación pasó por los ojos del caballero al oír las últimas palabras del judío, y dejando su asiento dijo sin poder contener un ligero temblor que agitaba sus labios:

-Basta: respetemos el honor de una dama por cuyas venas corre la sangre de San Luis, y no injuriemos á un rico-hombre ausente. ¿Cuándo podré recoger la suma que os he dicho?

-Dentro de ocho días, pues voy á dar orden en el acto para que mis agentes la realicen, contestó el Merino mayor dejando también su escaño y mirando al capitán con extrañeza.

-En ese caso yo mismo vendré por ella.

-Como su Alteza lo disponga, dijo D. Zag, acompañando hasta la puerta al régulo mensajero, á quien despidió con suma cortesía, añadiendo para sí al verlo partir:

No creía yo que los favoritos del Rey, se cuidaban tanto del honor de los rebeldes. ¡Oh! esos cristianos no pueden sufrir que un israelita injurie á los de su ley, por más que sean sus enemigos.

El Merino mayor ignoraba que el Rey no era- enemigo de sus nietos ni de la infanta Doña Blanca, y no podía comprender por qué D. Alonso Fernandez se estremecía al oír las calumnias que contra la viuda de D. Fernando de la Cerda propalaban los partidarios del de Haro.

La historia de aquel bravo aventurero era un misterio en la corte: nadie sabía la verdadera posición que ocupaba en palacio, y la conducta que observaba con los diferentes bandos que traían revuelta la tranquilidad del Estado, no dejaba de tener algo de anómala: sin embargo, era público el favor que con el Rey, gozaba, y nadie, ponía en duda su lealtad caballeresca. En 1274 cuando D. Alonso partió para sustentar sus pretensiones al imperio, dejóle el encargo de gobernar á Sevilla, confiriéndole la tenencia de su alcázar: al regresar el Rey, de su desgraciada expedición, partió de Castilla aquel bravo caballero, y hacia poco tiempo que había regresado a Toledo después de una larga ausencia: unos decían que venía de Africa, otros que había estado en Palestina; pero lo cierto era que nada de positivo se sabía respectivamente á su expedición: dejemos empero para más adelante la solución del problema que ofrece la vida de este misterioso personaje, y prosigamos el relato de nuestra historia.

Dijimos al principiar este artículo, que de pequeñas causas suelen resultar grandes efectos, y ya es hora de explicar el por qué nos ha ocurrido esta reflexión que no deja de tener sus puntas de filosófica.

Creendo el Rey D. Alonso que su plan de reconciliación entre su hijo D. Sancho y los partidarios de sus nietos era negocio terminado ya; imaginando que su invasión contra los moros sofocaría la guerra civil, y deseando consolidar más y más la buena armonía entre los Ricos-hombres de Castilla, dispuso un magnífico festejo en el cual pretendía reunir en torno suyo á los caudillos de todos los bandos, con el objeto de hacerles deponer sus antiguos odios antes de emprender su expedición contra Granada: con este objeto, pues, hizo grandes preparativos, y mientras D. Sancho y el Señor de los Cameros, se ocupaban en reclutar la hueste que debía seguirles á la guerra, la servidumbre de palacio disponía todo lo necesario para la regia fiesta.

Un movimiento inusitado llenaba á todas horas las calles de Toledo: por un lado cruzaban innumerables operarios conduciendo á palacio ricas alfombras y toda clase de adornos; por otro llegaban á la ciudad compañías enteras de aventureros que venían á ofrecer sus servicios á los jefes de mesnada; un sinnúmero de judíos cargados de joyas y perfumes, discurrían por las plazas y los ociosos de la corte se ocupaban en prejulgar el resultado de la fiesta: unos enumeraban ya los juegos y las danzas que se preparaban: otros disputaban sobre cuáles serían las damas que se presentarían mejor tocadas; quién aseguraba que Doña María de Molina disponía espléndidas galas; quién se esforzaba en probar que la esposa del infante D. Juan, Margarita de Monferrat, sería la reina de la belleza y de la elegancia; otros auguraban que la Infanta Malespina las ofuscaría á todas con su riqueza; y otras por último, creían que Doña María de Uçero alcanzaría sin duda la corona del triunfo: esta opinión era la más admitida, y no tardó en divulgarse por todas partes llegando en fin hasta la retirada estancia de Sefora, la hija del Merino mayor.

Odiaba Sefora á la de Uçero sin poderse ella misma explicar la causa de aquel odio, y al saber que la hermosa Doña María esperaba vencer á todas sus rivales, quiso también ella entrar en la liza y disputar un triunfo á que aspiraban todas las damas de la corte. Difícil era competir con la noble castellana; pero la judía era muy bella á pesar de sus treinta y tres años, y D. Zag de Malea era el primer potentado de Castilla, á pesar de su oscuro origen.

No contenta la altiva hebrea con los suntuosos ropajes que llenaban su recámara y poco satisfecha de los innumerables aderezos que atesoraba en sus joyeros, hizo que Adhel, su esclavo berberisco, fuese en busca de los más acreditados diamantistas y de todos los mercaderes que habían llegado á Toledo en aquellos días. Obedeció el paje, y una hora después se hallaba Sefora rodeada de cuanto puede inventar el hombre para satisfacer los caprichos del bello sexo: brinquiños de esmeraldas, piochas de brillantes, collares de rubíes, sartas de perlas, zarcillos de zafiros, abanicos de nácar, plumones de Meonia, aves del Paraíso con carbunclos en los ojos, perfumes de Arabia, tisúes de Damasco, velos de Cachemira y otras mil telas que sería difuso enumerar, se ofrecieron sucesivamente á los ojos de la judía, que sin reparar en el precio de los objetos que más llamaban su atención, escogía telas y joyas, haciendo que su esclavo anotase el valor de lo que compraba.

Cuando hubo satisfecho su caprichoso deseo despidió á los mercaderes, dándoles órden de presentarse a su padre, y desde aquel mismo instante empezó a combinar los trajes y adornos con que se proponía ofuscar en los régios salones a cuantas damas intentasen competir con ella, y en particular á la celebrada Doña María de Uceró.

Llegó por fin el día designado para el gran festejo: el Rey vió lleno de júbilo cumplirse su mas ardiente deseo: todos, los ricos-hombres de Castilla menos D. Juan de Lara, acudieron á su palacio: su hijo D. Sancho y su hermano Don Fadrique, ocupaban dos escaños juntos al lado de su trono; D. Lope Diaz de Haro y el señor de los Cameros departían amigablemente, y el venerable Garci Jofré de Loaisa se apoyaba en el brazo de D. Diego Alonso el Justicia mayor: los demás partidarios subalternos tambien andaban confundidos por los reales aposentos, y en todos los semblantes resplandecía la mas franca satisfaccion.

Las damas de la córte iban llegando unas en pos de otras, y sus magníficos trajes revelaban que la única riqueza de Castilla la poseían los señores feudales en menoscabo del malhadado pueblo, cuya miseria era deplorable: muchas y muy bellas eran las matronas que llamaron la atención de la multitud; pero la voz pública no se habia equivocado: Doña María de Molina y su hermana Doña Blanca; la princesa de Romanía y Margarita de Monferrat brillaban como astros superiores en medio de aquella confusa muchedumbre de estrellas: todas las miradas se fijaban en las cuatro ilustres damas, y los concurrentes imparciales no sabían á cuál de ellas proclamar por mas hermosa y mas ricamente adornada; pero de improviso llamó la atención un murmullo que resonaba en la puerta del gran salon de recepciones, y todos volvieron la faz quedando absortos al ver entrar al lado de D. Alonso Fernandez, á la hermosa de las hermosas, á la mas joven de las damas de la córte, á la sin par Doña María de Uceró. Renunciamos á describir su atavío, porque sería larga y difícil empresa; baste decir que hasta sus rivales la proclamaron vencedora.

-Querida prima, la dijo Doña María de Molina saliéndola al encuentro, Dios te guarde para orgullo de nuestra familia.

Bajó los ojos la hermosa doncella al oír el cumplido de su ilustre parienta, y con voz entrecortada murmuró algunas frases de gratitud. El Infante D. Sancho al ver á su querida sintió latir su corazón con violencia, y fijó en ella una mirada llena de ternura; D. Lope Diaz de Haro fué á saludarla asomando una maliciosa sonrisa á los labios, y hasta el mismo Rey la tributó repetidos elogios con su habitual galantería; pero el triunfo de aquella dama debía pasar como la luz del crepúsculo palidece en presencia de los rayos del sol, y en efecto, no tardaron mucho su belleza y esplendor en quedar oscurecidos por la belleza y esplendor de otra mujer.

Séfora, la hija del Merino mayor, apareció de improviso en medio de la régia, estancia, y al verla inclinaron la frente todas las hermosas. ¿Cómo competir con aquella beldad de raza pura que unía á los encantos de la naturaleza todos los refinamientos del arte? ¿Cómo rivalizar con aquella mujer que al tesoro de su hermosura habia agregado otro tesoro de riqueza? Las damas castellanas de mas esclarecido linaje ni siquiera se hubieran atrevido á desear aquella profusion de lujo oriental que desplegó la hija del hebreo: los mancebos quedaron deslumbrados á su presencia, y los ricos-hombres mas poderosos envidiaron

aquellos diamantes que ellos no hubieran podido pagar con la mitad de sus estados: pasada la primera sorpresa, unos fueron á tributar incienso á aquella altiva deidad, y otros murmuraban en voz baja del funcionario que así insultaba la miseria pública, haciendo alarde de sus dilapidaciones.

El triunfo de Séfora no podía ser mas completo, puesto que despertó la admiracion, la envidia, y la maledicencia.

Los primeros compases de la orquesta vinieron oportunamente á llamar la atencion universal, y un momento despues danzaban confundidos envidiados y envidiosos: la buena armonía recobró su imperio, y el Rey iba de salon en salon animando á la juventud.

El Infante D. Sancho no se apartaba de su amada Doña María de Uceró; Séfora llevaba en pos de sí una cohorte de adoradores y todos parecian hallarse satisfechos. Unicamente un anciano, de elevada estatura y de blanca cabellera, se negaba á tomar parte en la alegría de los demás: una nube de tristeza posaba sobre su frente, y ni un solo momento desarrugó el ceño de su semblante: aquel anciano era el Merino mayor del Rey, D. Zag de Malea.

¿Por qué el astuto judío se presentaba aquella noche tan taciturno? ¿qué se habían hecho su eterna sonrisa y la hipócrita benevolencia de sus palabras? ¿á qué debia atribuirse su tibieza y su pertinaz silencio? En vano quisieron halagar su vanidad algunos palaciegos, elogiando en torno suyo las perfecciones de su hija y la magnificencia de su tocado; aquellas alabanzas aumentaban, su mal humor, y deseando huir de ellas fué á pasarse solo por los salones menos concurridos.

La fiesta seguia entre tanto cada vez mas animada en ella se representaban esos mil dramas de distintos géneros que en todos tiempos ha reproducido la sociedad; pero de aquellos encontrados afectos y de tan variadas escenas solo la tristeza del Merino mayor y un incidente que pasó desapercibido para la mayor parte de los cortesanos, deben fijar nuestra atencion, pues solo aquella tristeza y aquel incidente tienen relacion directa con la presente historia; mas antes de referir el hecho que nos interesa recordar, creemos que no será inútil echar una ojeada retrospectiva con el fin de ayudar la memoria del lector para que pueda reconocer áun personaje de que vamos á ocuparnos.

Dijimos en nuestro capítulo anterior, que Séfora la hija de D. Zag de Malea, habia amado en su juventud á un ilustre mancebo á quien conoció en las justas celebradas en Toledo por los años de 1260: un arranque violento de su carácter dominador hizo que el altivo cristiano se desprendiese de sus brazos precisamente en el momento en que acababa de anunciarle que ya era madre: despues vimos partir al mancebo al cerco de Cádiz, y la judía huyó a esconder en Sevilla su vergüenza y su despecho: desde aquel dia no se volvieron á ver.

Al dar cuenta en el primer capítulo de esta verídica historia, de la fuga que emprendieron la reina Doña Violante y la infanta Doña Blanca, hicimos mencion de un paladin incógnito, cuya única divisa era un penacho verde, el cual salvó á las ilustres fugitivas, mientras D. Juan de Lara sostenia un reñido encuentro con los mensajeros del

infante Don Sancho. Mas tarde, al hablar de Doña María de Uceró, la dama mas bella de la córte, referimos que un caballero de gallarda presencia solia visitarla, representando el interesante papel de protector y amigo de la ilustre doncella.

Este caballero, pues, que últimamente salvó la vida del infante D. Fadrique en el motin de la plaza de Zocodover; el paladin del penacho verde y el imberbe galan de la judia, no eran mas que un solo personaje, el cual se hallaba tambien en la régia fiesta y á quien conocemos ya con el nombre de Don Alonso Fernandez el Niño.

En el momento en que se presentó en los salones al lado de su bella protegida, llamó la atencion por su gallardo continente y elegante atavío; pero la competencia de las damas hizo que la concurrencia se olvidase de él, y desde entonces se confundió con los otros convidados perdiéndose entre la multitud; únicamente al terminarse el sarao volvió á fijar la atencion de todos, pues el Rey le llamó en voz alta y estrechándole la mano con afectuosas muestras de cariño, le dijo algunas palabras al oido. Entonces fué cuando tuvo lugar el incidente que nos interesa retener en la memoria y del cual tomaron origen muchos de los graves acontecimientos que referiremos mas adelante.

Séfora que hasta entonces no habia reparado en el gallardo caballero, distraida con los obsequios de sus admiradores, fijó en él sus ardientes ojos, y al ver aquel semblante que el amor y el despecho habian grabado en su corazon con buril eterno, se estremeció de tal suerte que tuvo necesidad de apoyarse en el brazo de su padre para no venir al suelo. En aquel mismo momento, advirtió Fernandez que Doña María de Uceró abandonaba su mano entre las del infante D. Sancho, y sorprendió en sus ojos una mirada de tan inefable ternura, que le revoló todo lo que pasaba en aquel pecho infantil; turbáse á su vez el caballero, y la judía que no apartaba de él su magnética mirada se apercibió al instante de aquella turbacion. D. Alonso Fernandez acababa de descubrir que su protegida amaba á D. Sancho: Séfora creyó adivinar que el capitan amaba á Doña Maria.

Un momento después quedaron, desiertos los salones de palacio: cuando los que habian asistido á la régia fiesta regresaban á sus casas ya empezaba a despuntar la aurora., y un sinnúmero de soldados cruzaba las calles en distintas direcciones: aquellos soldados pertenecian al ejército que el Rey habia mandado reunir en las inmediaciones de Toledo, y que segun se aseguraba debia ponerse en marcha al dia siguiente bajo las órdenes del Infante D. Sancho y de D. Simon Ruiz, Señor de los Cameros. Los jefes de mesnada y los aventureros sueltos solo aguardaban recibir la martingala que se les habia ofrecido, para mover sus armas contra los moros, y los ricos-hombres tenian dispuestas sus lanzas aguardando únicamente la señal de partida; pero el dia designado para ponerse en movimiento el ejército llegó por fin, y sus comandantes recibieron orden de suspender la marcha. ¿Qué motivo podia existir para tal resolucíon? ¿qué grave acontecimiento habia hecho variar los bien combinados planes del Rey? Únicamente el capricho de una mujer.

Deseando Séfora ofuscar á todas las damas de la córte, habia gastado en joyas y tejas preciosas el cuento de maravedís que su padre acababa de reunir para D. Alonso el deceno, y hé aquí una causa que aunque insignificante al parecer, produjo los mas trascendentales y funestos efectos para la monarquía castellana.

Capítulo XIII

En que se refiere que el rey de Castilla, recibió una embajada que no podía llegar en peor ocasión.

Al presentarse D. Alonso Fernandez con los oficiales del tesoro á recoger la suma que el Merino mayor tenia ofrecida al Rey, halló al malhadado rabino sumergido en la misma profunda melancolía que nublaba su frente la noche del festin: preguntóle la causa de aquel disgusto, y entonces supo con dolorosa sorpresa que hasta dentro de quince dias no podia recibir aquel cuento de maravedís que D. Alonso habia ofrecido repartir aquella misma tarde entre los jefes del ejército espedicionario: las consecuencias de aquel retardo podian ser funestas, y el inquirir el caballero la causa de tan reprensible informalidad, estuvo tentado de seguir las costumbres de su época haciendo triturar en el tormento los huesos del judío.

En vano suplicó aquel desgraciado que no se divulgase tan desagradable incidente; en vano pidió qué se le evitase el bochorno de comparece delante del Rey: D. Alonso se mantuvo inexorable, y sin respeto a sus canas ni al elevado empleo que desempeñaba, le condujo a palacio entre las filas de sus archeros.

Grande fué el disgusto del Rey al saber aquella nueva, y a pesar de su templanza trató al Merino mayor con tal severidad, que el judío, cuyo flexible carácter se habia doblado en muchas ocasiones, ante el enojo de los altivos cristianos, se sintió herido, en lo mas hondo del alma y juró en secreto vengarse de tamañas humillaciones; pero el temor le hizo ocultar su designio, y poniendo á Abraham por testigo, ofreció solemnemente que antes de quince dias haria efectiva la suma que con tanta urgencia se le demandaba.

Aceptó el Rey el plazo, obligado por las circunstancias, y no pudiendo pasar por otro punto mandó suspender la marcha del ejército que tan perentoria era para la realizacion de su proyecto: dispuso que los soldados mercenarios se alojasen en las aldeas inmediatas y que las huestes de los señores feudales se acuartelasen en la ciudad. Semejante medida afectaba los intereses del pueblo, sobre cuyas débiles espaldas descargaba el Rey un peso que sus hombros no podian sustentar: los pacíficos hogares de los pecheros se vieron invadidos por una soldadesca exigente y desenfrenada, y un murmullo de descontento cundió por todas partes: no pararon aquí sin embargo los graves inconvenientes que la loca prodigalidad de una mujer debia acarrear al Estado.

Aquel retardo en romper las hostilidades contra los moros dió tiempo á los descontentos para combinar sus planes, y D. Lope Diaz, de Haro que habia consentido de mala voluntad

en quedarse al lado del Rey, trabajó el animo del infante D. Sancho y le indujo á no salir de Toledo si él no iba en su compañía. D. Simon Ruiz no podia consentir que el Señor de Vizcaya dividiese con él el cargo de lugarteniente que se le habia conferido, y se puso otra vez de acuerdo con el infante D. Fadrique su suegro, para protestar contra aquella medida en el caso de que D. Alonso accediese á la voluntad de su hijo.

La tempestad empezaba á rugir mas imponente que nunca, y un suceso inesperado vino á hacerla estallar. Pero antes de hacernos cargo de este suceso, fuerza será que nos apartemos un momento de la córte de Castilla para volver al lado de la Reina Doña Violante y de la Infanta Doña Blanca á quienes dejamos en Ariza escoltadas por el valiente Don Juan de Lara, y en compañía del rey D. Pedro III de

Aragon.

No bien llegaron aquellas ilustres damas á la capital del vecino reino, cuando poniendo bajo la salvaguardia del-Monarca aragonés á los Infantes de la Cerda, empezaron á hacer gestiones en pro de los nobles huérfanos: el Señor de Lara partió á sus estados de Albarracin con el objeto de armar á sus vasallos en apoyo de los derechos que á la sucesion de la corona de Castilla tenian sus augustos protegidos, y Doña Violante quiso decidir á su hermano á que se declarase abiertamente en favor, de sus nietos; pero el cauto D. Pedro á quien la historia apellida el Grande y nosotros no titubearíamos en llamar el Inconstante, se contentó con ofrecer un asilo seguro á los hijos de su sobrino, y en dejar en libertad á la Infanta Doña Blanca para que se dirigiese á Francia en busca de mas eficaz ayuda.

Escribió, en efecto, la desconsolada Princesa demandando á sus compatriotas una proteccion que le negaban los estraños, y sus maternales súplicas encontraron favorable acogida allende los Pirineos.

Ocupaba á la sazón el trono de Clodoveo Felipe el Atrevido, jóven de ardiente corazon y de recto proceder, el cual pesando las quejas de su hermana en la balanza de su justicia, las halló fundadas y determinó reclamar del Rey de Castilla los derechos que á la sucesion de la corona tenian sus sobrinos los Infantes de la Cerda: con este fin escogió entre sus cortesanos al que era mas á propósito para tan delicado encargo, y en los primeros días del mes de Octubre salió de París en direccion á Toledo el Príncipe de Briena, jóven bizarro y de talento esclarecido: reunia aquel caballero á sus altos dotes personales, la circunstancia de ser deudo muy inmediato de D. Alonso el deceno, y Felipe el Atrevido le dió los mas amplos poderes para ventilar aquel negocio, autorizándole á usar en sus reclamaciones desde la súplica á la amenaza.

Cuando el embajador francés llegó á la corte de Castilla, encontró levantados los ánimos y perplejo al Rey entre las exigencias de los dos bandos que en vano se esforzaba por unir: su presencia acabó de imposibilitar la reconciliacion.

Hallábase D. Alonso en el gran salon del alcázar rodeado de los principales señores de su reino, y procurando contentarlos a todos, cuando un heraldo vino á participar la llegada del embajador francés: no quiso el Rey diferir la recepcion de aquel enviado, y le mandó á decir que estaba pronto á oírle: una hora despues anunciaban los ugieres de :palacio, con las

formalidades de costumbre, al muy alto y poderoso señor D. Juan de Acre, Príncipe de Briena, Conde de Monfort, Gran Botiller de Francia y embajador del Señor Rey Felipe III.

Era aquel noble personaje un mancebo de gentil talante que apenas representaba veintiocho años de edad: vestía un suntuoso traje talar bordado de oro, y los perseverantes, pajes y escuderos de su comitiva, llevaban ricas dalmáticas flordelisadas y vistosos plumajes, que contrastaban de un modo chocante con las modestas y casi toscas vestiduras de los señores castellanos.

Recibióle el Rey D. Alonso sentado en su elevado escaño, sobre el cual pendía la soberbia panoplia de sus armas; pero los ricos-hombres se pusieron en pie al verle entrar: saludó el recién llegado á tan ilustre reunion y avanzando hasta hallarse en frente del Monarca, hincó una rodilla en tierra y dijo con voz firme y clara:

-En el nombre del Rey Felipe III de Francia, mi señor natural y egregio primo vuestro, á vos D. Alonso el deceno de Castilla, y á los Infantes vuestros hijos, y á los Infantes vuestros hermanos y á los ricos-hombres de vuestros reinos, salud.

-Alzad, primo; cubríos señores, dijo el Rey: y estrechando en sus brazos al ilustre enviado añadió: ¿Cómo sigue nuestro Real hermano? ¿Que quiere de nos?

-Vuestro Real hermano sigue prosperando en gracia del Señor Jesucristo, y me envía con poderes bastantes para suplicaros en amistad que devolvais la opcion que al heredamiento de vuestra corona le cabe á D. Alonso de la Cerda, primogénito de vuestro hijo D. Fernando, que santa gloria haya, cuya opcion le quitaron á tuerto segun su leal entender: otrosí, os ruega que llamando á vuestro lado a su egregia hermana la infanta Doña Blanca y á sus hijos el susodicho D. Alonso de la Cerda y su hermano D. Fernando, les devolvais sus aposentamientos y regalías, y les ampareis con toda vuestra Real potestad contra las asechanzas y maleficios de los que pudieran disputarles sus legítimos derechos.

Un imponente murmullo siguió á las palabras del embajador: los ricos-hombres de Castilla se miraron primero unos á otros con muestras de asombro, y fijaron luego los ojos en el Rey que permanecía inmóvil en su asiento con el semblante algun tanto alterado y la vista clavada en su interlocutor: despues de un breve instante en que reinó el mas profundo silencio, dejó D. Alonso vagar una ligera sonrisa por sus labios y dijo con voz sosegada:

-Nuestro Real hermano ignorará sin duda que fué un acuerdo de las Córtes de Segovia lo que privó á los infantes de la Cerda de su opcion á la herencia de nuestro reino: hacédselo saber, pues, y estamos persuadidos de que retirará su demanda: en cuanto á la segunda insinuacion que habeis hecho, debeis afirmarle que su ilustre hermana á quien amamos muy particularmente, puede volver a Castilla

siempre y cuando quiera, segura de que nadie osará faltar á las consideraciones que como á hija de San Luis y á esposa de nuestro malogrado primogénito se le deben.

-No ignora mi señor lo del acuerdo de Segovia, repuso el francés, sin cuidarse del efecto que producian sus palabras; y no obstante ese acuerdo, os ruega que devolvais á vuestros nietos sus legítimos derechos.

-Aquí no hay mas derechos que los que conceden las Córtes del reino, exclamó el infante D. Sancho sin poder contener su indignacion; y el Rey vuestro señor debe contentarse con la respuesta que os ha dado el nuestro.

-Sin embargo, el Rey nuestro señor no se contenta con esa respuesta, dijo el ilustre enviado sin alterar el tono de su voz.

-Pues no nos cumple darle otra, añadió D. Alonso con entereza.

-¿Lo habeis meditado bien?

-Lo hemos meditado.

-Lo decidís así?

-Así lo decidimos.

-En ese caso oid: Yo, Juan de Acre, Príncipe de Briera, Conde de Monfort y Gran Botiller de Francia, en nombre de mi Rey Felipe III, á vos D. Alonso el deceno de Castilla os notificamos, que si en el término de un mes y un dia, no devolveis los derechos que al heredamiento de vuestro reino tiene el infante D. Alonso de la Cerda, vendremos a retaros á vos y á los infantes vuestros hijos, y á los infantes vuestros hermanos, y á los ricos-hombres de vuestros reinos, para que el juicio de Dios decida de parte de quién está la razon en esta demanda.

-Os hemos oido, dijo el Rey con dignidad.

-Y podeis añadirle, exclamó el Infante D. Sancho, que si mientras transcurre el plazo quieren algunos de sus caballeros remitir al juicio de Dios la demanda de su soberano, yo, D. Sancho, heredero jurado del reino de Castilla, tengo siempre dispuestas cien lanzas de mis vasallos particulares para medirlas con las de los mejores ricos-hombres de su Alteza.

-He oido á vuestra señoría, dijo á su vez el embajador; y saludando con respeto al Rey, salió del salon seguido de su brillante comitiva, y dejando encendida en pos de sí la tea de la discordia.

La costumbre de emitir su opinion en las Córtes del rei-no, el derecho de intervenir en la mayor parte de los negocios del Estado y la potestad de desnaturalizarse y de negar la pleitesía á la corona, hacian que los ricos-hombres del si-lo XIII se olvidasen á menudo del respeto debido Soberano, y nada era mas frecuente que ver convertida la corte en una especie de representacion nacional donde cada uno de los señores que rodeaban el trono, defendia sus derechos á su parecer, con toda la independencia y altanería del que cuenta con la fuerza para sustentar sus razones en todo evento.

Tal era la índole del feudalismo, y nuestros lectores no deberán estrañarse de que el Infante D. Sancho se atreviese á tomar la palabra en presencia de su padre, ni menos que los demás señores osáran entrometerse en un asunto sobre el cual acababa de fallar el Rey definitivamente.

No bien habia salido el Príncipe de Briena de la régia estancia, cuando el Infante D. Fadrique, con su acostumbrada rudeza le dirigió á su hermano el siguiente razonamiento:

-Señor, bien hubieras podido consultar la opinion de los ricos-hombres aquí presentes, antes de resolver sobre la demanda de nuestro primo, que en mi concepto tiene mucho de justo, pues si bien es verdad que las Córtes de Segovia decretaron el desheredamiento del Infante de la Cerda, no lo es menos que semejante acuerdo tiene mucho de ilegal, pues se tomó sin hallarse presentes algunos ricos-hombres que tenian derecho de dar su voto en tan importante determinacion.

-Y ¿en dónde ha aprendido el señor Infante que el Rey necesita consultar á sus vasallos en asuntos que solo á su régia potestad atañen? ¿Creeis por ventura que puedo yo ignorar los derechos de mis vasallos y las facultades que á mí me competen? dijo el ilustre legislador con tan despreciativo acento, que su hermano se mordió los labios y miró á sus parciales de un modo siniestro.

Por mucho que D. Alonso desease reconciliar los ánimos y atraerse partidarios, no queria sin embargo manifestar ni el mas pequeño asomo de flaqueza, pues conocia el espíritu de su época y sabia perfectamente que un Rey débil no podia contrarrestar la influencia de vasallos casi tan poderosos como él, ni sostener el esplendor de una corona que aunque heredada, se sustentaba en su cabeza con el apoyo de leyes harto débiles y que á cada instante eran controvertidas y modificadas por aquellos mismos vasallos.

Además el carácter de D. Alonso era naturalmente altivo, aunque la prudencia modificaba la mayor parte de las veces sus enérgicos arranques; y en mas de una ocasion habia manifestado que no le asustaba el estruendo de las armas: por eso respondió á D. Fadrique con tanta dureza, y aunque sus palabras fueron acogidas con un murmullo de difícil interpretacion, nadie osó secundar la conducta del Infante, y un profundo silencio siguió á su respuesta.

Entonces manifestó el Rey deseo de quedarse sólo, y en el momento se retiraron todos aquellos altivos personajes, unos llenos de satisfaccion por el triunfo que acababan de conseguir, y meditando otros la manera de enarbolar los estandartes de la rebelion, pues en aquella época en que la monarquía aun no habia fijado de una manera sólida sus cimientos, eran en extremo frecuentes aquellos choques entre los poderosos Señores que rodeaban el trono, los cuales viendo en el pueblo un esclavo se valian de él para sustentar su capricho ó sus intereses, y sin cuidarse de la sangre que vertian sus míseros vasallos alzaban pendones de guerra con una sacrílega indiferencia siempre que les venia en mientes.

Unicamente el Arzobispo de Sevilla, el Justicia mayor de la córte y Gonzalez Ruiz de Atienza permanecieron al lado de D. Alonso, que al verse solo con sus privados dejó su

régio asiento, y cruzando los brazos sobre el pecho exclamó despues de reflexionar un breve instante:

-Vive Dios, señores, que hemos quedado lucidos con nuestro plan de reconciliacion! ¿Son esas las buenas disposiciones que me dijiste haber encontrado en los partidarios de mis nietos?... Pues mira, Alonso, me has hecho agotar todos mis recursos para construir un edificio tan sólido como los castillos de arena que hacen los niños, y ha bastado el soplo de otro muchacho atrevido para echárnosle por tierra. ¡Oh! esto no puede seguir así: es indispensable poner coto á la arrogancia de unos vasallos que abusan á cada paso de sus privilegios, y ya es hora de que los Reyes nuestros vecinos sepan que la espada de Alonso el deceno es la misma que venció á los moros de Murcia y de los Algarbes. ¿Quieren probar nuestro rigor? Pues bien, que lo prueben. ¿Qué decís vos de esto, señor Arzobispo? ¿Parece que os habeis quedado pensativo? ¿Creeis que no tengo razon en adoptar un sistema diametralmente opuesto al que he seguido hasta aquí? Hablad, decidme vuestro parecer.

-Señor, si así lo exigis, os diré que vuestra Alteza no necesita asesorarse de nadie, pues rara vez propone un plan que no sea el mas conveniente. ¿Qué podríamos indicar nosotros, que vuestra alta capacidad no hubiese ya previsto?

-Compadre, no era un elogio, sino un consejo lo que esperaba de vos; pero puesto que tanto le cuesta á la iglesia ser explícita conmigo, recurriremos a la milicia. ¿Qué dices tú Atienza? ¿Hago mal en adoptar la energía para reprimir tanto desórden? ¿qué opinas de lo que acaba de ocurrir en la audiencia de hoy? habla con franqueza tú que siempre me dices la verdad.

-Yo entiendo poco de consejo; pero sin embargo, creo que á no haber cedido vuestra Alteza con demasiada bondad á las exigencias de las Córtes de Segovia, no se veria hoy en el caso de recurrir á las armas para hacer respetar sus determinaciones: pero aquello pasó ya, y opino que lo hecho debe sostenerse á todo trance, pues fuera mengua que Don Alonso de Castilla recibiese órdenes, no digo de Felipe de Francia, sino del mismo Emperador Balduino: en cuanto al descontento de los Grandes, no creo que el Rey está en el caso de mirarles el rostro á sus vasallos antes de obrar, y la respuesta que habeis dado al Infante es la misma que yo le hubiera dado hallándome en vuestro caso.

-¿Con que opinas que hice bien en no acceder á la pretension de mi atrevido primo? Y á tí ¿qué te parece, Alonso?

-Me parece que debemos aperebirnos á la pelea, pues cuando el infante D. Fadrique salia por aquella puerta, le ví echar mano á la daga y mirar á sus amigos con ojos centellantes.

-Ese es un movimiento habitual de mi hermano, dijo el Rey con indiferencia: sin embargo, por lo que pudiera suceder vigilarás á cuantos tengas por sospechosos. No pierdas de vista á Garci Jofré de Loaisa: ese anciano de origen dragonés me infunde mas recelo á pesar de su hidalguía y de sus años, que mi hermano con todos sus arrebatos de cólera.

-Plegue á Dios que sean vanos los temores del señor Justicia mayor, dijo el Arzobispo levantando los ojos al cielo.

-Amen, compadre, repuso el Rey; pero esta vez creo que no se equívoca como cuando nos afirmaba que era posible una reconciliacion entre nuestros Grandes: vamos, Alonso, no perdamos tiempo; encárgale al capitan Fernandez que reuna en el alcázar á todos sus archeros: tu Atienza, dispon que Salcedo ponga sobre las armas á mis lanceros castellanos; y vos, señor Arzobispo, volved al lado de mi hijo D. Sancho y prevenidle que reviste todas las fuerzas acampadas en las inmediaciones de Toledo. Ahora dejadme solo, pues antes de vestirme la armadura quiero ver terminadas mis Tablas astronómicas, y estoy esperando á los doctos Aben-Raghel y Alquibicio, que han presidido hoy la sesion en el palacio de Galiana y no pueden tardar en venir a darme cuenta de sus adelantos.

Dijo: y acompañando hasta la puerta de su estancia al reverendo prelado y á los dos consejeros, les repitió sus órdenes y se quedó solo, pensando en salvar las obras de su ingenio de la borrasca que le amenazaba, como César cuando al arrojarle á las aguas en Alejandría pensó en salvar sus inmortales Comentarios á la par de su existencia.

Capítulo XIV

En que se escribe una carta que no ha de leerse hasta mas adelante.

Diego Alonso no se habia equivocado: apenas salieron del régio alcázar los ricos-hombres que se hallaron presentes á la demanda del Embajador francés, cuando el revoltoso D. Fadrique, reuniendo en su casa á todos los partidarios de los Infantes de la Cerda, les hizo saber la resolucion de su hermano, invitándoles al propio tiempo á empuñar las armas para protestar contra semejante conducta.

Varias fueron las opiniones de los descontentos en esta ocasion: unos se mostraban recelosos, temiendo ser vencidos por el bando de D. Sancho, que segun decian era mas numeroso y compacto que el suyo; otros opinaban por el contrario, que nada podria resistir á su valor, y despues de larga y agitada discusion, resolvieron que los principales caudillos saldrian de Toledo sin pérdida de momento, con el objeto de preparar el ánimo de los pueblos con cuya adhesion contaban: un mensajero partió en direccion de Albarracin, á prevenir al Señor de Lara que habia llegado el momento de obrar, y el infante D. Fadrique y el Señor de los Cameros, se encaminaron aquella misma noche el primero á Burgos y el segundo á Logroño, á fin que el grito de rebelion resonase simultáneamente en todos los ángulos de la monarquía.

El venerable Jofré de Loaisa, á pesar de su templanza se encargó de esparcir con la mayor actividad la alarma en la córte, y sus emisarios se diseminaron por la ciudad y sus

alrededores, llevando instrucciones secretas á los jefes de mesnada y á los aventureros que pertenecian á su bando.

Una sorda agitacion se esparció por todas partes, y entre la soldadesca, pocos días antes tan risueña y unida, cundió la desconfianza: los vizcainos trataban con recelo á los castellanos; las huestes reales recibieron órden de replegarse en torno de la ciudad, y los soldados del infante D. Sancho parecian vigilar la conducta de las tropas mercenarias que se habían unido al ejército espedicionario.

El pueblo se agitaba tambien, pero sin comprender la causa de tan extraordinario movimiento, pues los -grandes revoltosos de aquella época, no hacian partícipes á las masas de sus designios hasta el momento de lanzarlas á la pelea como si fuesen jaurías de lebreles: cada Señor disponia de sus vasallos, y para obligarles á empuñar las armas no se valía de la persuasion ni del halago, sino de rudas amenazas: por eso la plebe toledana miraba con afanosa curiosidad el desasosiego de la córte, sin cuidarse mucho del papel que le tocara desempeñar en el drama que preparaban los poderosos y aguardaba con curiosidad el resultado de todas aquellas reuniones de nobles y de aquel aparato de fuerza que desplegaban los hombres del poder.

No se crea sin embargo, que las hostilidades se habian roto visiblemente entre los dos bandos: D. Fadrique y el Señor de los Cameros pretestaron al partir que asuntos importantes de familia les obligaban á alejarse de la córte momentáneamente, y los oficiales de palacio doraban con el nombre de revistas la reunion de tropas que llegaban diariamente á la ciudad; pero el pueblo con su natural instinto adivinaba que algo extraordinario estaba pasando en las altas regiones, y los jefes de los partidos no lograban engañarse unos á otros, por cuya razon no depusieron la desconfianza y siguieron obrando con la mayor actividad y cautela.

Mientras Jofré de Loaisa reunia en su casa a sus amigos para apoyar la causa de los de la Cerda, el infante D. Sancho congregaba en torno suyo á sus parciales con el objeto de sofocar toda tentativa que pudiera perjudicar á sus intereses, y hasta el mismo Rey tenia tomadas sus medidas para impedir que la rebelion levantase de nuevo la cabeza; pero un incidente que no era difícil de prever, vino á inflamar los combustibles preparados hacia ya mucho tiempo para la hoguera que debia devorar en breve espacio la parte mas granada de la monarquía castellana.

Animada la princesa Doña Blanca con la reclamacion que en su favor acababa de hacer su hermano Felipe el Atrevido, resolvió presentarse otra vez en Castilla para reanimar el ardor de sus partidarios, y con aquel valor propio de una madre que reclama los derechos de su hijo, voló á Toledo, dejando bajo la custodia de la reina Doña Violante y del astuto Monarca de Aragon á los malhadados herederos de D. Fernando.

Su presencia en la córte despertó los recelos de su cuñado D. Sancho y del suspicaz D. Lope Diaz de Haro, que no pudiendo atentar contra la libertad de la princesa y viendo lo inminente del peligro que le amenazaba, decidió exasperar, á sus enemigos a fin de hacerles dar algun paso que obligase al Rey á adoptar medidas violentas: para lograr su objeto, se

dirigió, como tenia de costumbre, al Infante, de quien era favorito, y le hizo comprender que Doña Blanca podria con el auxilio de la Francia privarle de sus derechos á la corona.

Aquel recelo que hubiera sin duda intimidado a otro menos audaz que D. Sancho, irritó el carácter altivo de tan esforzado mancebo, y lo hizo tomar de, nuevo aquella imponente actitud en que se colocára á la muerte de su hermano primogénito: sus partidarios eran numerosos, y Don Alonso que ya se habia decidido á legarle el cetro en las Córtes de Segovia, no podia dejar de apoyarle en tan difíciles circunstancias: aquel sábio, Rey, ya lo hemos dicho en otro lugar, era irresoluto como todo hombre pensador y tardaba en resolverse á adoptar una determinacion; pero una vez adoptada nadie le escedia en firmeza, y en mas de una ocasion se le vió sostener con la espada en la mano lo que había resuelto en el consejo: por eso cuando D. Sancho entró en su estancia con el ceño fruncido y la mirada recelosa,

á participarle los temores que le infundía la presencia de Doña Blanca, le respondió con entereza:

-Habeis olvidado, señor Infante, que el Rey vuestro padre fué el que os nombró su presunto heredero en las Córtes de Segovia?

-No lo olvidé señor: mas como soplan tan recio los aires de allende el Pirineo, temo que se resfrien vuestras buenas intenciones con respecto á mi.

-Ese temor me ofenderia, si no estuviese acostumbrado á la quisquillosa suspicacia de vuestros parciales.

-¿Suspicion llamais á mis recelos? pues qué ¿acaso no hay motivo para temer la demanda de una princesa á quien amais demasiado quizá, y que se apoya en la enérgica reclamacion que en nombre de su Rey os hizo nuestro deudo el señor Botiller de Francia?

-Esa reclamacion, por mas enérgica que os parezca, no ha de alterar en nada lo que Alonso de Castilla ha determinado: yo os lo fio, señor Infante.

-Pero...

-Pero qué? dijo el Rey sin ocultar el descontento que le causaba la tenacidad de su hijo.

-Pero es el caso, contestó el Infante sin variar de tono, que los partidarios de los de la Cerda se aprestan á la insurreccion, y tal vez logren sorprenderos con un golpe de mano atrevida.

-Sorprenderme!... no os entiendo: explicaos mejor, Don Sancho: decidme explícitamente qué demonios de recelos os han metido en la cabeza.

-Pues bien, señor, va que me autorizais á ello os diré lo que temo: en primer lugar permitidme recordaros que no hace muchos meses os anuncié que se conspiraba en Toledo: me, respondisteis que soñaba, y algunas horas despues de haberos revelado mi sueño,

vinieron á despertarnos el choque de las armas y los rugidos de la rebelion: esto os probará que á pesar de mi suspicacia no suelo equivocarme en mis vaticinios, y creo que no desatendereis el aviso que vengo á daros: los rebeldes á quienes logramos desbaratar en la plaza de Zocodover, van á levantar de nuevo el grito; pero no en la ciudad, sino en los campos de Castilla y detras de los muros de sus feudales madrigueras.

Inmutóse D. Alonso al oír las palabras de su hijo, que no hacian mas que corroborar sus temores, y con voz algun tanto alterada por el enojo que le causaba la insolencia de unos vasallos por quienes tanto se habia desvelado, dijo poniendo la mano sobre el hombro del Infante y sonriendo con amargura.

-¡Vive Dios, que si tal aconteciese, habian de sentir el peso de mi espada!

-Pues acontecerá, señor: el infante D. Fadrique ha ido á desplegar en Burgos sus pendones de guerra, para disputarme á nombre de sus sobrinos el cetro que vos quereis legarme: D. Simon Ruiz, Señor de los Cameros, secundará su grito en Logroño, y amen de los que se rebelen en Toledo: Don Juan de Lara se lanzará sobre nosotros con todos sus vasallos desde el castillo de Albarracin: esto no son sueños, Señor: y ya veis que no hago mal en temer por mis intereses, pues si el francés echa su espada en la balanza en semejante conyuntura, no le seria imposible haceros revocar lo que firmásteis en Segovia.

-Os engañais, D. Sancho, nadie es capaz de torcer la voluntad del Rey de Castilla, y ¡guay de los que intenten intimidarle con la fuerza! probadme que mi hermano conspira de nuevo, y os doy mi palabra Real de que antes de tres dias nada tendreis que temer, ni de él ni de ninguno de sus cómplices.

Pasó por los ojos del Infante una ráfaga de siniestra alegría, y echando mano á la escarcela sacó de ella un pergamino que desarrolló lentamente, presentándole á su padre con una sonrisa que le hizo estremecer: leyólo el Rey examinando cuidadosamente la forma de la letra, y vió que decia de esta suerte:

«Señor Jofré de Loaisa: Cuando mi primo el Gran Botiller de Francia vuelva á Toledo a retar al Rey mi hermano, en nombre de su señor Felipe el Atrevido, por el asunto que ventilamos, hareis de suerte que la gente menuda vocee en pró de la demanda del francés: nosotros cargaremos entonces al grito de Castilla por la Cerda, y héte derrocado al infante D. Sancho y con él á ese Lope Diaz de Haro, que Dios confunda: mi hermano, nuestro señor, cederá: no le gusta ver correr la sangre y nosotros medrarernos: no aguardeis otro aviso para obrar.

Fecha en Burgos 13 dias andados del mes de noviembre del año del Señor 1277

El Infante D. Fadrique.»

Agitó la mano de D. Alonso un imperceptible temblor, y volviendo á doblar el pergamino con suma lentitud, murmuró como si hablase consigo mismo:

-No hay duda, está escrito: no bastan las hostias pacíficas para calmar los rigores de una providencia injusta, imperfecta.

Estas últimas palabras las pronunció de modo que no llegaron á los oídos del Infante: y levantando la voz, añadió revistiendo su fisonomía de la mas enérgica espresion:

-Está bien, veo que me decis la verdad: gran tormenta nos amenaza; pero ¡vive Dios! que yo sabré conjurarla con la cruz de mi buena espada de Toledo. Decidle al Justicia mayor que le aguardo, y esperad mis órdenes: vais a salir con un encargo importante. Quiero daros pruebas de confianza tales, que no os dejarán duda de cuán resuelto estoy á sustentar los derechos que las Córtes de Segovia os concedieron con nuestro libre beneplácito.

Obedeció el Infante, y un momento despues entró en la régia estancia D. Diego Alonso, en cuyas recelosas miradas se advertia que aquella repentina llamada le causaba gran sorpresa. 1

-Sentáos y escribid, dijo el Rey despues de haber contestado con una leve inclinacion de cabeza al respetuoso saludo del cortesano.

Obedeció el Justicia mayor, y el Rey empezó á dictarle, sin dejar de pasearse lentamente de un ángulo al otro de la habitacion; pero antes de dar cuenta de las órdenes que Don Alonso iba á comunicar por escrito, nos será forzoso trasladarnos al lugar de otra escena, que aunque bien diferente de la que estaba en palacio no por eso nos interesa menos, pues se halla estrechamente enlazada con los principales sucesos de esta verídica historia.

Capítulo XV

En que se escribe una carta que como la anterior, no ha de leerse hasta el capítulo siguiente.

En un perfumado gabinete, adornado con toda la profusion del lujo oriental, y medio tendida sobre mullidos cojines de pluma y seda, se hallaba una mujer en cuyas siniestras miradas se traslucia la espresion de un mal pensamiento: aquella mujer era Séfora, la hija del Merino mayor.

Desde la noche en que reconoció en el capitan Fernandez á su primer amante, habia sentido que el fuego de una pasion mal apagada volvia á devorar sus entrañas; pero como su alma jamás se agitó sin despertar sus malos instintos; como en el fondo de su amor existia el germen del ódio, y á sus voluptuosos deseos acompañaban siempre sus tiránicos pensamientos; al ver al hombre por quien tanto habia sufrido, al lado de una mujer de quien lo creyó enamorado, sintió que unos celos ardientes, satánicos, perturbaban su razon y desde aquel momento lo olvidó todo para pensar únicamente en los medios de aniquilar á

una rival á quien ya odiaba antes de presumir que le habia robado el afecto del único mortal que supo conmover las fibras de su corazon de acero.

Su primer cuidado fué averiguar qué clase de relaciones unian á D. Alonso Fernandez con la noble castellana; y poniendo en juego todos los medios de que puede disponer una mujer hermosa y rica además, no tardó mucho en convencerse de que el afecto que su amante profesaba a la de Uceró en nada podia perjudicar al amor que ella habia sabido inspirarle en otro tiempo, en caso de que existiese aun algun resto de aquel amor; pero como suele acontecer muchas veces, la perspicaz hebrea halló siguiendo los pasos de Doña María, las huellas de otra aventura que la condujeron al descubrimiento de una verdad hartó amarga, á saber: que el bizarro aventurero amaba á otra dama, pero de tan alta gerarquía, que era difícil asestar contra ella los tiros de la venganza.

No titubeó, sin embargo, la hija del Merino mayor, y la elevacion de su rival en vez de intimidarla no hizo mas que avivar su ódio: nada exaltaba tanto aquella alma indómita como los obstáculos que se oponian á sus deseos, y siendo poco escrupulosa en escoger los medios, raras veces dejaba de llegar al fin que se proponia. No bien supo el nombre de su enemiga cuando su imaginacion, fecunda en dañinos pensamientos, le sugirió las armas de que debia valerse para combatirla, y sin perder un momento los puso todos en juego.

Descubrió que el infante D. Fadrique era el campeon mas autorizado de la ilustre dama que sin saberlo habia despertado su ódio, y sin tener en cuenta las atenciones que su padre debia al hermano del Rey, se unió al bando de D. Sancho y se declaró enemiga acérrima de los Infantes de la Cerda.

Parecerá sin duda que el influjo de una mujer del pueblo no debia ser de grande importancia tratándose de una cuestion tan alta como la que ventilaban los primeros magnates del reino; pero que no hay enemigo chico, es una máxima hartó mas verdadera que vulgar.

D. Zag de Malea ocupaba por sus vastos conocimientos financieros una posicion escepcional en Toledo; todos los ricos-hombres de Castilla lo confiaban el manejo de sus negocios, y esta circunstancia que le constituia en tesorero universal, colocaba en sus manos los hilos de todas las intrigas políticas y amorosas de la córte; pero el buen rabino conocia demasiado sus intereses para no ser cauto en extremo, y jamás se habia declarado en pró de ninguno de los bandos que traian turbada la tranquilidad pública: era el amigo de todos y siempre se habia mantenido sordo á cualquier pregunta indiscreta; su hija, sin embargo, era una escepcion de la regla y con ella únicamente era confiado y expansivo: Séfóra sabia por consiguiente cuanto le interesaba saber, y ella fué la primera que traslució los designios del infante D. Fadrique cuando se alejó de Toledo con el intento de levantar el grito de rebelion.

Antes de partir, habia llamado el Infante al Merino mayor para darle órden de poner en Burgos á su disposicion un cuento de maravedís: el pedido de tan enorme suma, hizo sospechar al astuto israelita que se trataba de dar un golpe de mano, y al regresar á su casa se lo comunicó á su hija; no desestimó Séfóra la nueva, y llamando á su paje favorito le entregó un billete cuyo contenido se reducía á estas breves palabras:

«Garcés, venid antes de ponerlos en marcha.»

Séfora.

Semejante orden fué obedecida como los conjuros de las hechiceras, y un momento despues se hallaba en la estancia de la judía un apuesto mancebo armado de todas armas, sobre cuya dalmática de paño verde campeaba bordado con seda el blason de D. Fadrique: aquel mancebo era el escudero del Infante y descendia de noble alcurnia: su tio Suero Perez de Barbasa, que le amaba en extremo, le habia colocado al servicio del hermano del Rey, y el hermano del Rey le honraba con su confianza.

No era indigno el noble mozo de aquella deferencia: su valor corria parejas con su bizarría, y su lealtad rayaba en fanatismo: mas de una vez habia espuesto la vida en servicio de su señor, y ninguna consideracion humana fué parte jamás á desviarle del cumplimiento de su deber; pero un día vió por su mal á la hija del Merino Mayor, y sintió por ella lo que casi todos experimentaban al contemplar sus ojos fascinadores; la siguió primero con sus miradas, suspiró despues por sus encantos, y acabó por hincarse á sus pies ciego de amor.

Séfora, á pesar de su altivo carácter, nunca desoia las palabras de un enamorado, y aunque ningun afecto por tierno y verdadero que fuese; conmovia su corazon, le gustaba sin embargo aspirar el incienso que diariamente quemaban en sus aras los infinitos admiradores de su belleza.

Escuchó, pues, con una dulce sonrisa las palabras del apuesto mancebo, y sin soltar ninguna prenda que pudiese obligarla dejó que el incauto Garcés diese pábulo á su pasion como habian hecho otros muchos. Poco tardó en recoger el fruto de sus benévolas sonrisas, y el amor del jóven escudero fué una de sus armas mas terribles cuando se declaró enemiga del Infante D. Fadrique.

Avivó con el calor de sus miradas el fuego que ardia en el corazon del mancebo, le permitió que vistiese sus colores, y cuando estuvo segura de su cariño le convirtió en instrumento de sus iras: en sus coloquios de amor le arrancaba cuantas revelaciones podian ser útiles á sus designios, y el malhadado Garcés pagaba cada beso de su querida con un pedazo de su honra, pues sin saberlo vendia los secretos de su señor á su enemiga mas encarnizada, faltando así á la fé de caballero y de servidor leal.

El dia en que fué llamado por Séfora con las apremiantes palabras del billete que hemos copiado, halló á la perspicaz judía inquieta en extremo.

-Qué teneis, señora? la preguntó despues de besarla la mano con ternura.

-Garcés, sé que vais á partir, le respondió Séfora fingiendo que enjugaba una lágrima: sé que vais á partir, y no ignoro que en Burgos os espera una mujer á quien amásteis en vuestros primeros años.

-¡Qué locura! exclamó el mancebo con el acento del mas sincero dolor: ¿quién me ha calumniado de esa suerte? ¿quién os ha dicho que mi corazon ha latido jamas por otra que

no fuéseis vos?.. Voy á partir es cierto; pero no por mi voluntad: mi señor lo ha dispuesto, y bien sabeis que un caballero leal no puede oponerse á las órdenes de su amo.

-Me engañais, Garcés: D. Fadrique no os lleva siempre consigo, y si se lo hubiéseis rogado os permitiría quedaros.

-Por Dios, Séfora no os complazcais en hacerme sufrir: es verdad que D. Fadrique suele relevarme de mi servicio cuando solo se trata de expediciones de recreo; pero jamás ha enristrado la lanza contra sus enemigos sin que yo fuese á su lado para que mi pecho le sirviese de escudo en el combate.

-Y qué! exclamó la judía desarrugando el ceño y dando á su semblante la espresion de la mas viva zozobra: ¿acaso partis para guerrear?

-Tal vez, respondió el mancebo procurando tranquilizarla.

-Pero ¿contra quién? la tregua con los moros subsiste todavía y nadie ha levantado pendones contra Castilla.

-Perdonad, Séfora, es un secreto que me permitireis guardar: os juro por la memoria de mi madre que este viaje en nada menoscaba el amor que os profeso; pero me es forzoso emprenderlo, el honor me obliga á ello...

-¡El honor, el honor!... murmuró la hebrea, herida de repente por un doloroso recuerdo y verdaderamente conmovida. ¡Hé aquí lo que vale el cariño de los hombres: no bien se interpone entre ellos y la mujer que les entrega su albedrío ese vano fantasma á quien llaman honor, cuando sin atender á lágrimas ni á ruegos se apartan del objeto á quien fingieron amar, diciendo con orgullo «cumplo con mi deber, sacrifico el cariño á la honra»! pero mienten, mienten; cuando se ama de veras no hay deber ni consideracion que no se incline delante del amor, del amor que es el afecto

mas vehemente ; del amor que es la mas santa de las pasiones.

Hablando de esta suerte, Séfora cuya voz de contralto heria dulcemente las fibras del corazon, estaba irresistible: sus ojos animados por un brillo extraordinario turbaban con su mirada magnética á su inesperto amante, sus lábios agitados por el temblor de la elocuencia hubieran arrebatado al hombre mas indiferente, y los latidos de su pecho que undulaba agitado como las olas del mar, la hacian tan interesante que el pobre mozo se arrojó á sus plantas fuera de sí y resuelto á sacrificárselo todo.

-Basta, basta vida mia! exclamó con trasporte: mi pecho atesora ese amor de que estás hablando. ¿Qué exiges de mi? ¿quieres que abandone a mi señor natural? ¿quieres que pase á los ojos del mundo por un cobarde?... ¿quieres que empañe el limpio escudo de mis nobles ascendientes con una infame traicion?... pues bien, señora, pídemme cualquiera de estos sacrificios y verás si mi pecho te adora.

-No, no te quiero mancillado, repuso Séfora, pensando que la lealtad de aquel mancebo podía serle mas útil que su traicion; me basta con que no tengas para mí secretos: me basta con que me pruebes que no amas á otra, y que ese viaje no lo haces por tu voluntad.

-Pues bien, señora , te lo diré todo: ya sabes que Don Fadrique es el jefe del partido de los Infantes de la Cerda: la princesa Doña Blanca ha llegado á la córte hace algunos días, y mientras ella reclama del Rey los derechos de sus hijos, nosotros vamos á sostener con las armas en la mano esa justa demanda.

-Garcés, si no te amase, te creeria bajo tu palabra pues conozco tu veracidad; pero el amor es desconfiado y como ciego necesita tocar la evidencia para cerciorarse de ella. ¿Cómo me probarás que solo te aleja de mi lado era noble empresa de que me hablas? - Haciéndote ver cuantas órdenes reciba por escrito de mi señor; bien sé que faltó á su confianza; pero te lo he dicho, estoy pronto á sacrificártelo todo: mira, añadió sacando de su escarcela un pergamino, esta es la instruccion que el Infante va á dejar á sus parciales de Toledo , mientras él se encamina á Burgos con el fin que te he dicho: en el momento de recibir tu billete me preparaba á llevarla a su destino.

-Basta, Garcés, me basta por hoy esa muestra de tu franqueza, dijo la astuta judía sin mirar siquiera el pergamino; nada me importan los asuntos de tu señor ; y solo quiero convencerme de que no te aparta de mi lado el amor de otra mujer: ya estoy tranquila; pero júrame antes de partir que siempre que te lo exija me darás pruebas de tu lealtad tan claras como la de hoy.

-Te lo juro, exclamó el noble mozo con una sinceridad infantil, y un largo coloquio de amor siguió á estas palabras.

Algunas horas despues salia de Toledo el infante Don Fadrique seguido de su noble escudero Garcés de Barbasa y de una gruesa escolta de ballesteros.

Creemos que bastará lo dicho para explicar cómo un mes mas tarde llegó á poder del infante D. Sancho la carta que su tio D. Fadrique dirigia al venerable Jofré de Loaisa, incitándole á la rebelion. Séfora fué la que logró arrancar tan importante documento de manos del enamorado Garcés, y mientras el infante D. Sancho estaba haciendo uso de aquella arma terrible, aguardaba ella el resultado de tan inícua maquinacion, en la muelle actitud en que la vimos al introducir á nuestros lectores en su perfumado gabinete. Ya hacia largo rato que estaba aguardando, entregada á negros pensamientos de venganza; cuando vino á sacarla de su inquieta meditacion un leve rumor de pasos.

-Quién es? preguntó sin mirar siquiera á la puerta.

-Yo, señora.

--Ah! eres tu Adhel: ¿qué ocurre?

-Que os buscan.

-Quién?....

-El Señor de Haro.

-Hazle entrar, hazle entrar, exclamó Séfora, incorporándose sobre los cojines, y tomando una posición menos voluptuosa.

-Dios os guarde, dijo D. Lope recorriendo un rico tapiz y aproximándose a la hija del Merino mayor con su habitual sonrisa.

-Qué hay de nuevo, Señor de Haro?

-Nada, señora, nada en resumidas cuentas, el billete de D. Fadrique ya habrá llegado a manos del Rey; pero no nos hagamos ilusiones, esto no basta, y una vez que Don Alonso está ya sobre aviso, es indispensable que la rebelión estalle a fin de que la espada de su justicia caiga sobre la cabeza de nuestros enemigos; es indispensable que acabemos de una vez con esa mujer cuya presencia en la corte entorpece todos nuestros planes.

-Y ¿en qué piensan los partidarios de D. Sancho que no la aniquilan de un solo golpe?

-Piensan en los medios de aniquilarla.

-Y cuándo hallarán esos medios?

-Creo que ya los han hallado. Decidme, señora: estáis dispuesta a seguirme a todo trance? os sentís con valor para secundar mis proyectos?

-Sí, D. Lope, con tal que esos proyectos se encaminen ante todas cosas a la completa ruina de la que ha secado en mi corazón la última esperanza.

-En ese caso preparad recado de escribir.

Dejó Séfora los cojines en que aun permanecía recostada, y sentándose delante de una mesa, tomó una pluma diciendo:

-Os aguardo.

Aproximóse a ella el Señor de Vizcaya y apoyándose en el respaldo de su sitial empezó a dictarle en voz baja una larga carta... de amor.

Capítulo XVI

Donde se leen las dos cartas escritas en los capítulos anteriores y se refieren los preliminares de un suceso grave.

Hermano D. Fadrique el amor que á mis pueblos profeso, me torna en perene sustentador de su dicha y tranquilidad: cuantas determinaciones he tomado desde que ciño la corona de nuestro santo padre, han sido encaminadas al mayor lustre de mi reino y al bien estar de mis vasallos: hijos míos son, y yo pastor y Argos de un rebaño que fia en mi custodia; no lo olvidéis.

Los ojos de un Rey no se cierran jamás, y los míos han sondeado vuestros designios; si no fuérais mi hermano mas querido os daría órdenes severas; pero prefiero suplicaros que deponiendo el enojo que os ciega, volvais á mi lado tan luego como llegue á vuestro poder esta misiva; no me obligueis á trataros de otra suerte.

El Rey

Mientras esto dictaba en su palacio el Rey D. Alonso al Justicia Mayor de la córte, D. Lope Diaz de Haro dictaba á su vez la siguiente carta que Séfora escribia con maligna complacencia:

«Mi amado Garcés: una mujer enamorada vela sin tregua por el hombre querido de su corazon: yo que te amo, acabo de descubrir que tu vida corre peligro. Los partidarios de D. Sancho han logrado que el Rey decreta la prision de cuantos se interesan por los Infantes de la Cerda.

«La princesa Doña Blanca vá á ser encerrada en un convento, y D. Fadrique, á quien se llamará á la córte so protestos especiosos, se halla tambien condenado á dura reclusion.

«Tú y cuantos hidalgos habeis empuñado las armas en pro de los Infantes, sereis tratados como reos de alta traicion, y plegue á Dios, que no os aguarde un cadalso.

«No desatiendas este aviso; hazle saber á tu señor cuanto ocurre, y ojo avizor, porque los traidores os cercan por todas partes.

«Si no os dejais sorprender vuestro triunfo es seguro; el Rey de Francia, lo sé de positivo, se apercibe á sustentar vuestra empresa.

«No te digo mas: consérvate ileso para tu Séfora.»

Estas dos cartas que debian producir tan diferentes efectos en el ánimo de D. Fadrique, salieron á la par de Toledo y á la par llegaron á su destino; pero en tanto que los encargados

de entregarlas corrian á toda brida y sin tomar descanso, á nosotros cumple ocuparnos nuevamente de la princesa Doña Blanca, de quien ya dijimos, aunque de pasada y sin entrar en pormenores, que habia regresado á Castilla.

En efecto, ya hacia algun tiempo que la viuda de Don Fernando de la Cerda se habia presentado en la córte seguida de escasa comitiva y en actitud harto humilde, aunque en el fondo del corazon abrigaba altos deseos y grandes esperanzas.

El Rey D. Alonso la recibió con inequívocas muestras de ternura, que aunque estaba resuelto á negarse á sus pretensiones, la amaba sinceramente, tanto por ser la esposa de su hijo mas querido, cuanto por su carácter franco y apacible.

Dióla aposento en su propio alcázar, y colocando á su lado régia servidumbre la trató como cumplia á la ilustre hija de San Luis.

Una visible agitacion cundió en Toledo desde el punto en que se supo la llegada de la simpática princesa: sus parciales corrieron á rendirla homenaje y á ofrecerla sus espadas con todo el entusiasmo de aquella edad caballeresca, y sus enemigos, como hemos indicado ya, la miraron con recelosa desconfianza y se apercibieron á contrarestar con todas sus fuerzas cuantos planes intentase poner por obra.

Entre los primeros el que mas se habia hecho notar por su franca adhesion, era el hidalguísimo Jofré de Loaisa, y entre los segundos nadie mostró su descontento tan explícitamente como D. Lope Diaz de Haro.

Sin embargo, entre los amigos de la Princesa habia alguno que sin manifestarlo estaba mas dispuesto que nadie á sacrificar por ella no solo cuanto poseia en el mundo, sino hasta su vida y su fama; y entre sus contrarios existia quien la odiaba en secreto mil veces mas que el Señor de Vizcaya.

El venerable Loaisa era el campeon de una causa que creia justa, y combatia sin ocultarse y con la lealtad que le caracterizaba, mas bien por Doña Blanca que por los derechos que esta reclamaba: D. Lope Diaz de Haro capitaneaba el bando opuesto y no aborrecia á la Princesa personalmente, sino como á jefe de un partido que se oponia al cumplimiento de sus miras ambiciosas y á la prosperidad de su casa.

No así el amigo y el adversario incógnitos de que hemos hecho mencion; el primero idolatraba á la dama, el segundo detestaba á la mujer, sin que en estos encontrados sentimientos entrasen por nada el espíritu de partido ni las conveniencias sociales; por eso obraban en el misterio, y el ódio del uno se estrellaba siempre en el amor del otro, sin que nadie se apercibiese, de aquella lucha secreta que mas de una vez hizo experimentar graves disgustos y consuelos inesperados á la ilustre Princesa, la cual en su fe piadosa atribuia aquellas vicisitudes cuyo origen le era desconocido, á un hado adverso que la perseguia y á una providencia bienhechora que velaba por ella; pero el relato de una aventura que la aconteció á los pocos dias de haber llegado á la córte, nos hará conocer antes que á ella quiénes eran los instrumentos de sus pesares y de sus alegrías.

Firme el Rey D. Alonso en su propósito de sustentar la tranquilidad del Estado, sin ceder por eso á estrañas influencias ni á murmullos amenazadores, habia dispuesto el mismo dia en que tan enérgicamente desatendió la demanda del Rey de Francia, que su privado D. Gonzalo Ruiz de Atienza fuese á la córte de Felipe el Atrevido con instrucciones secretas y ámplios poderes, á fin de convencer á su coronado pariente de cuánto les interesaba vivir en paz y sin romper unas hostilidades que solo desventuras podian acarrear á sus respectivos reinos.

Partió el noble castellano á desempeñar tan importante encargo, y entre tanto el Rey, que conocia mejor que nadie lo difícil de su posicion, fingió no alarmarse por la repentina marcha de su hermano y del Señor de los Cameros, y dejando al interés de su hijo el cuidado de velar por la tranquilidad pública, se ocupó con suma actividad y en el mayor secreto del plan que se habia propuesto desarrollar.

Hizo que Fray Ademaro, religioso austero y de capacidad poco comun, se encaminase á Roma so pretexto de una peregrinacion particular, á pedirle al Papa que interviniese en tan árduo asunto, rogándole encarecidamente que al presentarse como mediador entre los dos Reyes, lo hiciese sin manifestar que ninguno de ellos lo habia solicitado; escribió al propio tiempo á su nieto D. Dionisio, Rey de Portugal, invitándole á una estrecha alianza con el fin de impedir que los revoltosos pudiesen hallar un refugio en el vecino reino; llamó en torno suyo á todos los grandes con cuya lealtad podia contar sin recelo, y despachó embajadores á su cuñado el Rey de Aragon, pidiéndole esplicaciones sobre la conducta que pensaba observar en el caso de que Felipe el Atrevido insistiese en su demanda y quisiese sustentarla con las armas en la mano.

Una vez tomadas estas medidas aparentó entregarse exclusivamente á sus trabajos científicos, y cuando la Princesa Doña Blanca se presentó en la córte, la recibió con benevolencia, pero sin permitirle que le hablase de sus pretensiones.

Siempre que la ilustre dama le pedia una audiencia particular, la respondia con evasivas harto injustificadas, pero que no podian considerarse sin embargo como desaires; esta conducta exasperaba á los partidarios de los Infantes de la Cerda, á pesar de no darles fundado pretexto para manifestarse ofendidos: todos ellos recibian diariamente las mas espresivas muestras de afecto, y la Princesa era tratada en palacio como una hija querida.

Los mas de los dias entraba el Rey en su aposento, aunque siempre acompañado del infante D. Sancho ó de alguno de sus mas ardientes partidarios y la manifestaba su cariño con mil delicadas atenciones y disponiendo espléndidos festejos para obsequiarla.

Capítulo XVII

De como el amor presta sus alas á los que quieren bien.

Un día en que el sol apareció radiante y la atmósfera templada en extremo, convocó el Monarca á todos sus cortesanos para salir á dar una batida á las fieras del monte.

No se hicieron aguardar los ricos-hombres de Castilla tan aficionados á los belicosos ejercicios de

lo montería, y antes de las diez de la mañana atronaban la plaza de Zocodover con el sonido de sus cornetas y con el ladrido de sus lebreles, cien bizarros cazadores ataviados con todo el lujo de aquella época, lujo que consistía no en el atildado esmero de las galas, sino en el fino temple de las armas, en la noble gallardía de los caballos y en la montaraz fiereza de las jaurías.

Las ricas-hembras tomaban también parte en tan ruda diversión, y más de una ilustre dama acudió al llamamiento del Rey para formar el séquito de la princesa Doña Blanca.

Entre las más hermosas descollaba la hija del Merino mayor, que como hemos dicho ya, tenía entrada en todos los círculos de la corte por la alta posición que su padre ocupaba, y ahora, como siempre fijó la atención universal no solo por su belleza, sino por su rico atavío y por el raro mérito del palafren que montaba.

Era un corcel traído de la Arabia Feliz y adiestrado por los hijos del desierto en todos los ejercicios de la equitación; en su descarnada cabeza brillaban unos ojos de fuego llenos de inteligencia y de bravura; su belfo parecía manar aun la sangre con que le habían abrevado los domadores, y su piel de ébano brillaba como un espejo.

Los ginetes castellanos jamás habían visto más bella estampa de bruto, ni crines más rizadas, ni piernas más firmes y ligeras; al andar apenas estampaba los cascos en el polvo, y sus escarceos se asemejaban á los gallardos saltos de un tigre; pero lo más admirable de tan hermoso animal, era la mansedumbre con que á pesar de su ardiente condición, obedecía no solo al freno y al acicate, sino á la simple voz de su dueño; un niño podía conducirlo sin recelo, y durante todo aquel día lo que más llamó la atención de los cazadores fué el caballo de la hebrea.

No es nuestro intento referir los diferentes lances que ocurrieron en aquella batida, sino indicar que en ella fué donde la princesa Doña Blanca como todos los demás, manifestó su admiración al ver las nobles cualidades del corcel de Sefora. Oyóla la judía, y procurando aproximarse á ella cuando ya regresaba á Toledo, la dijo con la más respetuosa cortesía:

-Señora, puesto que vuestra Señoría gusta de mi caballo, espero me hareis el honor de aceptarle en cambio del que ahora montais.

-Gracias, hija mía, no quiero privaros de ese gallardo animal que con tanta destreza ejecuta vuestras órdenes y que parece sustentarnos con orgullo sobre sus espaldas.

-¡Oh, perdonad si insisto, señora! pero me creeria desairada si os negáseis á aceptar lo que de tan buena voluntad os ofrezco: imaginaria que os desdeñábais de ocupar la misma silla que ha ocupado vuestra humilde servidora.

-No, Séfora, yo no desdeño jamás á las personas que el Rey nuestro señor enaltece con su amistad; acepto vuestro regalo, enviadme mañana ese caballo, yo os daré el mio, y quedaré eternamente reconocida á un presente con que se envanecería un Rey.

Al llegar aquí, saludó Séfora á la Princesa, y un momento despues se dispersaron los ilustres cazadores que habian acompañado al Rey en la batida de aquel dia.

Cuando la hija del Merino mayor llegó á su casa ya era de noche; hizo llamar á su paje favorito y, mandándole que encendiese las luces de su gabinete, le dijo sonriendo malignamente:-Adhel, acabo de reconciliarme con la princesa Doña Blanca.

Movió el árabe la cabeza indicando que no lo creia, y Séfora continuó.

-No lo dudes, acabo de captarme su benevolencia, y en prueba de ello tú mismo vas á ser el portador de un regalo que quiero hacerla.

-¿Un regalo habeis dicho?

-Un regalo de gran precio.

-¿Acaso vais á darla vuestro anillo emponzoñado?

-No, Adhel, voy á darla una de las cosas que mas amo; voy á darla mi soberbio potro...

-Cuál, señora? el tordo jerezano?

-No, querido mio, el árabe Neblí.

-Será posible! exclamó el paje dudando aun de lo que oia.

-Muy posible; pero imagina á qué precio pienso hacerle semejante fineza: imagina cuán caro ha de costarle tal presente.

-No os entiendo, señora.

-Pronto me entenderás, dijo Séfora sentándose en su divan; cierra esa puerta y ven á recostarte sobre mis rodillas: tengo que darte una órden que no ha de ser oida por nadie mas que por ti que eres mi único amigo, y que sabrás ejecutar lo que te diga con tanta puntualidad y reserva como pudiera hacerlo yo misma: en cambio bien sabes que tu señora recompensa tus servicios, concediéndote un lugar en su corazon, lugar que pocos han conseguido.

Obedeció Adhel estremeciéndose de júbilo al oír las palabras de aquella mujer fascinadora, y pasando los cerrojos y dejando caer los tapices de la puerta, se colocó sobre la falda de su señora y aproximó el oído á sus hermosos labios.

Volvamos ahora á la princesa Doña Blanca. Al día siguiente de la famosa batida en que Séfora le ofreció su magnífico palafren, se presentó Adhel en las caballerizas de palacio llevándolo de la brida: recibiólo Doña Blanca con júbilo, y deseando montarle cuanto antes, dispuso que aquella misma tarde estuviesen prontos sus criados particulares para salir al campo.

El tiempo estaba apacible y quiso aprovechar aquella ocasion que se le presentaba para dar rienda suelta á su imaginacion, lejos del bullicio cortesano y para descansar de las enojosas intrigas que fatigaban su atencion aun en medio de los festejos reales; sus órdenes fueron obedecidas: y á las dos de la tarde salia de Toledo por la puerta de Visagra seguida de escasa comitiva y escoltada únicamente por cuatro ballesteros.

Encaminóse por la márgen izquierda del Tajo en direccion del palacio de Galiana, y absorta en contemplar el agreste paisaje que por aquellos lugares se ofrece á las miradas del viandante, caminó largo rato dando rienda suelta á sus tristes pensamientos: recordó los días de su infancia, trajo á su memoria los solitarios paseos que solia dar en las tristes márgenes del Sena cuando ningun cuidado hacia estremecer su corazon; pensó luego en su malogrado esposo, y concluyó por verter una lágrima que rodó por sus mejillas al meditar en el dudoso porvenir que esperaba á sus hijos amenazados ya de sufrir largas contrariedades por parte de los que se habian declarado sus enemigos, antes de que pudiesen comprender el derecho que tenia á la herencia de su abuelo.

Tales imaginaciones la ensimismaron de suerte, que aflojando las bridas de su corcel le dejó marchar á su albedrío fiando en su noble condicion y en las buenas cualidades que todos habian admirado en él durante la batida que nos hemos ocupado anteriormente: no habia notado la princesa en el momento de montar, que aquel caballo tu gallardo la víspera, habia perdido el claro brillo de sus ojos, ni menos advirtió que un ligero temblor estremecia de vez en cuando sus pequeñas orejas; era manso en extremo y saltó sobre él sin cuidarse siquiera de reconocerle; pero bien pronto tuvo ocasion de arrepentirse de aquella confianza.

Apenas habia andado medio cuarto de hora, cuando al llegar, bastante desviada de su comitiva, á un pequeño bosquecillo de robles entre cuyos troncos pacian algunos potros aun no domados, resonó un agudo relincho; tembló el palafren de la Princesa, y como si viese delante de sí algun objeto extraño, se paró de repente encrespando las crines y lanzando ardientes resoplidos; recogió la noble dama las riendas que habia abandonado, y queriendo apaciguarle se inclinó para golpear ligeramente su enarcado cuello; pero no bien sintió el receloso animal el contacto de aquella mano amiga, cuando botando como si le hubiese picado una serpiente se lanzó á la carrera. dando corcovos y arrojando fuego por las narices: creyó Doña Blanca que le sería cosa fácil sujetarle, pues era diestra en equitacion, y aflojando las riendas le dejó galopar algunos instantes. ¡Vana esperanza! el caballo se habia desbocado y su conductora no tardó mucho en conocerlo; inmutóse, perdió la serenidad y quiso refrenarle, mas su diestra era poco robusta, y el bruto que de improviso

habia perdido todas sus nobles cualidades, se encabritó varias veces emprendiendo de nuevo una carrera tan violenta, que la pequeña comitiva de Doña Blanca lanzó un grito unánime de terror y tembló por su existencia; algunos caballeros quisieron seguirla con el hidalgo propósito de prestarla su ayuda y hostigando á sus corceles con la voz y el acicate les obligaron a salir á la carrera; pero en vano intentaron alcanzarla, sus caballos no podian seguir las huellas del de su señora, y los mas esforzados se vieron reducidos á elevar al cielo súplicas fervientes por aquella desventurada que á juzgar por las apariencias iba á ser víctima irremisiblemente, sin que estuviese en la mano de ninguno de ellos evitar una catástrofe horrorosa.

Sin embargo, hubo un jinete entre los demás, que dejando á sus compañeros el piadoso cuidado de orar, logró que su caballo volase á la par del fugitivo; volase sí, pues vuelo parecia el de aquellos brutos que sin tocar los cascos en la tierra, azotaban con las crines el rostro de sus dueños y dejaban ondular sus colas como leves penachos de pluma; un denso torbellino de humo rodeaba sus cabezas, y blancos copos de espuma les salpicaban los pretales; en menos de un segundo habian recorrido una distancia inmensa y la proximidad de una roca tajada que se elevaba en frente del sendero que seguian, vino á hacer inevitable una catástrofe: advirtiolo el caballero, y sacando la espada con la rapidez del pensamiento se precipitó sobre el caballo de la Princesa y lo, atravesó el pecho a riesgo de herir en tan difícil tentativa a la que pretendia salvar. Vaciló el furioso bruto y doblando las rodillas vino á tierra con su preciosa carga; pero antes de tocar en el polvo ya se hallaba la noble dama en brazos de su libertador, que prodigándola los mayores cuidados la volvió á Toledo escoltada por sus fieles servidores.

El caballo que Séfora habia regalado á Doña Blanca estaba loco; un brevaaje preparado por Adhel produjo en tan noble animal aquel funesto accidente; pero en la comitiva de la Princesa se habia introducido un caballero incógnito, y él fué el arrojado jinete que logró salvarla de su inminente peligro.

Enfurecióse la hija del Merino mayor al saber que su infame stratagema habia salido vana, y sin desistir de su empeño buscó nuevas armas con que herir á la desventurada Princesa; pero una mano desconocida la protegía en todas partes y la judía desesperaba ya de lograr su intento, cuando D. Lope Diaz de Haro fué á proponerla que escribiese la carta cuyo contesto hemos copiado al principiar el presente capitulo.

Capítulo XVIII

En que se verá que los amigos de los Infantes de la Cerda empezaron á manifestar sus opiniones por vías de hecho.

Estaba el Infante D. Fadrique en su casa de Burgos rodeado de parciales y oyendo protestas de adhesión y de lealtad, cuando uno de sus donceles entró en su estancia con un pergamino en la mano.

-¿Qué traes ahí? preguntó el magnate, que en aquel momento parecía encontrarse en uno de sus raros períodos de buen humor.

-Una carta, que en este momento acaba de llegar de Toledo.

-Una carta, ¿y de quién?

-Del Rey.

-Del Rey! exclamó D. Fadrique tomando el pergamino con precipitación.

-Del Rey! repitieron casi todos los que se hallaban presentes, mirándose unos á otros con inequívocas señales de asombro y de inquietud; y tras estas breves palabras que produjeron un ligero murmullo, reinó el más profundo silencio hasta que el Infante exclamó doblando el pergamino que había leído con suma atención.

-Pardiez, señores, que no esperaba semejante misiva! pero el Rey nuestro señor me escribe en términos tales, que aunque le hubiera negado solemnemente la naturalidad que le debo como vasallo, mi respeto de hermano menor me obligaría a volver á su lado.

-Acaso os manda que regreseis á Toledo? preguntó uno de los más ardientes partidarios de los Infantes de la Cerda.

-Creeis, buen Godínez, que á mí me hacen fuerza las órdenes de nadie? Mi señor hermano me ruega que vaya á verle, y yo, que no sé someterme jamás á ninguna voluntad ajena, no acostumbro tampoco á desmandarme con los que me hablan en buenos términos.

-Y qué, ¿acaso seriais capaz de abandonarnos en estos momentos? volvió á preguntar Godínez con cierta aspereza.

-Sí tal, caballero; repuso el Infante mirándole de hito en hito; pienso dejaros, y no sé con qué derecho me enderezais semejante pregunta y en tono semejante.

Sostuvo el caballero la ardiente mirada de su interlocutor, y con una tenacidad que no dejó de inquietar á muchos de los circunstantes añadió:

-Os lo pregunto, porque me causa suma extrañeza que nos hayais congregado en torno vuestro para abandonarnos á la primera insinuación de un Rey contra el cual pensábamos levantar nuestras banderas hace un momento.

Soltó D-Fadrique el pomo de la daga que habia asido al principiar aquel altercado, y contra lo que todos esperaban de su violento carácter, hizo un esfuerzo para dominarse y dijo con la mayor mesura.

-Tendríais razon, buen Godinez, en estrañar mi conducta, si al dirigirme á Toledo á saber lo que me quiere mi señor hermano, replegase los pendones de mi casa y dejase á mis amigos en la estacada; pero hacéis mal en mostraros receloso, puesto que aquí se quedan mis mesnadas y podeis estar seguro de que la primera lanza que se enristre contra los que se opongan á nuestros planes ha de ser del Infante D. Fadrique.

Calló confundido el audaz caballero que acababa de dirigir tan rudas interpelaciones y ya iban los demás a disculparle con nuevas protestas de adhesion y confianza, cuando de impreviso penetró en el salon Garcés de Barbasa con el semblante pálido y los ojos centellantes de ira; al verle llogar de aquella suerte se fijaron en él las miradas de todos, y su amo que conocia bien su valor y templanza, comprendió que algo extraordinario acontecia.

-Qué traes? le preguntó adelantándose algunos pasos.

-Tengo que hablaros á vos solo, señor, respondió el escudero bajando la voz.

-A mí solo? sea en buen hora: dijo D. Fabrique, y volviéndose á sus amigos añadió: señores, soy con vosotros, mi leal servidor tiene que hablarme de un asunto reservado y de gran urgencia segun parece; hacedme la merced de aguardar un instante, pues tengo que daros mis instrucciones antes de partir.

Salió el Infante seguido de Barbasa, y los demás caballeros quedaron llenos de ansiedad aguardando su regreso. Cuando una empresa árdua preocupa la razon del hombre, el mas leve incidente basta para hacerle temer graves peligros y para despertar el recelo en su alma; una palabra, un gesto, una mirada, bastan para infundirle sospechas, y á cada paso imagina ver descubierto su pensamiento ó sus proyectos; por eso aquellos infanzones que se hallaban reunidos con el fin de rebelarse contra su Rey y señor natural, al ver llegar al escudero de su jefe y al oir sus entrecortadas frases se estremecieron creyendo que alguna nueva funesta iba á echar por tierra sus bien combinados planes; un confuso murmullo resonó en los cuatro ángulos de la estancia, todos hablaban á la vez, todos emitian su opinion; la desconfianza se enseñoreó de algunos corazones, y no faltó quien se atreviera á soltar palabras injuriosas contra la lealtad de D. Fadrique; pero la presencia de éste, que apenas se hizo aguardar ocho minutos, acalló los murmullos y el mas profundo silencio siguió al anterior desórden. El Infante al reaparecer en el salon estaba pálido; tal vez habian llegado á sus oidos algunas de las insolentes diatribas que contra él acababan de lanzarse; pero no se dió por entendido, más grave acontecimiento fijaba su atencion y no tardó mucho en dar rienda suelta á su mal reprimido enojo. Aquel personaje era iracundo, ambicioso, insolente: jamás habia respetado las órdenes de nadie; se le consideraba como poco escrupuloso en materias religiosas; acostumbrado á la vida de capitán de aventureros talaba una comarca sin apiadarse de ruegos ni de lágrimas; se unia á los sectarios del Coran lo mismo que á los hijos de Cristo para sustentar sus atrevidas empresas; era inconsecuente, caprichoso en sus relaciones de amistad; pero no de leal, nunca faltó á la fé de caballero y

nada irritaba tanto su alma indomita como la traicion; trataba con despego á su hermano el Senador, á quien llamaba

el Judas de la familia, y á pesar de seguir ambos la causa de los de la Cerda, siempre se negó á tratar con él y á combatir á su lado; el rey D. Alonso por el contrario, merecia todo su aprecio y aunque casi siempre se hallaba en abierta rebelion contra sus determinaciones, le amaba tiernamente y oía sin impacientarse sus fraternales quejas: por eso le vimos tan dispuesto á regresar á Toledo en el momento de recibir la carta de su hermano; pero la nueva que acababa de darle su escudero destruyó completamente su confianza y le hizo mudar de resolucion; creyó que D. Alonso habia querido tenderle un lazo con su amistosa misiva; dió asenso á todas las imposturas que con tan siniestra intencion Séfora participaba á su amante, y lleno de ira determinó tomar una sangrienta venganza.

-¡Vive Dios, Godinez! exclamó interrumpiendo el silencio que habia reinado desde su llegada, que teníais razon en estrañar hace poco mi insensata determinacion de regresar á Toledo; la traicion nos cerca por todas partes, señores, y era una verdadera locura mi sumisa obediencia. Dudábais de mí á juzgar por el tono de ciertas preguntas; pero voy á daros tales pruebas de mi decision en sustentar nuestra causa, que no ha de quedaros ni el mas mínimo recelo de que el infante Don Fadrique no pertenece al número de los remisos ni menos al de los traidores. ¡Hola, Garcés! añadió volviéndose á su escudero permanecia á su lado inmóvil y pensativo: haz que en el momento conduzcan á mi presencia al portador de la carta de mi hermano.

Obedeció aquel leal servidor, y un momento despues, compareció en la estancia el mensajero del Rey acompañado de cuatro donceles.

-¡Hola! eres tú, Leví, el que me ha traído la carta de su Alteza? preguntó D. Fadrique sonriendo con desden.

-Yo he merecido tamaña honra, señor, respondió el israelita, que era un anciano de pequeña estatura y de semblante astuto y socarron.

-Me place que mi hermano no haya elegido á un caballero de mi ley para semejante mision, pues sentiria tenerle que dar mi respuesta á un cristiano.

-¡Qué escucho, Dios de Abraham! ¿acaso he tenido la desgracia de ser portador de un mensaje poco grato para vuestra Señoría?

-Juzga por lo que vas á oír, y no olvides ninguna de mis palabras, pues quiero que todas ellas sean transmitidas al Rey.

-Hablad, señor...

-Dile á mi hermano el Rey D. Alonso de Castilla, que he recibido su carta; pero que en vez de obedecer su mandato, le niego desde ahora la naturalidad que como vasallo le debo, y me declaro su enemigo hasta tanto que devolviendo sus derechos á los Infantes de la Cerda cumpla con un deber de justicia; dile además que nunca que él se valga tambien de

lazos y arterias para apoderarse de los que no queremos someternos á determinaciones inspiradas por consejeros nada probos; y dile en fin, que desde este mismo instante voy á mover mis armas contra Toledo, y en prueba de que soy yo el que tal dice, le llevarás uno de mis guanteletes que le son bien conocidos; ¡hola! Garcés, dale á ese perro una de mis manoplas de batalla, y quítale de mi presencia.

Obedeció el escudero, y no bien habia salido del salon precedido por Leví, cuando el Infante añadió volviéndose á sus partidarios que le escuchaban llenos de asombro:

-Ahora veremos quién es el primero que vuelve el rostro atrás: los que no teman las eventualidades de una empresa arriesgada que me sigan: mañana se alzarán Burgos por los hijos de D. Fernando y ¡guay! del que intente vender su causa.

Ni uno solo de presentes desplegó los labios para hacer la mas pequeña objeccion, todos juraron sobre la cruz de se espada combatir hasta el último aliento por los Infantes de la Cerda, y al separarse ofrecieron volver de nuevo antes de tres dias á reunirse en torno de D. Fadrique seguidos de sus vasallos y en pié de guerra. Los pacíficos habitantes de Burgos no osaron oponerse á los revoltosos, y la insurreccion estalló en aquella ciudad que siempre habia sido modelo de sumision y de respeto para con sus reyes. Voló la nueva de tan audaz levantamiento, y como la llama impulsada por el soplo del huracan, se propagó de pueblo en pueblo hasta llegar á los muros de Albarracin. El Señor de los Cameros y D. Juan de Lara enarbolaron sus pendones, y el Rey Don Alonso recibió casi en un mismo dia la funesta noticia de que la guerra civil devoraba ya las provincias mas importantes de su reino, y la insolente respuesta de su hermano.

Consternóse al saber tamaño contratiempo y ardió en indignacion al oír las palabras que Leví le repitió de órden de D. Fadrique. Ignoraba D. Alonso las maquinaciones del de Haro y de la implacable Sefora, y no sabiendo de qué lazo ni de qué traicion le hablaban el Infante, creyó que sus razones eran fútiles pretextos para declararse en abierta rebelion; pero no se intimidó, y con aquella actividad de que tenia dadas tantas pruebas dispuso todo lo necesario para atajar, los males que le amenazaban. Reunió en su alcázar á los hombres de su confianza, y despues de haber celebrado un largo consejo en que oyó las mas encontradas opiniones, resolvió como tenia por costumbre, lo que á él le parecia mas conveniente. Ante todas cosas dispuso que la Princesa Doña Blanca quedase incomunicada en su aposento, y sin perder un instante hizo que el Infante D. Sancho fuese con tres mil jinetes á apoderarse de Logroño: Diego Lopez de Salcedo recibió órden de someter el castillo de Burgos, y el Infante D. Juan salió al frente de seis mil peones contra el Señor de Lara, llevando por lugarteniente á un caballero á quien el Rey dió secretas instrucciones y los mas amplos poderes. El anciano Jofré de Loaisa fué puesto en prision y D. Lope de Haro recibió el nombramiento de Justicia mayor de la córte durante la ausencia de Diego Alonso, que habia salido de Toledo para reclutar en los pueblos realengos hasta diez mil jinetes y veinte mil peones. Los deseos del Señor de Vizcaya se habian cumplido: acababan de adoptarse las mas enérgicas disposiciones, y los encargados de ejecutarlas eran los partidarios mas acérrimos de D. Sancho. Diego Lopez de Salcedo recibió al partir órdenes de que el Rey no tenia noticia, y el Infante D. Juan llevaba intencion de aniquilar para siempre al de Lara, á pesar de que su padre solo le habia mandado que procurase hacerle deponer las armas lo mas amigablemente posible. La princesa Doña Blanca, objeto de sus

mayores recelos, se hallaba prisionera y era ya inútil intentar una nueva reconciliación con el bando de los Infantes de la Cerda; Castilla acababa de arrojar el guante que no debía tardar mucho en ser recogido por la Francia, y Don Alonso se veía comprometido á aceptar los servicios de su hijo D. Sancho y de sus poderosos partidarios. Tal era el estado de los negocios públicos: el pueblo temblaba consternado previendo los horrores de una guerra fratricida; el infeliz, pechero trocaba llorando la esteva y el arado por la ballesta y la pica, y en medio del general trastorno tomaban pábulo los ódios particulares y cundía la desmoralización y el desorden.

Lamentaba el Rey la desventura de sus vasallos desde el fondo de su alcázar, y con natural prevision procuraba atender á todas partes: sabía que una vez dado el grito de guerra lo que importaba era sofocar cuanto antes la rebelión, para impedir que tomase incremento, y por eso ante todas cosas hizo salir en un mismo día á cuantos hombres de armas se hallaban acantonados en los alrededores de Toledo, quedándose sin mas escolta que la de sus arqueros los rebeldes no podían imaginar que las huestes reales cayesen sobre ellos tan de improviso, y apenas habían tenido tiempo de reunir un insignificante cuerpo de ejército en cada uno de los puntos que servían de baluarte á la insurrección, cuando se hallaron frente á frente de sus enemigos. D. Juan de Lara, que con el intento de reunirse á los sublevados de Castilla dejó los muros de Albarracín seguido de sus mas bravos campeones, se vió detenido en su marcha por el Infante Don Juan, que presentándole la batalla en la márgen izquierda del Guadiela, logró desbaratarle en el primer encuentro obligándole á refugiarse en la vecina sierra de Molina. D. Simon Ruiz, que aguardaba en Logroño las órdenes de su suegro, encontróse al despertar una mañana asediado por los jinetes de D. Sancho y antes de la noche ya se hallaba la villa en poder de sus enemigos, sus vasallos puestos en vergonzosa fuga y él aherrojado en un oscuro calabozo. Unicamente el infante D. Fadrique logró mejor fortuna en los primeros momentos, y Diego Lopez de Salcedo se vió obligado á esperar un refuerzo de tropas ligeras para intentar el asalto de Burgos. Los insurrectos capitaneados por el hermano del Rey no se desanimaron al verse cercados por enemigos que consideraban como poco temibles; ignoraban la mala fortuna de D. Juan de Lara y del Señor de los Cameros, y esperando que pronto serian socorridos por ellos, hicieron frente con arrogante denuedo á los soldados de D. Alonso; pero no tardaron mucho en persuadirse de que sus parciales no podían ayudarles en aquel conflicto, y vieron llenos de angustia que cuatro mil lanzas vizcainas reforzaron en menos de doce días á sus sitiadores: entonces intentaron hacer una salida, pero con tan mal éxito, que sus mas bravos campeones quedaron tendidos en las márgenes del Arlanzon. Enfurecióse D. Fadrique al saber el primer descalabro de sus gentes, y dejándose llevar por su violento carácter, afeó con duras palabras la conducta del caballero que habia capitaneado á los exploradores en aquel dia; era este el bravo Godínez cuya entereza conocen ya nuestros lectores, el cual al escuchar las reconvenciones de su jefe le respondió con el acento sosegado del hombre satisfecho de su buen proceder:

-Quisiera yo saber, señor Infante, qué hubiera hecho vuestra Señoría hallándose en mi lugar; cien lanzas solamente venian en pos de mí, y fuimos embestidos por mas de mil guerreros.

-Yo hubiera hecho lo que las madres romanas exigian de sus hijos en tales ocasiones: hubiera vuelto con el escudo ó sobre el escudo.

-Os creo, señor; pero permitidme deciros que hubiérais hecho mal: un caudillo no debe dejarse matar mientras conserve un átomo de esperanza, mientras tenga un solo valiente que combata á su lado, y yo espero que con la ayuda de Dios aun podremos obtener mejor fortuna.

Calmóse D. Fadrique al oír tales razones, y con la ruda franqueza que le distinguia repuso:

-Teneis razon, Godinez, veo que no puedo disputar con vos; reconozco vuestra prudencia y espero que no me guardareis rencor por mi injusta reprimenda; esta noche saldremos juntos con toda la gente de que podemos disponer, y si la suerte nos vuelve las espaldas nunca es tarde para morir.

Dijo, y sin perder un momento espidió las órdenes necesarias para que todos sus guerreros estuviesen prontos á seguirle á la primera señal; pero no bien acababa de dar sus últimas disposiciones, cuando se oyó á las puertas de la ciudad el sonido de una trompeta que anunciaba la llegada de un heraldo; recibieronle los sitiados con las precauciones de costumbre, y conduciéndole á la presencia de D. Fadrique oyeron de sus lábios una proposicion que les volvió su abatido ardimiento, puesto que se trataba de una transaccion honrosa en unos momentos en que se creian irremisiblemente perdidos.

Reunióse precipitadamente un consejo de capitanes, y después de meditar las proposiciones del heraldo resolvieron acceder á ellas. Solicitaba Diego Lopez de Salcedo tener una entrevista con los principales caudillos de los sublevados para sentar las condiciones de un convenio honroso: esta entrevista debia tener lugar en una tienda levantada al efecto entre la ciudad y los reales del sitiador, y solo podrian asistir á ella diez caballeros de cada parte armados de todas armas. Las diez de la mañana del día siguiente fué la hora señalada para la conferencia. Mucho se regocijó Salcedo al saber que Don Fadrique se avenia á razones; temia que su carácter altivo hiciese fracasar sus planes, y las órdenes secretas que habia recibido en Toledo, no del Rey, fuerza es confesarlo, sino del Señor de Vizcaya, no hubieran podido ejecutarse á no acceder el Infante á su proposicion; pero la entrevista estaba aceptada por los insurrectos, y él era suficientemente audaz y desalmado para ejecutar cuanto se le habia exigido en el momento de confiarle el mando del ejército sitiador.

Capítulo XIX

Donde se ve que en el siglo XIII aun quedaban en España, como en toda Europa, algunos restos de la fé púnica.

Una copiosa lluvia había hecho que durante toda la noche permaneciesen sitiados y sitiadores al abrigo, los unos de sus cuarteles y los otros de sus tiendas: únicamente los centinelas ocupaban sus puestos sufriendo con la estóica resignación del soldado todo el rigor de los elementos; un silencio sepulcral reinaba aun al despuntar la mañana, y solo los operarios encargados de levantar la tienda destinada para la conferencia, daban señales de vida en el campo de Salcedo. En la ciudad no era menos profunda la calma, los hombres, de armas aguardaban en sus puestos las órdenes de sus jefes,

y estos continuaban reunidos en sesión permanente al lado de D. Fadrique. Un triste presentimiento turbaba el espíritu de este; pero como capitán experimentado procuraba ocultar a los ojos de sus amigos lo que pasaba en su corazón, y dominándose a sí mismo les hablaba del buen éxito de su empresa como si realmente creyese lo que decía:

-No lo dudeis, exclamó, contestando á una objeción de Godínez: saldremos de Burgos con armas y caballos, saldremos con pendones desplegados y á son de clarines; conozco bien la política de mi hermano, y estoy seguro de que Salcedo tendrá orden de no exasperarnos con medidas violentas.

-Y qué hallais de halagüeño en esta salida forzada? preguntó su interlocutor, que tampoco estaba muy satisfecho de su posición.

-Halla la posibilidad de reunirnos antes de ocho días con nuestros amigos de Logroño y de Albarracín y la seguridad de caer con ventaja sobre Toledo, en donde podremos obligar al Rey á revocar el injusto acuerdo de las Cortes de Segovia. Pero id á prepararos, señores, la hora de la conferencia se acerca, y no debemos nosotros ser los últimos en acudir á la cita creerian tal vez que les temíamos. Vos, Godínez, vendreis á mi lado, pues aunque solemos no estar de acuerdo en muchos puntos de consejo, no acontece así tratándose de arrostrar peligros, y sin que esto sea agraviar á ninguno de mis buenos amigos, fío tanto en vuestra espada como en la mía; mi escudero Garcés de Barbasa nos hará de tercero, pues ya sabeis que su pecho es el mejor broquel que yo gasto, y los otros siete caballeros que han de acompañarnos que los designe la suerte: en todos tengo confianza.

Dijo: y haciendo despejar á cuantos le rodeaban se quedó solo con su escudero Garcés.

-Qué te parece de esta entrevista con nuestros enemigos? le preguntó no bien había salido el último de los caballeros.

-A no desatender lo que me decían en aquella carta que tuve el honor de mostraros, me parece que debéis vestir vuestra jacerina de Milán, la de cuarenta libras, para presentaros á Salcedo.

-Pues qué, acaso le juzgas capaz?...

-De todo, señor, de todo: él fue, no lo olvidéis, el encargado de impedir la fuga de Doña Blanca nuestra señora, y no tuvo empacho de reñir acompañado de diez villanos contra un solo caballero.

-Sí, contra mi primo el de Lara; tienes razón, también yo recelaba de su buena fé, pero no por eso dejaremos de acudir á la cita que me ha dado: diez contra diez somos, y bien sabes que cada leal vale por cien traidores.

-En el campo de batalla no lo niego; pero en una celada....

-Tienes miedo, Garcés?

-Vos solo en el mundo podiais hacerme impunemente esa pregunta, á la cual no responderé hasta que nos hallemos en la tienda de Salcedo.

Sonrió D. Fadrique al oír las arrogantes palabras de su doncel, y poniéndole la mano sobre el hombro con un tono afectuoso que contrastaba notablemente con la severa espresion de su semblante, dijo:

-Paso, rapaz, y no vayas á retarme cuando mas necesito de tu ayuda: bien sé que la traicion nos acecha, desde ayer me lo está diciendo el corazón; pero ¿te parece posible que nosotros manifestemos recelo y que sembremos el desaliento entre esas pobres gentes que esponen su existencia por seguirnos? Ea, ve á preparar mi arnés tranzado y que Dios nos ayude: la hora se acerca.

Salió Garcés sin responder ni una palabra, y D. Fadrique quedó sumergido en tina profunda meditacion.

El sol empezaba entre tanto á romper con sus rayos los pardos nubarrones que encapotaban el espacio, y una rojiza claridad iluminaba las tiendas del sitiador: algunos ojeadores se hablan aproximado á la ciudad con cauteloso paso, y varios grupos de hombres de armas se movian en opuestas direcciones; sin embargo, el grueso del ejército permanecia inmóvil en derredor de las hogueras y sin ejecutar ninguna maniobra que pudiera considerarse como alarmante por los atalayas apostados en las torres de Búrgos. Diego Lopez de Salcedo se habia vestido desde muy temprano y los nueve caballeros que debian acompañarle le aguardaban armados de todas armas y con cierta inquietud que se traslucia en sus miradas y ademanes; él por su parte parecia hallarse mas preocupado que todos y una profunda arruga fruncía su entrecejo; se paseaba á largos pasos y se impacientaba al ver lo lentamente que caian los granos de arena de un reloj que tenia en un rincón de la tienda. A nadie asusta tanto una mala idea como al mismo que la abriga en su imaginacion, y aun el delincuente mas empedernido procura ejecutar sus delitos lo mas prontamente posible, pues así como un crimen consumado produce el remordimiento, un crimen que se premedita causa miedo, y el miedo es mas insoportable para las almas extraviadas que el grito aterrador de la conciencia. Salcedo no era por cierto un dechado de hidalguía; pero á pesar de los lunares que empañaban su escudo, aun no se habia manchado con el lodo de la ignominia, y cada vez que se encargaba de una comision poco honrosa tenia que luchar con un resto de la nobleza que habia heredado de sus abuelos; por eso aguardaba la hora de su entrevista con el infante D. Fadrique con una impaciencia febril que le hacia lanzar terribles imprecaciones: sus gentes se apartaban temblando de su lado, y una soledad aterradora daba pábulo á sus amargos pensamientos; pero el momento que esperaba llegó por fin: el sonido de una corneta le anunció que ya los de la ciudad se encaminaban al lugar designado para la

entrevista, y tomando su espada y su capacete de manos de uno de sus escuderos, marchó á pié y sin mas compañía que la de los nueve campeones escogidos por él de antemano entre sus mas bravos capitanes. El sol, cuyos rayos acababan de rasgar completamente las pardas nubes que le habian oscurecido desde el amanecer, brilló por fin con toda su claridad, y los jinetes que á precaucion habian avanzado tanto de Burgos como del campo sitiador, pudieron ver que los veinte caballeros marchaban solos con armas iguales y en adema de hombres incapaces de recelar unos de otros: llegaron por fin á la tienda en cuyo reducido espacio debia celebrarse la conferencia, y entrando por distintos lados se hallaron unos en frente de otros. El infante D. Fadrique y Diego Lopez de Salcedo iban delante de sus compañeros: el primero vestia una túnica de tisú de plata sobre la cual flotaba una rica epitoga de terciopelo verde: ceñia una espada de gran precio con el recazo cincelado y el arriaz de oro puro; en su cabeza brillaba un almete zaragozano de duro temple, y la jacerina de Milan de que le habia hablado su escudero, completaba su armadura. El otro llevaba loriga negra y una sobrevesta blasonada con franjas de oro; en su cinto brillaba el pomo de un puñal de misericordia, y de un ancho talabarte de cuero recamado pendia su espada toledana.

Saludó D. Fadrique á su enemigo con una leve inclinacion de cabeza; hincó Salcedo una rodilla en tierra por respeto á la alta gerarquía del Infante, y levantándose en seguida le hablo de esta manera.

-Dios os guarde, señor: ¿cómo os hallais desde que no tengo la honra de veros?

-Bien, Salcedo: qué teneis que proponerme?

-Vengo á rogaros en nombre de nuestro Rey, que dejéis los muros de su leal ciudad de Búrgos, sin dar pié con vuestra contumacia á que se vierta sangre de hermanos.

-Y ¿con qué condiciones?

-Con una sola.

-Decid cuál es.

-Su Alteza me ha mandado deciros que sin perder momento vayais á darle cuenta de vuestra conducta, y os perdonará.

-Su Alteza puede mandar á sus vasallos y perdonar á los delincuentes, pero no á mí.

-Perdonad, señor; pero el Rey puede dar órdenes á cuantos le pagan feudo, y yo en su nombre os conjuro que volvais á Toledo sin oponer ninguna resistencia.

-Y si no quisiera obedecer ese mandato, ¿qué os han mandado hacer conmigo?

-Me han mandado prenderos.

-A mí, villano! exclamó D. Fadrique sin poder contener los ímpetus de su ira.

-A tí, rebelde: repuso Salcedo lanzándose sobre él con la velocidad del rayo.

Hubo un momento en que los demás caballeros se miraron unos á otros con muestra de asombro; pero cuando el bravo Godinez y el leal Garcés echaron mano á la espada en ayuda de su señor, se vieron de improviso rodeados de enemigos: los siete campeones que les acompañaban se habian vendido á los sitiadores, y en vano intentaron resistir al choque de tantas espadas; sin embargo, no se rindieron tan pronto como era de esperar: D. Fadrique habia logrado desasirse de su robusto adversario, y desnudando el acero se batia con el denuedo de un leon sorprendido por una manada de hienas: Godinez y Garcés se colocaron á su lado, y era horrible el cuadro que presentaba el reducido espacio de aquella tienda de campaña. La vergüenza de verse afrontados por tres hombres solos, enfurecia á los asesinos y ya no procuraban apoderarse de ellos: su intento era derramar hasta la última gota de su sangre; un sordo rumor de voces inarticuladas salia de aquel recinto, y solo de vez en cuando se distinguian las palabras de D. Fadrique que con su robusto acento apostrofaba á los traidores con los dictados mas injuriosos. Ya hacia algunos minutos que duraba el combate y aun permanecian en pié los tres valientes caballeros, cuando un terrible mandoble echó por tierra á Garcés de Barbasa dejándole sin vida: lloró de rabia el valeroso Infante al ver la suerte de su malhadado escudero y ya se preparaba á vengarle arrojándose sobre el que le habia dado muerte, cuando oyó la voz de Godinez que exclamaba con desfallecido acento:

-Huid, huid, D. Fadrique, pues ya no teneis quien os ayude.

Volvió la faz á tan lastimero grito y observó que su noble compañero acababa de ser atravesado por tres puñales: entonces bajó la punta de su acero y mirando á sus adversarios con todo el rencor que atesoraba su alma, logró intimidarles como si sus ojos fuesen los de un basilisco: avanzó algunos pasos hasta colocarse en medio del círculo que habia formado en torno suyo, y rompiendo contra el suelo la hoja de su espada, exclamó con voz vibrante y contenida:

-Ahora, villanos asesinadme pronto, si no quereis que os devore con los dientes! asesinadme, y llevad á mi hermano la maldicion del hijo de su padre!

Ninguno osó responderle, un terror pánico se habia apoderado de todos, y á no haberse deshecho de sus armas, hubiera podido D. Fadrique abrirse paso por entre aquellos miserables; pero Salcedo, que no era cobarde, recobró la energía que un momento de estupor le habia hecho perder, y volviéndose á los suyos les dijo con el acento breve del hombre acostumbrado á mandar mercenarios:

-Ea, apoderáos de él!

Su órden fué obedecida, y un momento despues ya se hallaba el Infante prisionero en los reales de sus enemigos; cundió la nueva en breves instantes: los valientes se indignaron, los débiles perdieron la esperanza, los desleales se declararon por los sitiadores, y las puertas de la ciudad se abrieron para dar paso á las huestes del Rey. Entró Diego Lopez de Salcedo como un conquistador al frente de sus guerreros, y despues de haber dado órdenes severas

relativas á los castigos que debian aplicarse á los rebeldes, fué á instalarse en la propia casa del infante D. Fadrique, haciendo encerrar á su ilustre prisionero en una lóbrega estancia, desmantelada y fria.

Capítulo XX

En que se da fin al relato comenzado en el anterior.

Todas las autoridades de Burgos, que en los primeros momentos de la insurreccion se habian ocultado llenas de terror, fueron á cumplimentar al representante del Rey, el cual, olvidando que debia su triunfo á una traicion infame, las recibió con el satisfecho ademán de un héroe colmado de gloria:

los pecheros respiraron al verse libres de los peligros que les habian amenazado y victoreaban á Salcedo como si saludasen á su libertador: los amigos del vencido callaban llenos de indignacion, y la calma parecia haber recobrado su imperio en aquel pueblo tan agitado pocos dias antes. Varios correos salieron en distintas direcciones con la nueva del triunfo que acababan de alcanzar las armas reales, y entre tanto dispusieron los vencedores un espléndido festin para solemnizar su victoria; pero el dia designado para celebrarle llegó y cuando ya se habia convidado á los principales magnates y á las damas mas ilustres de la ciudad, se presentó á Salcedo un mensajero que acababa de apearse á la puerta de su casa y le pidió una audiencia reservada: concediósela éste, y llevándole á su estancia vió con sorpresa que el recién llegado era Adhel, el paje favorito de Séfora.

-De parte de quién vienes? le preguntó frunciendo el ceño y recelando que se le iba á exigir algun nuevo servicio poco grato.

-De parte del Rey: contestó el árabe irguiéndose con el ademán de un personaje importante.

-De parte del Rey?... repitió Salcedo con desconfianza.

-Del Rey ó del Justicia mayor, lo mismo da: ello es que soy el portador de una orden régia y no esperaba por cierto encontraros tan desabrido conmigo.

-Despacha, Adhel, explícame de qué se trata, pues á decir verdad me causa zozobra tu venida.

-Se trata de ponernos en marcha mañana mismo, á fin de que llegemos á Toledo antes de seis dias: el Rey quiere que le expliqueis en qué estado se hallan sus buenos vasallos de Burgos, y segun se suena parece que vais á tomar el camino de Aragon con todas vuestras huestes.

-Y qué mas tienes que comunicarme? preguntó Salcedo mirándole de una manera harto significativa.

-Nada que sea de importancia, á no ser que en este pliego se os dé alguna orden secreta.

-Veamos, exclamó el caballero tomando el pergamino de manos del árabe y leyendo su contenido con precipitacion.

Una horrible palidez se extendió por sus mejillas, sus ojos se fijaron en el suelo, y como si acabase de leer su sentencia de muerte quedó sumergido en una profunda meditacion. Adhel le miraba con el aire mas indiferente del mundo, y rompiendo de improviso el silencio le preguntó sonriendo maliciosamente:

-En qué pensáis señor D. Diego? acaso no estais satisfecho de todo lo que hay dispuesto para esta noche... pues si mal no he mirado al pasar por esas cuabras los preparativos del festin son magníficos.

-¡Oh! esto es demasiado! murmuró Salcedo sin atender á su interlocutor. ¡Verdugo, verdugo tambien!... y es posible que el Rey?... no puedo creerlo... pero no hay remedio, este es su sello y á mi solo me cumple ejecutar sus órdenes... Y dime, Adhel, añadió levantando la voz, te ha dado su Alteza este pergamino?

-Su Alteza no se digna bajar los ojos para mirar á siervos tan humildes como yo.

-¿De quién pues le has recibido?

-De mi nuevo amo D. Lope Diaz de Haro.

-¿Del Justicia mayor?... y dime quién es ese sugeto que ha de encargarse de cumplir mis órdenes?

-¿Quién quereis que sea, sino vuestro humilde servidor?

-¿Tú, Adhel?... y ¿cuánto te dan por desempeñar tan importante servicio?

-Yo soy esclavo y no está en mi mano venderme nuevamente: obedezco á quien puede exigirlo todo de mi y no necesito para callar ni oro ni amenazas; pero esto no es del caso: decidme á qué hora queréis que salgamos para Toledo.

-Mañana al romper el dia.

-Y lo otro, ¿á qué hora será?

-Despues de las doce de la noche.

-Pues qué, ¿pensais suspender el sarao?

-No, Adhel, no: mis convidados no pueden recibir tamaño desaire: son personas de alta categoría, y los buenos servidores del Rey no debemos dejar descontentos á nuestra espalda. Hola! añadió levantando la voz para llamar la atención de uno de sus escuderos que le aguardaba en la estancia inmediata:

-Guía á este caballero á la antecámara de su señoría, y que permanezca allí hasta nueva orden.

Obedeció el soldado, y el árabe se dejó conducir sin hacer ninguna objeción. Entonces exhaló Salcedo un suspiro y alzando los ojos al cielo exclamó:

-¡Dios mío, perdonadme! bien sabéis que mi corazón reprobaba la mayor parte de mis acciones!... y tras estas breves palabras volvió de nuevo á reunirse con sus oficiales que le aguardaban llenos de regocijo y dando las últimas disposiciones para el festín de aquella noche: su aspecto sombrío no dejó de llamar la atención; pero el sol empezaba á ocultarse y tuvieron que pensar, en su atavío. Salcedo se retiró á su aposento, y cuando ya llenaban los salones sus numerosos convidados apareció entre ellos espléndidamente vestido y con la sonrisa en los labios. La más sincera confianza llenaba al parecer todos los corazones: en una sala se danzaba al son de acordados instrumentos; en otra se referían heroicas acciones de bravos caballeros allí presentes; las bellas se embriagaban con palabras de amor, y los mancebos agotaban el néctar de la felicidad en los húmedos labios de sus hermosas damas. Un alegre rumor de fiesta se difundía por todo el palacio, y la más animada algazara reinaba hasta en los patios llenos de pajes y escuderos: innumerables antorchas esparcidas por todas partes, hacían que no se echase de menos la claridad del sol, y la felicidad y la alegría parecían haberse enseñoreado de cuantas personas se hallaban reunidas bajo los dorados techos de aquella casa. Sin embargo, uno de sus aposentos permanecía olvidado al parecer y sin más luz que la de una mezquina lámpara: solo los ecos del festín resonaban en su reducido ámbito y únicamente un caballero de elevada estatura se paseaba lentamente sobre su helado pavimento. Aquel caballero, de quien nadie se acordaba en tan alegre noche, era con todo el que pocos días antes había dictado leyes desde aquellos mismos salones tan animados entonces por el regocijo de sus enemigos; era el verdadero dueño de la casa en que se solemnizaba su derrota; era en fin, el bravo, el altivo, el egregio infante D. Fadrique, señor de innumerables villas y hermano del Rey. Una cobarde traición lo había privado de la libertad, y un vehemente deseo de venganza absorbía todos sus pensamientos: se asemejaba á un león enjaulado, pero que no rugía para no advertir á sus descuidados cazadores de su proximidad; ya hacía mucho tiempo que meditaba en silencio la manera de romper sus prisiones, aunque en vano había querido sobornar á sus carceleros, pues Salcedo no confiando á nadie su custodia se había encargado él mismo de llevarle el sustento y la luz; pero llegó por fin un día, la víspera precisamente del señalado para el festín, en que no pudiendo asistirle personalmente, dió tan delicado encargo á uno de sus criados más fieles. No aguardaba otra cosa el Infante, y apenas vió en su presencia á aquel hombre, cuando fijando en él su mirada de águila, aquella mirada que en más de una ocasión había hecho bajar los ojos á los más aguerridos infanzones, le habló en estos términos y con un acento tan decidido, que el cuitado escudero tembló como la hoja del árbol al oír aquella voz imperiosa y áspera.

-Oye, villano, le dijo aproximándose á él con paso firme: ¿eres tú el encargado de custodiarme?

-Señor, yo....

-No te turbes y responde á mis preguntas sin rodeos.

-Hoy he recibido la órden de venir á servirlos.

-Está bien: ¿sabes quién soy?

-¡Oh! eso sí, sé que tengo la honra de hablar con el muy alto y muy poderoso señor infante D. Fadrique.

-En ese caso no necesito decirte que de tu contestacion van á depender tu felicidad ó tu muerte: medita bien lo que vas á oír y decídete pronto, pues no acostumbro á sufrir vacilaciones: yo he de salir de aquí temprano ó tarde: el Rey me volverá su gracia en cuanto yo lo quiera, y mi poder será tan grande que si se me antoja vengarme de mis enemigos me bastará pronunciar una palabra para que la cabeza de Salcedo ruede bajo el hacha del verdugo; ahora bien, lo que exijo de tí es que me proporciones salir de Burgos antes de tres dias: si lo consigues te ofrezco una plaza entre mis escuderos y mil doblas además; si por el contrario, aguardas á que mi hermano el Rey me ponga en libertad, juro por el nombre de mi santo padre hacerte quemar vivo en medio de la plaza pública.

-Pero, señor....

-Silencio, villano, aun no he acabado de hablar: bien sé que tendrás que valerte de alguno para que te ayude á proporcionarme la fuga: para ello necesitas dinero, está bien: si te decides á servirme irás á casa de Roboam el judío que vive en la calle de la Espadería, el cual, presentándole mi anillo te entregará dos mil sueldos burgaleses que puedes repartir á tu albedrío entre los soldados que esten de guardia cuando vayamos á salir de aquí: si hay que deshacerse de algun importuno te autorizo para ello, y añadiré cien doblas á los dos mil sueldos: ahora dime qué se te ocurre sobre lo que acabo de manifestarte.

-Señor, repuso el soldado temblando de emocion y sin poder resistir al cebo que se ofrecia á su codicia. Un humilde villano no puede oponerse á lo que de él se digne exigir el hermano de su Rey. Disponed de mí.

-No esperaba yo menos de tu cordura, dijo el Infante, y llevándole á un ángulo de su habitacion bajó la voz y le instruyó de cuanto debia practicar para que su plan no se frustrase: oyóle el soldado con la mayor atencion y sin oponer dilicultad alguna salió de aquella estancia resuelto á huir con el poderoso magnate que tantas ventajas le ofrecia, y que en efecto estaba en posicion de hacerle descabezar si tenia la desgracia de no servirle con mucho tino. D. Fadrique por su parte, que conocia su ascendiente sobre cuantos le rodeaban quedó tranquilo y seguro de que aquel hombre no dejaria de cumplir lo que le había ofrecido: en efecto, á la caida de la tarde volvió á entrar el sobornado carcelero y lo manifestó que ya estaba todo dispuesto, añadiendo que el festin preparado por Salcedo los

venia perfectamente para proteger su evasión: quedaron pues, en que á la otra noche huirían durante el baile, y despidiéndose para no infundir sospechas con sus largas conferencias, quedaron ambos aguardando con impaciencia el momento que tanto deseaban; aquel momento llegó por fin, y mientras los bulliciosos convidados de Salcedo se regocijaban en los espléndidos salones como hemos dicho ya, D. Fadrique aguardaba paseando lentamente en su aislado aposento á que viniesen á ponerle en libertad. No habian tampoco sus cómplices olvidado su promesa, y al paso que pajes y escuderos brindaban en los corredores á la salud de sus amos, y en tanto que los arqueros de la guardia empezaban ya a sentir la influencia del vino, permanecian ellos acechando con ojo avizor la ocasion de dar el golpe que premeditaban: en efecto, cuando la confusion parecia haber tocado á su apogeo, cuando todos se hallaban entregados á una alegría delirante, cuando el mismo Salcedo empezaba á danzar con una de sus ilustres convidadas, se deslizaron ellos hacia la estancia de D. Fadrique resueltos á ejecutar á todo trance su arriesgado proyecto. La una de la noche acababa de sonar: el Infante empezaba á impacientarse y ya iba perdiendo la esperanza, cuando de improviso oyó que al lejano rumor del festin, se unia el próximo rumor de cautelosas pisadas: latió de alegría su corazon que ya empezaba á contristarse y sin poderse contener corrió hácia la puerta que le privaba de la libertad; pero de repente dió un paso atrás lanzando un grito de sorpresa: el que acababa de presentarse á sus ojos no era su carcelero, y apenas habia podido reconocer su error cuando tres robustos sayones se apoderaron de él á viva fuerza echándole un dogal al cuello que le estranguló sin darle ni el tiempo necesario para pensar en Dios. Corta fué su agonía, pero tan horrible que sus verdugos huyeron aterrados sin atreverse á volver el rostro hácia su víctima. Tal fue el sangriento fin del Infante Don Fadrique.

Capítulo XXI

De cómo una discusion científica fué interrumpida por una mala nueva.

En tanto que los emisarios del rey D. Alonso cumplan en todas partes las órdenes que habian recibido, quizá con demasiada eficacia, permanecía éste en Toledo, firme en su propósito de restituir la paz á sus pueblos y ocupado en sus vastas negociaciones diplomáticas, aunque sin olvidarse por eso de tributar su culto á la ciencia, culto que practicó con heroica constancia aun en medio de sus mayores tribulaciones.

Su alcázar se hallaba lleno á todas horas de guerreros y de filósofos; y aquel sábio Monarca, cuya actividad era proverbial en toda Europa, presidia casi simultáneamente las sesiones del palacio de Galiana y los consejos de guerra de sus capitanes, discutiendo con igual acierto sobre el inmutable giro de las estrellas y sobre el giro harto dudoso de los negocios públicos.

Nadie le aventajaba en saber ni en prudencia, y si hubiese encontrado mas tolerancia en las ideas y mas lealtad en los corazones, sin duda hubiera conseguido que el siglo de oro

renaciase para España en medio de aquella edad de hierro en que la fuerza era la única ley, y el fanatismo la única razón; pero D. Alonso había nacido demasiado pronto, y los destellos brillantes de su genio por más que debieran columbrarse desde lejos y al través de los siglos, no pudieron hacer otra cosa que esparcir una débil claridad en medio del oscurantismo que le rodeaba: así acontece con la luz que el minero deja olvidada en medio de una vasta caverna su resplandor se divisa á gran distancia, pero sus rayos no disipan las tinieblas del antro en que arde.

A cada uno de sus pensamientos luminosos se oponía una práctica absurda, cada uno de sus filantrópicos sentimientos se estrellaba en cien preocupaciones sanguinarias: predicó la fraternidad, y estuvo á punto de ser crucificado: quiso ser caritativo y todos le escarnecieron; la mayor parte de sus prudentes disposiciones no hallaron quien las ejecutara, y en más de una ocasión aconteció que sus ministros plantaron la palma del martirio en donde él se había propuesto sembrar el lauro de la gloria.

Los historiadores de la edad media que no supieron seguir las huellas de Tácito y de Plutarco, en vez de hablarnos filosóficamente de los hombres, se contentaron con referirnos en confuso los acontecimientos, y al escribir la crónica de aquella época mancharon la frente del Rey con toda la sangre vertida en su reino; empero D. Alonso no era por cierto acreedor á tan severo fallo; él más que nadie lamentaba las desgracias de sus pueblos y su único anhelo era procurar el adelanto de las ciencias y la prosperidad de sus vasallos. Por eso se le veía perplejo siempre que la insurrección levantaba su cabeza y por eso quizá le creyeron débil sus revoltosos feudatarios.

Cuando el infante D. Fadrique se declaró en abierta rebelión comprendió, sin embargo, que había llegado el momento de emplear la energía para impedir que el incendio se propagase; pero sus medidas se redujeron á disponer que una mano fuerte detuviese á los revoltosos en su camino, y por eso en tanto que sus hijos y sus capitanes marchaban á ejecutar sus órdenes, continuaba él sus pacíficas negociaciones lleno de buena fé y sin sospechar siquiera las catástrofes que le amenazaban.

Sus emisarios eran bien recibidos en todas partes: el crédito que gozaba en el mundo hacía que hasta los monarcas más poderosos procurasen su amistad, y Fray Ademaro logró del Papa Juan XXI, no solo lo que había ido á demandarle, sino la formal promesa de que los rayos del Vaticano se hallarían siempre prontos para combatir á los enemigos del Rey de Castilla.

D. Gonzalo Ruiz de Atienza consiguió que Felipe el Atrevido suspendiese todo movimiento hostil, aunque con la condición de que D. Alonso no debería tratar como á traidores á los partidarios de sus sobrinos, y D. Pedro III de Aragón ofreció solemnemente que jamás desenvainaría la espada contra el esposo de su noble hermana Doña Violante.

La suerte de las armas favoreció también sus intentos desde los primeros días, y el triunfo alcanzado por su hijo D. Juan contra el señor de Lara, triunfo que no tuvo nada de sangriento, gracias á la intervención del lugarteniente que acompañaba al Infante, fué considerado por el Rey como un presagio venturoso para la realización de sus planes; pero una nueva funestísima vino bien pronto á turbar su contento.

Hallábase un día en el palacio de Galiana rodeado de todos los sábios que habia congregado en torno suyo, para que le ayudasen á formar sus Tablas astronómicas, obra portentosa en aquel siglo y cuya confeccion le costó además de muchas vigiliias y afanes, cuatro mil escudos de oro.

El docto Aben Raghel y el profundo Alquibicio, iban á discutir con Aben-Musio el de Sevilla y con Jacob Abvena el de Córdoba un punto bastante confuso hallado en el Cuadripartito de Ptolomeo, por Jehud á el Conheso, Alfaquí de Toledo, el cual acababa de traducir aquel libro por orden del Rey: más de cincuenta sábios venidos de París y de Gascuña debian tomar parte en la controversia, y D. Alonso presidia lleno de justo orgullo aquella reunion de hombres eminentes cuyas inteligencias atesoraban toda la ilustracion de su época.

Ya hacia muchas horas que la disputa continuaba vivamente sostenida por todos los concurrentes: más de una proposicion poco ortodoxa se habia emitido ya con escándalo de los teólogos castellanos, y mil pensamientos de progreso intelectual se formulaban en cada uno de los discursos pronunciados por tan doctos varones.

El Rey, cuya tolerancia en materias religiosas Dio tenia límites, oia con satisfaccion todo lo que pudiese conducirle al descubrimiento de una verdad física ó moral, y es bien seguro que si Galileo hubiese florecido en su época no hubiera encontrado la estúpida acogida que le hicieron los monarcas de tres siglos despues D. Alonso no anatematizaba ninguna idea por atrevida que fuese, y por eso los hombres de todas las religiones podian emitir su parecer con toda libertad en aquel santuario de la sabiduría.

El debate promovido por la duda del rabino Jehudá seguia pues, sin que ningun obstáculo se opusiese al esclarecimiento del punto que se discutia, y ya empezaban los contendientes á convenirse en algunos extremos, cuando de improviso apareció en el salon el venerable Ahumed-Ebn-Yuzef con el semblante pálido y afligido: Al verle entrar todos guardaron el mas profundo silencio, y el Rey, que le tributaba toda clase de deferencias, se puso en pié con el intento de cederle su lugar; pero el árabe se había parado en medio de la estancia y sin ocultar la emocion que le agitaba, dijo fijando en D. Alonso su penetrante mirada:

-Suspende, ¡oh Rey! tus tareas científicas: sal de este palacio y vuela á lavar las manchas de ignominia con que tus ministros enrojecen el suelo castellano: deten el golpe que está amagando á tus deudos mas ilustres, porque si llegan á salpicar tu frente algunas gotas de la fraterna sangre ¡guay de tí! en vano querrias acercarte con fruto al laboratorio de la gran verdad: las manos de Cain no producirán jamás nada que sea puro: si deseas aprovechar mis lecciones, procura ante todas cosas mantenerte limpio de toda culpa y corre á salvar á tu hermano.

No comprendió el Rey las palabras de su maestro; pero como conocia su prudencia, sospechó que alguna nueva de grande importancia venia á anunciarle, y haciendo desalojar á todos los sábios que le rodeaban le preguntó lleno de zozobra:

-¿Qué ocurre, mi venerable amigo? ¿por qué habeis dejado vuestro retiro cuando menos lo esperaba?

-Tu hijo ha entrado á saco en la ciudad de Logroño.

-¿Qué decís?

-D. Simon Ruiz no ha podido contrarestar el ímpetu de D. Sancho y la insurreccion ha fracasado en las riberas del Ebro, lo mismo que en las márgenes del Guadiela, pero el Infante no se ha contentado con vencer a sus enemigos: el Infante quiere interponer un mar de sangre entre el Rey de Castilla y los hijos de D. Fernando de la Cerda; para ello ha empezado por quemar vivo en medio de la plaza de Treviño al ilustre Señor de los Cameros, despues de haberle llevado de pueblo en pueblo cual si fuera una bestia feroz.

-¡Oh! eso no es posible, exclamó el Rey con amargura.

-Mucho te honra tu duda; pero lo que te digo es demasiado cierto por desgracia: vuelve á tu alcázar, y allí oirás á los mensajeros de tu hijo que vienen á participarte llenos de orgullo la funesta nueva de su victoria.

-Pero, decidme, ¿cuál es el peligro que amenaza á mi hermano?

-Diego Lopez de Salcedo es hechura del Señor de Vizcaya, y si logra vencer á D. Fadrique, no será estraño que el hijo de tu padre siga la misma suerte que su desventurado yerno.

-¡Oh no, mil veces no! Salcedo no osaria esponerse á mi cólera: no seria capaz de comprometer así mi reputacion.

-Los hombres son capaces de todo, y el corazon me dice que alguna gran catástrofe ha de oponerse á la realizacion de tus benéficos planes.

-Vamos, pues, á Toledo, dijo D. Alonso lleno de angustia, y haciendo preparar su litera se hizo conducir á su palacio en compañía de Ahmed-Ebn-Yuzef.

Las noticias de éste eran harto fidedignas, como igualmente sus predicciones, y el Rey supo por boca de los emisarios de su hijo, no solo los espantosos detalles del suplicio en que habia dejado de existir el Señor de los Cameros, sino la infausta nueva de que su hermano D. Fadrique habia sido muerto en su prision á manos de sus carceleros.

Lloró de despecho al ver burlados sus nobles designios, y lloró de amargura al pensar en el fin sangriento de su hermano, de aquel hermano que habia sido el ídolo de su madre, y que a pesar de sus defectos poseia mil nobles cualidades. Hizo llamar á D. Lope Diaz de Haro, y sin considerar que aquel poderoso magnate era temible en todos conceptos, le habló con mas severidad de la que acostumbraba á usar con el último de sus criados: le pidió estrecha cuenta de todas las disposiciones que durante la ausencia del Justicia mayor Diego Alonso, y en representacion de aquel habia osado adoptar y le echó en cara que habia

faltado á la fe y lealtad de caballero, aconsejando y permitiendo los horribles atentados que acababan de cometer el infante D. Sancho y el capitán Diego Lopez de Salcedo.

Disculpóse el de Haro con su habitual sangre fría, y aseguró que ninguna parte había tenido en los acontecimientos de Búrgos y de Logroño; dijo que ignoraba las razones que habrían podido tener los caudillos vencedores para tomar tan severas medidas, y manifestó que no le parecía nada extraordinario que se castigase á un rebelde con la última pena.

Indignése el Rey al oír tales palabras: sabía que él era el motor de todo lo que acababa de suceder, y sin disimular su sospecha le dijo mirándole con la mayor indignación:

-Conozco vuestros ardides, Señor de Haro; sé que vuestro deseo es aniquilar á cuantos os pueden hacer sombra, y me consta que vuestra funesta política consiste en mantener vivos los odios de los dos bandos en que se divide mi reino: torpe he andado en manifestarme generoso y confiado con vos: creía que no hubiéseis sido capaz de abusar de mi buena fé, pero veo que me he equivocado: me habeis hecho agotar el cáliz de la amargura, D. Lope, pero ¡guay de vos! la muerte de mi hermano tal vez se considerará en la historia como un borron para mi nombre; pero su sangre caerá gota á gota sobre vuestro corazón: si yo creyese que un asesinato podía castigarse con otro no saldríais ileso de mi alcázar: mas no tembleis, devolvedme el sello de justicia que os confié y quitáos de mi presencia: el leal D. Diego Alonso acaba de regresar á Toledo, y no he menester ya de vuestros servicios: ¡ojalá que nunca los hubiera creído necesarios!

Calló el Señor de Vizcaya, pues conocía que sus disculpas de nada podrían servirle, y saludando con el mas profundo respeto, se alejó de la régia estancia llevando en el alma toda la hiel de las injurias que acababa de devorar.

Veía desplomarse el alcázar de su poder, acababan de arrebatárle sus armas mas poderosas, y aunque la reconciliación entre D. Sancho y los infantes de la Cerda no era ya humanamente posible despues de la muerte de D. Fadrique y del Señor de los Cameros, con todo sus planes de engrandecimiento podían fracasar si el Rey se declaraba abierta mente encostra suya: para evitar aquel peligro puso en juego todas sus influencias con la actividad que le caracterizaba y que tantos triunfos lo hizo alcanzar, en tanto que el Rey procuraba con todas sus fuerzas atajar las nuevas desgracias que amagaban á su país.

Diego Alonso había regresado en efecto á la córte con gran golpe de soldados mercenarios y en compañía del infante D. Juan y de su lugarteniente, los cuales habían recibido órden de volver á sus cuarteles á los pocos días de dar la batalla en que vencieron al Señor de Lara: Fray Ademaro y D. Gonzalo Ruiz de Atienza se hallaban también de vuelta de sus importantes escursiones, y D. Alonso pudo reunir en torno suyo un gran número de hombres leales y de capitanes esforzados á quienes pedir consejo.

Era evidente que el rey de Francia debería considerar el asesinato del infante D. Fadrique como una torpe felonía, despues de lo tratado por él con el embajador de Castilla: el Sumo Pontífice no podía mirar tampoco con indiferencia un atentado de aquella especie; y los descontentos del reino tenían un escelente pretexto para levantar de nuevo el grito de guerra á muerte que hasta entonces había podido sofocarse a fuerza de actividad y de

energía. Lo que importaba, pues, era satisfacer cuanto antes las dudas que naturalmente debían suscitar, respecto á la lealtad de D. Alonso, los desastrosos acontecimientos de Treviño de Burgos: para ello se dispuso enviar nuevas embajadas dando las más claras explicaciones sobre tan inesperados sucesos: llamóse además al infante D. Sancho, y se dió orden para que Diego Lopez de Salcedo se presentase inmediatamente á dar estrecha cuenta de su incalificable conducta.

Esta determinación era para D. Lope Diaz de Haro un golpe mil veces más terrible que la pérdida de su autoridad y que las duras palabras que había oído de boca del Rey, pues las revelaciones de Salcedo podían comprometerle gravemente y poner de manifiesto su culpabilidad en la muerte de los dos ilustres caudillos del bando de la Cerda: para evadir aquel peligro solo le quedaba un medio, hacer que el infante D. Sancho arrojase de una vez el guante comprometiendo la reputación de su padre con nuevos atentados é impedir así toda reconciliación entre el Rey y sus altivos vasallos; pero no se crea que para poner por obra su tenebroso plan se valió de hombres poderosos é influyentes ni de guerreros resueltos y esforzados: aquel astuto magnate echaba mano de todas las armas que juzgaba útiles para sus intentos, y en vez de recurrir á intrigas palaciegas ó á la fuerza siempre temible de sus parciales, se valió en tan difíciles circunstancias de pasiones privadas que ninguna relación parecían tener con la política de aquella época, pero que él supo explotar en su provecho como se verá en el capítulo siguiente.

Capítulo XXII

Donde se verá como Satanás vuelve á inspirar á la serpiente.

En tanto que en el reino de Castilla rugían desatados los vientos de la rebelión, fermentaban en el alma de Sefora los celos que su antiguo amante le había infundido la noche en que después de tantos años se presentó á sus ojos en el régio sarao de Toledo.

Recordará el atento lector que la Princesa Doña Blanca era causa inocente de aquellos celos, y que la judía ensoberbecida con la alta posición de la que imaginaba su rival, había puesto en juego los más inícuos ardides para causarla todo el daño posible, ya que no estaba en su mano destrozar aquella voluptuosidad que tantas almas había fascinado.

-Guárdeos Dios, señora: murmuró el de Haro fijando en ella su escrutadora mirada.

-El os ilumine, D. Lope: repuso Sefora sin desarrugar el ceño que tantos encantos robaba á su semblante.

-¡Vos aquí, señora!

-¿Y eso os asombra?

-No, sino que me llena de contento: hace un instante estaba pensando en ir á buscaros.

-Para pedirme alguna carta? preguntó Séfora con ironía.

-Tal vez: repuso el de Haro con la mayor naturalidad.

-Me admira vuestra sangre fria, caballero! ¿Es así como cumplís vuestras promesas?... ¿son estos los resultados que preveia vuestra alta política?... ¿es esto lo que yo debia esperar cuando instigada por vos me comprometí á cometer un crimen?

-¡Un crimen!...

-Sin duda, caballero, un crimen inútil, masque inútil, funesto. ¿Qué me importaba á mi la vida de D. Fadrique? lo que yo quería, bien lo sabeis, era la ruina de una mujer, y nuestro atentado solo ha servido para darla, libertad y preponderancia.

-Perdonad, señora, os veo irritada y lo siento: la exaltacion de las almas apasionadas es un fuego fátuo incapaz de inflamar ni un leve copo de lino: tomad asiento si os place: oidme un solo instante, y confio en que hemos de quedar amigos.

-Lo dudo: dijo la judía sentándose con el ademan de una reina enojada.

-Pues yo no,, repuso el descendiente de reyes inclinándose con respeto. Es verdad que nuestra tentativa de Burgos ha dado un resultado diametralmente opuesto al que tenuamos derecho de esperar; pero no por eso debemos retroceder: ¿creces, señora, que me importa menos que á vos la ruina de esa mujer?... si vuestro corazon lo desea, el mio lo necesita, y no lo dudeis, conseguiremos aniquilarla si seguís mis consejos.

-Oh! cuidado no os engañeis otra vez, caballero, cuidado no volvais á despertar la esperanza en mi alma pada matármela luego.

-No temais, señora, esta vez no puedo, no debo equivocarme: el golpe que ahora vamos á dar será tan seguro como el de la guadaña de la muerte.

-No os entiendo, murmuró Séfora, mirando con inquietud á su interlocutor.

-Procuraré ser muy explícito y ya me entendereis, repuso éste yendo á cerrar todas las puertas. La hora ha llegado: si perdemos un solo dia yo veré derrumbarse el alcázar de mi ambicion, y el demonio de los celos se enseñoreará de vuestro pecho á su albedrío: esa mujer que vos odiais y que yo miro como un obstáculo á mis planes, será el -iris á quien Castilla adore despues de la tormenta, y nosotros iremos atados al carro de su triunfo y la veremos hollando con sus plantas vuestro amor propio y mi orgullo.

-Oh! jamás, jamás! exclamó la judía poniéndose en pié, pálida de coraje. Hablad, D. Diégo: no hace mucho os oí decir que la exaltacion de las almas apasionadas es un fuego

fátuo que no quema: comunicadme pues la llama devoradora de vuestro corazón impasible, y me vereis-incendiar el mundo

entero, si lo creéis necesario para que esa mujer quede reducida á cenizas entro las pavesas del universo. -No es necesario tanto, dijo el de Haro, sonriendo con malignidad, y no es el fuego el elemento que debe servirnos en esta ocasión, sino el agua.

-¿El agua?

-Sin duda: el agua preparada por vuestro paje Adhel y servida por....

-¿Por quién?...

-Oidme, Séfora: queriendo D. Alonso probar que la muerte de D. Fadrique no es obra suya, sino de los partidarios de su hijo D. Sancho, no solo ha enviado emisarios para que así lo divulguen por toda Europa, sino que se ha declarado en pro de los de la Cerda, empezando por devolver la libertad á Doña. Blanca: ahora bien, si nosotros sabemos aprovecharnos de esa libertad, podemos volver las armas de nuestros enemigos en contra suya, haciendo morir á esa mujer y echando la culpa de su muerte sobre el rey de Castilla, como hemos echado ya la del asesinato de su hermano. De esta suerte vos quedais vengada y yo satisfecho: la Francia se arrojará contra Castilla, y D. Alonso tendrá que ceder el mando á su hijo D. Sancho que es el único que puede oponerse y contrarestar la arrogancia de Felipe el Atrevido. ¿Qué os parece mi pensamiento?

-Me parece inspirado por Satanás; pero lo apruebo: el fuego que devora mi alma tiene algo de infernal y no me asusta que el demonio intervenga en nuestros planes; pero ¿quién es la persona que designais para que nos sirva en esta arriesgada empresa? no quisiera comprometer nuevamente á mi pobre Adhel.... os sacrificué la vida de Garcés de Barbasa; mas la de éste....

-La de éste os interesa mucho para esponerla: ya lo sé, dijo el de Haro sonriendo con cierto cinismo; pero no temais, no es mi ánimo dejaros sin ningun galan: la vida de Adhel no correrá ningun riesgo; á él solo le cumple preparar la ponzoña: manos mas puras deberán administrarla.

-Cada vez os entiendo menos.

-Eso consiste en lo que os dije antes: las almas apasionadas no saben reflexionar.... pero fiad en mí y no temais que nuestro proyecto se malogre. ¿Cuándo podré disponer de ese veneno?

-Ahora mismo exclamó Séfora, haciendo ademán de quitarse una sortija pero el de Haro la detuvo diciendo:

-Paso, señora, paso que no es eso de lo que se trata; ¿creéis que no poseo yo joyas tan preciosas como esa? lo que ahora necesitamos es un elixir que pueda mezclándose con las mas delicadas esencias matar por medio del ambiente si es posible.

-Ah! ya os entiendo, y puedo proporcionaros algo mas seguro que esa esencia.

-Mas seguro?

-Sin duda: he oido hablar á Adhel de ciertos pliegos que al abrirse matan como el rayo.

-¿Y podríais proporcionarme uno de esos pliegos?

-Sí; pero decidme ¿quién se encargará de hacer llegar tan delicado mensaje á manos de la Infanta?

-Una de sus damas mas queridas: una jóven inocente que le ha sido recomendada por el capitán Fernandez y que por tanto no puede infundirla ningun recelo.

Estremeciósela judía al oír las últimas palabras de su interlocutor, y aparentando sonreír con desden se envolvió en su manto y murmuró:

-Está bien: mañana os traerán lo que acabais de pedirme.

-Cuidad de que no os vean salir de aquí: dijo el de Haro saludándola con mucha cortesía.

-No temais mi litera me aguarda dentro de vuestra casa y nadie conoce á los hombres que la conducen.

Aun se oían las pisadas de Séfora, cuando el Señor de Vizcaya que durante su conversacion con ella había estado perfeccionando sus gigantescos planes, se sentó delante de una mesa y escribió de esta manera:

«Sr. Infante D. Sancho, mi egregio primo y señor natural: no regreseis á Toledo aunque así os lo manden: vos en vez de dar cuentas de vuestra conducta debeis mas bien pedir las de la que otros han observado y observan; ya me entendeis: aguardad en Treviño á que la fama os lleve la nueva de cierta defuncion,, y entonces volvereis á palacio como protector y no como reo.

«Cuidad de que Salcedo no se presente á vuestro padre, y mantened vivos en pro nuestro los buenos deseos de los burgaleses y de todos los castellanos viejos. Yo quedo aquí allanándoos el camino del trono y esperando vuestras órdenes.»

Un mensajero leal llevó esta carta á su destino desgarrando los hijares de su caballo: y el que acababa de escribirla, salió de su aposento y de su casa, procurando ocultar el

semblante entre los pliegues de su manto; la noche habia cerrado completamente y pudo llegar sin ser visto al Alandaque de Toledo, barrio extraviado en el cual habitaba, como recordará el lector, la hermosa Doña María de Uceró.

Tiempo era ya de que volviésemos a ocuparnos de esta doncella, y creemos que no estará de mas dar cuenta de lo que habia pasado en su corazón durante el tiempo trascurrido desde la última vez que nos ocupamos de su interesante persona.

Dos afectos bien distintos entre sí, pero vehementes ambos, se habian enseñoreado de Doña María desde su mas tierna juventud: estos afectos eran un amor profundo, ardiente, ciego hácia el infante D. Sancho; y un cariño tierno, respetuoso, indestructible hácia D. Alonso Fernandez; pero guiada por ese instinto innato en la mujer y que sin duda procede de la delicadeza de su alma, la noble doncella habia ocultado á los ojos del segundo lo que sentia por el primero, y á este lo que experimentaba por aquel: el Infante no hubiera podido comprender toda la pureza de su ternura hácia el hermoso aventurero, y D. Alonso hubiera combatido una pasión peligrosa que sin duda podia llevarla á un precipicio. Estas fueron las razones que la impulsaron á guardar la mas estricta reserva con entrambos.

D. Sancho, dichoso con su amor, entregado á intrigas políticas y no pudiendo recelar de la inocencia de su amada, ni siquiera habia echado de ver que otro hombre frecuentaba la casa de Doña María; pero el capitán Fernandez, aventurero experimentado, y celoso guardian de la doncella, no tardó mucho en notar que algun misterio encerraba su alma vírgen, y en la noche del festin se cercioró de que, aquel misterio era la pasión amorosa que el infante D. Sancho habia sabido inspirarla.

Desde aquel momento empezó una lucha penosa, portiada, tenaz entre la noble dama y el misterioso caballero: la lucha del herido y del cirujano, cuando el primero se resiste á sufrir una operación dolorosa y el segundo se obstina en hacer uso de instrumentos que han de sajar la carne para devolver la salud.

Doña María amaba á D. Sancho lo suficiente para no querer comprender que su amor la perderia temprano ó tarde; y, D. Alonso la amaba á ella demasiado para que los quejidos de la enferma pudiesen hacer temblar su mano robusta: por eso la de Uceró seguia recibiendo á D. Sancho á despecho de su protector, y éste persistia en separarla de su poderoso amante á pesar de sus lágrimas; pero fuerza es confesarlo: cuando la razón se obstina en lidiar contra la pasión siempre queda vencida por esta. La niña mas inesperta burla al hombre mas experimentado, y el alma mas tímida se sobrepone al corazón mas endurecido.

El capitán Fernandez se valió primero, de la persuasión, despues puso en juego los resortes de la ternura y acabó por hacer uso de la fuerza, medio el mas ineficaz en semejantes casos: dispuso que se negase la entrada á todo el mundo en casa de su pupila, y desde el momento en que se cerraron las puertas de la recatada doncella se abrieron sus ventanas: lo que en un principio era afecto puro, amor platónico, no tardó mucho en convertirse en pasión ardiente, irresistible, sensual; D. Sancho logró de la mujer contrariada lo que no había podido conseguir de la jóven enteramente libre, y cuando los acontecimientos públicos le obligaron á salir de Toledo, dejó un hijo en el seno de su amada, sin que el perspicaz Fernandez llegára á comprenderlo: mas ¡ah! al regreso de su

expedición contra Don Juan de Lara, conoció el aventurero que sus precauciones habían sido inútiles, y, el más profundo despecho se apoderó de su alma ya tan lacerada; pero esta vez como otras muchas escondió en lo más hondo del pecho su pena roedora, y lejos de mostrarse severo con Doña María, le devolvió aunque algo tarde la libertad de que tan intempestivamente había querido privarla.

La infortunada joven por su parte también conoció, cuando ya no era tiempo de retroceder, que su protector no iba descaminado en sus consejos: la duda vino a atormentar su mente, y hubiera querido apagar con un mar de lágrimas la hoguera que devoraba su corazón; pero la duda es tan impotente como la razón para luchar con el amor, y las lágrimas inflaman más el fuego que enrojece sus saetas.

Doria María sospechaba aún más; casi estaba persuadida de que D. Sancho no tardaría mucho en abandonarla, y sin embargo le amaba con más delirio que nunca: sentía por él ese doble afecto que se encarna en el seno de las esposas cuando llegan a ser madres; y si en los arrebatos de su pasión violenta le sacrificó el honor, en la calma de su intenso afecto, no titubearía en sacrificarlo la vida; comprendió así el capitán Fernández, y desde el punto en que consideró como inútil su severidad se dedicó a reparar su imprudencia y la falta de aquella niña que era el único ser que parecía interesarle en el universo: para ello empezó por estrechar sus relaciones con el Señor de Vizcaya, y al paso que lidiaba como bueno en pro de su Rey trataba de asegurar la felicidad de su protegida, pactando con aquel revoltoso caudillo que lo podía todo en el ánimo de D. Sancho.

Doria María llevaba un apellido harto ilustre, y el aventurero no perdió completamente la esperanza de enlazarla con el heredero del trono: por eso consentía que el de Haro frecuentase la casa de su protegida, en donde solían tratar de su plan de matrimonio, y por eso aquel atrevido personaje pensó en Doña María al proyectar el asesinato de la infanta Doña Blanca.

Nadie mejor que aquella dama inofensiva y de quien ninguno sospechaba, podía ser el instrumento de sus inícuas maquinaciones, y hé aquí por qué al separarse de Sefora, la hija del Merino mayor, se encaminó solo y con el mayor recato a casa de la de Ucerro.

Se hallaba esta en su estancia sumida en su habitual tristeza, cuando Brianda que había recibido la orden de deponer su severidad vino a anunciarle la visita de aquel poderoso magnate.

-Que entre, que entre, exclamó dejando vagar por sus labios una ligera sonrisa que parecía revelar su efímera esperanza.

Compareció el de Haro un momento después, y aproximándose a ella con más respeto del que acostumbraba, la preguntó fingiendo, la mayor solicitud:

-¿Cómo estais, señora?

-Bien, D. Lope, bien; pero muy triste.

-¡Triste! ¿por qué? exclamó el de Haro con estrañeza, ¿acaso dudais de su amor?

-No: pero sí de sus promesas.,

-¡Qué locura! ni tina sola vez recibo sus ordenes sin que me-bable de su amada: su primer pensamiento, bien lo sabeis, es la corona; pero el segundo, nunca deja de dedicáosle á vos.

-¡Ay D. Lope! no sé por qué me parece que decís todo eso para no afligirme.

-Señora, ya hace algun tiempo que tengo el honor de trataros, y creo que habeis podido comprender que mi carácter es en demasía franco para prestarse á una farsa de ese género. El día en que mi señor deje de hablarme de vos, estad segura que dejareis de oirme hablar de él.

-Oh! sí, sí, perdonad, no es mi ánimo ofenderos; pero qué quereis, su tardanza me inquieta tanto...

-¡Su tardanza!... ¿cuándo dejaréis de ser niña? ¿acaso puede el infante D, Sancho dejar sin caudillo al ejército que obedece sus órdenes, por mucho que la fuerza de su amor le impela á vuestros brazos? Olvidais que el deber es el tirano de los hombres.

-Oh! sí, teneis razon, el deber es ante todo, murmuró la de Ucerro enjugándose una lágrima; pero decidme, ¿qué nuevas me traeis? ¿á qué debo atribuir vuestra visita?

-Vengo mandado por él

-¿Por él?

-Sin duda: vengo á deciros que su regreso depende de vos.

-¿Qué decís? de mí! de mí!... hablad, D. Lope, hablad, y aunque sea necesaria toda mi sangre, on la daré con tal de verle pronto.

-Vuestra sangre es muy preciosa para mi señor, y ¡ay! del que osase verter una sola gota de ella. Lo que necesita de vos es mucho menos: oidme con atencion, dijo sentándose cerca de Doña María. Bien sabeis que la muerte del infante D. Fadrique ha irritado al Rey hasta el extremo de condenar públicamente la conducta de D. Sancho: Doña Blanca de Francia ha recobrado la libertad, y vuestro amante no puede regresar á Toledo si ella no alcanza que D. Alonso le perdone.

-Pues bien, iré, le rogaré, me arrojaré á sus plantas si es preciso, exclamó la enamorada jóven, cuya ignorancia de los negocios públicos no la dejaba comprender lo absurdo de aquella fábula.

-¿Y creéis que vuestras lágrimas logren ablandar su corazón?

-Tengo entendido que es muy compasivo, y á mi hace algun tiempo que me distingue muy particularmente.

-Sin embargo, vuestros ruegos serian inútiles: además vos no podeis interceder públicamente, por el Infante. Vuestra demanda se interpretaria de una manera desfavorable para vuestro honor.

-¿Entonces, qué es lo que debo hacer?

-Encargaros de llevarle un pliego que D. Sancho le dirige.

-¡Qué! ¿acaso D. Sancho, se baja á suplicar á esa extranjera? exclamó Doña María sintiendo que su española sangre le subia al semblante.

-D. Sancho no se humilla jamás; esa extranjera como vos la llamais, es un arco que es indispensable atravesar para subir al trono, y D. Sancho se inclinará solo el tiempo necesario para traspónerle. Despues, ya vereis cuán erguido levanta la coronada frente.

-Bien, bien, murmuró la de Ucero volviendo á ser la mujer enamorada. lo que á mí me interesa es verle, verle pronto y salir de esta horrible ansiedad en que me hallo; dadme ese escrito.

-Mañana os lo traeré, dijo el de Haro dejando el escaño; pero juradme primero que nadie mas que vos verá ese pliego.

-¿Ni el Capitan tampoco?'

-El Capitan menos que nadie.

-Bien, os lo juro.

-Juradme tambien, que os valdreis de todo vuestro influjo para que Doña Blanca lea ese escrito en vuestra presencia.

-Os lo juro, D. Lope, aunque es inútil, porque en esta ocasion mas me obliga el amor que el juramento.

-Lo sé, señora, y confio en vuestro amor, dijo el ilustre palaciego saludando a su inocente cómplice con la mas fina galantería.

La de Ucero quedó entregada á una esperanza harto pasajera, y el de Haro al retirarse observó no sin algun recelo que la severa Brianda dormia profundamente, al parecer, en la antecámara de su señora.

Capítulo XXIII

Que la espada de Miguel es mas poderosa que la ira de Satanás.

Al día siguiente cuando aun la servidumbre del de Haro imaginaba que su señor dormia, Adhel, el paje favorito de Séfora se presento en la antecámara de tan poderoso magnate, con ese aire de importancia que toman las personas mercenarias á quienes se confia un asunto de interés.

No era aquella la primera vez que el árabe tomaba parte en los negocios privados del Señor de Vizcaya, y la turba escuderil le recibió con mas deferencia de la que acostumbra usar con los que no son sus dueños.

-Hola! maese Adhel, le dijo el maestresala saliendo á recibirle: vos por aquí á semejante hora! ¿de cuando acá os habeis vuelto tan madrugador?

-Desde que vuestro amo necesita de mis servicios; repuso el agareno irguiéndose con su acostumbrada petulancia.

-Ah! con que es decir?...

-Es decir, que no hay tiempo que perder. Anunciad mi llegada.

-Cáspita, tanto urge?

-Tanto que tal vez se os apliquen veinte palos por cada minuto que tardeis en decirle que le espero.

-Oh! pues renuncio á la propina, y voy á interrumpir su sueño aunque tenga que sufrir algun sofion, dijo el maestresala, y dejando á Adhel rodeado de un enjambre de escuderos que le dirigian mil pregunta á la vez, penetró en la estancia de su señor, no sin pensar en lo peligroso de su delicada comision: pero al descorrer las cortinas de la alcoba vió con grata sorpresa que su amo estaba despierto.

-¿Qué ocurre, Jimeno? le preguntó al verle sin dar muestras de enojo.

-Señor, el paje de Doña Séfora desea hablaros.

-Adhel? preguntó el de Haro incorporándose súbitamente.

-El mismo, señor.

-Venga la ropa: repuso el activo caballero, y vistiéndose con una prontitud asombrosa hizo entrar sin dilacion al enviado de la judía.

-¿Traes eso, Adhel? le dijo sin contestar al respetuoso saludo que acababa de dirigirle.

-Aquí lo teneis, señor: contestó el árabe, sacando de la escarcela un pergamino rollado y sujeto con do sellos de plomo.

-¿Y el efecto de este pliego será seguro?

-Tanto como el del rayo, señor: encierra una sustancia fulminante, cuya explosion mata repentinamente.

-Está bien: ¿quién te ha ayudado en la preparacion de esa sustancia?

-Geber y Avicena.

-Y ¿nadie mas? preguntó el de Haro mirándole con desconfianza.

-Nadie mas: contestó el árabe con un serenidad que hacia honor á su cinismo, pues no era cierto lo que afirmaba.

-Está bien: dile á tu señora que mañana podremos cantar victoria.

-Así lo haré: repuso Adhel saliendo de la estancia del de Haro, despues de haberle saludado con una sonrisa de difícil interpretacion.

Un momento despues salia tambien de su casa el Señor de Vizcaya, y recatando el semblante tomó la misma direccion que la noche anterior; pero esta vez no sin ser observado por un hombre que sin él advertirlo echó á andar en su seguimiento.

Cuando llegó á casa de Doña María, ya encontró á la impaciente dama completamente vestida y ataviada para ir á palacio: tanto era su afan por ver regresar á Toledo al infante D. Sancho.

-Guárdeos Dios, señora: dijo el de Haro sin poder ocultar la satisfaccion que le causaba la eficacia de la que habia escogido para instrumento de su artero designio: ¿me esperábais?

-Ya lo veis.

-Sí, lo veo, y os doy gracias en nombre del ausente, cuyo mas vivo deseo es verse á vuestros piés.

-De veras, D. Lope? preguntó con timidez la recelosa dama pugnando por sofocar en su pecho las voces de la duda.

-Este pergamino, en que el altivo D. Sancho se resuelve á rogarle á su enemiga, os habla mas alto que pudiera hacerlo yo: ¿por quién sino por vos volveria á Toledo? sus pretensiones á la corona de Castilla lo mismo puede sustentarlás en Treviño que aquí; pero su amor ya es otra cosa.... su amor le impele á buscaros y por eso le veis doblegarse

delante de su antagonista: tomad, Doña María, ese pliego le abrirá las puertas de Toledo, y desde este instante puede decirse que las llaves de la ciudad estan en vuestra mano.

Hablando así le alargó el rollado pergamino, y ella lo tomó temblando de emocion.

La astucia de Satanás acababa de triunfar de la inocencia de un ángel; y el de Haro salió de aquella estancia radiante de júbilo: la de Uceró corrió á colocarse delante de un reloj de arena creyendo que á fuerza de mirar sus granos se precipitarían con mas prontitud en la redoma inferior; mas ¡ay! el tiempo que tan raudo vuela para los que son felices, parece sentarse á descansar siempre que un desgraciado desea que pase con rapidez.

La hora en que la infanta Doña Blanca solia dar audiencia á las damas de la córte no llegaba aquel día tan pronto como en los demás, y la pobre enamorada se asomó á la ventana de su gabinete para ver si los caballos del sol corrian con mas velocidad que los de las horas.... ¡vana esperanza! los astros giran en su órbita sin cuidarse de los mortales, y la de Uceró quedó con los ojos fijos en el firmamento, conteniendo á duras penas esa angustiosa ansiedad que experimentan los que aguardan. Entre tanto penetró en su estancia, sin ella advertirlo la perspicaz Brianda, y aproximándose á la mesa en que habia dejado el pergamino de D. Lope, se apoderó de él con un movimiento rápido alejándose en seguida sin hacer ruido y desapareciendo como una sombra; pero apenas habian trascurrido dos minutos cuando arrepentida, sin duda, de su atrevimiento volvió á presentarse la dueña con el pergamino en la mano y lo dejó otra vez en donde estaba.

-¿Qué buscas? la preguntó la de Uceró que se volvió con sobresalto al oír sus pisadas.

-Nada.... venia á preguntaros si queriais el desayuno: murmuró con timidez aquella leal servidora, pesarosa seguramente de haber querido penetrarlos secretos de su ama.

-No tengo apetito.

-Sin embargo, como dijísteis ayer que debiamos salir de casa hoy muy temprano...

-No importa, saldré sin tomar nada: ¿ha venido Don Alonso?

-Aun no.

-Está bien: vé á ponerte el manto y que preparen la litera.

-¿Vamos acaso...

-A palacio! dijo la de Uceró interrumpiendo á su dueña que se alejó sin hacer mas preguntas.

Un momento despues salian ambas de su casa escoltadas por cuatro pajes y precedidas de un escudero anciano. Cuando llegaron al alcázar viejo, en donde la infanta Doña Blanca tenia sus aposentos, advirtió Doña María cierta agitacion, entre la régia servidumbre: todos hablaban en voz baja y andaban con precipitacion: por una escalera bajaban heraldos y

perseverantes; por otra subían ricos-hombres, y jefes de mesnada: la guardia de archeros se había reforzado, y Don Alonso Fernández cubierto con su armadura de guerra vigilaba en persona las puertas de la Real estancia.

Algo extraordinario acontecía en efecto, y á fuer de historiadores verídicos y amigos de la claridad, vamos á explicarlo á nuestros lectores, entre tanto que Doña María penetra en la habitación de la Infanta, ansiosa por entregarla el funesto pergamino de Haro.

Los embajadores que el Rey había despachado para patentizar su inocencia en la muerte del infante D. Fadrique y del Señor de los Cameros, acababan de regresar, dejando terminadas sus respectivas misiones, y las respuestas que traían de diferentes soberanos era lo que había puesto en movimiento á la córte de Castilla.

Satisfecho el Papa Juan XXI con las esplicaciones de Fray Ademaro, ofrecía nuevamente su ayuda espiritual á Don Alonso el deceno; pero con la condición de que debía terminar amigablemente sus desavenencias con el rey de Francia: éste, por su parte, también se convenía á darse por satisfecho con las disculpas que D. Gonzalo Ruiz de Atienza le había presentado en nombre de su señor, siempre que D. Alonso accediese á las siguientes demandas: primera, que el asesinato de D. Fadrique debía ser vengado con la muerte ignominiosa de Diego Lopez de Salcedo: segunda, que el infante D. Sancho debía regresar al lado de su padre, deponiendo el mando del ejército que se le había confiada: y tercera, que ínterin se aclaraba y resolvía el litigio pendiente sobre la sucesión á la corona, debía declararse á D. Alonso de la Cerda heredero jurado del reino de Jaén.

No hubiera podido encontrar Felipe el Atrevido tres demandas más fáciles de obtener: D. Alonso deseaba vengar á su hermano: ya había dado órdenes antes de volver sus embajadores, para que D. Sancho depusiese las armas, y la tercera petición armonizaba tanto con sus deseos que apenas la oyó cuando resolvió acceder á ella.

Pero en la época en que acontecían estos sucesos la potestad Real era una rueda que no podía girar solamente sobre su eje: su engranaje no era bastante fuerte para comunicar un movimiento uniforme á las infinitas ruedas de la máquina feudal, opusiera la más leve resistencia para entorpecer la marcha de tan defectuoso mecanismo. He aquí por qué á pesar de la manifiesta voluntad del Rey, cundía en su palacio la agitación que observó la de Uçero al entrar en la estancia de Doña Blanca: mil inconvenientes se oponían á su deseo, y en vano quiso satisfacer las justas exigencias de Roma y Francia sin superar antes más de una grave dificultad.

D. Lope Díaz de Haro que, como hemos dicho ya, había sentido vacilar bajo sus pies el alcázar de su fortuna, acudió á repararle con tiempo, y la carta que en el capítulo anterior le vimos dirigir al infante D. Sancho, fué un puntal harto poderoso en su concepto para impedir la ruina que le amenazaba.

El Infante se resistió á obedecer las órdenes de su padre, y el astuto Diego Lopez de Salcedo tampoco acudió al llamamiento del Rey: circunstancias ambas que impedían á este dar cumplimiento á las dos primeras condiciones de Felipe el Atrevido: en cuanto á la

tercera era para meditarla mas despacio y debian tomar parte en su resolucion las Córtes del reino.

Por eso habia reunido D. Alonso en su palacio á todos sus consejeros y amigos, y despues de largas discusiones resolvió por sí, como tenia de costumbre, ir en persona á castigar la rebeldia de Salcedo y á reducir á la obediencia á su obstinado hijo, para congregar luego á los grandes desde Burgos ó desde Sevilla.

Dispuso, pues, todo lo necesario para su espedicion: mandó que sus archeros estuviesen á punto, y fijó para su partida el dia 1.º de julio.

La infanta Doña Blanca debia seguirle hasta Burgos con el resto de la córte. No dejó de alarmar semejante resolucion al Señor de Vizcaya que, en calidad de grande, no habia cesado de asistir á los consejos, á pesar de su desgracia y aunque creia tener sus medidas bien tomadas, cuando vió llegado el último dia de junio se sintió inquieto, y á riesgo de que su impaciencia le vendiese acudió á palacio mas temprano de lo que acostumbraba desde que habia visto oscurecerse la estrella de su valimiento.

No pasó desapercibida para los cortesanos tanta puntualidad, y alguno de ellos pudo observar que los penetrantes ojos del de Haro, no se apartaban ni un solo punto de la puerta que conducia á las habitaciones de Doña Blanca: otra mirada estaba tambien fija en aquella puerta y era la de Don Alonso Fernandez que, como hemos dicho, se hallaba de servicio en la antecámara Real.

Las horas trascurrian lentamente: el Rey permanecia encerrado en su estancia con Fray Ademaro y con Ahmed-Ebn-Yuzef; y los demás palaciegos aguardaban con impaciencia la órden de retirarse para acabar los preparativos del viaje que debian emprender al dia siguiente, en tanto que el Señor de Vizcaya devoraba á duras penas su agonía y temblaba pensando que el accidente mas insignificante podria destruir otra vez sus bien combinados planes.

¡Ay! el acaso parece muchas veces complacerse en facilitar las malas acciones y un rayo de alegria brilló de repente en los ojos de D. Lope.... su pecho se dilató, sus lábios se entreabrieron y una sonrisa infernal vagó por ellos: Doña María de Uceró acababa de penetrar en la habitacion de la Infanta Doña Blanca.... pero ¿por qué D. Alonso Fernandez sonrió tambien al ver que su amiga, se encaminaba en busca de la Princesa?... aquel bravo caballero ignoraba sin duda que la desventurada castellana iba á ser el instrumento de un asesinato horrible.

La voz del Rey se dejó oír en aquel momento, los cortesanos acudieron á recibirle y poco despues apareció D. Alonso en medio de sus vasallos con la frente erguida y ostentando el mas tranquilo continente:

-Mañana partimos, señores, dijo con firme acento: la paz de mis estados reclama que vuelva á desnudar la espada de mi padre, y bien sabeis que mi brazo nunca vacila cuando el deber le llama á la pelea. Señor de Haro, ¿vendreis con nosotros? añadió fijando sus ojos en D. Lope.

-Si algun incidente desgraciado no detiene la marcha de vuestra Alteza, bien sabeis que mi deber es seguiros; repuso el Señor de Vizcaya sin ocultar una irónica sonrisa que no pasó desapercibida para el Rey.

-Dios y nuestro padre San Fernando protegerán nuestros pasos.... ¿pero qué ruido es ese? exclamó el Rey mirando á la estancia de Doña Blanca, donde en efecto se percibia cierto murmullo confuso.

-Tal vez sea algun incidente desgraciado: dijo el de Haro con imprudente alegría.

-Os engañais D. Lope, gritó el capitán Fernandez yendo á abrir las puertas de la habitacion de la Infanta: ese rumor lo causan los sollozos de las buenas ricas-hembras castellanas, que lloran al despedirse de la hija dignísima de San Luis: miradlo.

En efecto, Doña Blanca apareció entre sus damas con los ojos llenos de lágrimas, estrechando con una mano la diestra de Doña María de Uceró y llevando en la otra un pergamino desdoblado. Al ver tan tierno espectáculo palideció el de Haro, hasta quedar lívido y el Rey se dirigió á la viuda de Don Fernando de la Cerda diciéndola con dulzura:

-Por qué llorais, hija mia?

-No vamos á partir, señor?

-Sí, pero Dios mediante, pronto volveremos.

-Si vuestra Alteza lo dispone de esa suerte, sea: pero dignáos leer estas letras, dijo alargándole el pergamino.

Tomólo el Rey con paternal solicitud, y pasando por él los ojos leyó en caracteres que le eran harto conocidos estas palabras:

«Señora: pedidle al Rey que os vuelva á vuestra patria: la traicion os acecha y á no ser porque Dios vela por vos, hoy hubiera sido el último dia de vuestra preciosa existencia: el que os dirige estos renglones informará al Rey de los peligros que os amenazan y velará por la suerte de vuestros hijos.»

-Está bien, dijo D. Alonso girando en torno suyo una mirada escrutadora: volved á vuestra cámara y confiad en vuestro padre.

-Señores, id á ceñiros la armadura: mañana muy temprano partiremos.... Vos, capitan Fernandez, venid conmigo: tengo que daros aun órdenes importantes.

Dijo, y haciendo despejar á todo el mundo con un ademan, entró en su estancia seguido del leal aventurero.

Capítulo XXIV

En que se vé como el Rey Don Alonso hacia sus aprestos de guerra.

Al entrar el Rey en su estancia, en donde aun se hallaba Ahmed-Ebn-Yuzef, cerró cuidadosamente la puerta, y sin recatarse del árabe se encaró con el capitan Fernández y le preguntó con ansiedad:

-Y bien, D. Alonso, ¿qué significa el contenido de ese pergamino?

-Señor... balbuceó el caballero queriendo manifestar al Rey con su ademan que no se atrevia á hablar en presencia de una tercera persona. Son cosas que....

-Habla, D. Alonso, habla sin recelo. Ahmed-Ebn-Yuzef es otro yo, y solo á él quiero consultar en este asunto, pues preveo su gravedad.

-En efecto, señor, muy grave es lo que tengo que descubriros.

-Siéntate, pues, á mi lado: dijo el Rey: acercáos, maestro, y acabemos cuanto antes, pues aun tenemos mucho que hacer y el tiempo vuela.

Obedecieron el árabe y el caballero, y arrimando sitiales al sillón de D. Alonso depusieron la rígida etiqueta de la córte para dar campo á la mas cordial franqueza.

-¿Qué ocurre? preguntó el Rey mirando con interés al mas jóven de sus interlocutores.

-Que la vida de la Infanta Doria Blanca peligra, si no acudís pronto en su socorro.

Estremeciósese D. Alonso al oír tales palabras, que fueron pronunciadas por el caballero con el acento de la mas profunda convicción, y mirando á Ebn-Yuzef murmuró como hablando consigo mismo:

-Otro crimen aun!... ¿será posible?

-¿Y por qué no? dijo el árabe con firmeza; ¿acaso no habeis visto asesinar á vuestro hermano?...

-Teneis razon.... ¿pero quién puede osar en Toledo?... añadió no atreviéndose á dar crédito á lo que el corazon le decia.

-Quién?... repuso el capitan Fernandez con su acostumbrada decision; el de Haro ó cualquiera de los suyos: ya los conoceis señor, y.... el que hace un cesto hace ciento.

-Es verdad; ¿pero qué te induce á creer?...

-Oidme, y vos podreis juzgar mejor que yo, si tengo razon para creer lo que os he dicho. Ya sabeis que al morir D. Nicolás de Uceró, mi hermano de armas, me encargó la educacion y el cuidado de su hija única la bella Doña María...

-Sí, ya sé toda esa historia. Dijo el Rey, acentuando de una manera significativa la palabra toda.

-En calidad, pues, de tutor de esa jóven, continuó el capitan Fernandez yo soy el que la he rodeado de una servidumbre con cuya lealtad puedo contar, y que me da cuenta de todas sus acciones. Tambien debeis saber que el infante D. Sancho ama á Doña María y que ella lo corresponde con todo el entusiasmo de una alma jóven y apasionada: pues bien; hace tres dias, se presentó el de Haro en casa de mi protegida, y con ese funesto talento que le distingue la indujo á llevar un pergamino á la Infanta, haciéndola creer, para decidirla á dar tan delicado paso, que solo así lograría ver al infante D. Sancho, á quien vos teníais apartado de la córte por fuerza. Seguro yo de que esto era un lazo tendido á la Infanta, quise ver el pergamino que con tanto empeño deseaba el de Haro remitirla y dispuse que una persona leal y discreta se apoderase de él colocando en su lugar ese aviso que acabais de recibir: en efecto, no me habia equivocado, el pergamino del Señor de Vizcaya no es lo que la incauta Doña María habia creído, y aunque aun no sé lo que encierra estoy seguro de que no tiene nada de inocente... En mis viajes por Africa y Asia he oido hablar de pliegos mortíferos, y á pesar de que ignoro cómo son esos pliegos, la forma en que éste se halla cerrado me afirma en mis recelos: tomad, señor, á vos os toca averiguar lo que contiene; pero hacedlo con todas las precauciones que la ciencia os sugiera, no sea que por evitar una desgracia esperitemos otra que seria mil veces mayor.

Dijo: y sacando de su escarcela el pergamino de que se habia apoderado Brianda, se lo entregó al Rey. Tomólo Don Alonso, y despues de haberlo examinado cuidadosamente se lo presentó á Ahmed-Ebn-Yuzef, diciendo entre sí:

-En efecto: ¿á qué dos sellos de plomo en una misiva dirigida á una dama? ¿Qué os parece, maestro, añadió levantando la voz: ¿creeis que la sospecha del capitan es fundada? ¿Existen en efecto esos pliegos mortíferos de que acaba de hablarnos? Tomad, maestro, examinad este y decidnos si creeis que pueda tener algo de peligroso.

Contempló el árabe aquel pergamino con su penetrante mirada, y aproximándosele á las narices palideció sin poder contener un ligero temblor.

-¡Bendito sea Alá! dijo levantando las manos al cielo: sin vuestra exquisita prevision, generoso caballero, hoy tendria Castilla que lamentar otra desgracia que la hubiera inundado en sangre: este pergamino está relleno de sales que al volatizarse, en cuanto ceda la presion de los plomos que las oprimen, deben estallar como el rayo, sofocando con sus emanaciones deletéreas al que tenga la desgracia de romper esos sellos, preparados de una manera tal que sirven de herméricas cerraduras á dos redomas henchidas de una mistura cuyos efectos son mortales.

-Será posible!... esclamo el Rey con espanto.

-No lo dudeis: el fósil que Plinio denomina sulphur vivum, al combinarse con la sal que nosotros llamamos nitrum, produce al inflamarse si se ha oprimido antes una esplosion tan peligrosa como la del fuego celeste: oled este pergamino y os convencereis de que se halla lleno de las sustancias que os he indicado.

-¡Oh! si, sí: dijo D. Alonso cada vez mas confuso; ¿pero quién ha podido preparar ese misto infernal?

-Solo una persona hay en Toledo que sepa ese secreto de la ciencia que nosotros profesamos: y esa persona es Daniel el alquimista de D. Zag de Malea: repuso Ahmed-Ebn-Yuzef

-Entonces ya comprendo por qué medio ha adquirido el de Haro ese pergamino fatal, dijo el capitan Fernandez sonriendo con amargura; pero Dios ha querido que llegue á mis manos antes que á las de la infortunada Princesa á quien tanto odia el encarnizado bando de D. Sancho.

-¡Oh, sí! el cielo sin duda es el que te elige á tí siempre para égida de mi reino: exclamó el Rey con efusion; mas una vez que hemos podido detener ese golpe terrible, pensemos en los medios de asegurar la vida de Doña Blanca que para mí es tino de los objetos mas caros.

-Volvedla á su patria, dijo el capitan Fernandez con resolucion, y allí estará segura al lado de su poderoso hermano; en otro caso temo que temprano ó tarde logren sus enemigos hacerla perecer.

-Eso no es posible en la actualidad, su presencia es indispensable en Castilla hasta tanto que se declaro al infante D. Alonso heredero del reino de Jaen: lo cual no podrá ser hasta que se reunan las Córtes del reino, á cuyos representantes quiero someter la resolucion de tan árduo asunto; repuso el Rey.

-En ese caso, permitidme, señor, que vele yo por ella, y os respondo de su existencia: de otra suerte no estaré tranquilo, pues sé la perseverancia con que los enemigos de esa infortunada princesa la persiguen desde el momento en que como es natural en una madre, quiso hacer valer los derechos de sus hijos á la faz de todo el mundo.

-¿Qué os parece lo que dice el Capitan? preguntó Don Alonso dirigiéndose á Ahmed-Ebn-Yuzef.

-Me parece que dice bien: este caballero reúne á un ardiente corazón la prudencia de un hombre experimentado y los conocimientos de un sábio: pocos ricos-hombres habrá en Castilla que tengan noticia de esas cartas homicidas de que acabamos de ocuparnos: y en cuanto á su penetración nos ha dado ya más de una prueba de ella.

-Mucho me honrais, Ahmed-Ebn-Yuzef, y vuestro elogio debiera envanecerme, por ser de vos; pero creo que la casualidad ha tenido más parte en mi descubrimiento que mi perspicacia.

-Sea como quiera, dijo el Rey interrumpiéndole; me avengo a tu deseo y te declaro campeón de la viuda de mi hijo: vela por ella, que yo me encargo de castigar á su tiempo á los que han osado atentar a su vida, y ahora ve á disponer nuestra- partida, pues la impaciencia me devora hasta que fije de una vez la rueda de los acontecimientos públicos.

Levantóse el capitán Fernández, y dejando á D. Alonso con Ahmed-Ebn-Yuzef salió de la régia estancia no sin recoger antes el mortífero pergamino que el moro había dejado sobre una mesa luego que lo hubo examinado.

Un momento después se presentaron el Justicia mayor de la corte y D. Gonzalo Ruiz de Atienza.

-D. Diego, dijo el Rey dirigiéndose al primero: ha llegado la hora en que necesito de toda vuestra lealtad: mañana parto en dirección á Burgos y me es forzoso dejar en Toledo persona que cuide de ejecutar mis órdenes con la actividad que su importancia requiere: ante todas cosas dispondreis que vuestros emisarios secretos se apoderen de Daniél Rumí, el alquimista de D. Zag de Malea, y sin que nadie se aperciba de ello le hareis llevar á Sevilla para que el alcaide de mi alcázar le guarde incomunicado en sus calabozos. Otrosí: mandareis que el susodicho D. Zag de Malea, mi Merino mayor, recaude sin pérdida de momento la fonsadera y martiniega del presente año, despachando para ello sus cojedores y pesquisidores mañana mismo: vos cuidareis de remitirme las sumas que vaya pidiendo y quedareis representando mi persona en palacio y en la ciudad: no perdais de vista a los judíos del Alandaque, y avisadme de cuanto ocurra en mi ausencia por medio de correos extraordinarios, pues el estado de los negocios públicos requiere la mayor actividad y vigilancia: los enemigos del trono no duermen y es fuerza que los que son sus leales defensores velen sin tregua.

-Está bien, señor: fiad en mí y disponed á vuestro arbitrio hasta de mi vida: dijo el Justicia mayor saludando respetuosamente y encaminándose á cumplimentar las órdenes del Monarca.

-Gonzalo, dijo éste dejando su asiento, tú vé á disponer sin tardanza el orden de nuestra marcha que ha de ser al punto. A vanguardia irá el adelantado D. Alonso Fernández con mis archeros Reales y con dos mil ballesteros de Castilla: las escuadras de mesnada

seguirán despues mandadas por mi hijo D. Juan, y el contingente de D. Lope Diaz de Haro formará entre tus lanceros de á caballo y mi escolta de infanzones que mandaré yo mismo: no quiero perder de vista a Señor de Vizcaya que es demasiado poderoso, y me consta que no desperdiciaría ninguna ocasion para destruir mis planes. La córte nos seguirá guardada por mil caballeros noveles de escudo blanco, á cuya cabeza colocarás al Infante Don Pedro: vos ireis á su lado, añadió dirigiéndose á Ahmed-Ebn-Yuzef.

Ahora, Atienza, déjanos solos: tenemos que hablar aun de letras humanas y á tí te cansan las discusiones científicas, á las cuales nunca has mostrado la mayor aficion.

Obedeció D. Gonzalo, y cuando el Rey le vió salir volvió á sentarse al lado de su respetable maestro.

-Una vez que ya he cumplido con mi reino, dijo, volvamos á ocuparnos de la ciencia ya veis que el destino me impide consagrarle toda mi vida; pero aun puedo dedicarle las horas del descanso y no quiero perder tiempo. Id, Ahmed-Ebn-Yuzef, id á ver en mi nombre al docto Alquibicio y encargadle que siga presidiendo sin descanso las sesiones del palacio de Galiana, hasta dar remate á esas Tablas astronómicas que tanto nos interesa ver terminadas. Despues le dareis órden á Jehudá el Conheso para que se disponga á seguirnos: á nuestro paso por Nájera pienso pedirle al prior del convento de Santa María ciertos libros doctísimos que posee la comunidad, y de los cuales deseo o tener copia. El Conheso entiende muchos idiomas como sabeis, y me los pondrá en romance durante mi permanencia en Burgos. Vos entretanto, ensayareis de nuevo aquel procedimiento que ofrecísteis enseñarme, y que segun me habeis dicho, tal vez puede dar resultados antes del largo plazo que en aquella noche fatal marcásteis. Bien sabeis que en las circunstancias críticas en que me hallo el descubrimiento de la piedra filosofal sería lo único que podria hacerme allanar de una vez los infinitos obstáculos que oponen á mis vastos planes esos vasallos ingratos por cuyo bien tanto me afano, y que pagan mis desvelos alentando las locas pretensiones de D. Sancho y alzando por do quiera sus rebeldes estandartes..

-Lo sé: y espero en Dios que oiré vuestros votos, y que no ha de abandonaros cuando con tanta perseverancia procurais atravesar el escabroso camino de las verdades eternas, trabajando al propio tiempo por el bien de vuestro reino y por la felicidad de vuestros hijos. Voy á transmitir las órdenes que me habeis dado, y en cuanto á mí ya sabeis que aun tengo pendiente con vos una deuda de gratitud que he jurado pagaros de una manera digna: por eso á pesar de los preceptos que en su libro misterioso prescribe el Maestro y que os dije cuando el motin de la plaza de Zocodover vino á interrumpir nuestras tareas, he trabajado noche y día y me parece haber hallado un procedimiento que ha de darnos resultados inmediatos y felices.

-¡Oh! pues, id, id, venerable maestro, decidle á Alquibicio que termine su obra mientras nosotros volvemos á empezar la nuestra, y las edades futuras coronarán tan nobles afanes consagrándonos recuerdos de gratitud eterna.

Hablando así, dejó el Rey su escaño, y sus ojos brillaron con el vivo entusiasmo que se apoderaba de su alma siempre que la gloria le sonreia ofreciéndole sus laureles.

Imitóle Ahmed-Ebn-Yuzef y estrechando sus manos con cariño exclamó sin poder contener un arranque de satisfacción:

-¡Tú perteneces á la raza príncipe de la humanidad! y aunque no fueses Rey, tu nombre sobreviviría al de todos los monarcas que hoy existen: la historia tal vez intente oscurecerte colocándote en sus tablas cronológicas entre el fanatismo y la tiranía; pero la mano de Dios te ha señalado ya una página en el gran libro de la inmortalidad.

Dijo, y sin aguardar respuesta se alejó con paso tan ligero que el Rey no pudo alcanzarle aunque quiso detenerle para seguir oyendo sus inspiradas profecías.

La noche empezaba ya á cerrar, D. Alonso que se sentía fatigado por las diferentes emociones que le agitaron durante todo el día, llamó á sus pajes para darles orden de no recibir á nadie.

Después se quedó solo, y evocando á las musas aguardó la hora del sueño trabajando en su poema del Emperador Alejandro, aquel célebre poema que fué la primera obra de su género escrita en España, y de cuyo metro traen su origen los versos de catorce sílabas que aun se denominan entre nosotros alejandrinos.

Capítulo XXV

Donde se refiere lo que hizo el Rey durante su permanencia en Nájera.

No bien rayaba la aurora al otro día cuando el belicoso estruendo de atabales y clarines despertó al Rey, el cual dejando el lecho llamó á sus pajes y se vistió apresuradamente el arnés guerra que había heredado de su padre.

Sobre una jacerina milanesa de duro temple, le colocaron peto y espaldar de bruñido acero primorosamente nielados; en seguida cubrieron su augusta cabeza con un bacinete de Zaragoza sobre cuya cimera flotaba un penacho blanco y luego le presentaron en azafates de plata los escamados guanteletes.

Una vez que estuvo armado, mandó abrir las puertas de su aposento y los maestresala anunciaron en voz alta que el Rey aguardaba á sus capitanes: entraron estos por orden de categoría y con todo el imponente aparato de aquella edad de hierro: delante de cada uno iban dos heraldos, llevando el de la derecha el pendon de Castilla y el de la izquierda el estandarte solariego de su señor: detrás seguían dos pajes con el escudo y la lanza, y cerraba el séquito de cada magnate un escudero completamente armado.

En esta disposición fueron penetrando en la régia cámara: primero el infante D. Juan, mozo de diez y ocho años, de carácter variable, corazón débil y brazo poco duro: seguía

su hermano menor el infante D. Pedro, que era de aventajada talla y de mas enérgico porte: despues venia Don Lope Diaz de Haro, Señor de Vizcaya, de Durango y de Valmaseda, Gobernador de Ecija y Adelantado mayor del infante D. Sancho.

Ostentaba una armadura tan rica como la del Rey y ceñia con orgullo la espada de su ascendiente D. Diego Lopez de Haro, el héroe de las Navas de Tolosa, aquella espada cuya hoja de cuatro mesas se habia cruzado victoriosa con el alfange del Amir Almumenin el Verde, y cuya guarnicion en forma de cruz aformonada habian empuñado tantos héroes: el que ahora iba á sustentarla no cedia en pujanza á sus antepasados, y bastaba mirar sus ojos para persuadirse de lo que era capaz aquel hombre de pequeña estatura y de anchas espaldas.

Detrás de él entró D. Gonzalo Ruiz de Atienza, Señor de Atienza y Alférez -mayor del Rey, seguido de innumerables caballeros, infanzones y jefes de mesnada.

El último de todos era D. Alonso Fernandez el Niño: llevaba una armadura negra y sencilla, aunque del mas fino temple, y en el colosal escudo que su paje apenas podia sostener, no lucia ni enseña ni mote alguno: razones poderosas le obligaban á echar un velo sobre su origen, y solo el brillo de sus hazañas lo habia colocado entre los magnates mas ilustres, haciéndole descollar sobre todos ellos: cuando penetró en la régia estancia ya estaban todos los demás capitanes colocados en sus puestos.

El Rey permanecía en pié en medio de sus poderosos vasallos, y el mas profundo silencio reinaba en aquel vasto salon lleno de belicosos caballeros.

-Mi espada, dijo el Rey con voz vibrante, y á su mandato se abrieron de par en par las puertas de una estancia lateral, dando paso á la infanta Doña Blanca que era la que hacia en palacio los honores durante la ausencia de la Reina Doña Violante, la cual permanecia aun en Aragon con sus nietos los Infantes de la Cerda.

Al ver á la hermosa princesa todos la saludaron con un ademan lleno de respeto, aunque sin desplegar los lábios, y ella avanzo con majestad llevando sobre un cojin de terciopelo una espada de forma estraña y que parecia infundir el mayor respeto. La hoja era corta y de cuatro mesas corno las que se llevaban en el siglo IX: sobre el recazo dorado á fuego, se veian toscamente cinceladas las imágenes de Santa Bárbara y de San Cristóbal: el arriaz era dorado, y en las cuatro facetas del pomo se leia en caracteres góticos esta inscripcion: Jesus Maria.

Aquella espada era La de San Fernando, y siempre que su hijo se veía obligado a ceñírsela, lo hacia del modo mas solemne y con todo el respeto debido á la memoria de tan gran Monarca.

Cuando la Infanta Doña Blanca se la presentó hincando una rodilla en tierra, adelantóse D. Alonso un paso y asiéndola por la empuñadura dijo:

-En el nombre de Jesus y de María, juro que esta espada solo saldrá de la vaina para combatir á los enemigos de la Fé, de la Patria y del Trono que mis antecesores me legaron y

que yo debo conservar como un depósito sagrado contra las asechanzas de cualquier enemigo.

-Y nosotros Infantes, Ricos-hombres y Caballeros de Castilla, juramos seguir vuestras huellas á donde quiera que os plazca llevarnos y hasta donde nos marque la punta de esa gloriosa espada, dijo el infante D. Juan hablando en nombre de los que se hallaban presentes.

Entonces retiróse la infanta Doña Blanca: y un momento despues apareció el Rey en la plaza de Zocodover donde ya le aguardaban entre un inmenso pueblo dos palafreneros que apenas podian sujetar á su fogoso corcel, armado de hierro como su dueño y adornado con vistosos penachos.

Un rumor imponente de instrumentos belicosos llenó el espacio, y á las ocho en punto de la mañana del dia primero de julio de 1277 salia de Toledo el Rey D. Alonso seguido de su córte y escoltado por un ejército compuesto de veinte mil peones y de diez mil jinetes.

En aquella época en que el génio de la locomocion aun no habia comunicado á los mortales la velocidad de sus alas de fuego, caminaban los hombres lentamente, y un ejército como el de D. Alonso no podia ir desde Toledo á Logroño en menos de quince dias: emprendió no obstante su camino á marchas dobles, y pasando por Madrid tomó la orilla derecha del Henares, dejó á la izquierda las fragosidades de Somosierra, vadeó el Duero por San Estéban de Gormaz y se encaminó en seguida á Nájera en donde el Rey habia dispuesto que sus soldados descansasen, mientras él tomaba algunas

disposiciones antes de avistarse con su hijo.

D. Sancho no podia considerarse como rebelde a pesar de no haber obedecido la órden de regresar á Toledo: sus huestes acababan por el contrario de vencer á los que se habian declarado en contra de Castilla, y D. Alonso no queria llegar á Logroño en son de guerra, sino aparentando el de-

signio de reunirse amistosamente con las tropas del Infante.

Este, á quien el señor de Haro habia participado las últimas ocurrencias de la córte, se hallaba decidido á ceder por entonces, pues comprendió que su resistencia seria inútil; á pesar de su caracter violento era ya bastante sagaz para conocer su verdadera posicion, y su astuto consejero le habia hecho comprender por medio de una larga carta que solo fingiendo someterse á su padre podría llegar á dominarle algun dia, valiéndose para ello de la ayuda del Rey de Granada, con quien mantenian secretas relaciones de interés y de amistad hacia ya mucho tiempo.

Hízolo así D. Sancho, y mientras el ejército Real avanzaba en su camino, despachó á su privado D. Gomez García de Toledo con órden terminante de hacer salir de Burgos á Diego Lopez de Salcedo, el cual permanecia aun en el alcázar de aquella ciudad con grave riesgo de su vida: partió pues el favorito llevando largas instrucciones y una gruesa suma de

doblas moriscas, y tres días despues ya huia Salcedo hácia Granada con cartas del Infante y del de Haro para el artero Alamir-Abu-Abdalla, aliado á la sazón del Rey de Castilla.

Una vez dado este paso, reunió D. Sancho á sus capitanes, y sin participarles su secreto designio, dictó las disposiciones oportunas para recibir á su padre con las muestras de sumision y respeto debidas á su señor natural, como dijo con hipócrita humildad.

Mientras esto acontecia en Logroño, D. Alonso, que ya habia llegado á Nájera, mandó que su ejército acampase en los alrededores de la villa, y hospedándose él con lo mas granado de la córte en diferentes monasterios, despachó un correo para prevenir al Infante que al día siguiente tendria la satisfaccion de estrecharle entre sus brazos: en seguida llamó á D. Gonzalo Ruiz de Atienza y al capitán Fernandez, y sin permitirles tornar descanso al que también él renunciaba con incansable actividad, les mandó que se adelantasen con mil jinetes á fin de explorar el estado del país, para no verse comprometido á empeñar en persona una batalla con su hijo. Obedecieron aquellos leales caballeros, y no bien la noche empezó á cerrar, se alejaron en silencio de Nájera en tanto que el grueso del ejército se entregaba al descanso.

Entonces D. Alonso, que á pesar de seguir las huellas de Marte, no se olvidaba de tributar culto á Minerva, despojándose de las insignias Reales fué á reunirse con Ahmed-Ebn-Yuzef que seguia á la córte, y llevando por única escolta á Pedro Alvaro, su secretario privado y Jehudá el Conheso, se encaminó recatándose cuidadosamente de todo el mundo al convento de frailes Benitos, que bajo la advocacion de Santa María habia fundado D. García VI de Navarra en 1050, y que desde aquella época atesoraba venerandas reliquias, regios sepulcros y preciosas antigüedades.

Eran los institutos de la comunidad de los mas estrictos, y cuando oyeron los legos que sonaba la campana de la portería a semejante hora de la noche, fueron a consultar con el Prior si responderian al que osaba interrumpir su recogimiento de una manera tan inusitada.

Turbóse el Prelado no sabiendo á qué atribuir aquella infraccion de las reglas monacales tan respetadas entonces, y temiendo que fuese algun desmán de la soldadesca que acababa de llegar á la villa, fué en persona á ver quién llamaba; pero su turbacion subió de punto al reconocer que entre los que se atrevian á molestarle de aquella suerte habia un moro y un judio: ya se preparaba á retirarse lleno de cólera, con el objeto sin duda, de lanzar la escomunion contra aquellos miserables, cuando oyó con nueva sorpresa que uno de los forasteros le llamaba por su nombre.

-Padre Mendo, dijo una voz que no le era desconocida, abrid: el que desea penetrar en vuestra santa casa tiene derecho para hacerlo, y espera le dispensareis la incomodidad que os ha causado.

-Hermano, respondió el fraile respirando al ver que se lo trataba con tanto respeto: perdonadme; pero nadie tiene derecho de entrar por nuestras puertas despues de puesto el sol.

-Olvidais, padre Mendo, que este convento es de patronato Real y que el Rey puede entrar en él siempre que lo desee? dijo el de fuera levantando la voz.

-¡El Rey, oh! el Rey es otra cosa, respondió el prelado... pero nadie mas que él.

-Pues bien, reverendo padre, abrid al Rey de Castilla, dijo D. Alonso descubriéndose el rostro que habia conservado oculto entre los pliegues de su manto.

Reconoció el monje á través de la rejilla que separaba á entrambos, y sin aguardar al portero descorrió con su propia mano los cerrojos.

-Entrad, señor, entrad y perdonadme si os he detenido tanto tiempo, tartamudeó inclinándose con respeto.

-Vos sois el que debéis perdonarme por haberos hecho dejar vuestra celda; pero el tiempo urge, mañana al romper el día parto para Logroño, y tengo que pedir un favor.

-El Rey manda á sus vasallos, dijo el Padre Mendo con humildad.

-Decís bien, pero ahora no es el Rey el que viene á visitaros, sino D. Alonso y su respetable maestro el Docto Ahmed-Ebn-Yuzef: llevadnos á vuestra celda.

Obedeció el monje, y un momento despues ya se hallaban encerrados en un estrecho aposento aquellos cinco hombres de tan distintas condiciones, pero que sin embargo tenían una cosa de comun entre sí, el amor á la ciencia.

-¿En qué puedo seros útil, señor? dijo turbado el Padre Mendo al verse entre tan altos y tan doctos varones: mi talento es harto escaso para que queráis utilizarle vos, y no alcanzo lo que deseáis pedirme.

-Vuestro talento es conocido en toda España, y no sería yo el que me desdeñase de consultaros si pudiese teneros siempre á mi lado: pero lo que ahora vengo á pedir os es una muestra de vuestro talento, que es bien notorio, sino parte de un tesoro que poseéis y que necesito: me refiero á la biblioteca del convento.

-Vuestra es, señor, dijo el monje y podeis disponer de ella á vuestro arbitrio.

-¡Oh! no es mi ánimo privaros ni de un solo volúmen, replicó el Rey que habia visto palidecer al Padre Mendo, y que comprendió cuanto le hubiera costado desprenderse de sus queridos libros. Lo que deseo es que me permitais llevarme algunas obras que os serán devueltas tan luego como mis pendolistas las hayan copiado.

Respiró el religioso al oír tales palabras, y dejando su asiento exclamó sin poder ocultar su regocijo:

-Gracias, señor: el deber me obligaba á ofreceros lo que mas amo; pero os confieso que mi corazón se ha estremecido al pensar que podia perder una sola hoja de mi biblioteca:

ahora que sé lo que deseais voy á traerlos el catálogo sin violencia, y podeis escoger lo que os plazca; habeis dicho bien, poseo un tesoro que procuro aumentar de dia en dia y que es el orgullo de la comunidad.

Hablando así abrió un armario de nogal que ocupaba todo un testero de su celda, y sacando un largo pergamino se lo entregó al Rey: tomólo éste con la alegría que experimenta el hombre al hallar un objeto largo tiempo deseado, y aproximándose á la luz llamó con un movimiento de cabeza á sus compañeros para que le ayudasen á escoger lo mas selecto de aquel inmenso catálogo.

Aproximáronse los tres al Rey, y cada uno de ellos le indicaba las obras de su predileccion con el doble objeto de que su señor las poseyera y de poderlas estudiar detenidamente, pues aunque conocian perfectamente su testo, no les habia sido posible hasta entonces haberlas á la mano y tomar

de ellas las notas que deseaban poseer para hacer oportunas citas en las obras que pensaban escribir en lo sucesivo.

-Mirad, mirad, dijo Jehudá el Conheso con alegría: ahí teneis las Geórgicas de Virgilio y las Epístolas de Ovidio que tanto deseabais encontrar y que he buscado en vano hasta hoy en cuantas bibliotecas he visitado en Castilla y fuera de ella.

-Es verdad, dijo D. Alonso señalando con la uña las obras indicadas.

-Tambien estan la Historia de los Reyes, el Libro Juzgo de los Godos y el Barbarismo, añadió Pedro Alvaro con alguna timidez.

-Tienes razon, contestó el Rey y aquí veo el libro de Justicia y el Catálogo de los Reyes Godos, que pueden serme de mucha utilidad para las Partidas y para mi Historia Universal.

-Y decidme, señor, preguntó el Padre Mendo con cierto énfasis, Las Adiciones de Donato y el Prudencio ¿no podrian servirnos para nada?...

-Oh! si, sí... y esta obra de Isidro el menor tambien, pues tengo entendido que es un libro precioso y tan raro que apenas quedan de él algunos ejemplares.

-Señalad el Comento de Ciceron sobre el sueño de Scipion, dijo Ahmed-Ebn-Yuzef, y ese Estacion de Tebas que es un libro de oro por la profunda filosofía que encierra y por el brillante estilo en que está escrito.

-Es verdad, maestro, tenia noticia de él aunque no lo he leído, repuso el Rey, y volviendo á fijar los ojos en el catálogo siguió escogiendo y señalando las obras mas importantes como si fuese aquella su única ocupacion; pero la campana del convento le advirtió que ya era hora de procurarse algun descanso, pues la mañana no podia tardar y le aguardaba una marcha fatigosa.

Suspendió su minucioso escrutinio, no sin alguna pena, y, haciendo que el Conheso recogiese los libros que deseaba poseer, se puso en pié con el designio de retirarse: siguieron todos su ejemplo, y ya el Padre Mendo se preparaba á acompañar a sus huéspedes hasta la portería, cuando deteniéndose el Rey en el umbral de la celda, dijo como hablando consigo, mismo:

-Sí, sí, bueno será que quede algun resguardo. Padre mio, añadió dirigiéndose al religioso, mañana parto para una espedicion que puede terminar en guerra, y me sería doloroso que vuestro convento perdiese estos libros que tan generosamente acabais de entregarme, si por cualquiera evento llegase yo á morir.

-¡No lo quiera Dios! exclamó el Padre Mendo estremeciéndose á la idea de una desgracia que le hubiera afligido en extremo, pues amaba de corazon á aquel Rey que de una manera tan directa protegía á todos los hombres que se dedicaban en sus estados al estudio y á la meditacion.

-Quién sabe continuó el Rey con estoicismo: la muerte llega sin anunciarse, y como no quisiera privaros de vuestro tesoro, voy á daros un recibo en toda forma. A ver, Alvaro, sientate y escribe lo que voy á dictarte para que todo el mundo sepa el obsequio que debo á los doctos religiosos de esta santa casa.

Obedeció el secretario, y tomando un pergamino estendió el siguiente documento que la historia nos ha trasmitido íntegro en prueba de la importancia que daban ya ciertos hombres á las obras del entendimiento humano en aquella época de tinieblas y de ignorancia:

«Sepan cuantos estas cartas vieren, que yo, D. Alonso, por la gracia de Dios Rey de Castilla, Leon, etc., otorgo que tengo de vos, el Prior y convento de Santa María de Nájera, prestados estos libros: Las Adiciones de Donato. Estacion de Tebas. El Catálogo de los Reyes Godos. El libro Juzgo de los Godos. Boecio de Consolatione. Un libro de Justicia. Prudencio. Geórgicas de Virgilio. Epístolas de Ovidio. La historia de los Reyes. Isidro el menor. Donato. El Barbarismo. El Comento de Ciceron sobre el sueño de Scipion. E otorgamos los enviar tanto que los hagamos escribir; é porque esto no venga en duda os dó esta mi carta firmada de nuestra mano á 16 dias de julio del año del Señor 1277.»

Una vez estendida tan solemne declaracion., firmóla el Rey, y regresando á su alojamiento con el mayor sigilo, se entregó un momento al reposo para continuar al otro dia su belicosa espedicion.

Capítulo XXVI

Donde se refieren diferentes sucesos de bien distinta índole.

Al llegar D. Gonzalo Ruiz de Atienza y el capitán Fernández á Logroño, hallaron al infante Don Sancho tan predispuesto á someterse á la voluntad de su padre que apenas podían dar crédito á tan

repentina mudanza; pero se esforzó de tal suerte el regio heredero en probar su sumisión, que hizo deponer el recelo á los exploradores de D. Alonso, cuyas almas elevadas eran incapaces de sospechar que la hipocresía pudiera albergarse en el pecho de un príncipe tan jóven.

Regocijéronse, pues, sinceramente al ver que no sería necesario empeñar una lucha fratricida con aquel valientemancebo, y el capitán Fernández regresó sin perder un momento á participar al Rey tan buena nueva.

Respiró D. Alonso al recibirla, y aligerando la marcha de su ejército, entró en Logroño al día siguiente entre las aclamaciones de toda la población que salió á recibirle llena de entusiasmo, siendo el primero en llegar á sus plantas el infante D. Sancho, que rodeado de sus capitanes corrió á encontrarle á bastante distancia de la ciudad.

Recibióle el Rey con muestras evidentes de alegría pero al estrecharle entre sus brazos le dijo bajando la voz para no hacer público su reproche:

-En Toledo os aguardaba, señor Infante.

-Perdonad, señor, si no acudí á vuestro llamamiento; temí que estuviéseis enojado conmigo y por eso...

-Basta, dijo el Rey tendiéndole la mano que él besó con respeto; y cabalgando nuevamente en su corcel, que había dejado al divisar á la régia comitiva, se colocó al lado de su padre y entró en Logroño dando tantas muestras de respeto filial que admiró y no poco á cuantos estaban enterados de sus conatos de rebeldía.

No se detuvo D. Alonso en aquella ciudad mas que el tiempo necesario para relevar su guarnición, y agregando al centro del ejército las tropas que habían militado hasta entonces bajo la conducta del infante D. Sancho, nombró á este capitán de sus infanzones, y partió sin demora mandando la expedición él mismo como general en jefe, á fin de no promover peligrosas rivalidades.

A su llegada á Burgos no encontró aquella ciudad alterada y recelosa como era de temer, sino por el contrario, tranquila y llena de regocijo por el alto honor que le dispensaba yendo á visitarla.

D. Gomez García de Toledo se habia puesto al frente de la guarnicion, y la única novedad que habia ocurrido desde la muerte de D. Fadrique, era la desaparicion repentina de Diego Lopez de Salcedo que el pueblo no sabia á que atribuir, puesto que el designio formado por el Rey de castigar á tan oficioso caudillo aun era ignorado fuera de la córte.

Hemos dicho en mas de una ocasion que D. Alonso á pesar de su indisputable valor, no era sanguinario ni amigo de medidas violentas, y hé aquí por qué al saber la fuga de Salcedo se alegró interiormente de no haberle á las manos, aunque estaba resuelto por otra parte á castigar de una manera ejemplar y ruidosa su odioso atentado.

Reunió, pues, sin demora un consejo de hombres notables por su alcurnia y su ciencia, y esponiendo las razones en que se fundaba para condenar la conducta del capitán Diego Lopez de Salcedo, á quien la opinion pública acusaba de haber perpetrado un asesinato horrible en la persona del infante D. Fadrique, pidió solemnemente su castigo exigiendo que se le aplicase todo el rigor de las leyes.

Nadie osó levantar la voz en defensa del acusado á pesar de hallarse presentes muchos amigos suyos, entre los cuales se contaban el infante D. Sancho, D. Lope Diaz de Haro y otros magnates no menos atrevidos y poderosos; pero todos ellos habian resuelto mantenerse impasibles y aguardar en silencio una ocasion favorable á sus designios, de suerte que Salcedo fué condenado en rebeldía por toda la asamblea a morir quemado en medio de la plaza pública, debiendo ejecutarse la sentencia inmediatamente, entregando á las llamas su efigie hasta tanto que pudiera aplicarse á su persona el mismo castigo.

Publicóse la sentencia con todas las solemnidades de costumbre, y al otro dia en medio de un imponente aparato y despues de haber sido mancillado el escudo de Salcedo por mano del verdugo, se aplicó a la imágen del delincuente aquel horrible castigo que era tan comun en la época a que nos referimos, y que el mismo San Fernando, á pesar de su piedad, aplicó á muchos hombres durante su larga dominacion.

Estremecióse el pueblo al presenciar tan ejemplar castigo en el que pocos dias antes mandaba en Burgos en nombre del Rey, y Felipe el Atrevido se dió por satisfecho al saber que sus condiciones habian sido aceptadas.

Desde entonces todo pareció volver á su estado normal. El Rey resolvió descansar algunos meses en Burgos; D. Sancho quedó á su lado sin desempeñar ningun cargo público; el de Haro obtuvo licencia para retirarse á sus estados, y el ejército que á prevencion habia puesto en movimiento Don Alonso, quedó acantonado en Castilla la Vieja, bajo, las órdenes del infante D. Juan y de D. Gonzalo Ruiz de Atienza. La princesa Doña Blanca siguió en palacio tratada por el Rey con la mayor ternura, y el decreto que debia declarar heredero del reino de Jaen al infante D. Alonso de la Cerda se aplazó por entonces.

Entre tanto, el capitán Fernandez que aun en medio de sus graves ocupaciones no se olvidaba de la suerte de su noble protegida, la bella Doña María de Uceró, resolvió sondear el corazón del infante D. Sancho para ver en qué estado se hallaba con respecto á sus amores.

Valiéndose, pues, de la oculta influencia que ejercía en palacio, no tardó mucho tiempo en adquirir la certeza de que D. Sancho se hallaba verdaderamente apasionado por aquella hermosa jóven, y sin pararse ya en consideraciones de ninguna especie, se fué derecho á su objeto, hablando al Infante con franqueza y proponiéndole que si se resolvía á unir su suerte con la de aquella ilustre dama, él se encargaría de obtener el permiso del Rey para un enlace que no dejaba de ofrecer algunas ventajas, puesto que Doña María de Uçero á mas de hallarse enlazada con la familia Real por su nacimiento, poseía muchas villas y lugares y era dueña de inmensas riquezas.

Titubeó D. Sancho en quién luchaban los ambiciosos deseos del alma con los tiernos sentimientos de su corazon y no sabía qué responder á una propuesta que sin duda le halagaba, pero que por otra parte podía causarle graves perjuicios. Adivinó el Capitan su perplejidad, y no queriendo perder tan

buená ocasion le presentó con tan vivos colores la ventura que le aguardaba al lado de la mujer que habia sabido inspirarle el primer amor, ponderó de tal suerte las ventajas de un casamiento que no coartaba su voluntad con ningun lazo político, y supo, en fin, tocar tales resortes que Don Sancho, cuyo carácter no tenia nada de irresoluto, en un momento de exaltacion le juró qué se enlazaría con su amada á la que ya le unian por otra parte lazos sagrados, puesto que segun confesó no tardaría mucho en darle un hijo.

Tomó acta el ilustre aventurero de tan solemne declaracion, y sin perder momento corrió á obtener del Rey el permiso para un enlace que segun probó con poderosas razones era el mas á propósito para asegurar la tranquilidad del Estado que tanto amaba D. Alonso.

Nadie podía sospechar de las rectas intenciones del capitan Fernandez, y sus palabras fueron tomadas en consideracion, pues en efecto el casamiento de D. Sancho con una huérfana ilustre, pero que no podía llevar consigo influencias estrañas al ocupar el trono, zanjaría de una manera favorable una cuestion que ya empezaba á agitarse por entonces y que si bien se consideraba, no dejaría de acarrear disturbios, habiendo como en efecto habia muchos Reyes interesados en casar á sus hijas con el heredero de Castilla.

Resuelto el Rey á reconciliarse completamente con su hijo y persuadido de que las delicias del matrimonio amansarian su condicion revoltosa, no tardó mucho en decidirse por aquel enlace, y el capitan Fernandez vió cumplido su deseo con mas facilidad de lo que habia imaginado.

Tal era la cuestion que agitaba á la córte desde que el Rey se hallaba en Burgos, y en cuanto al estado del reino no presentaba ningun síntoma alarmante.

Los dos partidos que hasta entonces habian turbado la tranquilidad pública, parecian hallarse satisfechos de la posicion que respectivamente ocupaban al lado del trono.

La reina Doña Violante permanecia de buen grado en Aragon con sus nietos los infantes de la Cerda y con el caudillo de su bando D. Juan Nuñez de Lara, en tanto que la princesa Doña Blanca representaba sus intereses cerca del Rey.

El infante D. Sancho era atendido con deferencia por su padre, y los fautores de su causa se hallaban todos desempeñando honoríficos empleos.

Las Córtes extranjeras volvian á mirar con respeto á Castilla; el Papa se complacia en llamar al sábio Rey mi hijo muy querido, y mas de un Príncipe poderoso llegó á Burgos á solicitar el honor de ser armado caballero por mano de D. Alonso el deceno, aumentando de esta suerte la universal reputacion de que ya gozaba, pues si bien el ser padrino en tan solemne ceremonial no conservaba superioridad de dominio, conferia al menos preeminencia de honor y obligacion de obsequio.

Entre los varones ilustres que desde la muerte de San Fernando habian obtenido aquella distincion de nuestro Príncipe, se contaban: Felipe, hijo del Emperador de Constantinopla; Boabdil, Rey de Granada; el Marqués de Monferrat, el Conde Rodulfo, príncipe heredero de Alemania; D. Gaston de Bearne y otros muchos Infantes que despues ocuparon los primeros tronos de Europa, siendo el último de todos el príncipe de Gales que ingresó en la Orden, precisamente en la época á que nos referimos en el presente capítulo.

Magníficos fueron los preparativos que dispuso D. Alonso para armar caballero al hijo de su hermana Doña Leonor y del Rey de Inglaterra, y además de la ostentacion con que los ricos-hombres de Castilla obsequiaron al heredero de Eduardo, se invirtieron en el ceremonial de su investidura doscientos mil sueldos burgaleses, cantidad exorbitante en aquel tiempo y que no dejó de hacer mella en las arcas del erario; pero el honor nacional estaba interesado en aquel rasgo de grandeza, y á nadie pareció excesiva la liberalidad del Rey.

A mas de esto, D. Alonso crecia en la piedra filosofal, y Ahmed-Ebn-Yuzef no cesaba de afirmar que en breve llegarían á poseer aquel secreto tan asiduamente buscado durante muchos siglos y del cual imaginaba poseer la clave como ya hemos dicho.

Pero el destino parecia complacerse en destruir una tras otra todas las mas bellas esperanzas de D. Alonso, valiéndose del espíritu de aquella época de rudeza y de barbárie para atajar las nobles aspiraciones de su alma privilegiada; y no bien habia visto aparecer los primeros albores de una aurora

pacífica, precursora de dias mas claros y serenos, cuando oyó que los primeros zumbidos de nuevas tormentas resonaban allende el Mediterráneo.

Cansado de treguas y de reposo el indómito Aben Juzef, Rey de Marruecos, acababa de botar sus bajeles á las aguas con el designio de trasladarse á Europa para reproducir sus frecuentes correrías y regresar á sus estados cargado de botin y de riqueza.

Dispertóse con tal ejemplo la ambicion de Alamir-Abu-Abdalla, el cual habia sustituido á Mahomad-Miralmutio-Laminio en el trono de Granada, y creyendo que D. Alonso no podria atajarle en su camino, por hallarse con su ejército en el extremo opuesto de la Península, se entró por tierras de cristianos cometiendo desmanes en las poblaciones rurales que no podian aprestarse á la defensa.

Mucho afligieron al Rey semejantes nuevas, pero como la invasión simultánea de dos ejércitos árabes podía poner en peligro á su estado, reunió apresuradamente todas las fuerzas de que podía disponer y con la actividad que le caracterizaba voló hácia Andalucía para tomar las disposiciones convenientes en tan críticas circunstancias.

Antes de salir de Burgos, dejó á la princesa Doña Blanca en el convento de las Huelgas, situado á dos leguas de la ciudad y del cual era superiora su hermana Doña Berenguela, y prometiéndola restituirla á la córte tan luego como consiguiera atajar la insolente invasión de los moros, partió rodeado de todos sus hijos y de los magnates mas poderosos de Castilla á medir nuevamente sus armas con aquellos reyes bárbaros á quienes habia vencido en mas de una ocasion.

Capítulo XXVII

De cómo la ambicion de un príncipe cristiano salvó á los moros de Algeciras de un riesgo inminente.

Llegar, ver y vencer, fué lo que el Rey de Castilla hizo en el vasto territorio de la Bética.

Las hordas africanas huyeron en desórden á la sola noticia de su proximidad, y los moros andaluces se encastillaron en sus ciudades, no atreviéndose á esperar en campo raso al que tantas veces habia escarmentado su osadía.

Entonces los cristianos volvieron mal por mal, y penetrando por las fértiles vegas de Granada devastaron aquel privilegiado territorio, talando los ricos viñedos y entregando al pillaje las alquerías y lugares que encontraban en su camino.

El infante D. Sancho, mas fogoso que todos los caudillos de su padre, avanzó hasta cerca de Granada, y sus ballesteros tuvieron la audacia de asestar sus saetas a los centinelas de la ciudad.

Irritáronse los moros de tamaña injuria, y no pudiendo contener su indignacion salieron en tropel á castigar al que así los insultaba. Numerosa era la hueste agarena y mas de treinta mil moros adargados se lanzaron de repente sobre el temerario Infante; pero aquel indómito mancebo habia nacido para dar cima á grandes hazañas, y sin turbarse por la inferioridad de sus fuerzas se metió en lo mas recio de la pelea al frente de diez mil caballeros á quienes la audacia de su caudillo infundió el valor suficiente para arrostrar tan árdua empresa; pero los moros eran gente aguerrida y combatian con tal ventaja que no tardaron mucho en arrollar á los cristianos.

Grave era el apuro de D. Sancho: algunos de los suyos habian vuelto las espaldas, comunicando su desaliento á los demás y la victoria empezaba ya á declarse en pro de sus enemigos, cuando un grito de terror lanzado por los que coronaban las almenas de la ciudad vino á advertirle que no debia perder las esperanzas.

En efecto, un escuadron cristiano, á cuyo frente cabalgaba con la rapidez del rayo el intrépido D. Alonso Fernandez, embistió por la espalda á los que en tal apuro le habian puesto, y en menos de diez minutos varió la situacion de los combatientes: desalentáronse á su vez los moros, y temiendo la llegada del grueso del ejército se retiraron á la ciudad destrozados y llenos de ignominia, en tanto que los castellanos se replegaban; á sus reales cargados de botin y entonando himnos de victoria.

Desde aquel momento comprendió el Rey de Granada que sus estados se hallaban en peligro, y temiendo que el conquistador de Cádiz y de Cartagena intentase apoderarse tambien de aquella perla del islamismo, se apresuró á enviarle embajadores para ofrecerle la paz.

No contestó D. Alonso en el momento, pues acababa de obtener una gran ventaja y queria meditar las condiciones del moro; pero D. Lope Diaz de Haro, que como recordará el lector mantenia relaciones secretas con Alamir-Abu-Abdalla, se apresuró á reparar la imprudencia que D. Sancho acababa de cometer atacando tan encarnizadamente á un hombre con quien le interesaba estar en buena armonía. (le

El verdadero carácter de aquel celebre Infante no lo ha definido bien la historia, y su manera de, obrar ofrece tan marcadas inconsecuencias durante su larga carrera militar y política, que con dificultad podríamos decir si fué un héroe magnánimo y prudente ó un tirano sanguinario y artero. La única cualidad que en él dominaba de una manera culminante, era la bravura; pero en cuanto a vicios y virtudes andaban tan mezclados en su alma, que ora se complacia en sustentar criminales empresas, ora daba cima á las mas nobles hazañas. Por eso, despues de haber pactado con los moros andaluces en menoscabo de la religion y de su patria, embistió á Granada con un arrojo temerario y devastó sus fertiles campiñas como el mas encarnizado enemigo de la media luna.

Semejante conducta hubiera. podido perjudicarle entorpeciendo sus planes: ulteriores; pero su diestro favorito acudió á tiempo de hacer olvidar semejante paso, interponiendo toda la influencia de su numeroso bando para decidir al Rey á que aceptase la paz: logrólo al fin, y el encargado de pre- sentar á los granadinos las condiciones de Castilla, fué Don Gomez García de Toledo, aquel privado del Infante que habia ido á Burgos a sustituir en el mando de la ciudad á Diego Lopez de Salcedo.

Convecióse al verle Abu-Abdalla de que sin duda debia la paz que tanto le interesaba, á los buenos oficios de su secreto amigo el de Haro, y no titubeó en ceder por el momento á todas las exigencias de D. Alonso por mas onerosas que fueran, seguro de que no tardaria mucho en recobrar las infinitas villas y fortalezas que se veia obligado á devolver á los cristianos.

Una vez firmados los pactos por ambos Reyes, levantó el de Castilla sus reales, y dejando fuertes destacamentos en las plazas que acababan de serle restituidas, se encaminó en buen orden á Sevilla con el fin de madurar el plan de una vasta empresa que habia concebido durante su expedicion contra los moros y que una vez realizada habia de ser de suma trascendencia, así para el sosiego del país como para sus ulteriores proyectos.

Consistia éste, en apoderarse de Algeciras, que entonces era la llave de España oponiendo de este modo un muro á las invasiones africanas, que como una plaga casi periódica estendian su destructora huella en el país. Difícil era la empresa; pero de una utilidad tal, que D. Alonso, á quien no arredaban las dificultades una vez convencido de serle ventajoso un plan, no perdonó medio alguno para llevarla á cabo.

En menos de dos meses dispuso todo lo necesario; reunió un gran número de soldados, mandó construir máquinas de guerra, aprestó bajeles y despues de meditar maduramente á quién confiaría el mando de la expedicion, nombró general en jefe de las fuerzas de tierra a su hijo D. Pedro y lugarteniente de aquel jóven caudillo á D. Alonso Fernandez, el capitán de los arqueros reales, cuya lealtad y valor le eran harto conocidos.

Encomendó el mando de la armada al célebre almirante D. Pedro Martinez de la Fé y á los aguerridos marinos Gonzalo Morante y á Guillen de Savanaque; y sin dar tiempo a que apercibiéndose de su proyecto los moros pudieran aprestarse á una defensa que preveia el Rey habia de ser tenaz atendida su importancia, dispuso que el dia primero de marzo de 1278 saliesen á la vez de Sevilla su formidable ejército compuesto de mas de treinta mil combatientes cuya vanguardia mandaba el intrépido Fernandez, y su poderosa armada que contaba cerca de doscientas naves bien tripuladas.

Moviéronse en buen orden tan imponentes fuerzas, y veinte dias despues ya se hallaba Algeciras bloqueada por mar y tierra.

Regocijóse la cristiandad de aquel suceso; el Papa felicitó públicamente á D. Alonso por tan heróica determinacion, y la mayor parte de los Monarcas españoles aparentaron hallarse dispuestos á seguir el ejemplo que les diera el Rey de Castilla, si bien desgraciadamente á esto se limitaron sus buenos oficios, puesto que desconociendo sus verdaderos intereses y guiados tan solo por mezquinas rivalidades, ninguno apercibió sus armas contra el enemigo comun.

Los moros entre tanto temblaron al pensar en el peligro que amenazaba á una de sus plazas mas importantes y encerrándose en sus inexpugnables fortalezas enviaron á pedir socorro al Rey de Marruecos Jacom-Jacob-Aben-Juzef, apercibiéndose entre tanto á la defensa y resueltos á morir antes de rendirse.

Pero las comunicaciones eran tan lentas en la época a que nos referimos y la estrategia de aquel tiempo tan diferente á la de nuestros dias, que los socorros del Africa tardaron mucho en llegar, y los capitanes sitiadores permanecieron por espacio de mucho tiempo sin resolverse á dar un asalto decisivo.

Prolongóse, pues, el asedio de Algeciras mas de lo que era de esperar, y los días, semanas y meses se fueron sucediendo unos á otros sin que sitiados ni sitiadores obtuviesen ventaja alguna sobre sus enemigos, perdiendo así lastimosamente un tiempo que tanto interesaba aprovechar; las vituallas iban disminuyendo de tal suerte en la ciudad, que los moros empezaban ya á sentir los efectos del hambre; pero no se crea que por esto ganaba el campo sitiador, pues desgraciadamente este tampoco se hallaba mejor abastecido.

El infante D. Pedro habia agotado todas las rentas de la corona, y el indómito D. Alonso Fernandez sostenia á duras penas y solo á fuerza de perseverancia aquel bloqueo en que la sangre infiel y la de los cristianos regaba diariamente en inútiles escaramuzas los muros y los fosos de la ciudad que tanto anhelaban poseer ambos bandos.

Entre tanto, el entusiasmo que habia inflamado á los ricos-hombres de Castilla en los primeros días tan arriesgada empresa, fué entibiándose en todos los corazones á la par que con la tardanza, se aflojaban los lazos que ligaban á aquellos hombres tan turbulentos é inquietos, y no tardaron mucho tiempo en reaparecer los ódios de bandera mas encarnizados que nunca.

Los partidarios del infante D. Sancho, que desde la muerte de D. Fadrique continuaban desabridos con el Rey y alejados de la córte, empezaron á atizar nuevamente el fuego de la rebelion, tomando por pretexto la ausencia de la Reina Doña Violante, que segun ellos, se prolongaba tanto por culpa del Rey, el cual se proponia favorecer por este medio la causa de los infantes de la Cerda.

Alarmó á D. Alonso tan sediciosa especie, la cual hubiera podido destruir sus planes de conquista, y deseando á todo trance evitar nuevos disturbios, autorizó á su hijo D. Sancho para que sin pérdida de momento concertase con su tio Don Pedro III de Aragon la manera de hacer volver á Castilla á la Reina su madre.

No deseaba otra cosa el perspicaz D. Lope Diaz de Haro, y tomando la iniciativa en tan importante asunto, hizo que inmediatamente fuesen á Tarazona, en donde se hallaba á la sazón el Monarca aragonés, el infante D. Manuel que era el magnate mas autorizado de su bando y Hernan Perez, Dean de Sevilla, cuyo carácter religioso y notoria elocuencia le daban en aquella época mucho predominio sobre las testas coronadas.

Partieron sin demora aquellos ilustres embajadores decididos á apoderarse de una vez de los infantes de la Cerda haciendo regresar á Castilla á su augusta soberana; pero, el Rey con quien iban á pactar no era hombre fácil de sorprender, y despues de largas conferencias lo único que pudieron conseguir de él fué la promesa de que interpondria su alta influencia con Doña Violante para hacerla volver al lado de su esposo en cuanto á los Infantes sus sobrinos, dijo que nada podia ofrecer sin consultar antes la voluntad de su hermana, pues no se atrevía a soltar prendas que pudieran comprometerle en tan delicado asunto.

Disgustados quedaron el infante D. Manuel y el Dean de Sevilla al oír tan ambígua como inesperada respuesta que así contrariaba sus deseos; pero no siéndoles posible obtener otra, tuvieron que contentarse con ella y aguardaron en Tarazona la determinacion de la Reina.

No tardó aquella resuelta dama en decidirse, y después de haber consultado con sus parciales, dió el encargo de terminar la negociacion al maestro del Temple y á Hugo de Mataplana, Preboste de Marsella. Avistáronse aquellos caballeros con los enviados de Castilla y sin preámbulos ni reticencias cortesanias, hicieron la siguiente proposicion:

«Que la Reina Doña Violante volveria al lado de su esposo siempre y cuando este se comprometiese á pagar en el acto doscientos mil maravedís de plata, que para atender á sus necesidades y á las de sus nietos, había consumido durante su permanencia en Aragon.

Otrosí: que los susodichos sus nietos, quedarian bajo el amparo de D. Pedro III su tio; y finalmente que se la dejaria vivir al lado de su nuera Doña Blanca.»

Condiciones eran estas harto onerosas para el erario de Castilla y poco favorables para D. Sancho; pero el de Haro, cuya política recelosa unas veces y temeraria otras, no se detenia en consideraciones de ninguna especie, hizo que se aceptasen valiéndose para ello del ascendiente que tenia sobre el heredero de la corona.

Sin embargo, un inconveniente insuperable al parecer se oponia á este concierto y era la falta absoluta de numerario en que se hallaba D. Alonso.

El cerco de Algeciras habia consumido como hemos dicho ya todas las rentas del Monarca, y los sitiadores se hallaban en tal estado de escasez y pedian socorro con tanta urgencia, que el Rey se vió obligado á decretar una pecha extraordinaria para ocurrir á tan apremiante necesidad; mas no se crea que esto detuvo al implacable Señor de Vizcaya: supo que los pesquisidores que acababan de recoger á viva fuerza hasta el último burgalés de los pecheros se encaminaban á Sevilla con una suma bastante considerable de maravedís, y convenciendo á D. Sancho de que debia apoderarse á todo trance de aquel dinero para atender con él á la demanda de su madre, le indujo á perpetrar un atentado que no tardó mucho en tener las mas funestas consecuencias.

Era jefe de la recaudacion el Merino mayor D. Zag de Malea, y yendo á esperarle en Carmona cien desalmados aventureros, le obligaron á entregar los caudales que habia recogido á fuerza de vejaciones y haciendo verter innumerables lágrimas.

No opuso gran resistencia el hebreo á las exhortaciones del Infante, pues sabia que la falta de aquel dinero podria perjudicar gravemente al Rey, y segun recordará el lector, el padre de Séfora habia jurado vengarse de D. Alonso por la dureza con que éste le trató al saber los dispendios de su hija en aquel célebre sarao de Toledo; pero el ángel malo del israelita no hubiera podido inspirarle semejante designio en peor ocasion para él mismo, pues era demasiado arriesgada la empresa.

Convino no obstante, en lo que D. Sancho le pedia, y sin protestar siquiera, contra la violencia del Infante, le entregó de buen grado la inmensa suma que el Rey destinaba para socorrer á las huestes que bloqueaban á Algeciras.

Crecia entre tanto la penuria de estas: ya hacia muchas semanas que carecian de bastimentos; el hambre empezaba á hacer estragos entre los soldados, y precisamente en el instante en que supo, D. Alonso que su heredero D. Sancho le habia privado del único recurso con que contaba para auxiliar

á sus bravos cuanto desgraciados campeones, llegó á Sevilla un mensajero escuálido y moribundo, anunciando que la peste negra producida por la miseria acababa de cebarse en el ejército sitiador.

Capítulo XXVIII

Donde se refiere el aciago fin que tuvo Don Zag de Malea.

Inutil nos parece ponderar el despecho que se apoderó del Rey al recibir tan infausta nueva: lo hemos dicho ya, á cada pensamiento luminoso de aquel sábio Monarca parecia oponerse un suceso funesto abortado por el espíritu rudo de la época, y D. Alonso sufría diariamente el mas horrible martirio sintiéndose rechazado sin tregua por el oscurantismo que le rodeaba.

Al ver que la ambicion de su hijo acababa de destruir su magnífico plan de conquista, lloró con lágrimas de sangre y hubiera querido reparar á todo trance tan funesto golpe; pero su corazon no tenia toda la dureza que se requiere paradar cima á grandes empresas de guerra, y al pensar en la suerte del ejército que rodeaba á Algeciras le faltó energía para insistir en su designio.

D. Alonso, antes que héroe, era padre de sus vasallos y no tuvo valor para consentir que sus guerreros perecieran devorados por la peste delante de los muros de una ciudad enemiga.

Además, el bravo Almirante D. Pedro Martinez de la Fe acababa de sufrir un terrible descalabro en su armada. Habia sido víctima de un lazo tendido á los cristianos por un astuto trujaman llamado Abdal Baché, y sin que su valor fuese parte á salvarle de las maquinaciones del moro, se hallaba prisionero en Tanger sin poder auxiliar con sus consejos á sus valientes compañeros D. Gonzalo Morante y D. Guillen de Savaaque.

Esta circunstancia decidió al Rey de Castilla, y sin pensar en que su retirada de Algeciras podia menoscabar su reputacion, hizo levantar el cerco y mandó que sus huestes regresasen a Sevilla.

No se crea sin embargo, que sofocó su enojo como otras veces: el atentado de D. Sancho era demasiado trascendental para dejarle pasar sin correctivo, y quiso hacerle sentir todo el peso de su justa ira. Aguardó, pues, que regresára á Castilla Zag de Malea, que era, si no el

mas culpable, al menos el mas débil de los dos delincuentes, y mandando prenderle dispuso que le quemasen vivo en medio de la plaza de Triana.

Estremecióse el pueblo al saber tan tremenda resolucion, pues todos comprendieron que aquella sentencia era un padron infamatorio para el heredero de la corona.

Indignóse D. Sancho viéndose castigado tácitamente de una manera tan ejemplar, y no pudiendo contener los arranques de su irascible condicion quiso oponerse al mandato de su padre estorbando el suplicio del Merino mayor aunque fuese á viva fuerza.

Séfora, que siempre seguia á la córte, desplegó tambien por su parte toda su influencia para salvar al que le habia dado el ser, y corriendo en busca de su cómplice D. Lope Diaz de Haro, le exigió con su acostumbrada altanería que sacase á su padre del peligro en que se hallaba por causa del Infante. Encogióse de hombros el Señor de Vizcaya, y haciendo cruel alarde de toda su sangre fria la dijo:

-Veremos, señora, de hacer lo que se pueda, aunque á la verdad no confio gran cosa en tan delicado asunto: vuestro padre anduvo torpe en dejarse prender despues del lance de Carmona, que mirándolo á buena luz fué endiablado.

-Bien hubiérais podido mirarlo antes, caballero, y no comprometer la existencia de ese anciano que solo por serviros se arriesgó á arrostrar la ira del Rey.

-Por servirnos y por vengarse á su vez de cierta injuria que devoraba malamente hacia algun tiempo, bien lo sabeis; pero esto no obstante, procuraremos emplear nuestra corta influencia para sacarle del atolladero.

-No es eso lo que vengo á pedir, exclamó Séfora con indignacion.

-¿Qué es, pues, lo que deseais?

-Que salveis á mi padre.

-¿Y si no me fuera posible?

-Si no os fuera posible yo descubriría quién fué el que puso en manos de Doña María de Uceró cierto pergamino mortífero.

Mordióse los lábios el de Haro y sonriendo con desden dijo:

-Verdaderamente podriais sernos fatal; pero no os arrebateis, ya salvaremos á vuestro padre.

-Así lo espero, repuso Séfora, y dejando el asiento en que se hallaba salió de casa de su cómplice con el corazon lleno de esperanza.

Pero si su padre habia andado imprudente en dejarse prender, no anduvo ella muy cuerda en soltar una amenaza terrible contra el hombre mas poderoso de Castilla, y apenas se alejó veinte pasos del Señor de Vizcaya, cuando ya este se ocupó en preparar un antídoto contra la mordedura de aquella irritada serpiente.

Entre tanto seguia D. Sancho resuelto á salvar á Don Zag de Malea, y reuniendo en el convento de San Francisco á todos sus parciales, les hizo saber que se hallaba pronto á emplear la fuerza para impedir un castigo que tanto afectaba á su buen nombre.

Hallábanse en aquella reunion D. Juan y D. Diego, hermanos del Infante, D. Manuel su tío, D. Gomez García de Toledo, su privado, D. Gonzalo Giron, maestre de Santiago, el Marqués de Monferrat y otros ricos-hombres no menos poderosos, todos los cuales le ofrecieron solemnemente apoyar su intento con la punta de la lanza; pero de repente se presentó á tan audaz asamblea D. Lope Diaz de Haro, de cuyos principios nadie podia dudar, y despues de enterarse de lo que trataba, exclamó mirando con estrañeza á Don Sancho:

-¡Vive Dios, señor Infante, que íbais á meternos en buen laberinto! ¿Rebelaros quereis precisamente cuando el Rey vuestro padre está esperando un ejército aguerrido y poderoso?

-Sí, un ejército á cuya cabeza marcha mi hermano D. Pedro que es de los nuestros á no dudar, dijo D. Sancho con cierto aire de triunfo.

-No niego que el capitan de la hueste es vuestro hermano, repuso el de Haro con calma; pero ni uno solo de sus soldados obedeceria sus órdenes á no serles transmitidas por el lugarteniente del ejército, y bien sabeis que ese lugarteniente es D. Alonso Fernandez el Niño.

-Pero en fin, ¿qué es lo que pretendéis, señor primo? preguntó D. Sancho empezando á impacientarse, ¿acaso imagináis que consentiré yo la muerte de un hombre que solo por servirme se halla al pié del patíbulo

-¿Y por qué no, si esa muerte en nada ha de perjudicar á nuestros intentos?

-Pero perjudica á mi hidalguía.

-Bah, la muerte de un judío quereis que empañe la corona de un Rey? meditadlo mejor, D. Sancho: ese Zag de Malea es un perro que bien merece su suerte, y no es cosa de que cien infanzones que todos tenemos en las venas sangre de Reyes vayamos á esgrimir la espada por tan ruin pretesto; día vendrá y pronto, en que necesitemos de todo nuestro poder para terminar definitivamente una contienda que Dios mediante no ha de acabar mal para vos.

Estas breves razones fueron acogidas por todos con muestras inequívocas de aprobacion, y hasta el Infante mismo pareció convencerse; pero su carácter no era de esos que ceden sin resistir, y antes de confesarse vencido por el ascendiente del de Haro le opuso aun algunas objeciones.

-¿Y qué vamos á hacer con Séfora, que vendrá a pedirnos la vida de su padre con harta razon?

-Ya eso lo he pensado yo, y en llegando el momento oportuno os lo diré.

-Pero ¿y si el Merino mayor confiesa?...

-No os canseis, D. Sancho, en probar la necesidad de una rebelion intempestiva: el Merino mayor no puede confesar mas de lo que vuestro padre sabe, y ya veis que hasta ahora no ha osado ni reconveniros siquiera.

-Pero osará.

-Entonces, exclamó el de Haro aparentando el mas ardiente entusiasmo: no necesitareis vos hacer ni la mas leve señal para que todos nosotros desnudemos las espadas en pro del Príncipe á quien hemos jurado vasallaje; del Príncipe á quien consideramos como á señor legítimo magüer no se haya ceñido la corona.

-Está bien, dijo D. Sancho, agradezco esa muestra de lealtad que acabais de darme; ¿pero qué debemos hacer respecto á ese miserable?

-Dejarle seguir su suerte: no creais que solo el deseo de servirnos le indujo a ser traidor con el Rey; otra razon tuvo además, y vos no teneis obligacion de hacer abortar vuestros planes ulteriores por defender á un hombre oscuro. Lo que ahora nos importa es fortalecer nuestro partido, aguardar á que el ejército de Algeciras se vaya diseminando y en la primera ocasion favorable que se presente nos reunimos en Córtes y...

-Está bien, dijo D. Sancho interrumpiéndole, sigo tu consejo: señores, añadió volviéndose a los que se hallaban presentes, sin duda, las razones de nuestro primo D. Lope Diaz de Haro os habran convencido como á mí. Desistamos, pues, del pensamiento que nos habia reunido en este sitio; que Dios perdone á ese judío, y nosotros ocupémonos desde luego en negocios mas graves: cuando sea necesario ya os daré mis instrucciones; entre tanto, contad con la buena amistad de D. Sancho, y no me desampareis.

Retiráronse todos satisfechos con la resolucion del de Haro y el Infante se encerró en su aposento en compañía de aquel astuto personaje, cuya tenebrosa política destruyó tantas veces los planes mejor combinados por D. Alonso el deceno, aquel Rey, que á pesar de su profunda sabiduría y de sus altas virtudes fué el mas desgraciado de su época.

El dia designado para el suplicio del Merino mayor llegó por fin. Varios sayones cubiertos de túnicas amarillas se ocupaban en levantar un alto cadalso, sobre el cual colocaron la horrorosa pira que aguardaba al delincuente. Un inmenso gentío bullia por toda la ciudad como en los dias de regocijo, y varios siniestros rumores cundian entre la multitud: unos decian que en el momento de aparecer el reo estallaríá un tumulto pidiendo su perdon; otros, mejor informados, aseguraban que los amigos del judío habian desistido de su empeño y que le dejarían morir sin hacer esfuerzo alguno para salvarle. Sin embargo,

por lo que pudiera acontecer, el prudente D. Rodrigo Estevanes, Justicia mayor de Sevilla, habia dispuesto que cien arqueros Reales guardasen todas las avenidas de la plaza de Triana, que varias patrullas de lanceros recorriesen la ciudad en distintas direcciones y que dos mil peones permaneciesen sobre las armas en las atarazanas.

El Rey estaba inquieto y disgustado aguardando la ejecucion de una sentencia que habia firmado bien á su pesar, aunque con firme propósito de no revocarla jamás. El infante D. Sancho habia salido de la ciudad aquella misma mañana con un fútil pretexto, y el Merino mayor yacía en su calabozo llorando su mala suerte, aunque en el fondo del alma le quedaba una vaga esperanza.

La hora tremenda llegó por fin: oyó rechinar los goznes de la puerta que hasta entonces le habia privado de aire y de luz, y un carcelero duro y desató las cadenas que le tenian sujeto á una argolla de hierro clavada en un pilar de la prision. Oyó el murmullo de muchas gentes que le aguardaban en la calle, y cuando bajó el último escalon de la torre en que habia permanecido aherrojado desde el dia en que le prendieron, se vió rodeado de sayones y de guardas que le obligaron á subir en una miserable cabalgadura despues de haberle cubierto en presencia de la multitud con la afrentosa hopa de los condenados á la hoguera.

El mas profundo silencio reinaba en torno suyo, la compasion osaba apenas asomarse en uno que otro semblante, y eran tales las precauciones que se habian tomado que el infeliz las echó de ver, é inclinó la cabeza sobre el pecho perdiendo hasta el postrer vislumbre de esperanza; la fúnebre comitiva que le acompañaba se puso en movimiento, y atravesando por lo mas concurrido y principal de Sevilla, llegó por fin á Triana y á la plaza en que se levantaba el cadalso. Allí se habia desplegado por parte de la autoridad el mas imponente aparato: los hombres de armas formaban una doble barrera de picas y broqueles en derredor del patíbulo: el verdugo aguardaba en pié junto á la pira con una tea encendida en la mano, y un pregonero rodeado de trompetas y timbales levantaba la voz de cuando en cuando despues de haber fijado la atencion general por medio de un prelude ejecutado por su lúgubre orquesta, y decia con pausado acento:

«Venid, venid... á presenciar la justicia que el Rey nuestro señor manda facer en Zag de Malea, su Merino mayor, á quien la ley declara reo de alta traicion por prevaricador cohechador y contumaz.

El mas profundo silencio seguia á estas palabras: y la muchedumbre se agitaba moviéndose á oleadas pero sin desplegar los lábios, hasta que de improviso resonó en un ángulo de la plaza un confuso rumor. Una mujer envuelta en su manto y seguida de su escudero acababa de apearse de una litera conducida por cuatro donceles ricamente ataviados, y abriéndose paso al través de las masas mas compactas, llegó hasta el pié del patíbulo precisamente en el momento en que el Merino mayor acababa de colocar su trémula planta en la primera de sus gradas. Aquella mujer era Séfora, su hija, que sin desmentir el temple de su alma indómita, habia querido dar al mundo una prueba irrecusable de su energía feroz y de su valor increíble. Estremeciósse el infeliz anciano al verla en aquel momento tan solemne, y á no sostenerlo el sayon que le conducia hubiera venido á tierra sin sentido; pero notó ella el desaliento del que le habia dado el ser, y reanimando su abatido espíritu con una mirada tranquila y casi satisfecha le dijo:

-No os acuiteis, padre y señor mio, y morid seguro de que sereis vengado: por cada gota de sangre vuestra que consume esa hoguera ha de correr un rio de la que hoy alienta á vuestros verdugos.

-Oh! no, hija mia, exclamó el acongojado israelita tendiéndola los brazos: yo muero, si no delincuente al menos culpado: el Rey es harto justo, perdónele Dios como yo le perdono.

-Y qué, señor, ¿acaso quereis arrebatarme el consuelo de vengaros? ¿contra nadie guardais rencor?

-Ah! eso sí, dijo el judío asomando á sus ojos todo el ódio que atesoraba su alma: maldito sea el que me ha conducido al borde del precipicio sin tenderme la mano al verme despeñado en él....

Al llegar aquí no pudo proseguir: el verdugo le agarró por un brazo y le obligó á subir los escalones del patíbulo. Un arquero rechazó á Séfora, que perdiendo al fin la entereza quiso seguir á su padre derramando el mas acerbo llanto, y el agudo sonido de una corneta anunció á la multitud que la hora terrible habia llegado....

Tendamos un velo sobre el horrible cuadro que en aquel momento deberia ofrecer la plaza de Triana á nuestros ojos que han tenido la dicha de abrirse á la luz, cuando el sol de la libertad y la antorcha de la civilizacion no se ven empañados por el humo de las hogueras en que los hombres hacian perecer á sus hermanos!

Capítulo XXIX

De los razonamientos que pasaron entre el Infante Don Sancho y su padre.

Al dia siguiente de la horrible ejecucion de Don Zag de Malea, se hallaba Séfora en su oriental gabinete, rodeada como siempre de un lujo deslumbrador; pero su frente no resplandecia tersa como otras veces, sus ojos no brillaban con orgullosa espresion, ni en sus lábios vagaba la voluptuosa sonrisa que tantos triunfos la habia alcanzado: aquella mujer vehemente en sus afectos, tiránica en sus caprichos, implacable en sus ódios, era estremada en su dolor. Cuando experimentó la primera amargura de su vida, al verse abandonada por su amante, recordará el atento lector que quiso dejarse morir encerrada en su aposento. Algun tiempo despues, recibió un golpe terrible para su corazon del cual hablaremos mas adelante, y estuvo á las puertas del sepulcro víctima de un horrible delirio: ahora estaba sufriendo la última prueba á su parecer: su padre era el único hombre á quien habia amado sin mezcla de ódio y acababa de morir en el mas espantoso de los suplicios: un torrente de lágrimas se agolpaba á sus ojos, la sed de venganza abrasaba su pecho, y su alma rebosaba

tanta amargura que no siendo poderosa a contenerla en sí, la exhalaba por los labios lanzando desesperados suspiros y terribles imprecaciones. Las últimas palabras de su padre resonaban sin tregua en sus oídos, y conteniendo de vez en cuando sus sollozos las repetía con fatídico acento:

-¡Maldito sea el que me ha conducido hasta el borde del precipicio, sin tenderme la mano al verme despeñado por él!... Sí, sí, maldito sea, repetía hablando consigo misma; yo seré el instrumento de tu venganza, padre mío: yo haré que tu maldición caiga sobre la frente de ese D. Sancho que Dios confunda.

Después tornaba á abismarse en su llanto y permanecía horas enteras inmóvil y muda como una estatua. Su paje favorito vino á sacarla de su abatimiento, y aproximándose a ella la dijo:

-Y bien, Señora, ¿qué se ha hecho de aquel indomable valor que con tanto empeño has querido infundirme en varias ocasiones?

-Lo estoy fortaleciendo con la ira en que me abraso, respondió levantando la cabeza con orgullo; déjame llorar, Adhel, que por mi padre lloro: estas son las últimas lágrimas que me quedan y quiero consagrarlas al que me ha dado el ser: tan luego como mis ojos se sequen partiremos de Sevilla y entonces... entonces, prosiguió con una entonación difícil de explicar, volverás á ver en mí la mujer fuerte, el corazón de acero que tanto admiras...

-Que tanto amo querrás decir.

-No hables de amor en este momento: ahora solo para el odio tengo lugar en el pecho.

-¿Y sobre quien vamos á descargar nuestra ira?

-Sobre el infante D. Sancho.... sobre ese villano que pretende una corona y deja morir á sus servidores mas fieles sin tenderles la mano siquiera para salvarlos en la hora del peligro.

-¿Olvidas acaso de quién hablas?... ¿ignoras que ese Don Sancho tu enemigo es mas poderoso que el mismo Rey de Castilla?

-¿Y qué me importa su poder? ¿crees por dicha que las lanzas de sus guerreros han de impedirme á mi derramar en su corazón toda la hiel que rebosa del mío? Descuida, Adhel, descuida, que aunque mi mano no pueda dividir su frente, yo te juro por el alma de mi padre que la ponzoña de mi rencor sabrá infiltrarse en sus entrañas.

-No te entiendo, señora.

-Ni te importa entenderme, Adhel: cuando llegue la ocasión ya te revelaré mi pensamiento. Ahora parte en busca de Samuel, el de la calle de la Sierpe; dile que hoy mismo quiero reducir á oro acuñado todas mis alhajas y muebles: después prepara dos caballos, dos solamente; pues vamos á partir tú y yo sin que nadie se entere de nuestro derrotero.

-Está bien, señora, dijo el árabe sin importunarla con nuevas preguntas; conocía su carácter y temiendo irritarla se alejó a poner en ejecución lo que se le había mandado. Entonces volvió Sefora a su soliloquio y levantando la voz dijo sin poder contener una siniestra sonrisa:

-Ese mancebo ama a la de Ucerro, garrida doncella a quien siempre he odiado sin saber por qué... bien está, le heriré en su amor que es lo que mas duele a la gente moza.... dicen que va a desposarse con ella: yo haré que la antorcha de su himeneo se trueque en cirio funerario, y cuando los altivos ojos del Infante derramen llanto de amargura, iré a aumentar su llanto repitiéndole las últimas palabras de mi desventurado padre.

Dijo, y abandonando el escaño en que había permanecido sumergida en su desesperación por espacio de muchas horas abrió un cajoncito de ébano que le servía de guardajoyas, y se puso a escoger entre varias sortijas de mucho valor el arma con que pensaba descargar en el infante D. Sancho un golpe de muerte. Un momento después volvió a presentarse Adhel y la dijo que todo se hallaba dispuesto como había mandado: Samuel estaba pronto a quedarse con todas sus joyas y muebles, sin rebajar ni un burgalés de lo que tuviera a bien pedirle por ellos y los caballos aguardaban ensillados el momento de la partida.

-Muy bien, exclamó Sefora con una especie de exaltación febril, esta noche saldremos de Sevilla para no volver jamás a esta ciudad de maldición: aquí he visto morir a mi padre en un patíbulo afrentoso, aquí me arrebataron sin piedad a mí.... No pudo proseguir, la voz se le anuló en la garganta y una lágrima de fuego rodó por sus mejillas. Algunas horas después, cuando la sombra empezó a estender su velo sobre la tierra, aquella desventurada mujer cabalgaba con su paje favorito por la orilla izquierda del Guadalquivir; pero dejándoles proseguir su camino, cúmples ahora volver a ocuparnos de los importantes sucesos que tenían lugar en la corte de Castilla.

El Rey D. Alonso, cansado de guardar consideraciones con un hijo dispuesto siempre a desobedecerle y que con tanta audacia acababa de destruir una de sus más bellas esperanzas, quiso fijar de una vez los derechos y deberes que pensaba señalar a cada uno de sus herederos a fin de evitar nuevos disturbios. Dando, pues, las órdenes oportunas, convocó una de aquellas reuniones de grandes, que en el siglo XIII se llamaban Cortes del reino y que solo eran congresos aristocráticos, en donde todo se tenía en cuenta menos el bienestar del pueblo, por más que el estado llano asistiese a ellos con la cabeza desnuda y ocupando escaños miserables a los pies del feudalismo. Las huestes sitiadoras de

Algeciras habían regresado ya a Sevilla en aquella sazón: los partidarios de los infantes de la Cerda fueron llamados a la par de los de D. Sancho, y D. Alonso acababa de firmar una triple alianza con el rey de Aragón y con Felipe el Atrevido, a fin de intimidar a los que pudieran oponerse a su deseo. Con estas precauciones, se abrieron las Cortes en el magnífico alcázar de Sevilla el primero de abril de 1281. Un grueso escuadrón de ballesteros custodiaba las puertas del palacio. El Justicia mayor de la ciudad, D. Rodrigo Estevanes, procuraba no perder de vista a los jefes de bandería, y el Rey acompañado de su esposa Doña Violante y de todos sus hijos, compareció en medio de sus poderosos vasallos

á las diez en punto de la mañana. Iba ataviado con la luenga túnica y con la recamada epiloga de ceremonia; llevaba en la diestra una larga espada atributo de la fuerza, y en la siniestra un mundo coronado por una cruz, en arrogante señal de omnipotencia; una corona de filigrana y pedrería de inmenso valor ceñía su frente, y cinco pajecillos le seguían llevando dos de ellos en azafates de plata sus manoplas de acero y sus espuelas de oro, y los otros tres su lanza, su escudo y su capacete, y cerraba esta brillante comitiva una larga fila de donceles á cuya cabeza marchaba armado de todas armas el capitán Fernandez.

Cuando el Rey llegó á su trono, ya se hallaban en el salon todos los que habian sido convocados á tan solemne junta. El infante D. Manuel, hermano del Rey y D. Lope Diaz de Haro ocupaban los escaños mas elevados de la derecha. Don Juan Nuñez de Lara y D. Jofré de Loaisa tenian su asiento en las primeras gradas de la izquierda, y así los demás caballeros segun el que á cada cual correspondía.

D. Diego Alonso, Justicia mayor de la córte, fué el primero que levantó la voz en nombre del Rey. Despues de un largo discurso en que habló del estado del reino, encareciendo las penalidades que padecian los pueblos y acriminando á los que con revueltas y disturbios amenguaban la prez de Castilla y se oponian á las prosperidades del Estado, vino á parar al principal objeto que allí los tenia congrega-

dos y dijo: que habiendo meditado su Alteza detenidamente cierta demanda del Rey de Francia D. Felipe III, y conociendo la justicia en que se fundaban sus comedidas, razones, habia determinado ceder á D. Alonso de la Cerda, hijo primogénito de D. Fernando de la Cerda, el reino de Jaen: aunque con la condicion de que siempre debia mantenerse sujeto á la jurisdiccion de Castilla, pagando feudo á sus reyes y jurándoles pleito homenaje.

Levantóse entre los circunstantes un murmullo de difícil interpretacion al llegar el orador á estas palabras; pero él no se intimidó, y aguardando á que se restableciese el órden; apoyó con un sin número de argumentos la intencion del Rey y pasando á otro asunto, propuso que para atender á las perentorias necesidades del erario que habia quedado exhausto despues de la desgraciada empresa de Algeciras, se alterase la ley de la moneda como se habia practicado en otras ocasiones.

Otro murmullo no menos imponente que el primero le interrumpió de nuevo, y pidiendo la palabra el infante Don Manuel, se levantó á impugnar ambas propuestas; pero no siendo nuestro ánimo el de constituirnos en taquígrafos de una sesion de Córtes de aquella época, que aunque en las formas diferian algun tanto eran idénticas en el fondo á las de nuestros dias; haremos gracia á nuestros lectores de aquella reñida cuestion en que se debatian tan graves asuntos para el porvenir de Castilla, refiriéndoles únicamente su resultado.

Los partidarios del infante D. Sancho eran tan audaces, que á pesar de no ser mas en número que los del infante de la Cerda, lograron, alentados sin duda por la presencia de su caudillo, contrabalancear la autoridad del Rey, impidiendo que en la primera sesion se acordase lo que el Justicia mayor habia propuesto. Irritóse D. Alonso de tan insolente resistencia, y suspendiendo la discusion mandó despejar á todos los diputados y se retiró á su estancia seguido únicamente de sus deudos, entre los cuales se contaban el señor de Haro y D. Juan Nuñez de Lara.

Difícil sería describir las diferentes sensaciones que agitaban á los personajes admitidos en aquel consejo de familia, donde sin duda iban á tener lugar incidentes desagradables y escenas violentas: unos temían la audacia de D. Sancho, otros temblaban por el enojo del Rey, y hasta la reina Doña Violante, á pesar de su carácter aventurero y decidido, estaba inquieta al pensar en que su hijo y su esposo iban á luchar frente a frente de una manera ostensible. El primero que rompió el silencio fué D. Alonso: durante la sesión había devorado en silencio la ira que lo causaban los sediciosos discursos de sus vasallos, y no pudiendo contener por más tiempo su despecho,

-¿Paréceos, señores, dijo fijando en todos una mirada llena de indignación, que es prudente oponerse á todos mis deseos de una manera tal que redunde en menoscabo de mi dignidad y en mengua de mi persona? ¿de cuando acá se usa en Castilla poner cortapisas á lo que acuerda el Rey después de bien meditado? ¿quién os ha dicho, señor infante D. Manuel, que al proclamar mi Justicia mayor mi voluntad de ceder el reino de Jaén á mi nieto aguardaba vuestra sanción? ¿quién os ha dicho que vos ni nadie puede impedirme que ceda á quien me venga en voluntad una de las provincias que yo solo heredé de mis padres? ¿qué jurisprudencia es la vuestra que así os enseña á raciocinar? ¿Os parece que el que ha sido bueno para unir á la corona de Castilla el reino de Murcia no ha de serlo para enajenar el de Jaén según le plazca? Pues errásteis, señor Infante; mi voluntad ya la oísteis, y juro á Dios que ha de cumplirse irrevocablemente en todas sus partes.

-Perdonad, señor, si me opongo á vuestro deseo: pero la corona de Castilla me pertenece como á vos y quiero heredarla íntegra, dijo D. Sancho reprimiendo á duras penas su cólera y aparentando la mayor templanza.

-¿Que os pertenece como á mí? exclamó D. Alonso perdiendo del todo la paciencia: ¿quién os lo ha dicho, señor rapaz? ¿acaso no os han enseñado vuestros preceptores que el Rey puede desheredar á los hijos rebeldes? pues sabedlo, señor Infante, y ¡guay de vos! si abusando de mi amor paternal osáis rebelaros contra mi voluntad de soberano.

Esta amenaza, hecha en presencia de tanta gente, fué para el Infante más dolorosa que si le hubiese puesto la mano en el rostro, y palideciendo de coraje se aproximó á su padre y le dijo con voz entrecortada:

-Señor, non me hicistes vos, mas hízome Dios: é hizo mucho por me hacer, ca mató á un hermano que era mayor que yo, y era vuestro heredero de estos reinos, si él viviera más que vos: y no lo mató por al, sino porque los heredase yo después de vuestros días: y esta palabra que dixistes pudiérades muy bien escusar, y tiempo verná que la non quisiérades haber dicho.

Y sin aguardar respuesta alguna salió con altivez de la régia estancia, dejando atónitos á los circunstantes. Don Lope Díaz de Haro tembló de piés á cabeza á pesar de su audacia, y hubiera querido hallarse á cien leguas de Sevilla; pero el Rey, que como hemos dicho ya, en las ocasiones más críticas sabía dominar con heróica entereza los arrebatos de su corazón, dijo después de un corto momento de silencio:

-Señores, importa que no se divulgue esa respuesta, como hija de un juvenil aunque censurable arrebato. Mañana nos reuniremos nuevamente para tratar sobre la alteracion de la moneda que es asunto que incumbe á las Cortes: en cuanto á lo del reino de Jaen queda dispuesto como lo indicó mi Justicia mayor: retiráos.

Nadie osó oponer ni la mas leve objecion. Todos se alejaron de palacio llenos de zozobra y sobresaltados los ánimos, y al dia siguiente se acordó la alteracion de la moneda por unanimidad de votos.

Capítulo XXX

Que el rey Don Alonso pide auxilio á los moros contra sus vasallos naturales.

Un mes solamente habia trascurrido desde que se acordó en las Córtes de Sevilla que el reino de Jaen se cediese al infante D. Alonso, y Castilla entera se agitaba ya en la mas sangrienta de las guerras civiles. D. Pedro III de Aragon, faltando á lo que habia pactado con D. Alonso en la confederacion de Campillo, acababa de declararse por los rebeldes, y en prueba de su resolucion mandó encerrar en el castillo de Játiva á los hijos del malogrado D. Fernando de la Cerda. D. Lope Diaz de Haro tremolaba en Toledo el pendon de la discordia en pro del infante D. Sancho, y la mayor parte de los ricos-hombres castellanos seguian sus banderas yendo á la cabeza de los insurrectos los mismos hermanos del Rey. Los moros granadinos, comprendiendo cuánto les interesaba fomentar la discordia, ayudaban á los rebeldes y hasta el nieto de D. Alonso, D. Dionisio de Portugal, olvidando con negra ingratitud los favores que debia á su magnánimo abuelo, se unió á los que con tanta injusticia se rebelaban contra su señor natural.

Una vez dado el grito de guerra, no se contentaron los facciosos con resistirse á obedecer las disposiciones del Rey, sino que alentados por el apoyo que les facilitaban algunas testas coronadas quisieron derribarle del trono, y juntándose en Valladolid parodiaron unas Córtes en que se declaró á Don Sancho Gobernador de Castilla. Fuerza es confesar que el Infante no quiso admitir el título de Rey que en mengua de su padre le ofrecian sus partidarios; pero al dar su consentimiento á lo que acababa de acordar aquella junta de rebeldes, obró como mal hijo y como vasallo traidor. Pero el escabel en que trataba de elevarse estaba cimentado sobre arena y no tardó mucho en vacilar por el pié: todos los que se hallaron en la tumultuosa asamblea de Valladolid, obraban impulsados no por el espíritu de la justicia sino por las mas innobles pasiones: unos odiaban á D. Alonso porque habia intentado oponerse á su rapacidad, otros porque su grandeza les hacia á ellos mas pequeños; el Rey de Portugal por no tener suficiente elevacion de alma para manifestarse agradecido, el de Granada por temor de su victorioso acero, el de Aragon por la vil pasion de la envidia, sus hermanos por torcida condicion, y sus hijos por una reprehensible felonía.

No se ocultaba al perspicaz D. Lope Diaz de Haro lo heterogéneos que eran los elementos de que se componia su bando, y temiendo que un soplo de la fortuna bastase á separar aquellas voluntades tan encontradas y que ahora se hallaban unidas, no por el fuerte lazo del honor y del patriotismo, sino por la frágil cadena de injustos ódios y de locas ambiciones, quiso robustecer su partido enlazando á D. Sancho con una casa suficientemente poderosa para balancear la fuerza moral y el prestigio de que se hallaba rodeado el Rey á pesar de su aparente abandono; mas sus planes tan bien combinados siempre, encontraron ahora un terrible obstáculo en el decidido amor que el Infante profesaba á Doña María de Uceró, amor que á despecho de D. Lope habia adquirido nuevo pábulo en su corazón desde que tuvo la certeza de que iba á ser padre.

Mucho desalentaba al favorito aquel contratiempo, pero conociendo el carácter de hierro de D. Sancho, no se atrevió á combatir de frente sus afectos y aguardaba con impaciencia una ocasion oportuna para realizar su proyecto: la suerte sin embargo, parecia confirmar el adagio audaces fortuna juvat favoreciendo los designios de aquel atrevido magnate, y contra todas las probabilidades los insurrectos seguian compactos y adquiriendo de dia en dia nuevos partidarios. España entera guiada por el genio del oscurantismo se levanto contra D. Alonso y la completa ruina del sábio Rey era inminente.

Solo la ciudad de Sevilla, emporio de las artes y de la sabiduría, se mantuvo fiel á sus deberes en tan azarosas circunstancias, y únicamente la casa de Lara, la de Ponce de Leon y un puñado de valientes caballeros empuñaron las armas en defensa de su legítimo soberano. Si D. Sancho no se hubiera resistido á efectuar el enlace que con Doña María de Molina le propuso su favorito, su triunfo hubiera sido seguro. Era Doña María sobrina del Rey D. Fernando III el Santo y habia heredado de su padre D. Alonso, Infante de Molina, á mas de la sangre regia, inmensos estados é incalculables riquezas; era además cuñada del poderoso Marqués de Monferrat y estaba enlazada con vínculos estrechos á casi todos los Monarcas de Europa; pero el cielo sin duda, quiso que el amor de D. Sancho fuese un obstáculo aunque momentáneo, suficiente para cortar los vuelos de su impaciente ambicion.

Seguia el Rey en Sevilla falto de recursos y sin mas córte que la que se encerraba en su alcázar. D. Juan Nuñez de Lara al frente de sus valerosos vasallos custodiaba la ciudad; D. Fernan Perez, Ponce de Leon y el Justicia mayor Diego Alonso, formaban el consejo de Estado, y el intrépido capitán Fernandez permanecia siempre á la puerta de la régia estancia, siendo su pecho el mis firme baluarte de su Rey y señor, el cual, viendo la tenacidad de su mala fortuna, lloraba en silencio la deslealtad de sus vasallos y ponía en juego todos los recursos de su poderosa imaginacion, buscando un medio de salir de su angustioso estado. Sus únicos amigos acababan de participarle que los recursos pecuniarios de que podian disponer- se habian agotado completamente: los caballeros que se habian encerrado con él en Sevilla, empezaban á temer que el hambre echase por tierra la subordinacion de sus mesnadas, y hasta el capitán Fernandez conceptuó un deber de su lealtad aconsejarle que huyese de España para salvar al menos su dignidad, protestando desde lejos contra la felonía de sus vasallos.

Tal era la situacion de D. Alonso; pero la misma inminencia de su peligro le sugirió un pensamiento, desesperado en verdad, pero que él puso en ejecucion con el tino que le caracterizaba: tomó la pluma, aquella pluma, mil veces mas poderosa que la espada de sus

adversarios, y encerrándose en su aposento escribió una carta que la historia ha guardado como el mas bello monumento de la elocuencia epistolar. Aquella carta se dirigia á D. Alonso Perez de Guzman, al varon ilustre que mas tarde adquirió en Tarifa el renombre de Bueno, permitiendo con inaudito heroismo que los enemigos de su patria vertiesen la sangre de su hijo: y decia de esta suerte:

«Primo D. Alonso Perez de Guzman: la mi cuita es tan grande, que como cayó de alto lugar se verá de lueño: é como cayó en mi que era amigo de todo el mundo, en todo él sabrán la mi desdicha y afincamiento, que el mio fijo á sin razon me face tener con ayuda de los mios amigos y de los mios Perlados: los cuales en lugar de meter paz, no á escuso ni á encubiertas sino claro metieron asaz mal. No faltó en la mia tierra abrigo, nin fallo amparador ni valedor, non me lo mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice; y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia de servir é ayudar, forzoso me es que en la ajena busque quien se duela de mí; pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo busque los de Benamerin. Si los mios fijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los mis enemigos por fijos, enemigos en la ley, mas non por ende en la vol untad, que es buen Rey Aben-Juzaf, que lo yo amo, é precio mucho, porque él non me desprejará, ni fallecerá, ea es mi atreguado é mi apezguado: yo sé quanto sodes suyo, é quanto vos ama, con cuanta razon é quanto por nuestro consejo fará: non miredes á cosas pasadas sino á presentes. Cata quién sodes é del linaje donde venides, é que en algun tiempo vos fará bien: é si lo vos non ficiere vuestro bien facer vos lo galardonará, que el que face bien nunca lo pierde. Por tanto el mio primo, Alonso Perez de Guzman, faced á tanto con el vuestro señor y amigo mio que sobre la mia corona mas averada que yo hé, y piedras ricas que ende son me preste lo que él por bien tuviere; é si la suya ayuda pudiérades allegar, non me la estorbedes como yo cuido que non faredes; antes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro señor á mí viniere, será por vuestra mano: y la de Dios sea con vuesco. Fecha en la mi sola leal ciudad de Sevilla á los treinta años de mi reinado y el primero de mis cuitas.»

EL REY.

Al terminar estos renglones, selló sus tristes pensamientos lanzando un suspiro y aguardó con firmeza la respuesta de su noble primo: al propio tiempo despachó un correo disponiendo que la princesa Doña Blanca saliese sin demora del convento de las Huelgas en que aun permanecia, para ir á implorar socorro de su hermano Felipe el Atrevido hizo que Fray Ademaro fuese á Roma con cartas suyas, y envió á Toledo embajadores proponiéndole á su hijo una entrevista.

Mientras así buscaba medios de defensa el magnánimo D. Alonso, los insurrectos, posesionados de toda Castilla seguian acatando á la autoridad del Infante, erigido en gobernador absoluto de los Estados de su padre, y aquel gobierno anómalo que se fortalecia

diariamente, adquirió de improviso nueva consistencia de resultas de un suceso inesperado. Recordará el lector que Doña María de Uceró se hallaba en cinta, y que esta circunstancia era un obstáculo invencible para los planes de matrimonio que había formado el Señor de Vizcaya para consolidar el poder de D. Sancho á la vez que el suyo propio.

En efecto, D. Sancho amaba á aquella ilustre dama, y al saber que iba á ser madre resolvió hacerla su esposa como lo había jurado en mas de una ocasion: aquel ardiente mancebo, de quien hemos dicho que era un estraña amalgama de vicios y virtudes, entre sus buenas cualidades contaba la de saber amar con fé profunda, y antes hubiera renunciado á la amistad de todos sus parciales que al afecto de su querida; resuelto, pues, á enlazarse con ella tan pronto como los acontecimientos públicos se lo permitiesen, aguardaba con impaciencia el momento en que le diese un heredero de su nombre, y cuando una mañana en que se hallaba rodeado de sus poderosos amigos, ocupado en responder á los embajadores que su padre le enviaba solicitando de él una entrevista, entró un paje que le dijo algunas palabras al oido, pasó por sus ojos una ráfaga de alegría y sin ser poderoso á contener su emocion, dejó prontamente su escaño y olvidado sin duda lo serio del asunto que tanto ocupaba á todos sus parciales, exclamó levantando los ojos al cielo:

-¡Loado sea Dios!

-¿Qué ocurre, señor? le preguntó el de Haro mirándole con zozobra.

-Que voy á ser padre, dijo D. Sancho lleno de regocijo: permitidme, señores, que este deber me aleje de vosotros por un momento: acordad lo que se tenga que responder á mi padre, y vos, Don Lope, venid al Alandaque á recoger mi firma.

Frunció el ceño el Señor de Vizcaya al oír tales razones, y sin duda quiso dirigirle la palabra para recordarle cuán urgente era en política aprovechar los momentos; pero el Infante fingió no advertirlo, y sin aguardar respuesta salió de su alcázar tomando un caballo para llegar mas pronto á casa de Doña María de Uceró.

Capítulo XXXI

De cómo Séfora vengó la muerte de su padre.

Luego que el infante D. Sancho llegó á la habitacion de su querida, todo lo halló dispuesto con el mayor órden para que nada faltase á la paciente en el delicado trance en que se hallaba. Un profundo silencio reinaba en toda la casa: las ventanas estaban cerradas como si fuese de noche y varias bujias ardian sobre las mesas: Brianda, la doncella de la de Uceró, permanecía en la antecámara de su señora, y la matrona que debía asistirle acababa de entrar en la alcoba. Era una mujer de elevada estatura, encorvada sin duda por los años y cuyo rostro ocultaba entre los pliegues de su manto: su andar era firme y llevaba en la mano

una redoma de bálsamo; pidió una copa y mandó que nadie entrase hasta que ella lo dispusiese. Obedeció Brianda, y al ver llegar al Infante que quiso penetrar hasta el lecho de su amada, le dijo asiéndole por el manto:

-Teneos, señor, esa mujer ha ordenado que nadie se aproximase á la enferma.

Paróse el Infante contrariado por aquella advertencia, y quitándose la gorra se arrojó sobre un sitial conteniendo con la mano los latidos de su corazón: solo los padres pueden comprender lo que pasaria en aquel instante en el pecho de D. Sancho: aquel mancebo altivo, guerrador y duro, apenas osaba respirar, y con una angustia indecible aguardaba el momento en que el primer vajido de un niño pusiese fin á su zozobra; aquel vajido resonó al fin: era padre... quiso abrazar á la que pronto debia ser su esposa, y sin poder contener el ímpetu de su alegría recorrió las cortinas que le separaban de su amada.

-Sancho, murmuró la de Uceros con desfallecido acento.

-María, gritó el Infante besando con pasión la frente de su querida, en tanto que Brianda tomaba el recién nacido de manos de la matrona; pero apartándose con terror de aquella desdichada, miró con atención su rostro lívido y observó en él todas las señales de la muerte; un sudor frío bañaba sus mejillas, sus ojos hundidos habían perdido completamente su terso brillo y sus labios apenas dejaban escapar un leve estertor.

-¡María! volvió á gritar D. Sancho lleno de amargura, pero ya no obtuvo respuesta: aquella infortunada solo pudo estrechar la mano de su prometido, y fijando en él una mirada que revelaba todo su amor, lanzó el último suspiro.

-¡Muerta! ¡muerta! exclamó el Infante: ¿Qué significa esto, señora? añadió dirigiéndose á la supuesta anciana que se habia quedado inmóvil mirando a la difunta: ¿por qué no nos avisásteis el peligro en que se hallaba? hablad ¡voto al infierno!

En aquel momento mismo resonó en la calle el ruido de un caballo que paró de improviso, sin duda, debajo de las ventanas de aquella habitación; pero D. Sancho no hizo alto en tan leve incidente, y agarrando por un brazo á la matrona la sacudió con violencia y le preguntó rechinando los dientes:

-Decid ¡vive Dios! ¿por qué nos ocultásteis el riesgo de esa dama?

-¡Por qué! dijo aquella mujer con voz firme y poniendo el talle erguido como una joven; porque mi objeto era robarte lo único que has amado desinteresadamente: infante D. Sancho! Porque quise aplicarte la pena del Talion y hacer que la vida de tu amada me pagase la vida de mi padre.

-¡Qué oigo, Dios mio! y ¿quién eres tú?

-Séfora., la hija de aquel que sacrificásteis á vuestra insaciable ambición.

Hubo un momento de profundo silencio en el que hubieran podido oírse los latidos del corazón de aquellos personajes; Brianda vertía lágrimas silenciosas revelando en sus miradas la más sincera compasión. Séfora sonreía llena de júbilo infernal, y D. Sancho apretaba los dientes, lanzando de sus ojos, enrojecidos por la ira, rayos de venganza!... De pronto se hizo un paso atrás, miró fijamente al cadáver de Doña María y lanzando un grito inarticulado echó mano al puñal y se lanzó sobre Séfora con la ferocidad

de un tigre; pero un hombre armado de todas armas apareció de improviso en medio de la estancia como si fuera un espectro que viniese á presenciar tantos horrores, y sujetando el brazo del Infante le dijo con voz fatídica:

-Detente, D. Sancho: no manches tu acero con la sangre de una víbora: á mi me toca la venganza... Y dirigiéndose en seguida á la judía, añadió asíéndola de una mano: Venid, señora, venid y gozaos en vuestra obra.

Al oír Séfora el acento del desconocido se estremeció de pies á cabeza, y como si obedeciera á un conjuro, le siguió maquinalmente sin apartar sus ojos de la visera que encubría su semblante, en tanto que él, avanzando con pie trémulo hacia el lecho de la de Ucro, estendió su brazo derecho y mirando al Infante le dijo:

-Acercad una luz.

Ejecutó D. Sancho esta orden sin saber lo que hacía, y entonces descubrió aquel misterioso personaje, con respetuoso ademán, el hombro izquierdo de Doña María, dejando patentes á los ojos de los circunstantes tres pequeños lunares de color de púrpura. No es más violenta la explosión del rayo que el efecto que aquellos lunares produjeron en Séfora.

-¡Mi hija!! exclamó con voz más siniestra que la de la corneja, y tendiendo los brazos hácia el lecho, vino a tierra, como si el hacha del verdugo hubiese separado su cabeza de los hombros.

-Salid Brianda, dijo entonces el incógnito, y no bien la prudente dueña había obedecido, cuando aproximándose á D. Sancho, levantó la visera de su almete descubriendo el lívido semblante del capitán Fernández.

¡D. Alonso! gritó el Infante lleno de estupor.

-Sí, D. Alonso, padre de esa desventurada... repuso el bravo aventurero sin contener el llanto que brotaba de sus ojos.

Hubo otro momento en que ambos interlocutores se miraron en silencio al través de las lágrimas que vertían, y así permanecieron hasta que vino a sacarles de su ensimismamiento un suspiro lanzado por Séfora que seguía tendida en el suelo, sin que ninguno de ellos hubiese pensado en socorrerla. El primero que levantó la voz fué el Infante exclamando con amargura.

-Y bien, capitán, ¿qué significa este misterio?

-Voy á responderos, señor Infante, pero delante de esa mujer funesta, y junto al cadáver de ese ángel á quien tanto hemos amado: dijo el caballero, y asiendo de un brazo á Séfora la obligó á levantarse del suelo en donde pugnaba por quedarse de rodillas con la frente apoyada en el lecho de Doña María.

-Venid, desventurada, venid, murmuró en voz baja, y no mancheis con vuestro contacto el sudario de vuestra víctima.

Obedeció la judía como el autómatas que cede al impulso del resorte que le mueve, y ocupando maquinalmente un sitio que le indicó D. Alonso, quedó con la vista fija en el interlocutor, y sin dar mas señal de vida que el cadáver de la de Uceros.

-Oid, dijo entonces el bravo aventurero, dirigiéndose á D. Sancho: hace diez y nueve años, amaba yo á esa mujer, como vos habeis amado á mi hija; pero precisamente el dia en que me anunció que iba á ser madre, me dejó entrever que bajo las apariencias de un ángel encerraba en su pecho un corazón perverso. Yo era joven, generoso, entusiasta por la virtud, y aterrado de haberme dejado dominar por una mujer indigna, huí de su lado, para no volverla á ver jamás. Mi deber me alejó de mi patria, y cuando un año mas tarde volví á Sevilla, supe que el fruto de mi amor se habia confiado á una familia pobre de Triana; temblando al pensar que aquella criatura inocente podria llegar á ser un dia, lo mismo que su madre, procuré apoderarme de ella, y en efecto, la noche del dos de febrero del año mil doscientos sesenta y dos la robé de casa de su nodriza, sin que nadie pudiese traslucir su paradero desde entonces... ¿Os acordais, Señora?...

Séfora pareció no oír aquella interpelacion, pues no hizo el menor movimiento y el capitán reanudando sus ideas prosiguió de esta suerte:

-Dos horas despues, ya caminaba yo en direccion á Toledo llevando en mis brazos á mi hija, que no debia tardar mucho en ser el encanto de Castilla; pero deseando echar un velo impenetrable sobre el origen de aquella niña, que yo queria conservar pura y lejos del contacto de su madre, la confié á mi hermano de armas D. Alonso de Uceros, que prohibiéndola llena de júbilo, no solo le dió su nombre, sino que al morir sin prole propia la dejó todos sus estados y sus inmensas riquezas; yo fuí el encargado por el padre adoptivo de la hija de mis entrañas, de cuidar de su existencia, y ya sabeis vos cómo he cumplido con tan dulce encargo... ¡Con cuánto afán procuraba yo inculcar en su corazón el germen de todas las virtudes! ¡con qué desvelo sembré en su inteligencia privilegiada las semillas de la mas escogida educacion! Dios la habia hecho la rica-hembra mas hermosa de Castilla, y yo enloquecia de placer al ver que todos, haciendo la debida justicia á sus perfecciones, la proclamaban la reina de la discrecion y de la belleza en los torneos, en los saraos, en la corte, la simpática Doña María, la ilustre huérfana, la pupila del capitán Fernandez, era siempre la envidia de las damas y el encanto de los galanes; yo resistia á duras penas el deseo de proclamarla mi hija: el orgullo paternal, exaltado hasta un punto indecible de ternura y cariño, me arrastró mas de una vez á revelar su verdadero nombre, pero el apellido que llevaba era harto ilustre; la esposa de D. Alonso de Uceros, habia sido un ángel de virtud, y yo me complacia en oírla bendecir á la que le habia dado el ser, así como gozaba en prevenir todos sus deseos y en hacer que me amase tanto como amaba la

memoria de sus padres; y no contento con los triunfos que la veía alcanzar diariamente, vos lo sabeis, quise colocar sobre su cabeza la corona de Castilla, y desplegando toda mi influencia conseguí de vuestro padre que os diese su consentimiento para enlazaros con ella: vuestra ardiente pasión hizo lo demás... ¡Pero esa mujer por dar rienda suelta á sus aviesas pasiones... esa mujer frenética, su madre, cuyos instintos feroces han sofocado en su alma hasta los sentimientos naturales que experimentan las hienas, se ha gozado en asesinarla precisamente cuando iba á colocar la planta en las gradas de un trono que hubiera embellecido con sus gracias haciendo la felicidad de su pueblo...-¿Y vos queriais matarla?... añadió despues de una pequeña pausa: No, D. Sancho, no: la vida, la vida con su torcedor remordimiento ha de ser de hoy en adelante el mas horrible martirio de esa mujer funesta que el cielo en sus incomprensibles decretos, ha colocado en mi camino para castigar sin duda mis culpas.

No dijo mas; un penoso y no interrumpido silencio siguió a sus palabras, hasta que D. Sancho que parecia hallarse poseido de una enajenación mental, exclamó pasándose la mano por los ojos:

-Dios mio, ¿es este un sueño, una pesadilla infernal acaso?

Luego, como dominado de otro diverso sentimiento, añadió:

-Deciais bien, la vida, una vida muy larga, es el castigo mas espantoso que puede imponerse á la mujer que ha manchado sus manos con la sangre de una hija como María. Salgamos, capitán, salgamos de esta estancia para todos funesta, donde hemos perdido tan rico tesoro, y que mañana admire asombrada Toledo los últimos obsequios que el infante D. Sancho sabrá prodigar á su amada.

-Sí, salgamos, repuso D. Alonso, sintiendo que las lágrimas se agolpaban de nuevo á sus ojos, y juradme que no divulgareis la revelación que en tan solemne momento acabo de haceros.

-Lo juro, murmuró D. Sancho con desfallecido acento; y se alejó despues de lanzar una mirada llena de dolor y de ternura sobre los restos de su prometida. Entonces el capitán Fernandez sacudió ligeramente el brazo de Séfora que pálida y fria permanecía inmóvil en su escaño, y haciendo un penoso esfuerzo sobre sí mismo, le dijo con voz vibrante y acentuada:

-Ahora salid de aqui y que los remordimientos de Cain se ceban en vuestra alma empedernida por el crimen, destrozándola uno y otro dia hasta la consumación de los siglos.

Séfora se puso en pie con la rigidez de un cadáver galvanizado; quiso andar, pero no bien iba á mover la planta, cuando fijando los ojos en su malograda hija, traspuso de un salto el espacio que la separaba del lecho, cogió entre sus brazos aquel cuerpo inanimado, que aun conservaba algun calor y arrullándole como si fuera un niño, soltó una carcajada estrepitosa que resonó en los ángulos del salón como un eco de espanto...

Irritado el capitán quiso impedir aquella profanación; pero ella le detuvo con el ademán de una pantera y le dijo:

-No me la robarás de nuevo... es mi hija... lo oyes?... mi hija... me la arrebataron en Triana el día dos de febrero de mil doscientos sesenta y dos, dejándome envuelta en la noche del crimen; pero el cielo se ha apiadado de mis lágrimas y me la devuelve para que su hálito puro disipe las tinieblas en que estaba sumergida mi alma... ella será mi ángel bueno, y la judía Séfora alcanzará su perdón, porque su hija le abrirá las puertas del cielo... Sí, sí... me la robaron en Triana; pero ahora... no la oís?... me llama y voy á unirme con ella.

Y diciendo así, besaba la frente de María con toda la efusión del cariño maternal.

Estremecióse el capitán Fernández á vista de aquel espectáculo, y sintiendo que le faltaban las fuerzas, quiso terminar de una vez tan horrible escena. Aproximóse á la hija del Merino mayor, y arrancándole el cadáver á viva fuerza volvió á colocarle sobre el lecho, y la obligó á salir de la estancia no sin grande dificultad... Cuando se vió lejos de su hija, lanzó aquella infeliz un grito desesperado, y perdiendo de nuevo los sentidos se desplomó en tierra; entonces la tomó el noble aventurero entre sus brazos y la trasladó á otro aposento, y después de regar silenciosamente con sus lágrimas aquel triste despojo, partió encargando á Brianda que cuidase de los restos mortales de su señora.

Cuando Séfora volvió en sí, se hallaba sola; pero Dios había suspendido su castigo, apiadado sin duda de aquella madre parricida.-¡Estaba loca!

Capítulo XXXII

Que en España nunca han faltado heroínas dignas de rivalizar con la misma Débora.

Ocho días habían transcurrido desde que Séfora impulsada por su sed de venganza había asesinado á su hija, queriendo matar á la amada de D. Sancho. El capitán Fernández, que por ser á la sazón embajador de D. Alonso cerca del Infante, tuvo ocasión de representar tan triste papel en la horrible tragedia que hemos referido, había regresado á Sevilla después de presenciar las magníficas exequias de la malograda Doña María de Uceró, llevando en su corazón un cúmulo de penas insoportables, y ocultando con las barras de su almete las acerbas lágrimas que sus ojos derramaban sin tregua.

Su misión como diplomático había sido mal acogida por los rebeldes, y huía de Toledo sin volver el rostro atrás; en tanto que el astuto D. Lope Díaz de Haro, aprovechándose de las circunstancias, y queriendo afirmar de una vez el poder de D. Sancho, volvió á proponerle el casamiento con Doña María de Molina. Libre el Infante del compromiso que le tenía sujeto á la de Uceró, no opuso más resistencia á los proyectos del favorito y aunque

su corazón se hallaba todavía dolorido no titubeó en unirse á la rica heredera del hermano de San Fernando.

Celebróse, pues, el casamiento sin pompa y sin ruido, y creyendo el Sr. de Vizcaya que habia llegado la hora de proclamar á su señor Rey de Castilla, reunió sin pérdida de momento un grueso ejército, y poniéndose él mismo á su cabeza fué á explorar el ánimo de los pueblos, y á asegurarse de si podia contar con la adhesion de muchos vasallos, para encaminarse en seguida á Sevilla y arrojar de ella á su legítimo soberano.

Pero ¡cuán efímeros suelen ser los ambiciosos! ¡Cuán deleznales los edificios que se apoyan sobre frágiles cimientos! El infante D. Sancho se habia rebelado contra el Rey su padre, con toda Castilla; el enlace que acababa de efectuar fortalecia su poder, agregando á sus dominios los vastos estados de una ilustre matrona; cien deudos coronados le prestaban su apoyo; la nobleza y el pueblo seguian sus banderas, y la victoria seguia sus pasos.

Entretanto el Rey á quien el mundo habia acatado por su poder y sabiduría, lloraba solo y sin mas apoyo que el de algunos leales servidores encerrado en su alcázar de Sevilla. Los rebeldes se habian negado á oír sus proposiciones de tregua; los monarcas sus aliados se habian vuelto enemigos ó neutrales; el rey de Francia no le enviaba socorros, D. Alonso de Guzman no respondia á su carta, y Fr. Ademaro no regresaba de Roma; la esperanza empezaba á abandonarle, y una profunda melancolía se apoderó de su corazón. Su ocupacion favorita, el estudio de la ciencia, no podia distraerle de sus penas, porque á su mente perturbada no le era dado fijarse en serias meditaciones: solo la poesía, esa dulce compañera de los desgraciados, de quien una escritora ilustre ha dicho que hace precioso el dolor y bienhechoras las lágrimas, solia endulzar su acerba desventura, y con un acento tan patético como el de Jeremías, y al son de una lira mas melancólica que la de Ovidio, exhalaba de vez en cuando su dolor en endechas que la historia ha recogido y que las almas sensibles repetirán siempre con religioso respeto:

Como yaz solo el Rey de Castilla,
Emperador de Alemania que foé,
Aquel que los Reyes besaban el pie
E Reynas pedian limosna é mancilla.
El que de hueste mantuvo en Sevilla
Diez mil de á caballo y tres dobles peones,
El que acatado en lejanas regiones
Fué por sus Tablas é por su cuchilla.

.....
.....

Así atenuaba su dolor presente evocando sus glorias pasadas... pero en el momento en que mas desesperada parecia su situacion y cuando ya se hallaba resuelto á huir para siempre de su patria, una nueva favorable vino á reanimar sus muertas esperanzas y á ser la señal de mil prósperos sucesos.

Andaba el ejército de D. Sancho haciendo correrías por Castilla la Vieja sin que se opusiese á su marcha triunfal poblacion alguna; en todas partes le recibian con muestras de

entusiasmo, y su hueste se engrosaba con el contingente de las ciudades mas importantes que iba atravesando, cuando al llegar á Zamora se vió detenido por un obstáculo imprevisto é insignificante, al parecer, pero que bastó para echar por tierra sus planes gigantescos.

Una mujer valiente, una de esas heroínas con que España se ha ilustrado en todas las edades, vió con indignacion la alevosía de aquellos poderosos caballeros que con tanta sin razon se rebelaban contra un Rey dignísimo y lleno de virtudes, y guiada por el mismo espíritu de justicia que hizo de la humilde Juana de Arco, mucho mas adelante, una mártir gloriosa en otra nacion vecina, aprestóse con arrojo increíble á detener el paso de un ejército formidable.

Era aquella mujer Doña Aldonza Gomez Terreño, esposa del Merino mayor Garcí Perez Sarmiento, el cual se hallaba á la sazón ausente de su castillo; pero no queriendo tan brava matrona someter á los rebeldes la villa que se habia confiado á la lealtad de su esposo, empuñó la espada y comunicando á sus soldados el aliento que la animaba, enarboló el pendon de Castilla y se encerró en sus fortalezas

oponiendo un dique inespugnable á la invasion de sus enemigos. Rugió de coraje el altivo D. Sancho al verse detenido por una débil mujer, y el astuto Señor de Vizcaya intentó sobornar a sus parciales por cuantos medios le sugirió su perspicacia, pero todo fué inútil; ni ofertas ni amenazas lograron vencer el denuedo de aquella heróica dama que cual otra Débora corria de almena en almena, inutilizando con su desesperada resistencia los esfuerzos de tantos aguerridos campeones. Un día y otro día embistieron los mas arrojados paladines los muros de la villa resueltos á dar el asalto, y un día y otro fueron rechazados con mengua suya.

El tiempo era precioso y aquella detencion que los partidarios de D. Sancho consideraron en su arrogante soberbia como una molesta escaramuza, bastó para cambiar la suerte de las armas, y aun se hallaban delante de Zamora cuando llegaron á sus reales el Arzobispo de Sevilla, el Dean de Tudela y el Arcediano de Santiago á noticiar al rebelde Infante la excomunion que contra él y sus fautores acababa de fulminar el Pontífice Martino IV. Los rayos del Vaticano no se consideraban entonces como inofensivos, y un pánico terror se esparció por las filas de los rebeldes. Desalentáronse muchos ricos-hombres por el entredicho que pesaba sobre su conciencia; y el gobernador absoluto de Castilla veia con terror que empezaban á abandonarle hasta sus amigos mas ardientes.

Resuelto, no obstante, á jugar el todo por el todo, levantó el sitio de Zamora que empezaba á ser muy largo y dejando á la heróica esposa de Garcí Perez cubierta de gloria inmarcesible, se encaminó hacia Córdoba resuelto á reanimar á sus parciales con su acostumbrada energia para emprender de nuevo su arriesgada expedicion, á pesar del terrible anatema con que Roma le amenazaba; pero la hora de su ruina habia llegado, y al paso que sus inconstantes confederados le abandonaban con la misma facilidad con que se le habian unido, supo que el Rey su padre habia logrado interesar en su favor á muy poderosos auxiliares; la patética carta de D. Alonso no habia sido desatendida por su primo el de Guzman, el cual logró de Aben Juzef, Rey de Fez, no tan solo que socorriese á su deudo y señor con sesenta mil doblas de oro, sino que fuese en su ayuda con un poderoso ejército, devolviéndole antes generosamente la Corona que el de Castilla le habia ofrecido

en garantía. Los Reyes de Francia é Inglaterra, exhortados por el Sumo Pontífice, movieron tambien sus armas en pro de su aliado, y los infantes D. Juan y D. Pedro arrepentidos de su rebeldía solicitaron el perdon de su padre, en tanto que muchos ricos-hombres de los que habian aclamado á D. Sancho gobernador de Castilla, volvieron á prestar pleito homenaje a su legítimo soberano, el cual pasó en el trascurso de muy breves dias desde el mas profundo abatimiento á la mas brillante prosperidad: alternativas harto frecuentes en has monarquías de la edad media, cuyo poder descansaba en el movable pavés de una nobleza turbulenta que no obedecia mas razon que la de la fuerza.

Capítulo XXXIII

Habla qué tuvieron los Reyes de Castilla y de Fez.

Resuelto el Rey D. Alonso á no dejar perder aquel giro favorable que la rueda de la fortuna le presentaba, aceptó los ofrecimientos del Rey de Fez, á pesar de ser su enemigo natural y mas encarnizado antagonista de la fe de Cristo; pero como él mismo habia dicho en la carta que dirigió á su primo D. Alonso de Guzman implorando el auxilio de los africanos, supuesto que sus hijos se tornaban sus enemigos, justo era que tomara por hijos á sus contrarios. Jacob Aben Juzef acababa de portarse con él como un hermano tiernísimo guiado por el espíritu de justicia nada comun en aquella época, y hasta Roma autorizó la alianza del de Castilla con un Príncipe infiel, teniendo en consideracion las circunstancias que obligaban á D. Alonso á dar un paso tan violento, de suerte que por primera vez hasta entonces se vieron unidas las llaves de San Pedro y la media luna de Agar en pro de un Príncipe cristiano.

Martino IV fué el primero que levantó la voz contra el criminal proceder é irreverencia de un hijo que osaba empuñar las armas contra su padre, y Jacob Aben-Juzef, mas indignado que el Sumo Pontífice, dió el ejemplo á los Reyes de Europa poniéndose al frente de un ejército formidable para ir á vindicar la dignidad ultrajada de un soberano, pero no con la humillante deferencia de un protoctor de quien se implora un auxilio, sino con la generosidad caballeresca de quien cree cumplir un deber al tenderle la mano á un enemigo.

No bien arribó á las playas de Europa, cuando acampando en los llanos de Algeciras envió sus embajadores anunciándole al rey Don Alonso que se hallaba á su disposicion y pidiéndole la vénia para romper desde luego las hostilidades contra el reino de Granada, cuyo Emir era otro de los auxiliares de D. Sancho. Solicitaba además tener una entrevista con él. No deseaba otra cosa el Rey de Castilla, y lleno de regocijo al saber oficialmente que podía contar con tan poderosos auxiliares, llamó sin perdida de momento a sus pocos pero fieles servidores, y despues de haber dispuesto que reuniesen un pequeño cuerpo de ejército para poder presentarse á Aben-Juzef medianamente escoltado, convocó en la iglesia de Santa María á todo el vecindario de Sevilla, y segun la costumbre de aquella época, pronunció un discurso, en que despues de dar gracias al pueblo por su acendrada lealtad, le

esplicó las razones que habia tenido para buscar la alianza de un Príncipe infiel, terminando su plática con estas notables palabras:

-«Amigos, vedes á que so venido, que por fuerza he de ser amigo de mis enemigos é enemigo de mis amigos: esto sabe Dios que non place á mí é sabed que he puesto mi amor en el Rey de los moros é vome á ver con él donde Dios tuviere por bien.»

Al otro dia salió D. Alonso de Sevilla al frente de dos mil peones y de ochocientos caballos, y enviando delante á sus adalides, se encaminó hácia Algeciras con tanta tranquilidad como si le siguiese un ejército invencible.

Impaciente entretanto el bravo Aben-Juzef por probar sus fuerzas con los enemigos de su aliado, se habia entrado por la serranía de Ronda talando lugares y apresando á cuantos vasallos del Rey de Granada, su enemigo particular, habia á las manos: temblaron los moros andaluces de tan inesperada invasion, y el indómito africano penetró hasta la villa de Zahara sin que nadie osase detenerle el paso: allí le hallaron los emisarios de D. Alonso, y no bien le dijeron que su amigo venia a salirle al encuentro, cuando mandando detener la marcha del ejército, asentó sus reales en la falda de una colina y dispuso que se levantase delante de la villa la magnífica tienda que para recibir á tan noble huésped habia preparado. Era un inmenso pabellon de púrpura de Tiro guarnecido de franja de oro, en cuyo interior se elevaban sobre alfombras tunecinas dos magníficos estrados cubiertos de terciopelo verde y uno mas alto que otro. Doce Jeques custodiaban la entrada de aquel recinto armados de corvos alfanjes, y ataviados con todo el lujo deslumbrador de los orientales; cuarenta etíopes de atezada frente y cuyas

argollas de plata ceñidas al cuello publicaban su abyecta condicion, permanecian de rodillas en torno del escabel de sus señores; y diez y seis esclavas medio desnudas pero cubiertas de plumas y de pedrería, sustentaban las varas de marfil de dos primorosos pálios de seda carmesí; varios niños de corta edad, cuidaban de avivar el fuego en afiligranados pebeteros á través de cuyas rejuelas de plata se exhalaban deliciosos perfumes, y varias orquestas bárbaras, pero que no carecian de armonía, resonaban sin cesar en torno de la tienda.

El sol empezaba á rayar cuando los moros recibieron el aviso de que el Rey de Castilla se aproximaba: la mañana estaba deliciosa y la naturaleza entera parecia complacerse en la especie de rehabilitacion que iba á obtener aquel interesante soberano. Jacob-Aben-Juzef, acompañado de D. Alonso Perez de Guzman, que desde Africa habia venido en su compañía, salió á recibirle hasta la puerta de la tienda rodeado de todos sus merines y seguido de Abdahalla su truximan, y no bien divisó la cabalgata en que venia el Rey escoltado por D. Juan Nuñez de Lara, por el ilustre Fernan Perez Ponce de Leon y por un gran tropel de pajes y escuderos á cuya cabeza marchaba el capitan Fernandez, exclamó volviéndose al de Guzman:

-Decídme, amigo mio, cuál es vuestro soberano?

-Aquel, respondió Perez señalando á D. Alonso y corriendo con los brazos abiertos hácia su ilustre primo: entonces el africano les dijo á sus merines y capitanes:

-Id, vasallos, id á besarle la rodilla y no consintais que descabalgue fuera de la tienda.

Todos obedecieron sus órdenes, y saliendo al encuentro del castellano le prodigaron los mas humildes acatamientos, en tanto que Aben-Juzef permanecia en pié y teniendo en la mano el cordon de seda con que debia descorrer las cortinas que cerraban la entrada del pabellon. Quiso Don Alonso apearse para abrazar á tan ilustres caballeros; pero el truximan se lo impidió diciéndole:

-Mi señor te ruega que penetres montado en casa.

Entonces dejó el Rey de Fez franca la puerta de la tienda, y el caballo del Monarca de Castilla avanzó sobre alfombras hasta cerca del trono; allí fueron á tenerle el estribo el ilustre Benamerin, lugarteniente de Aben-Juzef, y el intrépido Ozmir su sobrino, jefe de la caballería africana. Apeóse D. Alonso, y sin poder contener las lágrimas que le arrancaba la gratitud, se arrojó en los brazos de su generoso amparador. Espectáculo tierno y digno de eterna memoria: un solemne silencio reinó en torno de entrambos reyes hasta que Aben-Juzef levantó la voz entablado con su aliado por medio de su intérprete un diálogo en que se revelaba su magnánimo corazon:

-Ven, le dijo tomándole por la mano, oh tú cuya sabiduría venero desde antes de conocerte personalmente; ven y ocupa el mas alto de estos estrados para que tratemos nuestros asuntos.

-No, repuso D. Alonso queriendo vencerle en cortesía, á tí te loca ocupar el lugar mas honrado pues te hallas en medio de tus huestes.

-«Siéntate tú que eres desde ab initio Rey, é yo solo desde agora que me lo dió Dios.»

-«No dió Dios nobleza sino á los nobles, ni da honra sino á los honrados, ni da reino sino al que lo merece: é así Dios te dió reino porque lo merecias,» dijo D. Alonso con su acostumbrada elocuencia, y revelando con tan filosóficos razonamientos que las ideas de progreso bullian siempre en su privilegiada cabeza; pero Aben-Juzef no desistió de su noble resolucion, y obligándole á ocupar el mas alto de los cojines sentóse él en el otro, manifestando así la deferencia con que miraba á su protegido. Los caballeros cristianos y los jeques y merines moros rodearon entonces á sus monarcas, y el magnánimo Rey de Túnez dió principio á la conferencia levantando la voz de esta manera:

-«Dame un adalid que me lleve por la tierra que te non obedece é destruirla he toda llevando el pendon de Castilla, é fare que le obedezcan, é la que le obedeciere no le fare mal ni daño.»

Dióle D. Alonso las gracias por su oferta, y tras una breve discusion se decidió que los moros, guiados por D. Alonso Perez de Guzman, se encaminaran á Córdoba llevando el pendon de Castilla para obligar á los rebeldes á someterse á él. Otrosí se convino en que D. Alonso regresaria á Sevilla á desheredar solemnemente á su hijo D. Sancho, y que despues juntando el mayor número de soldados que le fuera posible, iria á reunirse con Aben-Juzef para tomar el mando de los ejércitos, y acabar de reducir á los que osasen oponerse aun á

sus legítimos derechos. Una vez adoptadas tan enérgicas resoluciones se despidieron moros y cristianos, y al día siguiente salieron de Zahara en distintas direcciones tomando los castellanos la izquierda y los tunecinos la derecha.

El bizarro Ozmir á vanguardia de las legiones se encaminó por Casarabonela y Antequera, y vadeando el Genil llegó tras breves días de marchas forzadas á las inmediaciones de Córdoba, en tanto que D. Alonso nuevamente instalado en el alcázar de Sevilla, reunió en Córtes á cuantos prelados y caballeros habian vuelto á someterse á su autoridad, siendo muy respetable el número de adeptos que sin titubear siquiera se sometieron á su dictamen.

Los primeros en acudir á su llamamiento fueron D. Suero, Obispo de Cádiz; Fr. Ademaro, electo de Avila; Pelayo Perez, abad de Valladolid, y hasta el mismo D. Ramon, Arzobispo de Sevilla, el cual á pesar de ser padrino y amigo de D. Sancho, no osó esponerse al anatema que el Sumo Pontífice habia fulminado contra los partidarios del Príncipe rebelde. El venerable Garci-Jofre de Loaisa, el bravo Arias Martinez de Rouredo, el leal D. Diego Alonso, Juan Raimundez, mayordomo de la Reina de Portugal, Tello Gutierrez, García de Harronis, Pedro Ruiz de Villegas, Suero Perez de Barbasa y otros muchos ricos-hombres acudieron tambien seguidos de sus vasallos á aquella solemne reunion, en la cual tras el breve discurso pronunciado por el Justicia mayor de la corte D. Diego Alonso, se decretó lo siguiente:

-«Como proceda de inspiracion divina nuestro juicio. Nos Alonso por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Leon, de Toledo, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaen y del Algarbe, hacemos saber á todos por la presente escritura, que sirva de noticia á los presentes y memoria á los venideros, como Sancho nuestro hijo mayor nos ha hecho inicuamente muchas y graves injurias; por cuyos enormes delitos que cometió irreverentemente contra Nos, sin temor de Dios ni respeto á su padre, y serian largos de referir ó asentar por escrito, le maldecimos como á merecedor de la maldicion paterna, reprobado de Dios y digno de ser aborrecido con justa razon de los hombres; y le sujetamos en adelante á la maldicion divina y humana, y como á hijo rebelde, inobediente y contumaz, ingrato y aun ingratisimo y que tanto degenera, le desheredamos y privamos de cualquier derecho que haya tenido á nuestros reinos, señoríos, tierras, honores y dignidades ú otra cualquiera cosa que en alguna manera nos pertenezca; para que ni él, ni otro por él, ni ningun descendiente suyo pueda jamás sucedernos en cosa alguna. A todo lo cual le condenamos por esta sentencia irrevocable que promulgamos en presencia de nuestros Prelados y ricos-hombres, y mandamos autorizar con nuestro sello pendiente. Fecho á ocho dias entrados del mes de noviembre del año del Señor mil doscientos ochenta y dos en el palacio de la ciudad de Sevilla.»

Capítulo XXXIV

Que la suerte de las armas empieza a ser próspera para el Rey D. Alonso

No bien se hubo decretado el desheredamiento del Infante D. Sancho, juntó el Rey un número bastante considerable de soldados, y encomendando su conducta al incorruptible Fernan Perez Ponce de Leon mandó que fuese á juntarse con la hueste de Aben-Juzef: acompañaban al caudillo castellano cien bravos caballeros, entre los cuales descollaban por su arrojo su lugarteniente D. Arias Diaz, cuya pericia militar era proverbial en toda España, y los intrépidos D. Juan y D. Pedro Fernandez, que pidieron marchar los primeros contra los rebeldes de Córdoba, deseosos de vengar la muerte que á su padre habian dado los de aquella ciudad.

Poco tardaron tan denodados campeones en reunirse con el ejército africano, cuyo grueso permanecia aun en las inmediaciones de Ronda; recibióles Aben-Juzef lleno de regocijo, y despues de haber dispuesto que se repartiese á sus mesnadas una gruesa suma de doblas, dió la órden de partida, mandando que todos se encaminasen hácia Málaga, en cuya ciudad pensaba fijar el centro de las operaciones militares. Allí juntó un consejo de capitanes, y comunicándoles su plan de campaña señaló á cada uno el punto á que debia encaminarse. Su lugarteniente Benamerin debia marchar hácia Granada, talando villas y lugares y haciendo algaradas que distrajesen por aquel lado las fuerzas de Alamin Abu-Abdalla, en tanto que Fernan Perez Ponce de Leon con gran golpe de moros y cristianos iria á reforzar la caballería de Ozmir, que ya marchaba en direccion de Córdoba como dijimos en el capítulo anterior. El resto de los ejércitos coaligados quedaba en Málaga bajo sus órdenes y aguardando al Rey D. Alonso.

Tales fueron las disposiciones de Aben-Juzef, que nadie osó contradecir, y al dia siguiente se pusieron en marcha dos formidables divisiones de su hueste en pos de sus valientes caudillos. Benamerin tomó el camino de las Alpujarras con diez mil peones y cuatro mil caballos, y Fernan Perez Ponce de Leon se dirigió á Ecija, rodeado de varios ricos-hombres que le servian con su mesnada y precedido de su lugarteniente D. Arias Diaz, el cual formando la marcha de sus soldados, que eran tropa ligera, vadeó el Genil veinticuatro horas antes que el resto del ejército y llegó hasta Montilla sin encontrarse con Ozmir, cuyos jinetes, ávidos de pillaje, se habian desviado de la ruta.

Allí supo por sus exploradores que aunque el infante D. Sancho no se hallaba á la sazón en Córdoba, los rebeldes encerrados en ella contaban fuerzas muy superiores á las del Rey. Los concejos de Toledo, de Cuenca, de Toro, de Alba, de Medina y de Salamanca, se hallaban dentro de la ciudad rodeados de innumerables voluntarios, y escoltados por muchos veteranos que bajo las órdenes de sus capitanes Ferrand Martinez y Ferrand Suarez, se hallaban dispuestos á rechazar á sus enemigos oponiéndoles la mas tenaz resistencia. Con semejante nueva no osó el prudente D. Arias Diaz intentar él solo el asalto de la ciudad, y no queriendo comprometer la hueste que se lo habia confiado, aguardó la llegada de D. Fernan Perez Ponce de Leon, que al dia siguiente debia unírsele con el grueso de la division que mandaba: esperó en efecto, y no bien se hallaron juntos los dos caudillos, cuando llamando á todos los caballeros que militaban bajo sus órdenes, les manifestaron que la empresa de la toma de Córdoba era tan arriesgada como gloriosa, pues los rebeldes á mas de hallarse defendidos por las fortalezas de la ciudad, eran muy superiores á ellos en número. No desalentó semejante noticia á los del Rey, y llenos de ardimiento, pidieron

todos ser los primeros en la arremetida; los que mas anhelaban romper las hostilidades contra los cordobeses eran D. Juan y D. Rui Fernandez, ansiosos

de vengar la muerte de su padre; pero Fernan Perez Ponce en quien la circunspeccion era una virtud, cosa harto rara en aquella época, no quiso arriesgar una batalla antes de tentar otros medios para someter á los rebeldes.

Salió de Montilla sin dar muestras de hostilidad alguna, y al llenar cerca de Córdoba, asentó sus reales en una posicion ventajosa, y envió á los de la ciudad un heraldo, rogándoles que depusiesen las armas buenamente. Juntáronse en sesion los concejos sublevados; y despues de un largo debate respondieron que ellos irian al otro dia á verse con los del Rey.

Creyó Fernan Perez al oir semejante respuesta que sin duda se hallaban dispuestos á oir sus proposiciones, y lleno de confianza se entregó al reposo con todos sus soldados; pero no bien empezaban á rayar los primeros albores de la mañana siguiente, cuando un caballero que habia pasado la noche desvelado, vió que salia de la ciudad un gran tropel de gentes formadas en órden de batalla; alarmóse con semejante espectáculo, y temiendo que abrigasen aquellos hombres alguna idea hostil corrió á sus reales gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

-«Armar é cabalgar... Armar é cabalgar...

Cundió la alarma. Los jefes de mesnada corrieron á la tienda de su caudillo, los soldados se apercibieron á la pelea, y en menos de diez minutos todos se hallaban dispuestos á vender caras sus vidas. En efecto, el caballero que habia dado el grito de alarma, no se habia equivocado: los enemigos avanzaban en masa formando un espeso bosque de picas y banderas. Ferrand Suarez iba á la cabeza de tan formidable ejército lleno de orgullo, y un sin número de niños y mujeres seguian á los soldados levantando en alto los cordeles con que pensaban atar á sus prisioneros.

El esfuerzo de Fernan Perez vaciló un momento, mas inspirado de repente por una idea luminosa, volvió á recobrar su sangre fria, y deponiendo su amor propio dirigió a su lugarteniente, cuya superioridad en las armas reconocia, y le dijo:

-«D. Arias Diaz, ruego vos que acabdilledes estas haces.»

-«Señor, repaso aquel esforzado caballero con modesto ademan, no me ayuda Dios, que donde están tantos é tan buenos homes, como aquí estades, que yo acabdille las haces.»

Pero su escusa fué desatendida, y todos le rogaron que se pusiese al frente del ejército: accedió á demanda tan honorífica para él, y montando á caballo corrió á ver la disposicion en que se hallaba el enemigo. Desigual era el combate: las fuerzas de los rebeldes eran cuatro veces mayores que las del Rey; pero meditando un momento, volvióse hácia los suyos y encarándose con el gran comendador del Temple que mandaba novecientos caballos, le dijo:

-«Señor: en tal tiempo se han de parecer los caballeros: id á ferir con el tropel de nuestros caballos en aquella su espesura de aquellos pendones, antes que se ordenen que aunque son muchos non valen una arveja.»

Parecióle temeraria al Comendador aquella órden, y no sin algun recelo le preguntó:

-«Pues á estos otros haces que nos cercan por las espaldas ¿qué les faremos?»

-«A la hora que aquellos pendones sean en tierra, repuso con entereza Arias, tal hora se mataran ellos unos con otros por fuir.»

No hizo el templario, mas objeciones; tomó la lanza de mano de su escudero, y enristrándola con gallardo continente dió la órden de arremeter, entrándose con increíble audacia por medio de las huestes enemigas. Entonces dispuso D. Juan y D. Rui Fernandez envistiesen con cuatro mil peones el flanco izquierdo de los rebeldes, en tanto que él iba á cerrarles la retirada en compañía de Fernan Perez Ponce de Leon y al frente del resto de sus mesnadas.

La mas espantosa confusion reinó por todas partes en los primeros momentos del combate, y la suerte de la batalla estuvo indecisa largo rato; pero apenas se habia pasado media hora, cuando la prediccion del invencible D. Arias se hallaba cumplida: el inmenso tropel de paisanos que rodeaba los estandartes de los concejos no pudo resistir la investida de los formidables lanceros del maestre, y al retroceder llenos de pánico terror, sembró el desórden en las filas de los cordobeses; entonces tocaron á degüello los dos hermanos Fernandez, y deponiendo las ballestas echaron mano á las espadas, cebándose sin duelo en aquel paisaje á quien acusaban de su orfandad.

Hubo no obstante un momento en que Ferrand Suarez, y Ferrand Martinez lograron reanimar el esfuerzo de sus guerreros; pero su desesperada resistencia fué tan breve como el último resplandor de una luz pronta á apagarse. Los arqueros de D. Arias cargaron de refresco en pos de su bravo caudillo, y los dos capitanes mas audaces del infante D. Sancho fueron arrollados por todas partes, dejando el primero el escudo y el segundo la cabeza en manos de sus victoriosos adversarios. Terrible fué aquel día para los cordobeses: las huestes del Rey se entregaron á todos los horrores del pillaje, y no satisfechas con apoderarse de las siete enseñas que habian sacado á la batalla los concejos de otras tantas ciudades, y no saciadas con el inmenso botin de que se habian apoderado, se complacian en aniquilar á cuantos infelices habian á las manos, y derramaban la sangre de sus semejantes con tal impiedad, que horrorizado el magnánimo D. Arias Diaz al ver tantos excesos corrió al sitio en que Rui Fernandez y su hermano se complacian en azuzar á sus feroces soldados, y les gritó sin ocultar la indignacion que les causaba su conducta:

-«¡Ah, varones! asaz han fecho de daño que aun los havremos menester.»

Contuvieron estas palabras á los embriagados vencedores, los cuales obedientes á las órdenes de su jefe penetraban en buen órden algunas horas despues por las puertas de Córdoba, enarbolando el estandarte del Rey D. Alonso sobre los muros de aquella rebelde ciudad.

Cundió la nueva de tan señalada victoria, y D. Sancho intentó en vano recobrar el terreno que habia perdido en el ánimo de los pueblos; sus partidarios mas fieles empezaron á seguir las huellas de los mas inconstantes, y hasta sus hermanos, temerosos de arrostrar por mas tiempo la ira de su padre, le habian enviado mensajeros solicitando que les perdonara. Cuando el prudentísimo D. Fernan Perez Ponce de Leon regresó á Sevilla cubierto de laureles y con un botin inmenso, encontró á aquella ciudad, tan solitaria algunos meses antes, convertida de nuevo en una córte populosa. La princesa Doña Blanca con un séquito de caballeros franceses habia vuelto de Paris trayendo para el Rey una gruesa suma de escudos. Los partidarios de los Infantes de la Cerda, ensoberbecidos con las ventajas que acababan de obtener, rodeaban el trono llenos de satisfaccion, y varios embajadores estranjeros llegaban unos en pos de otros ofreciendo al monarca de Castilla el auxilio de sus soberanos.

Pero no se crea que D. Alonso habia recobrado la alegría y la paz del alma, al recobrar la prosperidad. Una profunda tristeza se cebaba en su corazon, y los triunfos que diariamente conseguia sobre su hijo en nada endulzaban sus penas. Su cabeza habia encanecido completamente en menos de un año, y una dolencia oculta agravada por los padecimientos morales, destruia lentamente aquella poderosa organizacion que hasta entonces habia hecho del Rey de Castilla el varon mas fuerte de su córte.

Capítulo XXXV

Donde se verá cómo la mano de Dios detuvo la carrera triunfal del Rey D. Alonso.

La sed de gloria, el amor á la sabiduría y una noble ambicion habian llenado la existencia de D. Alonso el deceno desde el momento en que enlazándose con su prima Doña Violante renunció á los ardientes trasportes de su corazon juvenil. Aquel lazo que tanto convenia á sus intereses de Rey, destruyó, no obstante, la felicidad de su alma, pues no estaba formado por el amor, y á no haber hallado un refugio en el seno fecundo de las ciencias y un inefable consuelo en el recuerdo de su pasado, sin duda hubiera sucumbido destrozado por el agudo diente del hastío; pero su imaginacion rica y lozana le salvó, lanzándole pos de fantasmas seductores, que cuanto mas huian de sus brazos, mas bellos se presentaban á sus ojos.

La corona y el manto de los Césares; las brillantes conquistas de Carlo Magno; los inmensos dominios de Federico Barbarroja; tales fueron sus primeros deseos... La inmortalidad de Solon, la espléndida auréola de Zoroastro, el apotéosis incruento de Platon, tales fueron sus santas aspiraciones... La piedra filosofal, ese soñado Pactolo de los antiguos, esa tierra de promision anunciada por Hermes, ese venero fecundo en descubrimientos físicos y en adelantos morales... tal fué su ambicion mas ardiente... Pero ¡ay! habia nacido demasiado pronto; sus deseos no pudieron escalar las gradas del

Capitolio, defendidas por el oscurantismo de su época: sus aspiraciones no hallaron espacio en que tender las alas, y su ambición se estrelló contra un imposible... Muchos años necesitó sin embargo para desalentarse; mucho luchó antes de confesarse vencido; pero era hombre al fin, tenía el alma de poeta; alma delicada que al más leve contacto se replegaba estremecida como la sensitiva á quien el soplo del viento obliga á cerrar el cáliz virginal de sus delicadas hojas. Las intrigas áulicas mataron en Alemania sus nobles deseos cuando con tanta justicia quiso obtener la dignidad imperial: el fanatismo intolerante acogió con recelosa frialdad las prodigiosas producciones de su ingenio; y las más horribles decepciones, y el espíritu de rebelión que fermentaba en todos los pechos, le impidieron entregarse tranquilamente á sus filosóficas meditaciones. La edad en tanto iba enfriando su alma, los desengaños atrofiaron su corazón, la duda ocupó en él el lugar de la esperanza, y el hastío arrojó de su guarida al entusiasmo: entonces la muerte empezó á desgastar aquella máquina tan perfecta, y una dolencia de esas que la ciencia no sabe definir, se cebó en el Rey de Castilla, agravándose con tanta rapidez, que en menos de un año se hizo incurable, y dejó impresas en su augusta frente las señales de una inminente destrucción.

La suerte pareció mirarle entonces con faz menos adusta; pero ¿de qué podía servirle ya aquella tardía sonrisa?... Su última hora se acercaba, y los triunfos que diariamente venían á anunciarle sus parciales, eran otras tantas gotas de amargura que iban llenando el vaso de sus penas, el cual á todas horas rebosaba por sus ojos, convirtiendo en llanto su acerbo contenido. ¿Contra quién peleaban sus guerreros?... Contra su hijo. ¿A quien vencían? A sus hermanos. La sangre de Abel manchaba por do quiera los execrables triunfos de Cain... y los codiciados laureles de la victoria, brotaban para él siempre entrelazados con ramas de funesto ciprés.

Ya hacia mucho tiempo que el infante D. Sancho llevaba lo peor de la jornada. Las huestes del Rey le cercaban por todas partes, al paso que las suyas le iban abandonando sin pudor. Su hermano D. Juan, que siempre le había servido con lealtad, sintió de improviso temor ó remordimiento, y untando sus poderosas mesnadas fué á buscar á su esposa Margarita de Monferrat, y encaminóse con ella á Sevilla, solicitando el perdón de su padre; concediósele este de buena voluntad y sin condiciones; pero avergonzado el Infante de su rebeldía, quiso ofrecer á los ojos de la corte un espectáculo que probase cuán sincero era su arrepentimiento. Entró en Sevilla desarmado y solo, después de haber entregado el mando de sus huestes á D. Arias Diaz, y al llegar al palacio se descubrió la cabeza, hizo que sus pajes lo descalzaran, y echándose una soga al cuello tomó por una mano á su esposa y por otra á su heredero, penetrando en la régia estancia en tan humilde actitud... Tierna en extremo fué la escena que en aquel instante pasó entre el padre y el hijo... D. Alonso corrió á él sin poder contener un mar de lágrimas; le obligó á levantarse del suelo, y estrechándole en sus brazos le cubrió de besos y le bendijo mil veces, exclamando con un acento que revelaba vivamente toda su ternura paternal:

-¡Oh Dios mio, Dios mio! cuánto más gratos son los triunfos del corazón, que los de la espada.

Desde aquel momento ya no volvió á sufrir ningún revés en los campos de batalla. D. Sancho solo con el Señor de Haro, iba errante de provincia en provincia sin hallar valedores y recogiendo abundante cosecha de desengaños. El rey de Portugal le retiró su valimiento.

D. Pedro III de Aragon puso en libertad á los Infantes de la Cerda, conformándose con el decreto que declaraba á D. Alonso Rey de Jaen. El Papa lo perseguia con su terrible anatema, Aben-Juzef le acosaba con sus poderosas lanzas, y hasta el cielo mismo pareció fulminar contra su frente los rayos de su omnipotente ira.

Una sombría desesperacion se habia apoderado del Infante desde el momento en que, deshaciéndose como el viento sus efímeros proyectos, empezó á sufrir las primeras decepciones: su alma, mas irascible, pero menos fuerte que la de su augusto padre, se sintió mortalmente herida al primer revés de la fortuna, y aquella robusta constitucion que le llevaba á arrostar toda clase de empresas, se debilitó notablemente á los veinticinco años. Cuando vió que los suyos empezaban á abandonarle, creyó por un momento que su espada seria bastante fuerte para cruzarse sola contra la terrible espada del Rey; mas no tardó mucho en convencerse de su error, y aterrado de su temeridad, quiso, á pesar de su osadía, obtener el perdon de su padre. El de Haro, viéndose en compromiso con semejante acto, le disuadió de tan cuerdo pensamiento, y entonces aquel mancebo irreflexivo á quien cegaba la ambicion, dejándose llevar de las sugerencias de su favorito se empeñó en una lucha desesperada que hubiera acabado para él de una manera ignominiosa., á no sobrevenirle en Salamanca

una dolencia fulminante que le postró en el lecho, poniéndolo á las puertas del sepulcro.

Cundió la nueva de su enfermedad: los doctores desesperaron de su vida, y su valido D. Gomez Garcia, abad de Valladolid, que no se apartaba de su cabecera, al persuadirse de que su muerte era inevitable, pensó en los medios de recobrarle la gracia del Rey, y sin dar gran muestra de dolor por la pérdida de un Príncipe que tanto le habia distinguido, escribió á la córte anunciando que D. Sancho se hallaba en la agonía, y que él estaba pronto, si se le concedia el perdon, á entregar las plazas de Toledo y de Salamanca, que aun tremolaban sus banderas por el Infante.

Marchaba D. Alonso al frente de un ejército formidable en direccion á Constantina, cuando recibió tan terrible nueva; pero el efecto que produjo en su corazon fué diametralmente opuesto al que se imaginaba el ingrato favorito de aquel infortunado mancebo. El grito de la naturaleza ahogó en el padre los resentimientos que habia abrigado el Rey, el cual olvidando los desmanes del Príncipe rebelde, solo

pensó en que su hijo se moria. El amor paternal, ese purísimo sentimiento que Dios ha colocado en el corazon del hombre y que jamás se estingue; esa chispa inmaterial, divina, que cuando brota una vez no puede ser sustituida por ningun sentimiento humano; ese fénix de los afectos que vivo sin consumirse en medio de un fuego perdurable y que aunque parezca esconderse entre sus cenizas, reaparece mas bello, mas vivo, mas ardiente á cada acontecimiento grave de los que alteran el curso ordinario de la vida, ardió de nuevo en el pecho de D. Alonso con mayor intensidad que nunca; recordó que una muerte prematura le habia arrebatado también á su primogénito D. Fernando, y la herida presente exacerbaba la llaga que el tiempo no habia podido cicatrizar. El valor de su hijo segundo, su entereza, la gallardía de su persona se le representaban llenos de los mas bellos atractivos. Después del Infante de la Cerda, D. Sancho «era el mejor home que habia en su linaje,» como decia con la sencilla elocuencia del dolor.

Desde el momento en que supo su peligro sintió el mas cruel remordimiento por haberle maldecido: temió que quizá su anatema habia atraido la ira del Señor sobre aquella existencia tan querida, y entregando el mando de su ejército á su lugarteniente D. Juan Nuñez de Lara regresó a Sevilla, despues de haber mandado que se suspendiesen las hostilidades. Reunió sin perder un momento á cuantos prelados se hallaban en la córte, y sin ocultar el dolor que le aquejaba, perdonó en su presencia á su hijo D. Sancho y á todos sus parciales, mandando que se tomase acta de su resolucion y sellándola desde luego con su sello de oro, «porque fuesen ciertos todos los de sus reinos que habia perdido querella dellos é que los perdonaba porque fincasen sin baldon ninguno.»

Nadie osó oponerse á su deseo: un respeto religioso habia sustituido en torno del Rey de Castilla al antiguo espíritu de insurreccion que tanto le hizo sufrir en los primeros años de su poder.

La princesa Doña Blanca, satisfecha con el título de Rey de Jaen que se habia conferido á su primogénito el Infante de la Cerda, hizo que sus parciales no protestasen contra la última resolucion de D. Alonso. Roma, fiel á los principios de mansedumbre evangélica, aprobó su perdon; su cuñado D. Pedro III le felicitó por él; y Jacob-Aben-Juzef, que con tanta magnanimidad le habia socorrido en su afliccion, regresó á Marruecos, lleno de júbilo y cubierto de laureles, al verlo repuesto y seguro en el trono de San Fernando.

Pero lo hemos dicho ya, su último instante se acercaba, una tristeza profunda, tenaz, le devoraba á todas horas; en vano su venerable amigo Ahmed-Ebn-Juzef, que no le habia abandonado jamás, procuraba endulzar la amargura de su alma vertiendo en sus llagas el bálsamo reparador de la filosofía. En vano D. Alonso Fernandez, aquel tipo de lealtad y de bravura, esforzándose heróicamente por ocultar sus propias penas, queria consolarle á fuerza de cariño y de veneracion... En vano Doña Blanca, la viuda de su primogénito, la hija dignísima de San Luis, la mujer mas dulce de Francia, y de Castilla, se afanaba mimando su ancianidad; -En vano, en fin, la suerte, esa reina absoluta del universo, esa maga omnipotente que tiene en su mano la balanza del bien y del mal, le colmaba de favores, derramando pródiga en torno suyo los tesoros del cuerno de Amaltea...

El dedo inexorable del destino había escrito la palabra MUERTE, sobre la espaciosa frente del Rey de Castilla, y ni la sabiduría, ni la lealtad, ni la ternura, puede detener el vuelo de un alma que despojada de los lazos del mundo ha tendido ya las alas para lanzarse de nuevo hácia la eternidad.

Capítulo XXXVI

Muerte de D. Alonso el Sábio.

El infante D. Sancho se hallaba fuera de peligro: su robusta constitucion y sus veinticinco años habian triunfado de la enfermedad que los doctores calificaron de incurable; y en menos de un mes logró reponerse completamente; el generoso perdon de su padre contribuyó no poco á restituírle la salud que tanto habian quebrantado las afecciones morales, y al volver á la vida despues de tan terrible prueba predominaron en él los nobles sentimientos que en otras circunstancias habian callado en su pecho vencidos por las malas pasiones; sintió una sincera gratitud hácia el autor de sus días, su ternura filial se despertó en su alma mas respetuosa que nunca, y pesaroso de su tenaz rebeldía quiso seguir el ejemplo de sumision que pocos meses antes habia dado su hermano D. Juan.

El indomable D. Lope Diaz de Haro que veia desvanecidas sus ambiciosas esperanzas con aquel arrepentimiento, quiso disuadirle como en otras ocasiones de tan honrado propósito valiéndose de cuantos medios le sugirió su refinada argucia; pero la resolucion del Infante, robustecida con el asentimiento de su magnánima esposa la inmortal Doña María de Molina, fué esta vez irrevocable, y con la energía que le caracterizaba rechazó todas las sugerencias de su favorito, diciéndole, al ver que osaba amenazarle con un rompimiento:

-Basta, primo: si sois tan inconsiderado que la generosidad del Rey no desarma vuestro rencor, podeis separaros de mí en buen hora; conozco que vuestro provecho y no la lealtad os indujo á seguir mi bandera; apartáos de ella si así os place; pero ¡guay de vos el dia en que se cruce mi espada con la vuestra!...

Calló el de Haro cuya prudencia le hizo comprender que seria loca temeridad insistir en aquel momento, y fingiendo reconciliarse con su señor, resolvió aguardar mejor coyuntura para despertar de nuevo sus impacientes deseos de mando.

D. Sancho se encaminó entonces á Toledo con el designio de obligar á los que aun persistian en la rebelion, á volver á la obediencia de D. Alonso para poder regresar á Sevilla sin dejar á su espalda revoltosos que recordasen sus pasados desmanes.

El Rey seguia entretanto rodeado de sus otros hijos, asistido por sus amigos mas leales, acatado por sus poderosos vasallos y junto á su esposa Doña Violante, que habia vuelto á la córte despues de haber agitado las disensiones de Castilla en distintos sentidos, abogando unas veces por los Infantes de la Cerda, como vimos al dar principio á esta verídica historia, é instigando otras á su hijo D. Sancho como cuando lo obligó á apoderarse de los tesoros recaudados por Don Zag de Malea; aquella inquieta matrona, que tan poco contribuyó á la felicidad de su esposo durante toda su vida, no osó permanecer apartada de él cuando vió que la fortuna se empeñaba en colmarle de favores; y aconsejada, sin duda, por su astuto hermano D. Pedro III de Aragon, voló a Sevilla tan luego como el anatema del Papa y las lanzas de Aben-Juzef, lograron asegurar la corona en las sienas del monarca castellano.

Nada, pues, faltaba á este de cuanto los hombres pueden apetecer; su hijo habia recobrado la salud; la paz sombreaba ya con su bienhechora oliva todos sus estados; la felicidad doméstica renacia en sus hogares por tanto tiempo condenados á la mas profunda tristeza, y hasta la sonrisa que habia huido de sus lábios cediendo su puesto á las acerbas lágrimas del desengaño, empezaba á asomar en ellos nuevamente, cuando una dolencia

menos aguda que la de D. Sancho, pero mas funesta, vino á postrarlo por fin en el lecho de la muerte.

Un terror indecible se apoderó de la córte; los hombres del poder se estremecieron al pensar en las consecuencias de aquella enfermedad: todos habian reconocido en las azarosas circunstancias que acababan de atravesar que D. Alonso era el varon de mas capacidad de su época, y temieron con razon que su muerte dejaria á Castilla sumergida en el cáos de la anarquía; y fué tal el estupor que se apoderó de todos los corazones, que hasta los jefes mas audaces de bandería permanecieron mudos en torno de su lecho, sin atreverse á dirigirle una sola pregunta respectiva á su postrera voluntad. D. Juan Nuñez de Lara y el infante D. Juan; la princesa Doña Blanca y la reina Doña Violante; los embajadores de Francia y los plenipotenciarios de Aragon; el arzobispo de Sevilla y hasta el legado del Papa, aguardaban con ansiedad que el augusto enfermo se dignase resolver á quién dejaba por heredero de sus estados; pero él parecia olvidarse completamente de tan importante asunto, y habiendo recobrado toda la serenidad de su espíritu volvió a entregarse en los últimos momentos de su vida á su pasion dominante.

Ahmed-Ebn-Juzef y el docto Alquibicio; Jeudá el Conheso y el erudito abad de Nájera no se apartaban nunca de su lado, y las mas animadas discusiones científicas tenian lugar á todas horas entre aquellos cinco sábios que sin cuidarse de las mezquinas ambiciones que bullian en torno suyo se lanzaban en una region desconocida de los profanos, desde la cual divisaban á lo lejos los ténues resplandores de la antorcha de la civilizacion, que Dios les permitia entrever para consuelo de sus almas privilegiadas. LAS TABLAS ASTRONÓMICAS, compuestas en el palacio de Galiana y que la posteridad ha llamado TABLAS ALFONSINAS, recibieron allí la última comprobacion de sus autores: La Biblia, conocida hoy por la ferrariense, y cuya celebridad consiste en lo mucho que su version extraordinaria se asimila al testo hebreo, fué corregida nuevamente sobre aquel lecho venerando; LA CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA, la GRAN CONQUISTA DE ULTRAMAR y la HISTORIA SAGRADA, esos tesoros de sabiduría que aun explotamos despues de tantos siglos, sufrieron notables alteraciones durante la última enfermedad de su autor, y un dia antes de morir aun se gozaba el poeta Rey en recitarles a sus amigos con toda la efusion de una alma cristiana aquellas trovas que compuso en loor de la Virgen, refiriendo los milagros que en tiempo de su santo padre se obraron por su intercesion.

«El Rey é cuantos hí eran
Deron por en gran loor
A la Virgen groriosa
Madre de nostro Sennor.»
.....
.....

Tales eran los pensamientos de D. Alonso en tanto que todos los ricos-hombres de Castilla y los representantes de muchos soberanos de Europa acudian diariamente á su alcazar á preguntar con ansiedad si habia resuelto alguna cosa con respecto á sucesion.

El infante D. Juan, á pesar de su carácter débil abrigaba una vaga esperanza de heredar la corona, fundada en la buena acogida que habia recibido de su padre. El de Lara y los

suyos no desesperaban de ver en el Trono de Castilla al infante de la Cerda, y el arzobispo de Sevilla preparaba los animos en pro del bando que representaba en la corte, por si el Rey retractaba su primera resolucion en la hora suprema de la muerte: esta llegó por fin. La mas acerba angustia llenó todos los corazones, y un mar de lágrimas bañaba los semblantes de innumerables deudos y de infinitos vasallos.

D. Alonso habia sido el padre de su pueblo, y su pueblo que en mas de una ocasion fué ingrato con tan magnánimo Rey, sentia remordimientos por sus pasadas defecciones, en aquel instante supremo, reconociendo, aunque tarde, lo irreparable de la pérdida que iba á experimentar.

El dia veintidos de enero del año del Señor mil doscientos ochenta y cuatro amaneció triste y nebuloso: Sevilla entera corrió á las puertas del alcázar á saber el estado del augusto enfermo, y Ahmed-Ebn-Jucef, aquel modelo de amistad, aquella alma agradecida que se habia consagrado con tanta vehemencia al sabio Rey, penetró en su estancia, conteniendo la respiracion y fijando en él su mirada escrutadora: una tinta lívida sombreaba las mejillas de D. Alonso en torno de los cerrados párpados, y su pecho se levantaba como la mar cuando se agita á impulso de ráfagas submarinas: lanzó un suspiro el acongojado árabe, y fijando su mirada en el cielo exclamó lleno de angustia...

-¡Todo ha terminado ya!...

Oyó aquel suspiro el moribundo Rey, y abriendo sus ojos dejó vagar por sus labios una sonrisa inefable, y murmuró con voz mas segura de lo que era de esperar:

-¿Sois vos, Ahmed-Ebn-Juzef?

-Yo soy, señor.

-¿Por qué llorais?

El árabe no pudo responderle: los sollozos le ahogaban.

-¡Comprendo! os aflige mi muerte: sois tambien egoista, pues sabiendo cuán poco vale la vida, querriais verme vivir y prefeririais que yo sufriese el dolor de la última despedida.

-Las vidas estériles valen menos que las plantas parásitas del desierto, repuso Ahmed-Ebn-Juzef dominando su emocion; pero las vidas como la vuestra son comparables con el maná del cielo!!!

-Callad, callad, maestro: olvidais acaso cuánta amargura encierra mi corazon?... la muerte es para mí una madre cariñosa, y anhelo con ansia reclinar en su regazo mi frente tan abrumada por el peso de la corona; pero, gracias al cielo, siento llegar ese momento supremo; mi vida se apaga... pero no moriré tranquilo si no me jurais cumplir el encargo que voy á encomendaros.

-Lo juro: dijo el árabe con aquel acento decidido que no deja duda de la sinceridad de un juramento.

-Pues bien, amigo mio, prosiguió el Rey con lentitud acercáos: mi acento desfallece, y temo que me falte la voz.

Obedecióle el acongojado árabe y sentándose junto á su cabecera oyó la larga confesion de D. Alonso de Castilla. Despues de algunos minutos en que no se oia en la régia estancia mas que la respiracion de ambos ancianos, volvió a levantar la voz el moribundo monarca, y dijo dejando rodar

una lágrima por su mejilla:

-Ahora á vos os toca hacérselo comprender: decidle que al legarle la corona dejó tambien á su lado quien la sabrá sostener sobre su frente... En donde os he indicado hallareis mas detalles sobre el origen del otro... ya nada tengo que deciros, y moriria feliz si la ciencia no hubiese sido tan ingrata conmigo como los hombres... si mi conciencia estuviese segura de no haber errado jamás.

-Vuestros errores, señor, si es que los habeis cometido, son de aquellos que Dios no castiga, porque no nacen de mala intencion; en cuanto á la ciencia haceis mal en quejaros de ella, porque con nadie ha sido mas pródiga que con vos.

-Sin embargo, bien sabeis que le he consagrado toda mi vida... bien sabeis que muchas de las desgracias que han aquejado á mis pueblos, nacieron de la preferencia casi exclusiva con que me he dedicado al estudio de ciertas materias, inútiles quizá para un Rey... Sin embargo, ¿qué he conseguido?... que el cielo me castigue como á Prometeo cuando osó robar el fuego sagrado; que Dios me condene al tormento de Tántalo, dejándome ver la clara fuente de donde nace un rio de oro, y negando á mis lábios el consuelo de apagar su sed devoradora en ese raudal brillante que va á fecundar á las edades venideras...

Al llegar aquí no pudo continuar: una energíá artificial, por decirlo asi, habia animado su voz al pronunciar las últimas palabras; pero de repente le abandonaron las fuerzas, y dejando caer su cabeza sobre el hombro de Ahmed-Ebn-Juzef, fijó en el semblante de su amigo una mirada en que se pintaba la desesperacion. Adivinó el árabe todo el dolor de aquella mirada, leyó en ella lo que pasaba en el corazon del Rey, y colocando su augusta cabeza sobre los almohadones del lecho se puso en pie y dijo con el acento de un profeta:

-¡Señor, vais á morir, pero Dios no quiere que la tristeza anuble vuestros últimos pensamientos... y seriais ingrato si no abandonáseis esta vida lleno de gratitud y de satisfaccion por lo que habeis sido...

¡Quién como tú, Alonso de Castilla!... el sepulcro va á devorar tu cuerpo... pero tu espíritu vivirá siglos de siglos... ¡Qué importa que esta edad ruda no haya sabido comprenderte!... las edades venideras te consagrarán un apoteosis eterno; los poetas, esos heraldos de la fama á quien Dios concede el don de profecía, te aclamarán su primer maestro: los sábios que en todos tiempos serán los reguladores de la humanidad, irán á

buscar en tus escritos máximas con que robustecer sus opiniones... Los legisladores no osarán ni siquiera alterar el texto de tus leyes, conciso como la palabra de los apóstoles y claro como el espíritu del evangelio que acatais los cristianos. ¡Quién como tú, Alonso de Castilla!... Si la envidia, el fanatismo ó la maledicencia, osan calumniarte, tus obras destruirán la calumnia probando a la gentes venideras que fuiste buen Rey, buen padre, buen caballero... Si la crítica osa tocar las creaciones de tu ingenio, confesará humillada que ni el mas leve lunar oscurece tus creaciones; y la ciencia, la ciencia... te respetará siempre como á un padre... tú eres el primer naturalista, el primer astrónomo, y si la muerte no viniese á cortar el hilo de tu existencia hubieras sido el primer alquimista... En incidente fatal te impidió hacer oro; pero no te acongojes ¡oh Rey! Si la fatalidad te impidió penetrar en el intrincado laberinto de la crisopeya, yo te juro en nombre de la gratitud, que nadie te arrebatará esa gloria: el secreto de la piedra filosofal se encierra como sabes en aquel libro hallado por mi en la caverna de Zoroastro: pues bien, al extinguirse tu vida estínganse también sus hojas en esa llama!...

Dijo, y sacando de su escarcela el misterioso manuscrito, lo aproximó á la luz que ardía en el aposento del Rey dejándole inflamarse hasta verle completamente reducido á cenizas: entonces reanudando su interrumpido discurso lo terminó de esta manera:

-Hijo mio, ahora piensa un momento en tu corona de Rey!...

Sí... sí... balbuceó D. Alonso con acento desfallecido, siento que las fuerzas me abandonan y la conciencia me dice que debo ocuparme de los demás: llamad á Fr. Ademaro y á D. Diego Alonso, mi Justicia mayor; haced que el capitán Fernandez permanezca junto á esa puerta: convocad á mi esposa, á mis hijos, á la princesa Doña Blanca; invitad á cuantos ricos-hombres se hallen en Sevilla, y venid con ellos cuando mi voz os llame.

Obedeció Ahmed-Ebn-Juzef, y un momento despues ya estaban cumplidas todas sus órdenes: el venerable electo de Avila y D. Diego Alonso penetraron en la estancia del Rey, cerrando la puerta tras sí. D. Alonso Fernandez ocupó el puesto que se le habia señalado, y la Reina, seguida de toda la córte penetró en el gran salon que servia de antecámara á la alcoba de D. Alonso.

Un profundo silencio reinaba dentro y fuera del alcázar, la tristeza habia difundido su melancólica espresion en todos los semblantes y mas de una lágrima pugnaba por romper su clausura, cuando de improviso se abrió aquella estancia en cuyo reducido espacio acababa de resolverse el acontecimiento mas importante de una gran nacion.

Fray Ademaro, permaneció en pie junto á la cabecera de D. Alonso: el Justicia mayor acababa de cerrar un gran pergamino con el sello de oro del Rey.

-¡Hijos míos!... dijo este esforzándose por ser oido de todos los presentes. Mi hora ha llegado, la mano de la muerte pesa ya sobre mis párpados que en vano intento abrir para miraros... el espíritu vá á romper su cárcel de barro, y Dios me ordena que en este solemne momento os pida perdon de mis yerros... ¡Violante, adios! ruega por mí... adios, hijos míos, yo os bendigo... Vosotros, mis ilustres varones, acatad mi último mandato... tú Blanca, no

enciendas mas la guerra... Vos, Ahmed-Ebn-Juzef... mi venerable maestro, mi amigo mas querido, no olvideis mi postrer encargo; y tú Fernandez, tú espejo de caballeros, ven á mis brazos.

Al llegar aquí no pudo continuar: el bravo aventurero corrió á él lanzando un grito indefinible: Fr. Ademaro se hincó de rodillas... y un momento despues el rey D. Alonso el deceno habia dejado de existir.

Epílogo.

Magníficas fueron las exequias del rey D. Alonso el deceno. Sus cabezaleros cumplieron religiosamente su última voluntad, en cuanto hacia referencia á las obras pias, y Sevilla entera asistió á los funerales de aquel poderoso monarca llena de admiracion y de respeto.

El manto y la corona de los Césares adornaban los restos mortales del sábio Rey; lo mas ilustre de España honró con su presencia el lúgubre ceremonial de su enterramiento, y su cuerpo fué depositado con inaudita pompa en la capilla real de la iglesia mayor de Sevilla, junto al cuerpo de su padre D. Fernando III el Santo. Su corazon y sus entrañas se trasladaron mas tarde á Murcia en cumplimiento de su deseo, y aun existe el sepulcro que encierra tan preciosos restos en la magnífica catedral de aquella ciudad siete veces coronada, que el ilustre legislador habia conquistado de los moros, siendo infante todavía, por cuya circunstancia la miró siempre con la mayor predileccion y quiso que la parte mas noble de su cuerpo reposase en aquella perla que él habia agregado á los brillantes florones de su corona.

En cuanto al sepulcro que le erigieron en Sevilla no es por cierto digno de tan ilustre varon, pues como dice el docto Mariana: no es muy rico, ni es necesario, porque su vida y las cosas que por él pasaron merecian que su memoria durase y su nombre fuese inmortal.

Pero si es cierto que todos se apresuraron á honrar su memoria, como era justo, no lo es menos que su voluntad de Rey fué desatendida con menoscabo de las leyes que él mismo habia promulgado.

Apenas cundió la nueva de su muerte y se divulgó su postrera voluntad, los partidarios del infante D. Alonso de la Cerda quisieron proclamarle rey de Castilla en cumplimiento de lo que habia dispuesto su augusto abuelo en su segundo testamento. Pero el infante D. Sancho que se hallaba á la sazón en Avila, ya completamente repuesto de su dolencia, reunió apresuradamente á sus parciales, y sin cuidarse de lo que en Sevilla pasaba tomó el nombre de Rey que en vida de su padre no habia querido llevar cuando los suyos le declararon gobernador de Castilla.

Grande era el conflicto: la princesa Doña Blanca, D. Juan Nuñez de Lara y el bravo D. Alonso Fernandez el Niño, contaban para defender el derecho del infante de la Cerda con el apoyo de los Reyes de Francia y de Aragon; pero D. Sancho disponia aun de fuerzas formidables: la mayor parte de los ricos-hombres de Castilla se apresuraron de nuevo á ofrecerle sus espadas, y el pueblo le aclamó Rey, prendado de su bravura y de la gallardía de su persona. Entonces, queriendo legitimar su derecho con la sancion de las Córtes, se trasladó a Toledo, despues de haber honrado la memoria de su padre con unas exequias suntuosas, y allí tomó posesion de las insignias reales y fué alzado sobre el pavés en presencia de innumerables ricos-hombres, prelados y ciudadanos de mano menor.

No nos cumple á nosotros decidir sobre la validez de aquella coronacion: la historia ha colocado á D. Sancho IV en las tablas cronológicas de los reyes de Castilla, y debemos admitir su advenimiento al trono como un hecho consumado, por mas que en él se trasluzca algo de usurpacion.

Entretanto los infantes de la Cerda seguian en Aragon bajo la custodia de su tio el rey D. Pedro, y su madre la princesa Doña Blanca protestaba con energía desde Sevilla contra el acuerdo de las Córtes de Toledo. Muchos de los que hasta entonces se habian manifestado adictos á su persona, inclusa la reina Doña Violante, al ver á D. Sancho en el trono de su padre corrieron á prestarle pleito-homenaje; pero no menos fueron los caballeros cristianos que se mantuvieron firmes al lado de la viuda de D. Fernando: de suerte que los principales personajes que han figurado en esta verídica historia se dividieron en dos grupos formidables que colocados uno enfrente del otro, sostuvieron sin tregua y con el feroz encarnizamiento de aquella época ruda, la sangrienta guerra civil que agitó á Castilla entera durante todo el reinado de D. Sancho el Bravo.

Aquel audaz monarca habia empañado su gloria de Príncipe siendo rebelde contra su virtuoso padre, y escrito está que los Reyes han de sufrir la pena del Talion siempre que sean inducidos en error ó agitados por las malas pasiones. Ojo por ojo y diente por diente, dicen las Sagradas Escrituras, y D. Sancho IV, que desde sus primeros años acibaró la vida de D. Alonso el Sabio con su pertinaz rebeldía, no podia disfrutar tranquilamente aquel trono que tanto habia codiciado.

Pero dejemos, por ahora, á este Rey de cuya vida y hechos pensamos ocuparnos largamente si nos infunde Dios ánimo para escribir una segunda parte de esta leyenda histórica, y demos cuenta, si bien sea de una manera sucinta, de lo que aconteció á los demás personajes importantes que han figurado en ella.

D. Juan Nuñez de Lara y D. Lope Diaz de Haro permanecieron por de pronto uno al lado de Doña Blanca y otro junto al rey D. Sancho; pero aunque siempre perseveraron en el odio hereditario que recíprocamente se profesaban, no sucedió así respecto á sus opiniones, y mas de una vez se les vió en lo sucesivo cambiar de bandería siendo amigos ó enemigos del trono segun á sus intereses convenia. Achaques de los grandes feudatarios que siempre fueron ruedas perniciosas para la gran máquina de la monarquía.

Ahmed-Ebn-Juzef, á quien el rey D. Alonso habia hecho siempre importantes revelaciones y encargos especiales al tiempo de morir, al ver que los caballeros cristianos

hollaban de una manera tan ruda su juramento, desatendiendo la última voluntad de su augusto discípulo, huyó de Castilla sin que nadie supiese darse cuenta por entonces de lo que había, sido de él: tal vez nosotros volvamos á encontrarnos con aquel nobilísimo agareno, cuya vida prolongó la Providencia para que fuese testigo de grandes y dolorosos acontecimientos.

Séfora, el ser indomable que hizo frente á todos los dolores sin que su espíritu rebelde se doblegase ante la adversidad; la feroz israelita que todo lo miró con indiferente sonrisa, menos la desastrosa muerte de su hija, porque las madres no pueden, aunque quieran, renunciar á la ternura, fué recogida, al volverse loca, por un mujer generosa, que aunque siempre había mirado con horror la conducta de la hebrea, tuvo la heroica abnegacion de retirarse con ella á un monasterio de religiosas situado en las inmediaciones de Toledo, en donde consiguió á fuerza de caridad cristiana dar á la locura de aquella desgraciada un carácter menos espantoso del que tuvo en un principio. Aquella mujer era Brianda, la noble dueña de Doña María de Uceró; alma destinada á sacrificarse eternamente por todo el mundo, y cuyos sacrificios no debían hallar su recompensa en este suelo, donde difícilmente se premia á los que tienen la abnegacion de ser virtuosos sin hacer alarde de su virtud... El galardón de semejantes seres está en el cielo.

La princesa Doña Blanca, al ver que sus protestas eran vanas y sus pretensiones peligrosas, huyó á Francia á buscar un apoyo en su hermano Felipe el Atrevido para hacer valer sus derechos; pero antes de partir dejó encomendada la defensa de sus hijos á D. Alonso Fernandez el Niño.

Este ilustre personaje, cuyo origen ignora aun el paciente lector, á pesar de lo mucho que le hemos hecho figurar en la presente historia, aceptó el cargo de la hermosa fugitiva y con él todo el riesgo que había en luchar frente á frente con el intrépido D. Sancho; pero ¿qué le importaba á nuestro caballero la bravura de aquel mancebo? ¿qué el título de Rey con que se adornaba si él no podía considerarle mas que como á un usurpador?...

D. Alonso de la Cerda era el único Rey á quien su conciencia le permitía acatar, porque así lo había ordenado D. Alonso el deceno en la hora suprema de su muerte.

La causa de Doña Blanca de Francia era la única que él podía seguir, porque su corazón amaba en secreto á la encantadora viuda de D. Fernando desde el día en que se presentó á sus ojos demandando favor para sus hijos. Por eso le hemos visto desde el momento en que dimos principio á los sucesos que acabamos de referir siendo siempre su égida, con la solicitud de una madre y con la perseverancia de un enamorado...

Pero ¿por qué aquella ilustre Princesa al alejarse de Castilla no encomendó la causa de sus hijos á un campeón mas poderoso? ¿Acaso D. Juan Nuñez de Lara, señor de Albarracín, deudo de cien Monarcas y cabeza de la casa mas poderosa del reino no hubiera sido mas digno representante de sus derechos?...

No: porque D. Alonso Fernandez el Niño; el que alternativamente había sido desde sus primeros años capitán de ballesteros, alcaide y gobernador de la plaza de Sevilla, adelantado de la frontera, señor de Mesa y de Molina; el imberbe enamorado de Séfora, el

infortunado padre de Doña María de Ucerro, el amante en fin de Doña Blanca, era un héroe, y un héroe por cuyas venas circulaba sangre de reyes...

D. Alonso el deceno le había dado el ser.

FIN.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

